

A woman is lying down, her back to the camera, wearing a black strapless top. A tattoo of a rose is visible on her left shoulder. The background is dark and out of focus.

**JOHN
GREGORY
DUNNE** **CONFESIONES
VERDADERAS**

«UNA DE LAS NOVELAS
MÁS INFLUYENTES ESCRITAS
EN ESTADOS UNIDOS DESPUÉS
DE LA GUERRA DE VIETNAM.»

GEORGE PELECANOS

se

Lectulandia

Los Angeles, años cuarenta: en un solar es descubierto el cadáver mutilado de una joven. La prensa bautiza el caso con el sugerente nombre de 'la Golfa Virgen' y, de repente, un asesinato que podría haber pasado desapercibido en las páginas de sucesos se convierte en el ojo de un huracán de mayores dimensiones...

Dos hermanos, Tom, detective de homicidios, y Desmond Spellacy, sacerdote católico con ambiciones políticas dentro de la Iglesia, constituyen los ejes en torno a los cuales desfilan personajes involucrados en sobornos y tráfico de influencias, que nos llevan de los aposentos de un cardenal a un sórdido prostíbulo de suburbio; de los campos de golf donde los notables juegan sus partidas y entretejen sus redes de poder y corrupción a la humilde feligresía de una parroquia californiana; de policías de moral ambigua cuyos actos bordean la ilegalidad a la atormentada vida sentimental de Tom, cuya esposa entra en delirios místicos y cuya amante tiene la molesta virtud de avivar sus remordimientos...

Cuando se descubre la relación entre la víctima y alguien de vital influencia económica para iglesia, Tom tendrá que enfrentarse a su hermano y pedirle que haga una elección que marcará su destino: seguir los dictados de su conciencia o abandonarse a la ambición. *Confesiones verdaderas* trata de un crimen que no tiene soluciones, solo víctimas... En una nueva edición prologada por Rodrigo Fresán y con una introducción de George Pelecanos, el clásico de John Gregory Dunne evoca el famoso asesinato de la Dalia Negra, que también sirvió de inspiración a James Ellroy para escribir la novela homónima que lo llevaría a la fama...

Lectulandia

John Gregory Dunne

Confesiones verdaderas

ePub r1.1

Titivillus 17.04.17

Título original: *True confessions*
John Gregory Dunne, 1977
Traducción: Gabriel Dols Gallardo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EL GRAN OBSERVADOR

por Rodrigo Fresán

UNO Esto es verdad: durante una visita a Barcelona —febrero de 2010, girando para promocionar la salida de su novela *Sangre vagabunda*— el escritor James Ellroy se hizo un rato para chatear con sus lectores desde el *site* del periódico *El País*. Allí, entonces, Lulami, fan un tanto desesperado o muy entusiasta (en cualquier caso, siempre celebraré la existencia de alguien que piense que el consumo de ficción sirva como remedio para seguir aquí), preguntó: «¿Puede recomendar dos novelas imprescindibles para sobrevivir?». Ellroy —yo estaba a su lado— no dudó un segundo y la respuesta saltó de la punta de sus dedos al teclado del ordenador.

La primera elegida por el rabioso y poco dado al elogio de colegas «Demon Dog» fue *Compulsión*, de Meyer Levin, publicada en 1956, exponente preclaro de la *non-fiction novel* (para muchos adelantándose en calidad y procedimientos a la posterior y tanto mejor publicitada *A sanfre fría* de Truman Capote), que se basó en el muy conocido caso de los adinerados universitarios asesinos Richard Albert Loeb y Nathan Freudenthal Leopold, Jr., quienes en 1924 despacharon al otro mundo al adolescente Robert «Bobby» Franks para ver qué se sentía al matar a alguien y, de paso, cometer el crimen perfecto^[1].

El segundo título elegido esa tarde fría de invierno por el siempre caliente Ellroy fue el de otra novela pionera e influyente con nombre de revista escandalosa: *Confesiones verdaderas* de John Gregory Dunne.

Bienvenidos.

DOS Y a la hora de resumir su vida a la hora de su muerte, fueron varios profesionales de la necrológica quienes definieron a John Gregory Dunne (Connecticut, 1932-Manhattan, 2003) como «un gran observador». De lo que sea. De lo que se le pusiera a tiro de mirada. De Hollywood.^[2] De Los Angeles. De la vida cultural neoyorquina. De una huelga histórica y revolucionaria.^[3] De los libros de los otros como crítico certero. De sus propios libros y de su paso por este mundo injusto que no fue con él todo lo justo que Dunne se merecía. Inevitablemente —y esto a él no le desagradaba en absoluto— todos los obituarios dedicaban gran espacio a su esposa, la formidable y angulosa y aguda Joan Didion. A ella y a todo lo que hicieron juntos desde que se conocieron en los años cincuenta, su boda en 1963 y su vida siempre juntos a lo largo de décadas de convivencia sentimental y profesional, convirtiéndose en una pareja legendaria en la Costa Este (donde eran pensadores de peso pesado) y en la Costa Oeste (en el rol de *insiders* y firmas de *prestige* dentro del

generalmente vulgar mundillo del celuloide). Algo así como Bogart & Bacall en plan intelectual. O, mejor aún: uno y otro, Didion & Dunne, como asociados inseparables en una existencial agencia detectivesca. Por supuesto, no faltó entonces el cretino insinuando que la talentosa era ella y que él había sido, como mucho, una especie de Watson o Robin. O aquel otro que no dudó en resumirlo y destilarlo como «el hermano de Dominick Dunne».^[4] Calvin Trillin, en cambio, no dudó en resaltar su talento para mirar sin apartar la vista y la elegancia de su prosa.

El aura de leyenda verdadera alrededor de Didion & Dunne se volvió aún más encandiladora cuando, al poco tiempo de la muerte de Dunne —30 de diciembre de 2003, fulminado por una crisis cardiaca—, Didion le dedicó una de sus más sentidas y devastadoras crónicas: *El año del pensamiento mágico*, ganadora del National Book Award a la mejor no-ficción de 2005.^[5] Ese pequeño gran libro —no apto para personas impresionables, pero imprescindible para espíritus sensibles que deseen saber o compartir qué es lo que ocurre luego de la pérdida de un ser querido que ya nunca se encontrará— ascendió vertiginoso en todas las listas de *best sellers* y en los recuentos de lo mejor del año.

Entonces, de pronto —cuando ya era demasiado tarde para él, pero nunca demasiado tarde para recuperar su obra—, todos tuvieron perfectamente claro quién había sido y quién había dejado de ser John Gregory Dunne.

TRES No fue mi caso (lo digo con orgullo y alegría ante esta resurrección de *Confesiones verdaderas*, en su momento *best seller* «de calidad» en su país de origen), porque yo venía siguiendo de cerca a John Gregory Dunne desde que cayó en mis manos un ejemplar de esta novela con el sello, en su momento y si mal no recuerdo, de la desaparecida editorial Pomaire. ¿O fue Grijalbo? No importa.^[6] Recuerdo, sí, a la perfección, creo, su cubierta adornada con una mano sobre rojo cardenalicio sosteniendo un rosario. Pero no puedo asegurar —y no tengo modo de comprobarlo— si vi la muy lograda adaptación cinematográfica, cuyo guión había sido firmado por el propio Dunne junto a Didion,^[7] antes o después de leerlo. Pero no puedo olvidar que ante film y libro pensé lo mismo: «He aquí la contraparte complementaria y acaso superior del *Chinatown* de Roman Polanski y Robert Towne».^[8] Otra postal retro a los años dorados de la diabólica Los Angeles, no la sucia pero por encima de todo lírica y sentimental Los Angeles de Chandler y Marlowe, sino la misma corrupta y cenagosa Los Angeles de la segunda mitad de los años cuarenta —y ahí se comprende su perfecta y justiciera y agradecida elección— a la que, años después, James Ellroy viajaría en el tiempo, con desafortada marcha atrás, para encontrarse con algo que Dunne ya se había encontrado: una mujer partida por la mitad y arrojada a un baldío de 1947.

CUATRO Pero —atención— la revisión de la auténtica leyenda urbana de la Dalia Negra es, en *Confesiones verdaderas*, apenas la punta de un cuchillo helado como iceberg. Abajo, flotando en un caldo de arenas movedizas, aparecen y reaparecen varias de las obsesiones de Dunne: las idas y vueltas de los irlandeses en el Nuevo Mundo y los dilemas del catolicismo y el sentimiento de inferioridad frente a la élite protestante. Todo esto —en testimonios en público, sin temor a mostrar sus mejores defectos— aparece evocado en muchos ensayos de Dunne publicados en *Time*, *The New Yorker*, *Esquire* y *The New York Review of Books* y recopilados en los volúmenes *Quintana and Friends* (1978), *Harp* (1989) y *Crooning* (1990).^[9] Y, de nuevo, en sus novelas que merecen ser aquí enumeradas; porque, de acuerdo, Dunne murió sin haber escrito la Gran Novela Americana aunque lo intentó varias veces. El resultado —lo que no es poco— fueron varias grandes novelas americanas. Y ya saben: son muchos los escritores que se arriesgan a lo primero, pero muy pocos consiguen lo segundo.

Así, otras ficciones igualmente valiosas —y siempre con un perfume *noir*— fueron su debut autobiográfico en código *Vegas: A Memoir of a Dark Season* (de 1974, abriendo con «En el verano de mi ataque de nervios me fui a vivir a Las Vegas, Clark County, Nevada» y cerrando con «Y en el otoño, volvía a casa»), *Dutch Shea Jr.* (de 1982, y que arranca con otra primera frase memorable: «Lee estaba en el baño de mujeres cuando estalló la bomba»), *Playland* (de 1994, una particular reescritura del mito del gángster Bugsy Siegel filtrado por el tamiz de Jay «Gatz» Gatsby), *Nothing Lost* (turbulento *thriller* legal publicado póstumamente) y —muy especialmente— su épica novela-saga de resonancias kennedyanas que a Norman Mailer, seguro, le debe de haber producido una muy poco saludable envidia: *The Red, White and Blue* (1987) tomaba prestado un título que descartó Scott Fitzgerald para *El gran Gatsby* para tejer el tapiz de la saga de la familia Broderick y, de paso, de varias décadas de historia norteamericana donde nunca llegaba a extrañarse del todo la mirada clínica del periodista experto.

CINCO Y volviendo antes de irnos a ese cadáver desarmado como modelo para armar. Como también apunta George Pelecanos —a continuación, en su texto introductorio—, están advertidos: poco y nada importa quién lo hizo en este policial; porque lo que aquí importa es quiénes permitieron que alguien lo hiciese. Sépanlo: *Confesiones verdaderas* no responde a la típica mecánica del *whodunit*. Y ese es uno de sus más grandes méritos entre muchos otros,^[10] y dijo Dunne en su entrevista con *The Paris Review*: «Nunca tengo un gran plan a seguir. No tenía la menor idea de quién mató a la chica en *Confesiones verdaderas* hasta el día en que llegó la hora de ponerlo por escrito. Sabía, sí, que el autor material del hecho sería alguien no muy

relevante para la trama. Eso sí que lo tenía planeado... Uno tiene que tener una inmensa confianza en sí mismo y esperar a resolver este tipo de cuestiones en el momento exacto».

Y, otra vez, sí, John Gregory Dunne como un hombre de prosa precisa y autor de esta novela, sí, imprescindible, que es preciso leer o releer. Una novela que ha sobrevivido a Dunne.

Algunas precisiones antes de la despedida:

Dunne siempre señaló —y se entiende a la perfección leyendo *Confesiones verdaderas*; recuerden a su ambiguo y poco confiable narrador— *El buen soldado* de Ford Madox Ford como su novela favorita.

Dunne afirmó haberse hecho escritor porque «yo tartamudeaba y quería dejar de tartamudear, al menos en la página».

Dunne pensaba que la escritura era un trabajo manual: «como instalar cañerías».

Dunne definía la figura del escritor como «la de un eterno *outsider*, su nariz contra una ventana que lo separa de su material; el resentimiento afila su visión, la hostilidad va puliendo su instinto asesino».

Dunne se puso del lado de William Faulkner cuando alguna vez dijo que «el obituario de todo escritor debería ser “Escribió libros, después se murió”. Y punto».

Dunne comentó en varias ocasiones que los escritores no deberían hablar demasiado acerca de la escritura; tampoco pensaba que debiera decirse demasiado de ellos una vez muertos.

Y yo —hágase recién ahora su voluntad, lo siento, pero no iba a perderme la oportunidad de homenajearlo— ya he hablado demasiado.

A continuación, George Pelecanos.

Y, después, a observar con los ojos de John Gregory Dunne, a seguir sobreviviendo, a pasarla genial con él.

INTRODUCCIÓN

«Parece que ya no funciona ningún tiovivo».

A juzgar por la primera frase del *Confesiones verdaderas* de John Gregory Dunne, cabría esperar una obra nostálgica fruto de un autor que dirige una cariñosa mirada hacia atrás a la ciudad de su juventud. Pero se trata de una frase engañosa, refrescante en su insinceridad, un amago que invita al lector a atravesar una puerta y luego presenta algo por completo diferente de lo que se esperaba en cuanto se cierra de un portazo. Para entonces, el lector está fascinado y cautivo sin remedio en la maestría de Dunne.

Esa, imagino, fue la reacción de muchos de los que experimentaron los placeres de *Confesiones verdaderas* cuando se publicó en 1977. Porque no había existido un libro realmente parecido hasta entonces.

Confesiones verdaderas se basa en el asesinato de Elizabeth Short, un homicidio psicosexual espeluznante que fue la comidilla de Los Angeles en 1947 y permanece sin resolver aún a día de hoy. Que el caso Short no se cerrase nunca lo convierte en carnaza natural para el género de misterio, y de hecho ha sido el objeto de varias novelas y ensayos. Junto con *Confesiones verdaderas*, la más venerada es *La Dalia Negra* de James Ellroy. Este ha reconocido con franqueza su deuda con *Confesiones* y ha atribuido a Dunne el mérito de transformar su idea del potencial de la novela negra. No es el único.

Previamente, con pocas excepciones, se consideraba de segunda fila a los novelistas que se afanaban en el ámbito de la ficción de misterio. El establishment crítico y los cancerberos del canon nos informaban de que ese tipo de entretenimiento de género, que combinaba elementos parodiabiles (pistolas, lenguaje duro, pintalabios rojo y pechos turgentes, ligueros que conducían a la tierra prometida) y una fórmula (un asesinato presentado en el primer capítulo y el mundo reordenado por su resolución en el desenlace) debía separarse, tanto física como intelectualmente, de la ficción «seria». Dunne enseñó a una generación entera de escritores de entonces y del futuro que una novela podía entretener con autenticidad callejera, trama y realismo, y a la vez resonar y, sí, alcanzar la categoría de literatura. En ese sentido, *Confesiones verdaderas* es una de las novelas más influyentes que se escribieron en los Estados Unidos posteriores a Vietnam. También destaca por derecho propio como un libro bueno de verdad.

Dunne cumple sin duda las expectativas del género. El crimen se resuelve, aunque no recuerdo, después de haber leído la novela varias veces, la identidad del asesino. Para ser más exactos, no me importa. Vuelvo a *Confesiones verdaderas* una y otra vez por los personajes y por la descarnada honestidad con que son presentadas sus vidas. Dunne no nos permite apartar la vista de los aspectos más sórdidos de la

narración, pero sin caer nunca en el morbo. El libro es auténtico, pero no adolece del nihilismo adolescente que tanto impregna el género negro moderno. Eso no quiere decir que sea blando, ni mucho menos. Hay poco sentimentalismo en la novela, pero hay humanidad para dar y regalar.

El libro empieza en 1960, con un largo prólogo que describe el encuentro de dos ancianos, el expolicía de Homicidios del Departamento de Policía de Los Angeles Tom Spellacy y su hermano Desmond Spellacy, un sacerdote de la archidiócesis católica de la misma ciudad. Su conversación, cargada de remordimientos, amargura y el anhelo de airear una vida de agravios silenciados, termina cuando Desmond revela a su hermano que sufre una enfermedad terminal. «Me muero, Tommy», dice Des.

Entonces la historia da un salto atrás, a 1947, cuando Tom Spellacy investiga el asesinato de una joven (apodada aquí «la Golfista Virgen») que proporciona a la novela su motor narrativo. A Desmond le gustaría suceder al cardenal, que tiene los días contados. Implicado en la vida de ambos está el constructor corrupto Jack Amsterdam, generoso donante de la Iglesia católica. Amsterdam, gracias a su influencia financiera, tiene voz y voto en el posible ascenso de Desmond Spellacy. Cuando el enlace de Jack con la Iglesia, Dan Campion, se destapa como compañero sexual de la víctima, Tom, que a su vez había cobrado deudas para Amsterdam, debe plantar cara a su hermano y pedirle que escoja entre la conciencia y la ambición, una decisión que dará forma al futuro de los dos.

Desde el principio mismo, nos vemos inmersos en un entorno que dista mucho del artificio del género negro de la Costa Oeste que se nos ha presentado en el pasado. Los planos, por supuesto, los dibujó Raymond Chandler. Se ha hablado mucho del Los Angeles de Chandler, y con justicia. Es una magnífica creación ficticia. Pero es una ficción. Como el Oeste de nuestras películas, el Los Angeles de Chandler no existió realmente, pero se ha convertido en la realidad que queremos y necesitamos. Dunne, en cambio, presenta una crónica social precisa de la época (más cercana a la visión realista de Hammett, si este no hubiese tenido el lastre de la censura) y deja que los habitantes de la ciudad hablen exactamente como lo harían, en función de quiénes fuesen, en su momento. Como es el Los Angeles post Segunda Guerra Mundial que menos nos esperamos, resulta perturbador leer la siguiente conversación entre Tom Spellacy y su compañero, Frank Crotty, comentando las posibles pistas del caso:

—Probablemente deberíamos echar un vistazo en la trena, a ver si se ha escapado algún delincuente sexual hace poco.

—Y también en los manicomios —dijo Tom Spellacy.

Crotty dio un sorbo a su té.

—A Fuqua le encantará. El enfoque sistémico. Sabes lo que sacaremos, ¿no?

—Mierda —dijo Tom Spellacy—. Mierda para los periódicos.

—Exhibicionistas —dijo Crotty—. Tipos que cagan en las aceras. Huelebragas. Tipos que se enamoran de sus zapatos. El figura que se la pela en la línea 43 del autobús. Gente así. De esa que te dan ganas de invitarla a casa por Navidad para que conozcan a la parienta y regalarles un misal. Gente agradable para tenerla en casa, si cuentas con un par de guantes para darles la mano. ¿Y para qué vamos a trincarlos? Para encontrar a un tipo que troceó a una chica que tiene una rosa tatuada en el coño. Como mi anciana madre. No había quien sacara a mamá del salón de tatuajes. La flor en el coño, la polla en las tetas, esos eran los favoritos de mamá. Una gran polla de negro, de dos palmos, a mamá le chiflaba. Siempre que podía se la enseñaba a la mujer de Doc Daugherty, Sadie, durante el vía crucis.

Tom Spellacy se acabó su cerveza.

El dato de que Spellacy simplemente se acabe su cerveza resulta revelador. En una novela inferior, el lenguaje soez y racista de Crotty señalaría a un personaje «malo» que haría necesario que el protagonista le riñese o merecería algún tipo de castigo. Pero en 1947 esa es la manera en la que hablaría cierta clase de hombre. Spellacy, que no es inocente de emplear un lenguaje parecido, no concedería la más mínima atención a los comentarios de su compañero. Lo que llama la atención es que Dunne tiene el valor de exponer tal cual a esos hombres y sus actitudes. Spellacy y Crotty se mueven con libertad y un profundo conocimiento fruto de la experiencia entre putas, promotores de boxeo, abortistas de callejón y toda clase de degenerados, y lo hacen completamente en su elemento. Si el lector debe juzgarlos u ofenderse, que así sea; pero el autor se niega a hacerlo. Este tipo de realismo en el género negro es bastante habitual a día de hoy, y en las manos equivocadas puede quedar artificial, pero era raro antes de la publicación de este libro.

El último capítulo de la novela nos devuelve a la década de 1960, y a los dos hermanos que afrontan su pasado, y uno al otro, con una conversación final que dejará indiferentes a pocos. Ya se ha reseñado la intensa atención de Dunne a la culpabilidad inherente al catolicismo en su retrato certero de los estadounidenses de procedencia irlandesa, pero no hace falta pertenecer a un credo o una etnia concretos para sentir profundamente la emoción de esa parte del libro. La prosa es soberbia y contenida. Nunca la redención ha sido tan merecida, ni se ha detallado con tanta fineza la absolución. Al final, el lector se da cuenta de que esta no es una historia sobre un asesinato. Trata más bien de los temas realmente importantes que la novela estadounidense rara vez aborda: la mortalidad y el paso del tiempo.

Las últimas palabras de la novela corren a cargo, una vez más, de Tom Spellacy: «En cuanto a mí, estoy en plena forma. Cumpliré setenta y dos la semana que viene».

John Gregory Dunne no alcanzó ese hito. Murió a los setenta y uno, el 30 de diciembre de 2003. Pero con *Confesiones verdaderas* logró aquello a lo que la

mayoría de los novelistas solo pueden aspirar. Dejó una obra de arte.

GEORGE PELECANOS
Silver Spring, Maryland

CONFESIONES VERDADERAS

*Para
Dorothy Burns Dunne
Joan Didion
Quintana Roo Dunne*

GENERACIONES

ESTA ES UNA OBRA DE FICCIÓN. EL AUTOR ES CONSCIENTE DE LOS ANACRONISMOS Y AMBIGÜEDADES EN LA PUNTUACIÓN SOCIAL Y CULTURAL DE ESTE LIBRO, COMO LO ES DE LAS DISTORSIONES TEMPORALES Y GEOGRÁFICAS.

AHORA

1

Parece que ya no funciona ningún tiovivo. Hay un hotel Holiday Inn delante de la oficina del forense. Y Lorenzo Jones es nuestro alcalde.

—Un alcalde morenito, ¿te lo puedes creer? —dijo Frank Crotty—. Mi hijo es uña y carne con él. —Eché un trago de agua para bajar una pastilla de digoxina—. Y presume de ello.

—He visto la foto de tu hijo en el periódico —comenté yo con cautela.

—Su señoría el juez —dijo Crotty, sin molestarse en disimular su repugnancia—. El paladín de los pobres.

—Es un chico guapote —observé. No acababa de parecer suficiente para un miembro de la judicatura. Probé de nuevo—. Buenos dientes.

Crotty digirió aquello por un momento.

—Es lo que siempre he querido en un hijo —dijo por fin—. Buenos dientes. También tiene un montón de zapatos finos. Cuarenta y dos pares, creo. O sea, que puede masticar bien y caminar bien. No tiene que preocuparse de gastar la suela. Piénsalo, cuarenta y dos días sin llevar nunca los mismos zapatos. Y esos dientes, todos blancos y sin ningún agujero, ojo, porque puede colarse la comida y que te salgan caries. Sí, es lo que siempre quise en un hijo. Buen caminante y buen masticador. —Se sirvió café—. Con un alcalde negrata de mejor amigo.

Hice un amago de coger la cuenta, pero no lo bastante serio para engañarle: al fin y al cabo, era él quien venía de visita desde el desierto. Yo me defiende —la pensión de la policía, la seguridad social, unos ahorrillos— y podría haber pagado una comida en un chino, pero el caso es que Crotty tenía pinta de ir mejor de dinero. A Frank siempre le gustaron los restaurantes chinos. Eran baratos, decía. Lo que significaba que comía de gorra. Un vestigio de los tiempos en que trabajaba de Antivicio en Chinatown. Una comida de gorra y un billete de veinte en una galleta de la fortuna y Frank dejaba que la partida de mahjong de la parte de atrás sobreviviera un mes más. Vive y deja vivir. Lo mismo pasaba con sus trajes. Conocía al director de seguridad de la Warner Brothers y compraba los trajes usados de Sidney Greenstreet después de cada película, a un dólar la pieza. Por eso el amigo Frank solía vestir de blanco.

—Hablando del alcalde —dijo Crotty—, Bingo McInerney ha muerto.

Bingo McInerney. Era el compañero de Lorenzo Jones en el distrito de Wilshire

cuando los dos estaban en el departamento. Fue con Bingo y Lorenzo con quienes empezó todo, aquel día de hacía veintiocho años. Bingo sería difícil de olvidar. Bingo McInerney y Lorenzo Jones.

—Un coche patrulla blanco y negro por dentro y por fuera —dije.

—Huy, qué bueno, Tom, qué bueno —dijo Crotty—. Por dentro y por fuera. —Chasqueó los dedos para pedir la cuenta—. Bingo siempre supo sacar de quicio a aquel negro. «Toc, toc», le oí contar una vez. «¿Quién es?», preguntó el morenito. Sonriendo, ya sabes, como si él y Bingo fueran amiguitos del alma y se contaran chistes de «toc, toc» a todas horas. «Elmo», dice Bingo. «Elmo ¿qué?», pregunta el otro, y, con el acento negrata más impresionante que hayas oído nunca, Bingo dice: «El moreno polisía». —Crotty se atragantó con las carcajadas y empezó a toser—. Ay, Dios —dijo cuando dejó de asfixiarse—. Ay, Dios. Lo recuerdo como si fuera ayer. Y todavía me parto de risa.

—Pobre Bingo —dije, sin sentirlo de verdad. Era un tarambana.

—Fue el cáncer lo que lo mató —explicó Crotty—. Un tumor del tamaño de una pelota de fútbol americano. Podrían haber chutado a palos con él, alguno de esos universitarios canijos que tiran los golpes de castigo los domingos.

Crotty se frotó una mancha de salsa de soja en el traje. Seguía siendo blanco, pero ahora era de doble punto. Y el pelo ahuecado como si llevara peluquín, las gafas de sol de aviador y los zapatos blancos con aquella hebilla dorada brillante que no sujetaba nada. Y la manicura. El amigo Frank tenía algo más que la seguridad social y la pensión, y la sanidad pública que pagaba las pastillas para el corazón. Si tratas bien a la gente, la gente te tratará bien y podrás jubilarte en muy buenas condiciones. La regla de oro del Departamento de Policía.

—Se presentó en el funeral, el negro —dijo Crotty—. A rapiñar votos. Creí que a la madre de Bingo iba a venirle la regla cuando la besó. Y tiene ochenta años por lo menos. Venga a decirle que si él y Bingo representaban el espíritu de Estados Unidos.

—Es año de elecciones, Frank.

Crotty estaba contando la propina, evitando mi mirada. Yo sabía lo que quería decir.

—Si no hubiera sido por él y Bingo, Tom...

—Si no hubiera sido por un montón de cosas, Frank.

De repente me sentía cansado.

—Entonces, ¿piensas en ello?

—De vez en cuando.

2

En realidad pienso en ello a todas horas. La semana pasada hasta me acerqué a la calle Treinta y nueve con Norton. O quizá fue hace un par de semanas. A mi edad uno pierde la noción del tiempo. Fue la primera vez en veintiocho años. Recuerdo el cartel en ese solar. «ZONA DE INVESTIGACIÓN POLICIAL, PROHIBIDO EL PASO». Estaba el coche de las fotos, el coche del ayudante del forense, el coche de las huellas y Bingo McInerney con Lorenzo Jones en su coche blanco y negro, porque ellos habían acudido a la llamada. Era un barrio curioso, el de la Treinta y nueve con Norton, hace veintiocho años. Ni siquiera podía llamarse barrio, la verdad. Un par de casas de una planta y, por lo demás, solares vacíos y malas hierbas. Había un Hudson Terraplane destartelado y sin ejes en uno de los solares. Tampoco tenía motor, y habían arrancado toda la tapicería de fieltro. Una mujer que vivía al doblar la esquina había sido la primera en ver a Lois Fazenda. Había salido a comprar una botella de leche, y al tomar por Norton había visto asomar un par de piernas de debajo de una mata. Aquello fue lo único que vio, las piernas. Con las uñas de los pies pintadas de marrón. No es que la señora que salió a por leche se fijara en eso. Después resultó que se estaba tirando al tipo del colmado, motivo por el cual nunca le llevaban la leche a casa. Su marido había recibido un tiro en sus partes durante la guerra y el tipo que llevaba la leche al colmado le echaba una manita de mil amores. Pero esa es otra historia.

En fin, cuando llegué allí, Crotty estaba inclinado sobre la segunda mitad de Lois Fazenda. La de arriba. Estaban en pelota picada, las dos mitades. No había sangre. Ni una gota. En ninguna parte. Solo aquel cuerpo verde pálido partido en dos. Fue demasiado para Bingo. Echó un vistazo a la mitad superior y le vomitó el desayuno encima de las tetas, que no es mal modo de echar a perder unas cuantas pistas. Aunque eso no molestó a Crotty.

—No siempre se ve un par de tetas tan estupendas como estas —fue lo único que dijo.

El respeto a los muertos, decía siempre Crotty, era una chorrada. Los muertos son muertos.

Una cosa, antes de que me olvide, con esta memoria que tengo. Se trata del apodo de Lois Fazenda: la Golfa Virgen. Howard Terkel, del *Herald Express*, siempre afirmó que ese nombre había sido una primicia suya, que se enteró gracias a un camarero de Long Beach. Sin embargo, la verdad es que fui yo quien se sacó el apodo de la manga, y no ha pasado un solo día en los últimos veintiocho años en que no lo haya lamentado. Howard era un tipejo curioso. No podía meterle mano a un

caso hasta que conseguía ponerle un nombre pegadizo. La Matanza del Pintalabios fue cosa de Howard, así como el Asesino del Refresco y el Crimen del Hibisco. Si eras un cadáver y había una palmera en las inmediaciones, entonces para Howard ibas a ser el Caso del Coco. También le gustaban los vampiros cuando moría alguien, y los hombres lobo. Lo más curioso es que, aunque tuviera a una chica cortada en dos cuya mitad superior presentaba un buen par de tetas, Howard no lograba encontrar el gancho. Primero intentó con el hombre lobo y luego con el vampiro, pero no le convencieron y, una vez que identificaron a Lois Fazenda, por algún motivo llamarla «chica de vida alegre» no parecía suficiente. Si algo podía ser Howard era un incordio, y nos sacó de quicio haciendo todo tipo de preguntas sobre aquel Hudson Terraplane, como si lo único que tuviéramos que buscar fuera un hombre lobo cargado con un eje de coche. De modo que Crotty me dijo:

—Piensa un apodo y quítanoslo de encima.

—El Asesinato del Coño Mágico —propuse.

—Ajá —dijo Crotty—. Mándalo a Long Beach. No hay nada que le guste más que husmear por Long Beach entrevistando a vendedores de refrescos.

—El Caso del Coño Cortado.

—Déjate de chorradas.

—El Clítoris Robado.

—Tom...

—La Golfa Virgen...

Adjudicado.

—Y no olvides mencionar Long Beach —añadió Crotty.

No lo olvidé. Al día siguiente, la crónica de Howard empezaba así:

El Herald Express ha descubierto hoy en exclusiva que Lois Fazenda, chica de vida alegre víctima de un vampiro que actuó a la sombra del Coliseo de Los Angeles, era conocida como «la Golfa Virgen» en los locales elegantes que frecuentaba en la zona de Long Beach...

Un local elegante en Long Beach, dijo Crotty, era un sitio donde el camarero no llevaba tatuajes.

Sin embargo, nos salió el tiro por la culata, porque lo realmente curioso es que, si no se me hubiera ocurrido ese nombre, habríamos tenido un homicidio tranquilo y sencillo que habría desaparecido de las portadas de los periódicos al cabo de un par de días. Pero «la Golfa Virgen» nos acarreó una atención que no hacía ninguna falta, y con la atención llegó la presión, y después todo se salió de madre y pasaron cosas que nunca deberían haber sucedido.

En fin. La Treinta y nueve con Norton hace dos semanas. Ahora es un barrio japo, japo y de clase media de color. Ni solares, ni casitas de un piso ni Hudson Terraplane. La Asociación de Vecinos ha puesto unas farolas que parecen lámparas de gas, hay árboles podados con formas raras y llegando a Crenshaw han abierto un concesionario de Honda, un concesionario de Kawasaki y concesionarios de Subaru,

Datsun y Toyota. Todos los vecinos de color tienen jardineros japos y los japos tienen mujeres de la limpieza de color, y justo donde Frank Crotty dijo «No siempre se ve un par de tetas tan estupendas como estas» hay una casa de estilo japo y en el lugar donde encontramos la mitad inferior de Lois Fazenda una familia japo ha colocado una de esas estatuillas de hierro de un negro vestido de *jockey*.

Hay que joderse.

3

Sabía que tarde o temprano acabaría en la Treinta y nueve con Norton, porque últimamente conduzco mucho. Intento recomponer toda mi historia con Des. Por lo general me acerco a Boyle Heights, donde nos criamos. Hoy día han cambiado todos los carteles; es como un solo taller gigante. Remolques Acapulco, Taller Azteca, Carro Latina... No es como cuando Des y yo éramos pequeños. Por aquel entonces Boyle Heights era irlandés a muerte, del mismo modo que ahora es mexicano a muerte. Polis y curas: por eso era famoso Boyle Heights. Y por los borrachos, los albañiles y los corredores de apuestas. Un puñado de atracadores, un asesino con pistola de vez en cuando. El sacerdocio era una salida. Y el departamento. Mi vía de escape fue el boxeo. Era el terror del patio del colegio de San Anatolio. El abusón. Los chicos listos organizaban las partidas de rayuela y fijaban los precios de mercado de los cromos de béisbol que venían con los chicles —tres Ross Young por un Joe Dugan—, y si a alguien no le gustaba, yo le hacía morder el polvo. En casa me tumbaba en la cama e intentaba no oír cómo mi padre se cepillaba a mi madre, él borracho y ella rezando: «Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos, amén». Daba un poco que pensar sobre lo divertido que era follar, y el caso es que yo me quedaba allí tumbado en la cama e imaginaba que sonaba una campana, bajaba al *ring* un micrófono y un tipo vestido de esmoquin me señalaba con el dedo y decía «... el campeón del mundo de peso welter». En fin, a los diecisiete años me alisté en la Marina. Un suboficial viejales de la oficina de reclutamiento me explicó que podía apuntarme al equipo de boxeo y así librarme de ir embarcado y follarme chinitas, que es básicamente lo que hice durante seis años. Ninguna de las chinitas rezó jamás el Gloria. Durante cuatro años consecutivos llegué a los cuartos de final de los campeonatos de la Marina en China, pero cuando me tocaban los tipos duros procuraba ir con cuidado, me aseguraba de que no me noqueasen y apostaba por el rival. Lo curioso es que siempre supe que no valía mucho para pelear. Tenía malas manos, poca pegada y siempre me costaba dar el peso. Cuando salí de la Marina y me hice profesional me criticaban diciendo que pegar en sí me gustaba, lo que no me gustaba era recibir golpes a cambio.

«Igualito que tu padre», me decía mi madre. Supongo que no lo decía con buenas intenciones. Para Des tenía otros planes. No debía de tener más de tres años cuando logró que deletrease todas las fiestas de guardar: «J-u-e-v-e-s d-e A-s-c-e-n-s-i-ó-n. I-n-m-a-c-u-l-a-d-a C-o-n-c-e-p-c-i-ó-n». A los curas les encantaba. Recuerdo a nuestro pastor, monseñor Shea. Monseñor era un hombre de pocas y firmes opiniones. Como

que los judíos mataron a Jesús y que a la primera hija la llamabas Mary y al primer hijo John. Cuando bautizaron a mi primo Jerry, monseñor Shea no quiso echarle el agua en la cabeza.

—¡Jerry! —dijo con su musical vozarrón resonando por toda la iglesia—. ¿Qué clase de nombre es Jerry? ¿Acaso habéis oído hablar de un san Jerry? Es nombre de bailarín de claqué.

Y ahí quedó la cosa. Salvo por el detalle de que, hasta el día de 1937 en que lo mataron por reventar una huelga en la planta de Ford en Pico Rivera, mi primo Jerry siempre fue llamado Claqué. Había mucha gente como Claqué Keogh en Boyle Heights, tipos duros sin demasiada cabeza que solo servían para hacer de esquirolas o encargarse del trabajo pesado de Frankie Foley. Frankie era el rey de Boyle Heights cuando Des y yo éramos pequeños, un auténtico enemigo público. Chicas, protección y, de vez en cuando, algún golpe. Rodaron una peli con James Cagney sobre su vida, aunque tenía más de Cagney que de Frankie. Vamos, yo le hacía recados a Frankie y jamás llevó esmoquin, cuello almidonado, polainas ni un sombrero gris como llevaba Cagney en la película. Y nunca fue bueno con su madre y su pecoso hermano pequeño, que quería ser monaguillo. Luego lo trincaron por asesinato en primer grado y le cayó la perpetua en San Quintín. Veía a Frankie de vez en cuando al llevar a maleantes al Q. Se había convertido en la reina de la trena. James Maricagney, lo llamaba Des. La historia le daba risa.

La casa donde crecimos Des y yo sigue en pie, lo que dice algo sobre Boyle Heights. Lo único que recuerdo realmente de ella es cuando nos visitaba el cura. Pasaba para elaborar el censo de la parroquia y él y mi madre se sentaban a tomar el té y charlar sobre santos vivos. Debería haber sido monja. Atribuía mucho valor a los santos vivos.

—Hábleme de Maureen Delaney, padre. ¿Todavía asiste a las reuniones de la parroquia?

—No se pierde ni una, señora Spellacy.

—Es fantástico; con lo lisiada que está, con esas piernecillas consumidas. Fantástico.

—Le das la Sagrada Forma y ves cómo se le ilumina la carita tan bien lavada para recibir el cuerpo y la sangre de Cristo; hace que te sientas como si le estuvieras haciendo el mayor favor del mundo.

—Una santa viva, padre —decía mi madre.

Creo que en ese momento se preguntaba si vivir con mi padre la cualificaba para la santidad en vida.

—No como otras, señora Spellacy. —Un asentimiento de cabeza cómplice—. Con los zapatos de charol.

Que reflejaban en su lustre la ropa interior, quería decir.

—Marie O'Connor —añadía mi madre, con aquel susurro especial que reservaba para las frescas.

—Sin nombres, señora Spellacy.

Nada de maledicencia de labios del padre.

Se cambiaba rápidamente de tema.

—Dígame, padre, los intestinos de Tommy siguen atascados. ¿Qué me aconseja, aceite de ricino o leche de magnesia?

El padre cruzó las manos sobre su barriga. Su consejo se buscaba más a menudo en materia de purgantes y de política que para cuestiones de doctrina, y dedicaba tanto tiempo a pensar qué laxante tomar como a dilucidar contra qué político protestante o judío había que votar.

—Aceite de ricino, señora Spellacy. Sí, sí, un gran laxante, sencillamente estupendo, como el mejor medicamento. Esa es la solución, sin la menor duda.

—Es un gran elogio para el aceite de ricino, padre, viniendo de un hombre de su fino intelecto y su estupenda gramática. —Un poco más de té en la taza del padre—. Y hábleme de Tyrone O’Keefe.

—Sigue cubierto de arriba abajo de insecticida, señora Spellacy.

Otro santo vivo, Tyrone O’Keefe. Por el impresionante crecimiento de gracia santificadora en su alma.

Mi padre no era un santo vivo, y su gramática tampoco era muy espléndida. Solía llevarnos a Des y a mí en el tranvía hasta el parque de Lincoln para que nos subiéramos al tiovivo. Entonces funcionaba. A mi padre le gustaba vestir bien, por pobre que fuera, siempre haciendo tintinear las monedas de su bolsillo y sonriendo mucho. Cuando estaba borracho tenía una simpática sonrisa irlandesa, pero, claro, pasaba tanto tiempo cocido que nunca se la quitaba de la cara, ni siquiera cuando estaba sobrio. Que venía a ser uno de cada dos Jueves Santos. Las palabras no eran su fuerte. Recuerdo cuando murió el tío Eddie Keogh. Él y mi viejo habían trabajado cavando en la línea ferroviaria de la Southern Pacific, y mi padre nos llevó a Des y a mí al velatorio, en la funeraria de Sonny McDonough, en Boyle Avenue. Eso fue antes de que Sonny se fusionara con Chócala McCarthy, y McDonough y McCarthy empezara a enterrar a todos los fiambres del condado y hasta ampliara el negocio también para los fox terriers. El tío Eddie estaba tendido en su ataúd de cincuenta dólares, vestido con el traje negro que Sonny había vendido a la tía Jenny como parte del paquete, aunque ella no sabía que el traje no tenía espalda y que el tío Eddie estaba desnudo de la cintura a los pies bajo la tapa del ataúd, porque ya entonces Sonny McDonough creía en reducir gastos generales. La tía Jenny lloraba y todo el mundo decía: «Qué gran trabajo ha hecho Sonny, se diría que Eddie acaba de recibir la Sagrada Comunión», y Jenny se le echa encima a mi padre y dice:

—Dime qué clase de hombre era, Phil, tú lo conocías mejor que nadie.

Y mi padre, con aquella bonita sonrisa de irlandés, contempla al tío Eddie, allí tumbado con el especial de cincuenta dólares de Sonny, y al cabo de un rato coge a Jenny de la mano y dice:

—Era un buen cavador, Jenny. No un cavador vistoso, ojo, sino un buen cavador.

Un gran elogio, viniendo de Phil Spellacy.

4

El primer martes de cada mes voy a ver a Mary Margaret. Mary Margaret es mi mujer. Vive en Camarillo. Para no andarme con rodeos, Camarillo es un manicomio estatal. No es que Mary Margaret esté tan mal. Habla con los santos, nada más. Sobre todo con san Bernabé de Luca. Debo decir que, siendo expoli y eso, he investigado a base de bien al tal san Bernabé de Luca, y por lo que he alcanzado a averiguar, no figura en ningún santoral que haya podido encontrar. Pensé que tenía una pista cuando el papa dio la patada a santa Filomena hace unos años, pero Bernabé de Luca ni siquiera aparece en ninguna lista de antiguos santos.

Bernabé realizó su primera aparición después de que naciera Moira. Moira es nuestra hija. Pequeña Moira, la llamaban. Supongo que si un pequeño elefante es pequeño, Moira era pequeña. Pobre Moira. Cuando tenía trece años pesaba setenta y cinco kilos sin zapatos. Un pastelito de chocolate con piernas.

—¿Qué tienes metido en la boca, Moira?

Ella nunca mentía, ni siquiera entonces.

—Un tofe, papá.

—Jesús.

Una lágrima descendió por la cara de Moira y se le acumuló un poco de jugo de tofe en la comisura de la boca. Yo creo que también estaba masticando un Mars.

—Has tomado el nombre de Dios en vano, papá.

Ahora Moira es la hermana Angelina. Un nombre perfecto. El diminutivo de pastel de ángel. No se pierde ni un funeral de la familia. Un primo lejano y allí está Moira, que parece un acorazado negro con su hábito de monja, rezando el rosario más alto que nadie.

Dios te salve, María,
llena eres de gracia,
el Señor es contigo,
bendita tú eres entre todas las mujeres
y bendito es el fruto de tu vientre...

(Aquí es donde Moira da el do de pecho),

... JEE-SÚS.

El rosario supone un gran esfuerzo, así que luego Moira siempre es la primera en sentarse a la mesa para comer. Unas gambitas, un poco de jamón, algo de la ensalada de patata pero sin pasarse, una empanadilla o dos. ¿Pastelito de chocolate relleno de nata? No me importaría. Ponme dos. Cualquiera diría que entre funerales la matan de hambre en ese convento suyo.

—¿Cómo está mamá, papá? —pregunta Moira sin perder de vista la fuente de los huevos picantes—. Le envié un ramillete de oraciones por Navidad.

—Lo agradecerá, Moira.

—¿Cómo está Kev?

Kev es mi hijo. Vivo con él y su mujer, Em, desde la última vez que Mary Margaret ingresó en Camarillo. A Kev lo pongo nervioso. Sospecha que sé lo de su querida. Lo sé. Solo quería practicar un poco, comprobar si me había oxidado. Kev trabaja en el sector de los suministros religiosos. Así lo llama él. El sector de los suministros religiosos. Escapularios, cepillos para limosna, estatuas. Y esos cálices baratos de chapa dorada con esmeraldas y rubíes falsos que les coloca a los padres cuyos hijos van a ordenarse. Una vez apareció un artículo sobre Kev en el *Church Supply Quarterly*, con una foto de él enseñando una nueva casulla y debajo el pie: «Un pionero en el diseño de vestiduras de doble punto». En fin, el pionero siempre estaba viajando a convenciones de suministros religiosos en Las Vegas, y a mí no me parecía que Las Vegas fuera una mina de oro para las casullas de doble punto. A Em le parecía estupendo, por supuesto. Kev iba a Las Vegas sin parar, para mantenerse al día de los últimos avances en mantelería para altares. Pero, como he dicho, cuando eres poli, lo eres para siempre. De modo que una noche decidí seguir a Kev cuando le dijo a Em que tenía que ir a un acto en honor de monseñor Barney Carey con motivo de sus veinticinco años de sacerdocio.

—Le he hecho un cáliz nuevo de plata —dijo Kev.

—De plata —comentó Em—. Porque lleva veinticinco años.

No podía decirse que Em no fuera avispada.

—Y el monseñor no lo sabe todavía, pero van a regalarle un coche nuevo. Un Buick LeSabre. Rojo.

—¿Es que no tienen nada en la cabeza, Kev? —dijo Em—. Hungría, Albania y todos esos países polacos se están pasando a los comunistas y van y le regalan un coche rojo. Los curas llevan coches negros.

—Feeney el Pelos les ofreció un Buick de oferta —dijo Kev—. Solo quedaba en rojo.

—Lo próximo será un descapotable —rezongó Em—. Y unas gafas de sol.

Yo conocía a Barney Carey de los viejos tiempos, cuando era coadjutor en Santa Viviana. Comía de gorra más que Crotty. De modo que me sorprendió que solo se llevara un LeSabre rojo. Me lo imaginaba digno de un concesionario de Buick entero, fácilmente. Aunque Kev tampoco se quedó mucho tiempo en el acto con bufet de Barney. Se escabulló tras la entrega del cáliz de plata y puso rumbo hacia el Valle.

Me mantuve a una manzana de distancia. Como he dicho, solo quería comprobar que no me había oxidado. Dobló al sur por Winnetka y se metió en el aparcamiento de un edificio llamado Ramada Arms. En la plaza del apartamento 6C. El resto fue fácil. La inquilina del 6C era una tal Charlene Royko, que era programadora informática para National Cash. Casada dos veces, y también se estaba tirando a un jugador de los Angels. Por eso solo daba bola a Kev cuando los Angels jugaban fuera.

No me había oxidado. Claro que no le contaba nada de todo eso a Mary Margaret cuando iba a Camarillo el primer martes de cada mes.

—¿Cómo está Kev? —preguntó Mary Margaret.

—Va tirando.

—¿Y su hijo? —preguntó Mary Margaret—. ¿Ya ha hecho la primera comunión?

—Hace catorce años.

—Eso es estupendo, Tom —dijo Mary Margaret—. Napoleón siempre decía que el día de su primera comunión fue el más maravilloso de toda su vida. Con todos sus honores. ¿Lo sabías?

—No lo sabía, no.

—Me lo contó san Bernabé.

El titular era:

TIMOTHY J. O'FAY
MONSEÑOR, TENÍA 104 AÑOS

Sin familiares conocidos. El sacerdote más viejo de la archidiócesis. Ordenado en 1894. Pasó su senectud en el Retiro de Santa Brígida, en Chatsworth, desde que se jubiló de sus deberes parroquiales. Para troncharse.

—¿Estás bien, papá?

Era Em llamando a la puerta del baño.

—Solo me reía, Em —dije.

Mi nuera odiaba que me encerrase en el baño. Creía que me daría una embolia o un infarto y ella tendría que llamar a los bomberos, que arrancarían la puerta por las bisagras y le rayarían la pintura nueva.

—¿Qué, leyendo los chistes? —preguntó Em.

Tenía la peregrina idea de que los viejos tenían que esconderse en el cagadero para leer las tiras cómicas.

—Las esquelas —respondí.

Em no podía verle la gracia al Retiro de Santa Brígida en Chatsworth. Santa Brígida era una manera bonita de decir «asilo para curas viejos». Una panda de monjas con los ojos brillantes riéndose de las bromas de algún abuelete sobre Phil Doolin el Gordo. «Qué sentido del humor tiene el padre —dirán—. Se ríe tanto que se le saltan las lágrimas». Y se le cae la baba de la boca, es lo que suelen olvidarse de comentar.

Lo que pasaba con Tim O'Fay era que, antes de ingresar en Santa Brígida, estuvo en el asilo para curas viejos de Santa Margarita en Oxnard, y antes de ese en el de San Esteban en Chula Vista. Ochenta años de cura, el amigo Tim, y sesenta y uno los había pasado en algún asilo para curas viejos. Lo que era como decir que Tim O'Fay estaba como una regadera desde el día en que fue ordenado, aunque al arzobispo, que nunca se destacó por tener muchas luces, le costara veinte años darse cuenta. Hoy día eso es algo que puede decirse, pero cuando Des y yo éramos pequeños, insinuar

siquiera que el arzobispo era algo corto de entendederas era un buen modo de ganarse un bofetón. Hoy día, con Phil Berrigan y toda esa panda, que salen en el programa de David Susskind con botas, vaqueros y jersey de cuello alto, con sus hijos y su mujer que antes era la hermana Theodosius, puedes decir que el arzobispo se cepilla a su asistente y las monjas sonreirán con sus dientecillos brillantes y dirán: «Un santo vivo, su excelencia»; probablemente porque ellas tienen un asuntillo con algún coadjutor que lleva una cadena de oro al cuello.

«Monseñor O’Fay era famoso en toda la archidiócesis por su talento musical». Me pregunté de dónde habría sacado eso el periódico. La verdad es que Tim O’Fay tenía una de las voces de tenor más bellas que nadie hubiera oído nunca. En la archidiócesis solía comentarse que Tim era el único tenor que dio envidia alguna vez a John McCormack. Con el problema de que cantaba en momentos inoportunos. Lo supe por mi hermano Des. Mi hermano Des era el coadjutor de Tim O’Fay. Eso fue justo después de que Des se ordenara y mucho antes de que se hiciera famoso por derecho propio como «Padre Paracaidista». Des llamaba y nos decía que monseñor iba a cantar la misa solemne el domingo y que no nos la perdiéramos. Ya tenía una veta progre a lo Berrigan incluso entonces. Así que yo cogía el coche hasta San Malaquías para oír a monseñor. Decía bien la misa, sin florituras, y con aquella voz era un lujo, como ver batear a Charley Gehringer. Solo que, de vez en cuando, en vez de cantar el Sanctus o el Agnus Dei, monseñor se arrancaba con «My Old Kentucky Home» o «Marching Through Georgia». Ni que decir tiene que allá en San Malaquías había gente que no apreciaba los viejos clásicos de la guerra de Secesión y se quejaba hasta que el arzobispo se pasaba por la iglesia, pero entonces Tim le obsequiaba con el mejor Agnus Dei de la historia. El viejo Tim era avisado y ya había pasado una temporada en San Esteban, en Chula Vista, y con el arzobispo delante no pensaba saltarse la condicional. Hasta aquella última vez en el funeral de Morty Moran, que era un viejo amiguete del arzobispo, pues no en vano donaba un Packard nuevecito cada año; Tim pensó que sería un detalle bonito en la misa de réquiem de Morty si en vez del Credo colaba el «Carry Me Back to Old Virginny», ya que Morty era de Roanoke y tal. Justo después de eso el arzobispo despachó a Tim de vuelta al asilo para curas viejos. De por vida.

—Teléfono, papá —me dijo Em más tarde ese mismo día—. Es el tío Des.

—¿Cómo estás, Des? —pregunté.

—«Llévame de vuelta a la vieja Virginia» —dijo Des—. «Es a donde ansía volver el corazón de este viejo negrito».

—Ya me imaginaba que llamarías, Des.

6

Mi hermano Des. El ilustrísimo monseñor Desmond Spellacy, considerado en su momento una joven promesa, un futuro príncipe de la Iglesia. En su momento. Prelado doméstico antes de cumplir los treinta. Execónomo diocesano. Maestro de ceremonias y golfista de primera. Habitual del hipódromo Del Mar y de los combates del jueves por la noche en el Olympic. Amigo de Sam Goldwyn y Stan Musial. Consejero espiritual de Willie Pep, así como de Chócala McCarthy y Dan T. Champion y demás caballeros papales que tenían a la archidiócesis en el bolsillo. El hombre que introdujo los organizadores de monedas Brandt y los Record-O-Lopes al pasar el cepillo los domingos. Durante los últimos veintiocho años, párroco de Santa María del Desierto en Twenty-nine Palms. Supongo que es culpa mía que Des haya pasado tantos años en Veintinueve. Así llaman a Twenty-nine Palms: Veintinueve. Cómo será estar exiliado en un sitio donde tienen que contar las palmeras para ponerle un nombre. Y no nos engañemos: Des estaba exiliado y yo era el responsable.

Yo y Des. Des y yo.

Des me dijo que quería hablar conmigo, de modo que el fin de semana siguiente fui con el coche hasta Twenty-nine Palms. No hay mucho que decir sobre Veintinueve salvo que hay un montón de arena. Y de viejos. De Chicago, Detroit, sitios así. Tipos que se jubilaron de la cadena de montaje de Magnavox o Chrysler y se mudaron al desierto con su pensión del sindicato para tomar las aguas y mitigar la artritis. Viejos cuyos tatuajes están desteñidos, cuyas mujeres llevan redecillas para el pelo y cuyos hijos ya no llaman mucho. Gente de barrios cien por cien irlandeses y polacos donde el viejo monseñor Bukich les dejaba usar el salón de actos de la parroquia para sus reuniones sobre cómo mantener a los negros fuera del vecindario. Hoy día varios de ellos viven en caravanas y otros en casas de cemento barato con papel de aluminio en las juntas de las ventanas para que no entre el calor. Me preguntaba a menudo cómo se entendía Des con ellos. Estaba muy lejos de la mansión de tres plantas del cardenal en Fremont Place donde Des había vivido en los viejos tiempos. Los buenos tiempos.

Santa María del Desierto era un edificio destartalado de madera y hormigón ligero, con una cruz de oro falso que se elevaba desde lo que pasaba por campanario sobre el tejado. En algún momento la habían blanqueado, pero el sol y las tormentas de arena la habían dejado de ningún color en particular. Clavado en la arena delante de la iglesia había un cartel de madera en el que habían pintado un termómetro de las colectas, ajado recordatorio de una campaña de recogida de fondos para la construcción de una nueva iglesia que había fracasado hacía más años de los que

nadie quería recordar.

En el camino de grava que daba a la rectoría había un viejo Chrysler de dos colores con el capó levantado, y debajo de ese capó, trasteando con el motor, distinguí a un hombre que llevaba unos pantalones de chándal azules con rayas rojas y blancas en la costura hasta los tobillos. Llamé al timbre de la rectoría.

—El timbre no funciona —dijo el mecánico-deportista—. ¿Puedo ayudarle? Soy el padre Duarte, coadjutor del párroco.

Parecía tratarse de un nuevo fichaje desde mi última visita. Era un joven mexicano de pelo rizado que sobre sus pantalones de chándal llevaba una camiseta manchada de aceite que ponía «Chicano Power». Ideal, pensé, para una parroquia llena de polacos jubilados.

—Vengo a ver a mi hermano.

—Ah, es usted el hermano del monseñor. Es un grandísimo honor. —Se limpió las manos en la camiseta—. Eduardo Duarte.

Nos dimos la mano.

—Ayudo al monseñor hasta que se encuentre al cien por cien. —Yo no sabía que Des no estaba al cien por cien—. Es un placer trabajar para un sacerdote tan entregado, señor Spellacy. Consciente de los aires nuevos de nuestra Iglesia y a la vez un auténtico católico de la vieja escuela. —Nunca había pensado en Des en esos términos, y estoy seguro de que él mismo tampoco—. En cuanto arregle el carburador de este coche, pienso repintar el termómetro. Volveremos a poner en marcha la campaña de construcción. La nueva Santa María será la flor del desierto, se lo digo yo.

La nueva Santa María. La flor del desierto.

—Veo una vieja misión española del tipo de las que construía el difunto fray Junípero Serra. ¿Conoce al difunto padre Serra, señor Spellacy?

Era como referirse al difunto Abe Lincoln. Asentí.

—Yo lo veo como el primer chicano.

Seguí asintiendo.

—Le estoy entreteniendo, señor Spellacy, lo siento. Es que cuando pienso en la misión que tendremos aquí, a veces se me va el santo al cielo. Los cactus florecerán. Celebraremos la bendición con la puesta de sol. Una visita obligada para los católicos de climas más fríos. Y debemos reconocer el espíritu del ecumenismo. Haremos que vengan visitas guiadas desde Palm Springs. ¿Conoce el Bob Hope Desert Classic?

—¿El torneo de golf?

Me pregunté cómo encajaría eso en los planes del padre Duarte.

—En Palm Springs, en efecto. Pienso hablar con el señor Hope. Sé que podría convencerle de que a los fans de su torneo les encantaría ver la nueva Santa María. Estoy seguro de que organizaría una gala benéfica. Su mujer es católica, ¿sabe? Y uno de mis compañeros de clase en el seminario, el padre Fabian Mancuso, es coadjutor en San Felipe Neri, en Palm Springs. La iglesia de la señora Hope. No sé si

habrá oído hablar de Fabian Mancuso.

Negué con la cabeza.

—Salió en la televisión en San Francisco. «Padre Fabe, el Cura Narco». Hizo maravillas en la lucha contra el problema de la droga.

Escuchar al padre Eduardo tenía algo hipnótico. Estoy seguro de que así querría él que lo llamasen, «padre Eduardo». Padre Fabe. Era como escuchar la confesión de un asesino. La parrafada no podía interrumpirse. No era de extrañar que Des no estuviera al cien por cien. Aquel mexicano loco lo estaba desquiciando.

—Tommy.

Era Des, plantado a la entrada de la rectoría. Tenía un puro en la mano y llevaba un polo blanco con un pequeño cocodrilo azul en el bolsillo del pecho. Dejé al padre Eduardo con su carburador averiado, primer paso en el resurgir de la nueva Santa María, y entré con Des.

—¿Siempre habla así? —pregunté.

Estábamos en lo que pasaba por ser el estudio de Des. Un viejo escritorio, un par de libros, el periódico de esa mañana doblado por la página de las esquelas. En el estudio hacía fresco y, con las cortinas echadas para que no entrase el sol, estaba tan oscuro que no podía ver bien a mi hermano.

—En realidad relaja bastante cuando uno se acostumbra —dijo Des—. Como sintonizar una emisora de la FM. No hace falta escuchar con mucha atención. Conversación para dejarte pensar.

—El padre Fabe...

—Ah, sí. —La vieja sonrisa que le dulcificaba la cara. Des siempre había podido encontrar algo de ligereza en el sacerdocio, lo que supongo que era una pega en un sacerdote—. Es un buen cura, Tommy. No ve el convento como una oficina de citas, como otros. Es entregado.

Era lo que el padre Eduardo había dicho de Des.

—¿A los irlandeses les gusta?

—No mucho. Es mexicano. «Todo el mundo sabe», me dijo la señora Gilhooley, «que los mexicanos tienen más almorranas que los demás pueblos». Como si tuviera que prepararle al pobre una dosis letal de antihemorroidal. Aunque, cuando mi coadjutor era el padre Stephanowski, la señora Gilhooley me contó que todo el mundo sabía que los polacos tenían más enanos que los demás pueblos. Y si alguna vez tengo un ayudante esquimal, sin duda me informará de que los esquimales tienen más ampollas que los demás pueblos. De tanto patinar sobre el hielo con los pies desnudos.

A Des siempre daba gusto escucharle, tenía mucha labia.

—¿Cómo estás, Des? —pregunté.

La sonrisa de nuevo. Lo que significaba que no iba a responder.

—Veamos —dijo. Dio una calada a su puro—. Esta mañana, después de misa, ha pasado a verme el señor McHugh. Un buen hombre, el señor McHugh, cuando uno

deja de fijarse en la parálisis. Sin embargo, hay una cosa que aprendes siendo cura, Tommy, y es que nadie llama nunca a tu timbre, aunque funcione, no como el mío, para contarte que la familia entera trabaja, John ya no prueba el alcohol, los críos no sacan otra nota que no sea la máxima en el colegio religioso, ingresan tanto dinero que tienen que guardarlo dentro de los colchones y todos recibieron la comunión en misa de nueve el pasado domingo. No. Nada por el estilo. Si no es que la tía Min moja la cama, es que el tío Jim se ha saltado la condicional o que el pequeño Jim, famoso vendedor de coches de segunda mano, le ha buscado un problema a una chica católica.

»Así que, cuando ha pasado el señor McHugh, he sabido que no iba a contarme que quiere ser el presidente financiero de la campaña de recaudación del padre Eduardo y que conoce a Bing Crosby, que se muere de ganas de echar una mano. Nanay. El señor McHugh me cuenta que su sobrina, la monja carmelita, deja el convento para hacerse jugadora de bolos profesional. Piénsalo. Jugadora de bolos profesional. Ni siquiera sabía que tuvieran boleras en los conventos hoy día. “¿Hablará con ella, monseñor, por favor?”. ¿Qué se supone que debo decirle a la pobre chica? ¿Darle consejos sobre cómo taladrar los agujeros para los dedos en las bolas? Conque le he dicho que diría una misa por ella. A lo mejor le ayuda a encadenar una racha de plenos.

»Y después del señor McHugh tocaba Pinky Heffernan con el último parte sobre el estado de sus intestinos. Superó el cáncer de recto hace veinte años, el bueno de Pinky, y ahora cada vez que tira de la cadena coge el teléfono para llamarme. Cada deposición es un milagro. ¿Te acuerdas de cuando Eisenhower estaba en el hospital y no había manera de leer un periódico que no te explicase cuántas veces iba al baño? Bueno, pues Pinky me mantenía informado a diario. “Le han puesto un enema hoy mismo, monseñor, ¿lo ha visto? En el *Los Angeles Times*. ¿No es fantástico? Pronto estará más sano que una manzana y listo para el amor. Un enema al día mantiene al cáncer en la lejanía”.

El esfuerzo de hablar lo había cansado, y de repente me di cuenta de que Des había envejecido. Era cuatro años más joven que yo, y con todo el tenis y el golf que había practicado en sus años mozos de ecónomo siempre había estado más delgado y en mejor forma. Sin embargo, en ese momento estaba hundido en una silla en aquella ruina de parroquia, y supe por qué me había llamado a Twenty-nine Palms.

—¿Cómo estás, Des? —pregunté.

—Me muero, Tommy —dijo mi hermano Des.

ENTONCES

CAPÍTULO UNO

1

Lo que Tom Spellacy recordaría más adelante es que empezó como cualquier otro 187. Uno de los doscientos doce de aquel año. Uno de los diecinueve de aquel mes. Uno de los dos de aquel día de abril. El otro homicidio, el que nadie recordó nunca, fue el asesinato de un negro en Central Avenue. Los periódicos, sin embargo, nunca se molestaban en reseñar los 187 de los morenos. Con una chica de color, aunque estuviera cortada por la mitad, lo primero que dirían los diarios era «una prostituta» y lo segundo, «olvídenla». Sobre todo el *Express*. Si era solo una negra, a tomar por culo. Había que limitarse a lo importante. Como «NAUFRAGA EL SEGUNDO MATRIMONIO DE MICKEY ROONEY». Si eras un moreno, el único modo de aparecer en el *Express* era el día en que celebrabas tu 142.º cumpleaños. «UN VECINO AFIRMA QUE VIO A LINCOLN», diría el *Express*. Y justo debajo: «UN BEBÉ SANÍSIMO A BASE DE SEIS CAFÉS AL DÍA».

Pero a él no le tocó el del moreno.

Le tocó el otro.

Fue el día en que ganó la porra de la comisaría. A decir verdad, lo único bueno que pasó aquel día fue que había puesto que ganaban los Dodgers con cinco carreras en la porra de Robos y Homicidios y Ed Head lanzó un 5-0 sin bateos contra los Bees de Boston que le valió quince pavos. Ya está. El resto del día fue una mierda. Estaba cansado, Fuqua no paraba de tocarle los huevos, tenía diez investigaciones y Crotty se había tomado el día libre para comprarse un motel en Culver City. Para repasar la letra pequeña, había dicho. No preguntó de dónde había sacado Crotty el dinero para la entrada. «Tengo unos socios chinos», fue la única explicación que él le dio por voluntad propia. Lo que significaba que, como subcomandante de guardia, tenía que cubrir a Crotty mientras este andaba con sus chinos por Culver City. En las diez investigaciones. El marica de Echo Park que le había enroscado una bombilla de 300 vatios a su novio por el culo. El agente de tráfico borracho y fuera de servicio que había intentado disparar a una cucaracha en la pared de su dormitorio y había matado a una anciana que paseaba al perro por delante de su ventana. Un triple homicidio en el barrio japonés que no desentrañarían ni en un millón de años. Un extraño suicidio en el norte de Hollywood. El asesinato de un negro en Silver Lake. En ese no le gustaba pensar. Recuerdos. Tenían a la puta que lo había montado todo. Un negro tan contento recibiendo una limpieza de sable en el motel Silver Lake y entra otro negro y le mete tres balas en el corazón, un triangulito la mar de mono, y la chica no recibe

siquiera una quemadura de pólvora. Tiene el envío del cliente en las amígdalas y no recuerda nada. Ni el nombre del putero ni la apariencia del tirador. «Qué quieres que te diga, Tom, estaba ocupada, no miraba a la puerta».

Esa manera de llamarle «Tom» lo puso incómodo. Sabía que la chica lo hacía adrede. Se conocían de los viejos tiempos. De Antivicio de Wilshire.

Y luego estaba Fuqua.

El capitán Fuqua.

Y su cafetera.

Un chupatintas lameculos, Fuqua. Los requisitos justos para ser jefe de Homicidios. Tenía su estilo de hacer las cosas. El enfoque sistémico. El enfoque de los patrones definidos. Como el patrón definido del índice de ausencias. Esa era la gran credencial de Fuqua en el departamento, haber investigado el patrón de ausencias laborales de los agentes de uniforme cuando estaba en Personal. Reunió todas las listas de turnos y las desglosó. Estaba el patrón del lunes, el del día después de la paga y el de Navidad. Así fue como acabó con Jim Quinn, con el patrón de Navidad, y recibió el puesto en Homicidios. En siete navidades de nueve, Jim Quinn se había puesto enfermo antes de las vacaciones. Primero fueron los riñones, luego el tobillo, después los riñones de nuevo y luego la vesícula. La espalda destrozada era un clásico. Resultó que Jim Quinn tenía un negocio de venta de árboles de Navidad en Inglewood. El patrón navideño. Y así Jim Quinn fue suspendido y luego alguien tuvo la brillante idea de aplicar el enfoque de los patrones definidos a la brigada de Homicidios. Probablemente el propio Fuqua. Y ahora era jefe de Homicidios y guardián de la cafetera.

—Has estado usando mi cafetera, Spellacy —dijo Fuqua la mañana del 187 en la calle Treinta y nueve con Norton.

—El enchufe de la mía está jodido, Fred.

—La normativa dice que ni siquiera deberías tener una cafetera. El comandante de guardia tiene una, yo tengo otra, y esas son las dos únicas cafeteras que se nos permiten.

—¿Quién lo dice?

—Lo dice la Tabla de Organización y Equipo.

—Lo siento, Fred.

—Si quieres un cafelito, usa la máquina de Crotty.

—Su despacho estaba cerrado con llave, Fred, ha sido una noche muy larga con esa puta de Silver Lake y queríamos un café.

—Si tantas ganas tenías, haber ido a la cafetería, que abre toda la noche.

—Está en la Primera con Temple, por el amor de Dios.

—Ya no estás en Antivicio, teniente, estás en mi unidad, y en mi unidad seguimos las reglas.

—Vale, usé su cafetera, capitán, lo siento. No veo qué tiene de malo, pero lo siento.

—Lo que tiene de malo es que la dejaste encendida toda la noche y me hiciste un agujero en la mesa y la mesa es propiedad municipal y tengo que redactar un informe sobre cómo una mesa que pertenece a los contribuyentes está hecha una mierda porque un oficial de mi unidad usó mi cafetera sin mi autorización. ¿Te queda lo bastante claro?

—Tanto escribir a máquina, capitán, apuesto a que eso le chifla. Por triplicado.

—Voy a hacer un informe sobre ti, Spellacy.

—¿Por tomar café? También me comí un par de donuts, por si quiere ir a por todas.

—Por jugar.

—¿Cuándo?

—Te crees que soy sordo, mudo y ciego, que no sé qué apuestas a los partidos de béisbol.

—¿Que apuesto? Es una puta porra.

—Esto no es Antivicio de Wilshire, Spellacy. Te vigilo. Como deberían haber hecho allí.

Antivicio de Wilshire. Siempre había alguien dispuesto a sacar a colación Antivicio de Wilshire. Aunque se había portado como un bendito desde que llegó al centro a Robos-Homicidios procedente de allí. Pasaría mucho tiempo antes de que la gente olvidase su temporada como teniente de la guardia nocturna en Antivicio de Wilshire. Sobre todo la noche en que disparó a un matón llamado Lenny Lewis que había intentado atracarlo cuando estaba sentado en un coche aparcado en Normandie. El problema estribaba en que el coche estaba registrado a nombre de una mujer llamada Brenda Samuels, en que Brenda Samuels regentaba tres locales en su distrito y en que Lenny Lewis estaba echando a correr con su cartera y mil cien dólares cuando Tom Spellacy lo abatió. Hubo toda clase de preguntas sobre qué hacía en un coche con Brenda Samuels y mil cien dólares en la cartera, preguntas que se complicaron cuando Lenny Lewis declaró que la chica del coche le estaba haciendo una mamada al tipo cuando le atracó. No es que nadie confiara más en la palabra de Lenny Lewis que en la de Tom Spellacy. Si hasta tenía una hija en el noviciado y una mujer en Camarillo que hablaba con los santos. El único motivo de queja contra Tom Spellacy era que tuviese tan mala puntería. Si iba a usar su pistola, tendría que haber tumbado a Lenny Lewis para siempre. Habría ahorrado muchos problemas. Brenda no dijo nada. Tenía demasiado que perder, con las chicas, las mesas y las partidas privadas. El problema era Tom Spellacy. Mejor apartarlo del disparadero. Trasladarlo de Antivicio de Wilshire a Robos y Homicidios en el centro. Olvidar los mil cien de su cartera, habría tenido un buen día en Del Mar, quizá. Mandarle una citación por

practicar la detención en el 211 de Lenny Lewis: robo a mano armada. Todo el mundo quedó contento de esa manera. Salvo Brenda, que lo perdió todo, aunque mantuvo la boca cerrada. Y salvo Lenny Lewis, al que le cayeron de tres a ocho años en San Quintín. Donde un bujarrón le cortó la polla y él acabó ahorcándose con una sábana mojada.

Tom Spellacy pensó: Es curioso que Lenny Lewis supiera que una sábana mojada no se desgarraba. Era el tipo de cosas que se aprendían en la cárcel. Había muchas cosas curiosas. Si Lenny Lewis no hubiera decidido atracar un coche aparcado, él seguiría en Antivicio de Wilshire. La buena vida. Ni cafeteras, ni Fuqua, ni nada.

Ni un código 3 de Bingo McInerney y Lorenzo Jones: un posible 187 en la Treinta y nueve con Norton.

2

—Ha sido el mayordomo —dijo Crotty en la Treinta y nueve con Norton.

Lo que significa que ya podemos ponernos manos a la obra, pensó Tom Spellacy. Llevaba dos años viendo fiambres con Crotty y Frank siempre decía lo mismo: «Ha sido el mayordomo». Aunque fuese un viejo borrachín al que habían rebanado el gaznate en una misión del centro.

—Qué buena debía de estar la pava —comentó Crotty—. Menudo par de tetas. Si estuviera viva, se me pondría dura, creo.

Empezó a cantar. La melodía era la de «Finiculi, Finicula». La letra, no.

Anoche
me dormí tarde,
pa masturbarme.
Fui tan feliz
que repetí.

Todo eso sin dejar de mirar, recoger cosas y meterlas en bolsas, sin pasar nada por alto. Un botón. Un trocito de cristal. Un poco de hilo. Un resto mordisqueado de lápiz. Una vieja pelota de tenis. Un gordo con un traje blanco heredado de Sydney Greenstreet, cantando canciones verdes y diciendo «Ha sido el mayordomo» y «Qué tenemos aquí». Lo más probable era que fuese mierda, pero nunca se sabe, una cosa podría llevar a otra, de modo que se seguía el rastro de todo.

Un librito de cerillas vacío.

—McGovern's —dijo Crotty leyendo la tapa—. ¿Conoces el McGovern's?

—¿El de Lincoln Heights, o el de la playa? —preguntó Tom Spellacy.

—Ese de la playa es un sitio de maricones —dijo Crotty—. Un local finolis. En el baño de caballeros se lo montan. Una vez detuve a un tío allí, cuando estaba en Antivicio de Venice. Un tío grande, pelirrojo, tenía tanta vaselina en el culo que pensé que era el puto canal de Panamá, me apuesto lo que sea a que todos los paquebotes del bar habían pasado por él. Prácticamente lo habían matado a pollazos. Conque cojo a un mariquita y le digo: «¿Te has follado alguna vez a este tío?». Y va y me contesta, te lo juro por Dios, Tom, me contesta: «¿Estás de coña?», con una de esas vocecillas de marica repipi. «Antes me follaría a una chica que a un pelirrojo».

Crotty se rio y se guardó las cerillas en el bolsillo.

—No el de la playa. El otro McGovern's. El de Lincoln Heights.

—Lo conozco, pero nunca he estado —dijo Tom Spellacy.

—Un sitio irlandés —explicó Crotty—. Van todos los mafiosos irlandeses, para contarse lo larga que la tienen y a quién se la han estado metiendo. Y beben cerveza, los muy ratas. Apuesto a que McGovern's no vende ni siete dólares de priva al año. Beben cerveza y comen los pepinillos gratis y los huevos duros a cinco centavos cada uno. El puto antro huele a alcantarilla, con todos tirándose pedos de cerveza, huevo y pepinillo. Entrás en el váter del McGovern's y parece que han metido por una tubería todos los pedos desde que J. C. era un chaval.

—Nunca he estado —repitió Tom Spellacy—. Pero alguien sí. A estas cerillas hay que echarles un vistazo.

—Eso estaba pensando —dijo Crotty.

Un fotógrafo de la policía empezó a retratar la mitad superior del torso de la mujer. Con los golpes y los cortes, sus rasgos resultaban irreconocibles. El vómito de Bingo McInerney había cuajado sobre su pecho.

—Los putos Stars volvieron a perder anoche —comentó Crotty.

Nunca se perdía una noche de partido, el bueno de Crotty, cuando los Stars jugaban en casa. De gorra, por supuesto. Un asiento en la cabina de prensa del estadio Gilmore y toda la cerveza y los perritos calientes que pudiera engullir.

—Seis a uno, lo oí por la radio —dijo Tom Spellacy.

Metió la mano debajo del torso y con su pañuelo extrajo unas gafas destrozadas. Crotty silbó y las guardó en su bolsa. Cruzaron el solar hasta la cercenada mitad inferior del cuerpo de la víctima.

—Tendrías que haber visto a ese cabrón de Zernial —dijo Crotty—. Ciento cinco kilos de puro músculo, incluido el cerebro, y la batea flojita. El tío corre los cien metros en nueve años, y la batea flojita. Mi hermana, la monja, la del pie jodido, podría llegar antes que él a la primera base, sobre todo si supiera que se iba a encontrar un santo en ella. Vamos, el día que empiecen a canonizar a primeras bases, será una amenaza, mi hermana, una auténtica amenaza. —Crotty sacudió la cabeza—. Perdiendo de cinco carreras, y le da flojito.

Los policías que rodeaban la mitad inferior del cuerpo se separaron para dejarles pasar. Se arrodillaron junto al torso cortado y retiraron la sábana que lo cubría. Tom Spellacy tragó aire entre dientes. La mujer tenía un cirio obscenamente clavado en la vagina.

—Dios mío.

—Le da un toque especial, hay que reconocerlo —dijo Crotty—. Tendrías que consultar a tu hermano el monseñor sobre esto. A ver qué significa en el derecho canónico un cirio metido en la cueva del amor.

Tom Spellacy asintió. También había una rosa tatuada que desaparecía en el vello púbico de la víctima.

—Ese es el otro detalle que he pensado que te gustaría, Tom —prosiguió Crotty—. Me hace pensar que a lo mejor le gustaba follar. A menos que ahora tatúen coños en los conventos, quiero decir. Es otra cosa que puedes preguntarle al monseñor. Él lo

sabría, imagino.

Tom Spellacy se puso en pie.

—Este será nuestro pequeño secreto, creo, el tatuaje.

—Y el cirio. No te olvides del cirio.

—La pista misteriosa, la llaman, Howard Terkel y los demás.

Crotty silbó entre dientes para llamar al fotógrafo policial.

—Oye, Berman, queremos un montón de fotos del coño. —El fotógrafo masculló que iría enseguida—. Judío —dijo Crotty, señalándolo con la cabeza—. ¿Te has fijado alguna vez? Los que tienen los trabajos más cómodos son todos judíos. Enséñame un trabajo en el que tengas que cruzarte de vez en cuando con una mala persona, y yo te enseñaré a un comebagels que no lo quiere.

Caminaron hasta la acera. En la calzada había marcas de derrape.

—Quemó un montón de goma —observó Tom Spellacy.

—Lo que me gustaría saber es dónde consiguió los neumáticos para quemar tanta goma —replicó Crotty—. Hay más goma en la calle que en las ruedas de mi DeSoto. A mí me toca recauchutar.

—Es mejor mascar chicle —dijo Tom Spellacy—. Parece que el tipo que paró aquí frenó la leche de rápido. ¿Por qué crees que lo hizo?

—A lo mejor la chica con la que estaba le puso la mano donde no debía —conjeturó Crotty—. Donde es pecado mortal ponerla. Si una chica te mete mano allí, paras la hostia de rápido. Por otro lado, podría haber sido una mala persona. Ve el solar vacío y pisa a fondo el freno.

—Eso estaba pensando.

—Haremos que el rabino tome fotos. Después solo tendremos que encontrar el coche que cuadre con las marcas de los neumáticos.

—Con este caso te vas a perder unos cuantos partidos —vaticinó Tom Spellacy.

—¿Conoces a Phil Spitalny?

—El tío de la Orquesta Femenina.

—Pues Phil estaba anoche en el partido —dijo Crotty—. Y yo le digo, le digo, estaba en la cabina de prensa conmigo, y le digo: «Phil, dile a esa tal Evelyn que puede tocar mi violín mágico cuando quiera». Casi se mea encima, de tanto que se rio.

—Dicen que Evelyn tiene dos tetas izquierdas.

—Dos tetas izquierdas —repitió Crotty—. Joder, Tom, tengo que contárselo a Phil la próxima vez que lo vea. Se descojonará.

Y entonces Crotty volvió a arrancarse a cantar:

¿No me dirás, mi bien,
tu talla de sostén,
veinte, treinta o cuarenta?
Si pasa de cuarenta,
voy a tenerte contenta,

el domingo, el lunes y siempre.

Costaba un poco acostumbrarse a Crotty, pero a Tom Spellacy le gustaba el parloteo. Negro, blanco, joven, viejo, varón, mujer, alto, bajo, gordo, flaco, siempre el parloteo constante de Crotty. Esa verborrea continua hacía que un fiambre fuese solo otro fiambre. Incluso uno como aquel, tapado bajo dos matojos diferentes, a unos cinco metros de distancia uno del otro, con las uñas de los pies pintadas de marrón, la cara hecha papilla, el cirio en el coño y la rosita tan mona tatuada sobre el felpudo.

—Será mejor que hables con Bingo y el otro —dijo Crotty—. Odio decirlo, Tom, pero el otro es el que tiene dos dedos de frente. El pobre Bingo estaba al fondo de la iglesia el día que repartieron las seseras. Debió de pensar que era la misa de diez allá en San Lucas.

Bingo McInerney y Lorenzo Jones. Cuando te paseas en un coche patrulla no sueles ver muchos fiambres cortados por la mitad, de modo que lo primero que hizo Bingo al ver el cuerpo fue echar la papilla. Después de vomitar estaba un poco verde, pero Tom Spellacy habría jurado que lo que más lo cabreaba era que Lorenzo Jones hubiera aguantado sin echar la pota. Era imposible pasar por el vestuario sin enterarse de lo que Bingo pensaba de Lorenzo. Como si no fuera bastante que le hubiera tocado compartir coche con un zulú. Que el departamento quería experimentar, vale, a Bingo le parecía bien, decía. Pero un zulú que iba a clase de Derecho por las noches, eso era demasiado. Si de algo no quería depender Bingo era de un moreno con ínfulas. Lorenzo llamaba «Bingo» a Bingo, pero Bingo por sus cojones no pensaba llamar nunca «Lorenzo» a Lorenzo, por mucho tiempo que pasaran como compañeros. En realidad, Bingo nunca había sabido cómo dirigirse a alguien de color. «Oye», decía algunas veces, o bien «Oye, tú», si estaba cabreado, o «Chico» cuando arrestaba a uno. A veces las tres cosas juntas cuando arrestaba a uno: «Oye, oye, tú, chico, no me toques los huevos». Ninguna de las tres fórmulas funcionaría con Lorenzo. De manera que, cuando tenía algo que decirle, le tocaba en el hombro. Era algo más que un mero toquecito, a decir verdad, pero sin llegar a clavarle el dedo. Índice en el hombro: «Gira a la derecha por Alhambra, ahí delante». En el brazo: «Allí hay un sitio donde podemos pillarnos un café y unos tacos». Otro fuerte en el hombro: «Oye, ¿sabes cómo ganaron los mexicanos la batalla de El Álamo? Creyeron que era la oficina de asistencia social y era primero de mes». «El puto negro no se ríe nunca», decía siempre Bingo.

Bingo estaba de pie junto a su coche blanco y negro, dando rápidas caladas a un cigarrillo. Tenía manchas amarillas de nicotina en los dedos. Lorenzo Jones estaba apoyado en el coche con las manos en los bolsillos. Bingo no le hacía ni caso.

Tom Spellacy sacó su libreta y un lápiz del bolsillo de su camisa. El lápiz tenía la punta rota.

—Usa el mío —dijo Lorenzo Jones—. Siempre uso un portaminas.

Tom Spellacy asintió y cogió el lápiz. Apuesto a que también lleva minas de repuesto, pensó.

—Quédatelo —dijo Lorenzo Jones—. Tengo otro.

Bingo McInerney salió de su ensimismamiento.

—Siempre tiene un lápiz a punto —comentó con una sonrisilla a Tom Spellacy—. Uno de los dos, vamos. ¿Lo pillas, campeón?

Bingo había visto pelear una vez a Tom Spellacy en el estadio Legion y, cuando creía que podía tomarse familiaridades, le llamaba «campeón». Tom Spellacy lo miró fríamente hasta que Bingo apartó la vista.

—¿Qué ha pasado?

—Debían de ser las 6.30 cuando recibimos el aviso... —empezó Bingo.

—Las 6.43 —corrigió Lorenzo, tras una consulta a su bloc.

—Estábamos en Western Avenue —dijo Bingo.

—En Normandie —cortó Lorenzo.

—Tardamos cinco minutos en llegar aquí, como mucho —prosiguió Bingo.

—Siete minutos exactamente —dijo Lorenzo.

Debe de sacar a Bingo de quicio, pensó Tom Spellacy. Pero al menos se podía confiar en él. Lorenzo no tenía nada que añadir a lo que ya se sabía. La mujer que había encontrado el cuerpo estaba histérica. La casa más cercana se hallaba a media manzana de distancia y deshabitada. Al parecer no había testigos. Nadie del barrio había reparado en nada fuera de lo común durante la noche. Ni merodeadores, ni ruidos ni coches raros.

—¿Algo inusual en el resto de vuestra ronda? —preguntó Tom Spellacy.

—Nada como esto, campeón... teniente —respondió Bingo—. En todos los años que llevo en el departamento, nunca había visto nada parecido. Alguien debió de cabrearse de la hostia con ella, eso es lo que pienso. Se pasaría de lista, lo más seguro, que las tías tienen la lengua muy larga...

—Hemos tenido un 902 —dijo Lorenzo—. Mortal.

—¿Por qué no aprendes a hablar como Dios manda, cojones? —exclamó Bingo—. Un puto 902. Si un tío mea en un lavamanos dirás que es un 219 o algo por el estilo.

Lorenzo contempló a su compañero por un momento y luego dijo con tono tranquilo:

—Eso sería un 415. Alteración del orden.

—Sí, bueno, esto de aquí sigue llevándose la palma —dijo Bingo—. El otro tipo, el 902, ya que él quiere llamarlo así, Tom, se empotró contra un poste de teléfonos allá en Vermont.

—Hoover —dijo Lorenzo.

—Por los clavos de Cristo, ¿quieres dejar de corregirme todo el rato? —estalló Bingo—. Ya empieza a cansar. Como si fueras el único que ha ido a clases nocturnas, venga a corregir, venga a corregir. Puedes ser un auténtico coñazo, ¿lo sabías?

—Basta ya —dijo Tom Spellacy.

—En Hoover, dirección norte —dijo Lorenzo, leyendo en su libreta.

—... cojones le importa, ¿dirección norte o dirección sur? —rezongaba Bingo—. ¿Sabe qué hay en dirección este, teniente? África, según me dicen.

—A las 5.07 dan el aviso —siguió Lorenzo sin levantar la voz. Era como si Bingo ni siquiera estuviera allí y él pronunciara su informe para un dictáfono—. Un 902, decía el aviso, en el 2600 de la calle Hoover. Las 5.13. Llegamos al lugar de los hechos.

—¿Crees que al teniente le importa que un payaso borracho empotrara su Plymouth contra un poste? —preguntó Bingo.

—Un Ford V-8 de 1936 —dijo Lorenzo—. Siniestro total. El conductor parecía haber fallecido.

—«El conductor parecía haber fallecido» —lo imitó Bingo—. Tenía medio cuerpo fuera del puto parabrisas, no hace falta haber ido a clases nocturnas para saber que estaba muerto. ¿O no, teniente?

Tom Spellacy hizo caso omiso de su guiño.

—Hemos enviado al forense —dijo Lorenzo.

Podrías encenderle cerillas bajo las plantas de los pies, pensó Tom Spellacy, que él terminaría su informe antes de apagarlas. Con todos los códigos correctos del manual de comunicaciones. Siguió con el mismo tono inexpresivo, ajeno a una discusión de fondo entre el forense y el equipo de la ambulancia sobre si poner el cuerpo en una camilla o en dos.

Se acercó Crotty. Llevaba en la mano el librito de cerillas vacío del bar y asador McGovern's.

—Lorenzo Jones —dijo—. ¿Cómo está tu mujer, Belle, Lorenzo?

—Qué bueno, joder —exclamó Bingo McInerney.

—Ya podéis iros, muchachos —le dijo Crotty a Bingo y Lorenzo—. Acaban de informar de algo por la radio. Un posible 187 en Avalon con la calle Cuarenta y tres. Al otro lado del campo de Wrigley.

—Un 187 es un homicidio —le explicó Lorenzo a Bingo, que no captó su sarcasmo inexpresivo.

O a lo mejor Lorenzo solo intentaba ayudarle, pensó Spellacy. Como se haría con un hermano pequeño idiota.

—Una señora de color le ha dado pasaporte a su marido —dijo Crotty—. Fijo que le ha dejado caer una sandía de veinte kilos en la cabeza.

—Qué bueno, joder —celebró Bingo.

—«Qué bueno, teniente» —corrigió Crotty.

Bingo se ruborizó.

—Lo siento, teniente.

—¿Conoces el McGovern's? —preguntó Crotty.

Una oportunidad de sobreponerse para Bingo. Sonrisa de entendido.

—¿El papa es negro?

—Entonces las cerillas deben de ser tuyas —dijo Crotty mientras le daba el librito—. Como si no bastara con vomitar encima de la víctima, como si nunca hubieras visto un par de tetas, además se te caen las putas cerillas. Podría haberme tirado diez días investigándolas si no hubiera sabido que el McGovern's es adonde van todos los irlandeses idiotas. Y solo hay uno en las inmediaciones. Mantén las manos en los putos bolsillos en el escenario de un crimen. Como tu compañerete Lorenzo, aquí presente.

La bronca hizo palidecer a Bingo McInerney. Tom Spellacy se temió que fuera a vomitar de nuevo. Lorenzo Jones se apartó con discreción.

—Vámonos —le dijo Crotty a Tom Spellacy.

3

Fueron en coche a Chinatown. Siempre era lo mismo después de que Crotty viera un fiambre. De día o de noche, la sala de arriba del Wo Fat siempre estaba abierta para Crotty después de ver un cadáver. Unos rollitos de primavera, pollo con anacardos, un plato de cerdo agridulce, una ración de chaio-tzu al vapor y Crotty empezaba a sentirse mejor. Comía, tiraba los dados y se leía las tiras cómicas. Y siempre se preguntaba, Frank, si alguien se estaría follando a Ella Cinders. Eso le daba tiempo a organizar sus pensamientos sin tener que preocuparse de Fuqua y sus patronos definidos. Las esquelas, también. Una página de muertes por causas naturales ejercía un efecto relajante en Crotty.

—Mañana es el funeral de Chet Hanrahan —dijo.

Tom Spellacy asintió. Tenía la cabeza en otra parte. Debían de haber llevado a la chica a la Treinta y nueve con Norton desde otro lugar. Donde debía de haber un desastre de cuidado, pensó. A menos que la hubieran troceado en una bañera. Lo que significaba que la casa debía de tener agua corriente. Una casa, no un piso. En un piso los gritos habrían llamado la atención. Y la casa debía de estar en alguna zona apartada, por el mismo motivo. El enfoque de la zona apartada, lo llamaría Fuqua.

—¿Estará el monseñor en el altar? —preguntó Crotty.

—Creo que sí —dijo Tom Spellacy, obligándose a volver al Wo Fat.

Sabía que era imposible meterle prisas a Crotty. Sí, Des estaría en el altar. Chet Hanrahan era, o había sido, presidente del Fondo de Construcción de la archidiócesis. Des nunca se perdía los funerales importantes.

—Un hombre magnífico, el monseñor —dijo Crotty.

Tom Spellacy sonrió para sus adentros. Crotty siempre llamaba a Des «el monseñor», y se refería a todos los religiosos por sus títulos. El monseñor. Su excelencia. Su eminencia. Padre. Se confesaba uno con el padre. Se oía decir misa al padre. Nunca se discutía con el padre. Y nunca se molestaba al padre con los detalles de los negocios en Culver City con una panda de chinos. El padre estaba para los pecados. Nada más.

—Le pedí al espléndido Chester Hanrahan que metiera dinero en mi motel —explicó Crotty—. Lo único que le saqué fue un montón de palabrería sobre la inflación, el aumento del paro y el elevado coste de los materiales de construcción. Bueno, de ahora en adelante le dirá que no a los gusanos, mira tú por dónde. Cabrón beato irlandés, haciendo negocios con gentuza como Jack Amsterdam y no conmigo. Debía de dedicarse a hacer la vista gorda a jornada completa, con lo que Jack roba...

Crotty dejó la frase a medias. Evitó la mirada de Tom Spellacy y sirvió té verde

para los dos.

Jack Amsterdam.

El nombre quedó flotando entre ambos.

Jack Amsterdam.

Jack A.

Principal constructor para la archidiócesis y pilar de la comunidad. Edificaba gimnasios y daba nuevos altares a la Iglesia. Invitado a cenas de gala en honor de dignatarios mexicanos de visita. Receptor de fotografías autografiadas del gobernador de Baja California y el arzobispo de Veracruz. Amigo de monseñor Desmond Spellacy. A Tom Spellacy le inquietaba no saber cuánto sabía Des. Sobre Jack A. y sobre él. Y sobre Antivicio de Wilshire. Estaba seguro de que Jack A. todavía sacaba tajada de Antivicio de Wilshire. Probablemente era lo que donaba al Fondo de Construcción. Brenda trabajaba para Jack A. En el departamento había quienes creían que los mil cien que él llevaba en la cartera la noche en que disparó a Lenny Lewis procedían de Jack A. Suponía que una definición estricta de aquellos mil cien lo convertían en un cobrador a sueldo. El término le hizo estremecerse.

—Bueno, hablando de cosas serias —dijo Crotty. Un buen modo de cambiar de tema, pensó Tom Spellacy. Era una cosa buena de Frank. Era buen policía, pero no creía en las definiciones estrictas—. ¿Qué opinas?

—Así de entrada diría que ha sido un pirado —respondió Tom Spellacy.

—Pareces la puta Mary Worth, la de las tiras cómicas —dijo Crotty—. Cuando Jim se trajina a Susan y su esposa Alice está en casa llorando con los críos. «Así de entrada diría que Jim tiene relaciones con Susan», le dice Mary a Alice. Como si Alice fuera tonta o algo así. Pues claro que es un pirado.

Jack Amsterdam se había esfumado.

—Ni documentos de identidad, ni ropa —siguió Tom Spellacy—. Tal y como le han dejado la cara, será difícil sacar un molde de la dentadura.

—Lo que me intriga es que no haya nada de sangre en ninguna parte —dijo Crotty—. Lo que significa que alguien tuvo que llevarla allí.

—Lo que significa que llevaba muerta seis o siete horas cuando ese alguien la tiró allí.

—Las marcas de derrape son nuestra mejor apuesta —dijo Crotty.

—O sea que tenemos poca cosa.

—O sea que no tenemos nada —remachó Crotty.

Tom Spellacy abrió su libreta.

—Necesitamos una lista de crímenes sexuales con el mismo *modus operandi*.

—Hay que investigar a todos los delincuentes sexuales conocidos.

—Y sus coches, para buscar manchas de sangre.

—Hacer correr la voz entre los talleres y los desguaces de que avisen si llega algo con sangre en los asientos.

—O en el maletero.

—Probablemente deberíamos echar un vistazo en la trena, a ver si se ha escapado algún delincuente sexual hace poco.

—Y también en los manicomios —dijo Tom Spellacy.

Crotty dio un sorbo a su té.

—A Fuqua le encantará. El enfoque sistémico. Sabes lo que sacaremos, ¿no?

—Mierda —dijo Tom Spellacy—. Mierda para los periódicos.

—Exhibicionistas —detalló Crotty—. Tipos que cagan en las aceras. Huelebragas. Tipos que se enamoran de sus zapatos. El figura que se la pela en la línea 43 del autobús. Gente así. De esa que te dan ganas de invitarla a casa por Navidad para que conozcan a la parienta y regalarles un misal. Gente agradable para tenerla en casa, si cuentas con un par de guantes para darles la mano. ¿Y para qué vamos a trincarlos? Para encontrar a un tipo que troceó a una chica que tiene una rosa tatuada en el coño. Como mi anciana madre. No había quien sacara a mamá del salón de tatuajes. La flor en el coño, la polla en las tetas, esos eran los favoritos de mamá. Una gran polla de negro, de dos palmos, a mamá le chiflaba. Siempre que podía se la enseñaba a la mujer de Doc Daugherty, Sadie, durante el vía crucis.

Tom Spellacy se acabó su cerveza.

—Tengo un motel que dirigir, eso es lo que te digo —prosiguió Crotty—. Si te crees que voy a perder una hora de sueño por saber quién liquidó a esa damisela, estás equivocado, pero que muy equivocado, si te lo crees. Que le den por culo, digo yo. Y tú también deberías decirlo. Ya sabes cómo vamos a resolver esto. Dentro de un par de años, traerán a un pringado que se ha saltado un semáforo en rojo. «Lo hice yo», dirá. «¿El qué?», le preguntaremos. «Matar a aquella chica de la rosa tatuada en el coño», dirá. «¿Cuál de ellas, cojones?», diremos. Así lo resolveremos.

—Eso no se lo digas a Fuqua —aconsejó Tom Spellacy—. Le provocaría acidez, creo.

Crotty pidió la cuenta. Wo Fat dijo que sería una deshonra para su casa que el teniente Crotty pagase. Frank hizo una reverencia.

Cuando salieron a la calle, Crotty dijo:

—Escucha, Tom, creo que se me ha calentado un poco la boca con Jack A., allí arriba. Vamos, que sé lo amigo que es del monseñor.

—Que le den por culo —dijo Tom Spellacy.

—¿Al monseñor?

—A él también.

CAPÍTULO DOS

Monseñor Desmond Spellacy contó los visones.

Enid Fallon llevaba abrigo de visón. Theresa Dowd y Mary Devlin llevaban visones. El de Regina Gaffney tenía las pieles dispuestas en horizontal y el de Helen Donahoe en vertical. Verna Boylan llevaba uno color champán, y el de Edna Whalen era plateado.

Las lágrimas de la señora de Chester Hanrahan caían sobre su abrigo de visón.

Fue toda una despedida para Chet. El vicario general diciendo la misa solemne de réquiem, treinta curas y monseñores en el altar y todas las damas de la Liga Católica Femenina con sus visones. Buscó con la mirada a Monica Gargan. Sin Monica, no habría sido un funeral. Allí estaba, en la segunda fila, sin concederle una lágrima de ventaja a la viuda.

—Chet ha recibido doscientos once ramilletes de oraciones de momento —le había susurrado Monica durante el rosario—. ¿Cree que es un récord, monseñor? Sé de buena tinta que Andrew Costigan solo recibió ciento noventa y cuatro.

Típico de Monica conocer ese dato. Y la marca y año de fabricación de todos los coches del cortejo fúnebre. Quentin Houlihan tenía el récord de Cadillac. También se sabía el número de coronas y si eran compradas donde Jim Daley o donde Harry McAuliffe.

—Jim ofrece gangas —explicaba Monica Gargan—. Harry vende coronas de calidad. Claveles de Colorado y un gran trozo de cinta de seda con las letras doradas. Jim tiene gladiolos salmón del día anterior, y el satén barato no aguanta las letras. —Un último dato contra Jim Daley—. Todos los polacos van a Jim. Y los italianos.

—*Credo in unum Deum...* —cantaba Augustine O’Dea.

La suntuosa voz de bajo del vicario general sonaba alta y clara en toda la catedral. En un principio Desmond Spellacy debía cantar la misa fúnebre, pero la señora de Chester Hanrahan lo había vetado.

—Con todo lo que ha hecho por la Santa Madre Iglesia —había sollozado tras el infarto—, Chet se merece como mínimo un obispo.

Lo que quería era al cardenal, pero su eminencia estaba indispuerto. Un poco de gripe. Aunque Desmond Spellacy sospechaba que el auténtico motivo de que su eminencia estuviera ausente era que nunca había soportado a Chester Hanrahan.

—*Pater omnipotentem...* —El coro masculino entonó el estribillo.

El visón de Doris Doyle tenía el cuello de piel, y el de Sadie Cormier, unos puños lo bastante grandes para hacer de manguito. Dolores Kearney llevaba uno rojo, y Vitaline Dowdy, uno negro. El abrigo Chesterfield de Dan T. Champion tenía el cuello de visón.

Desmond Spellacy reparó en que Dan T. Campion estaba sentado con la delegación del departamento de policía. Bien. Dan seguía de cerca esa situación. Tomó nota mental de que debía sugerirle a su eminencia que asistiera al Baile de la Policía. Aunque fuera solo para dar su bendición. Cinco minutitos, no le llevaría más tiempo. Una foto en los periódicos bastaría. El cardenal de púrpura y armiño demostrando su solidaridad con el departamento. En un momento en que este necesitaba desesperadamente un voto de confianza. El escándalo de Antivicio había estado a punto de destruirlo. El alcalde suspendido, el jefe imputado, siete altos cargos destituidos. Un suicidio, que Dios se apiadase de su alma.

—*Oremus...*

Dio gracias a Dios de que nunca hubieran imputado a Tommy. Sabía que no era causalidad que lo hubieran trasladado de Antivicio de Wilshire cuando lo hicieron. Sin embargo, eso era todo lo que sabía y quería saber. Apartó a Tommy de su cabeza. El problema inmediato era llevar al cardenal al baile. Su eminencia deploraba la apariencia de oportunismo, aunque no el oportunismo en sí. No valdría de nada argüir que el nuevo jefe de policía, que pronto sería nombrado, agradecería el favor, y nunca estaba de más tener un amigo en el departamento. Se imponía algo más elevado. Una beca, tal vez. Repasó las posibilidades. Una educación universitaria costeada por la archidiócesis. Cuatro años en la Universidad de Loyola. Sabía que podía conseguir el visto bueno de los jesuitas, que querían la aprobación del cardenal para ese nuevo colegio mayor. Una educación en Loyola, pero ¿para quién?

El hijo de un policía muerto en acto de servicio.

Eso serviría. Su eminencia podía anunciar la beca en el Baile de la Policía. El cardenal no se dejaría engañar, pero se guardarían las apariencias.

—*Lavabo inter innocentes...* —entonó el obispo O’Dea.

Apariencias. Ese día Desmond Spellacy las tenía muy presentes. Augustine O’Dea, por ejemplo. Alto, casi sesentón, con unos hombros enormes y esa melena blanca como la nieve. La viva imagen de un obispo. Solo tenía una pega: era un memo. Una opinión que, como bien sabía Desmond Spellacy, el cardenal compartía. Esa voz sonora y retumbante, siempre dispuesta a hablar de san Patricio y las serpientes o del día que Babe Ruth le saludó en el estadio Comiskey Park. Dos de sus temas favoritos (Desmond Spellacy le había apretado un día a propósito de Babe y lo que el jugador de béisbol le había dicho en realidad era: «Qué pasa, chaval»). Pero... Siempre había un «pero». Augustine O’Dea tenía algo que parecía divertir al cardenal. Aborto, Hugh Danaher escuchaba los interminables monólogos sobre el día en que la pequeña Bernadette se encontró con Nuestra Señora en Lourdes o la ausencia de serpientes en la querida Irlanda. ¿De verdad, Augustine? No lo sabía, Augus ti ne. Era como si el vicario general ofreciera al cardenal su único respiro entre el tedio bizantino de dirigir la archidiócesis.

La presencia de Augustine O’Dea podría haber dado lugar a una situación peliaguda. Desmond Spellacy estaba seguro, pero el cardenal lo había manejado a la perfección. Era cuestión de vestir a la mona de seda. Al fin y al cabo, Hugh Danaher solo era un desconocido coadjutor de arzobispo en Boston cuando sucedió a Daniel Shortell, que había muerto discretamente a sus noventa y un años y había dejado la archidiócesis, en una palabra, arruinada. Fue fácil desembarazarse de la mayor parte del lastre que se había acumulado en torno al arzobispo Shortell, pero Augustine O’Dea era vicario general, segundo al mando de la archidiócesis, y había esperado ser el sucesor. La solución de Hugh Danaher fue exquisita por su sencillez: se limitó a aprovechar la imponente apostura del vicario general. Si había una cinta que cortar o un desayuno de comunión al que asistir, allí estaba Augustine O’Dea posando para los fotógrafos y hablando de su plan para enviar una felicitación de Navidad a todos los católicos de la Liga Americana de béisbol. A causa de su larga amistad con Babe Ruth, claro. Sobre sus anchos hombros fue acumulándose título tras título, cada uno más absurdo que el anterior. Director del Apostolado de la Oración, presidente de las Sociedades de Nuestra Señora, director del Congreso Eucarístico de Sacerdotes, director espiritual de la Liga de Duros de Oído.

Típico de Hugh Danaher, pensó Desmond Spellacy. Tenía un don para convertir un contratiempo en una ventaja. Un hombre complejo. Desmond Spellacy dudaba que llegase a conocer nunca realmente al cardenal, salvo por una cosa: nunca intentaría jugarla. Incluso a su edad, que se acercaba a los ochenta años, en el duodécimo de lo que, cuando lo nombraron arzobispo, se le había antojado solo un cargo provisional, el cardenal podía ser implacable. Desmond Spellacy se estremeció. Había visto al cardenal en acción demasiadas veces. Aquella mirada fría, donde los segundos parecían horas. Había visto desmoronarse sacerdotes bajo aquella mirada. John Tracy, de sesenta y ocho años, que había preguntado a su eminencia por qué nunca lo habían nombrado párroco. La mirada. Hasta que el pobre John Tracy lloró. El cardenal no tuvo que dar la respuesta que daba pavor a John Tracy: porque eres homosexual.

Fue gracias a ese carácter implacable como logró liquidar la deuda de cinco millones de dólares que había dejado Daniel Shortell. Y crear veinte nuevas parroquias, dieciocho nuevos institutos y sesenta y cuatro nuevos colegios religiosos. Desmond Spellacy sabía cómo temblaba el laicado rico cuando Hugh Danaher apretaba las clavijas.

—Si Mary O’Brien, una camarera de hotel, puede donar setenta y cinco centavos para el Fondo de Construcción, espero que Randle J. Toomey, que aspira a ser caballero de honor de la Orden de Malta, done setenta y cinco mil dólares.

Y no en privado: en el almuerzo anual de la Sociedad del Santo Nombre. Surtió efecto. El papa recompensó a Hugh Danaher con un sombrero rojo. Líder espiritual de un rebaño que ascendía a un millón doscientas cincuenta mil personas. Un contable vestido de armiño, más bien, según decía el cardenal. Tipos de interés,

costes de obra y valores inmobiliarios. Esos eran los problemas que ocupaban sus días. La aplicación de las leyes matrimoniales y la gestión eficaz de hospitales, orfanatos y cementerios.

Apariencias, pensó Desmond Spellacy. La mona vestida de seda. Un líder espiritual. Se preguntó si Augustine O'Dea estaba al corriente de la existencia de aquel pólipo en la próstata del cardenal. No lo creía. Últimamente Augustine O'Dea estaba entusiasmado intentando perfeccionar su imitación de Al Smith. Mejor no agobiarle. Enterrar a Chet Hanrahan. Un nuevo presidente del Fondo de Construcción, ese era el problema inmediato. No si Desmond Spellacy iba a suceder a Hugh Danaher.

—*Orate fratres...*

En el primer banco, la señora de Chester Hanrahan se inclinó hacia el féretro de su marido y emitió un sonoro lamento. El organista del Instituto de la Inmaculada Concepción empezó a tocar «Lovely Lady Dressed in Blue». Era el «número» favorito de Chet, según la viuda, del mismo modo que la Inmaculada Concepción era su instituto favorito, porque fue allí donde cosechó su primer éxito recaudador, al bordar la campaña por el nuevo gimnasio con seis colectas bajo el lema «Mójate por una piscina en un centro católico».

El volumen de los sollozos de la señora de Chester Hanrahan parecía avergonzar a sus dos hijos, el hermano Bede Hanrahan de los atanasianos y la hermana Mary Peter Hanrahan de las hermanas salesianas de San Juan Bosco. Qué regalo caído del cielo para las salesianas y los atanasianos, pensó Desmond Spellacy. Algo que nunca se había imaginado Chet Hanrahan era que sus dos hijos se hicieran religiosos. Y ahora los atanasianos y las salesianas algún día se repartirían la constructora Hanrahan.

—Es una puñetera lástima, Des —había dicho Chester Hanrahan cuando su hijo entró en los atanasianos—, que ese chico no le tenga más respeto a su madre.

Si había algo que Desmond Spellacy no había querido comentar con Chester Hanrahan era la vocación de su hijo. Los atanasianos eran una orden mendicante que consagraba su vida a los servicios más humildes.

—Oyó la llamada, Chet —respondió con decisión.

—¿Para limpiar el cagadero de un asilo cualquiera? —preguntó Chester Hanrahan.

—Si es feliz, Chet.

—Metido hasta los codos en meados, ¿a eso lo llama ser feliz? ¿Qué pasa con su madre? Si tenía que meterse, ¿por qué no se hizo cura, en vez de un puñetero hermano? Por lo menos así su madre podría verlo decir misa, si fuera cura, o montar unos ejercicios espirituales. Podría comprarle un coche. ¿Qué va a hacer ahora? ¿Regalarle un bote de Ajax y mirar cómo friega orinales?

Uno se deja los cuernos, había protestado Chester Hanrahan con amargura. Y se los había dejado. Pionero de las parcelaciones. Del Cerro Heights. Fairway Estates. Rancho Rio. Wishing Well Meadows. Cada nuevo terreno anunciado con carteles en todas las arterias de tráfico. «¿Habrán canalizaciones subterráneas en Del Cerro Heights? “¡SÍ!”, dice Chester Hanrahan». «¿Habrán agua corriente en Fairway Estates? “¡SÍ!”, dice Chester Hanrahan». «¿Habrán escuelas de barrio en Rancho Rio? “¡SÍ!”, dice Chester Hanrahan».

Fue por la cuestión de las escuelas de barrio en Rancho Rio, en realidad, por lo que Chester Hanrahan entró oficialmente en la vida de Desmond Spellacy. Aquel día, hacía siete años, en el que se encontraba en la sauna del Club de Campo de Knollwood con Dan T. Champion, abogado de la archidiócesis.

—El otro día hablaba con Chet Hanrahan —dijo Dan T. Champion—. Tiene un gran proyecto urbanístico nuevo. Rancho Rio, creo que se llama. Le gustaría regalarle una parcelita a su eminencia para una escuela. ¿No te parece un gesto extraordinario, Des?

Desmond Spellacy asintió sin mucho entusiasmo. El menudo abogado era tan retorcido que podría dormir encima de un sacacorchos. Se imaginaba su conversación con Chester Hanrahan. «Deja que lo presente a través de Des Spellacy, Chet. No es más que un crío, está verde, verde. No creo que tenga ni treinta años. Aprendió a sumar en el seminario, donde les enseñan a contar en billetes de un dólar». Había una comisión para Dan T. Champion, además de su iguala de la archidiócesis, si transmitía una oferta de Chester Hanrahan. De eso Desmond Spellacy estaba seguro.

—¿Así que le está costando quitarse de encima sus terrenos, Dan?

—Dios mío, qué suspicaz eres, Des —dijo Dan T. Champion.

—No se está vendiendo, Dan —insistió Desmond Spellacy—. Necesita algo que lo ponga en marcha. Y la ciudad no quiere poner una escuela ni el condado un campo de golf. En esa misma parcela que ofreció a las dos administraciones antes de su generosa oferta a nosotros. —Se preguntará cómo sé todo eso, pensó Desmond Spellacy. Y deducirá que ha sido por Sonny McDonough. El único católico de la junta supervisora del condado—. Dicen que ha alargado más el brazo que la manga. Los bancos quieren retirarle el crédito.

—Eres un tipo listo, Des, eso es exactamente lo que le dije a Chet. Poca broma con Des Spellacy, le dije. Su eminencia sabía lo que se hacía cuando te nombró ecónomo. Aunque hubo quien dijo que el pobre chocheaba al colocarte tan arriba. Pero yo no. «Nunca subestimes a Des Spellacy», es lo que yo decía. «Un tipo muy espabilado», es lo que yo decía. «Cara de duende, cabeza de árabe». Con esas mismas palabras. —La gruesa capa de labia con el cerebro haciendo clic a toda prisa por debajo—. ¿Qué, te lo contó Sonny, eh?

—Un pajarito.

—Sigue siendo una gran oferta, Des —dijo Dan T. Champion—. Y no digamos si a Chet se le ocurriese añadir diez mil dólares para el Fondo de Construcción.

—Temo que se quede en blanco, por lo que dicen.

—Eres la mar de ingenioso, Des —dijo Dan T. Champion—. No como la mayoría de los curas, lamento decir. Hay algunos a quienes saludas y solo pueden hablarte de cómo bailaba Jimmy Dahill el Simpático cuando cumplió los cien años en el salón de actos de la parroquia. Y lo fantástico que era que Tommy Lawler, el famoso avalador, hubiese fallecido rezando el rosario. —Se envolvió bien con la toalla turca—. Creo que podría convencer a Chet de que dejase que su constructora levantase la escuela a precio de coste.

—¿Y qué contabilidad me tocará ver, Dan?

—No todos los padres tienen tan buena cabeza para los negocios, Des —dijo Dan T. Champion—. Podrías exprimir sangre de una piedra, eso es lo que me gusta de ti. Y lo que a Chet le gusta, también.

—Y pongamos que echas lo que te pague Chet al Fondo de Construcción —remachó Desmond Spellacy—. O si no Chester Hanrahan ya puede ir preparando la suspensión de pagos.

Y así fue como se construyó Santa Eugenia en Rancho Rio. Y Chester Hanrahan recibió la banda de la Orden de Malta y aceptó el ofrecimiento del cardenal de presidir el Fondo de Construcción. Todo gracias a una conversación en la sauna del Club de Campo de Knollwood.

—*Domine, non sum dignus...*

Un nuevo presidente del Fondo de Construcción. Era su elección, y lo sabía. Sometida solo al veto del cardenal.

—Tantea un poco la situación —dijo el cardenal la mañana después de que Chester Hanrahan muriera—. Juega un par de rondas de tenis, unos sets de golf.

La recomendación le mosqueaba. El cardenal conocía los términos correctos tan bien como él; se preguntó por qué le había pinchado su eminencia. Quizá era su manera de sugerir que le habían llegado quejas sobre el ecónomo desde el clero. Quejas sobre la cantidad de tiempo que pasaba en vestuarios de club de campo dorando la píldora a los peces gordos de la archidiócesis. Desmond Spellacy había oído los rumores. Además, a los curas tampoco les gustaba su manera de entrometerse en los asuntos parroquiales. Si había algo que un párroco defendía con celo, eso era la libertad para dirigir su feligresía como le pareciera. El precio de una nueva caldera no era asunto del economato. Desmond Spellacy no funcionaba así. «No», había dicho al nuevo altar de mármol de Carrara en Santo Domingo; demasiado caro. No al nuevo campo de béisbol en el Santo Redentor. «No a menos que piense celebrar la misa solemne en la tercera base, padre. Antes pague la deuda de su iglesia. Y hablando de su iglesia, padre, huele como un vestuario». El tacto nunca había sido su punto fuerte. Y por eso, los párrocos se quejaban.

Desmond Spellacy sabía que lo criticaban porque no se atrevían a criticar al

cardenal. Lo que ellos no sabían era que el plan para limitar su independencia procedía del cardenal en persona. La centralización, decía el cardenal, era el único modo de recortar costes y suprimir déficits. Si a los párrocos no les gustaba... ahí entraba en juego él. Desmond Spellacy no se hacía ilusiones a propósito del lugar que ocupaba en los planes del cardenal. Era una mezcla de pararrayos, sicario y contable. Alguien hacia quien desviar a los párrocos para quitarle presión al cardenal. Lo bastante joven para no estar contagiado con ideas anticuadas sobre cómo dirigir una parroquia o haber forjado amistades que no pudiera romper. En caso de necesidad. Lo bastante implacable para echar a un monseñor viejo. En caso de necesidad. Lo bastante duro para discutir sobre decimales con un banquero protestante o apretarle las clavijas a un constructor. En caso de necesidad. En otras palabras, un hombre para hacer el trabajo sucio. «Unas rondas de tenis, unos sets de golf». Desmond Spellacy ya sabía lo que quería decir el cardenal: ándate con ojo. Un paso en falso y te conviertes en un lujo caro. Y Desmond Spellacy salta por la borda.

No si puedo evitarlo, pensó.

—*In principio erat verbum...*

Oyó la tos. Aquella tos inconfundible. Desmond Spellacy escudriñó la catedral. Aquella tos violenta y repulsiva significaba que Jack Amsterdam andaba por allí. Es de lo más normal, pensó. Jack había tenido negocios con Chet Hanrahan. Además, le interesaría conocer a quien estuviera destinado a ser el nuevo presidente del Fondo de Construcción. Porque el nuevo presidente del Fondo de Construcción tendría que hacer negocios con Jack. Porque, en aras de las finanzas centralizadas, Desmond Spellacy había concedido diecisiete millones de dólares en contratos de obra a Jack Amsterdam. Escuelas, hospitales, conventos, iglesias, rectorías. No había nada de lo que alarmarse. El cemento era bueno. No se había caído nada todavía.

«No se ha caído nada todavía». Vaya pensamiento más macabro, por los clavos de Cristo. Desmond Spellacy se persignó enseguida y pidió perdón por tomar el nombre de Dios en vano.

La cuestión era que Jack tenía algo que llamaba a los pensamientos de ese tipo. Lo que le había sucedido a Ferdinand Coppola cuando presentó su oferta para la contrata del nuevo Hospital de San Columba era un caso ejemplar. La noche antes de que se abrieran las plicas, dos de las grandes grúas de Ferdie volcaron y cayeron al río Los Angeles. «Un fuerte temporal de viento de Santa Ana» tumbó sus grúas, dijo Ferdie. Y retiró su oferta. Cada uno de aquellos trastos pesaba seis toneladas, y nunca las había volcado una ráfaga de viento.

—Es un negocio muy duro, muchacho —le dijo Dan T. Campion—. No te metas en él.

Y así Jack Amsterdam consiguió la contrata para construir San Columba.

—O sea que Jack se ha vuelto legal —había comentado Tommy al enterarse del

asunto de la contrata.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Desmond Spellacy.

—Quiere decir que estás haciendo negocios con una buena pieza —dijo Tom Spellacy—. Él y su eminencia se entenderán de maravilla. Si alguna vez oyes su confesión, llámame sin falta. No me la perdería por nada del mundo. Apuesto a que dice muchas palabrotas. Y seguro que en Pascua se saltó la abstinencia.

Desmond Spellacy escogió sus palabras con cuidado. Quería informarse sobre Jack, pero no estaba seguro de querer oírlo de labios de Tommy.

—¿O sea que has estado investigando?

—No hay nada que investigar. Está limpio.

—Ahí tienes.

—Escucha, Des, María Magdalena también estaba limpia, pero antes había sido puta, o eso me dijo alguien una vez. Y nada más apuntarse a lo de J. C., alguien borró su historial.

—Muy gráfico —dijo Desmond Spellacy—. ¿Y qué te dice ese alguien de Jack?

—Que los espaguetis le dejan en paz, para empezar. Intentaron comerle el terreno hace unos años; los espaguetis, digo. Y lo que cuentan es que Jack cogió a un espagueti de Detroit y lo dejó seco. Dominic. Dominic LoPresti, así se llamaba. Jack cogió a Dominic y lo metió en la secadora de una lavandería que hay en Lincoln Heights. El pobre cabrón se encogió tanto que pesaba diez kilos.

Era una clásica anécdota de Tommy. A su hermano le gustaba contar historias sobre la clase más baja de comportamiento humano. Historias que era improbable que Desmond Spellacy oyera en confesión. Esa vez, sin embargo, la anécdota parecía contener una advertencia implícita. Desmond Spellacy borró de su cabeza la insinuación.

—¿Lo sabes a ciencia cierta?

—Des, deja que te diga una cosa. No conozco a ciencia cierta al Espíritu Santo, pero tú estás en el ramo del Espíritu Santo, de modo que, cuando me hablas de él, me lo creo.

—O sea que debería creerte.

—O sea que, si quieres revolcarte en la mierda y pensar que son tréboles, no me creerás cuando te digo que este sujeto es un mal compañero de cama. De modo que cambiemos de tema. Siento haberlo sacado.

La construcción del Hospital de San Columba fue el principio de una larga y fructífera relación entre la archidiócesis y Jack Amsterdam. Ninguno de los demás constructores presentaba proyectos contra los suyos. Quizá por lo elevado del coste de las grúas. Sin embargo, acababa de surgir la historia del asfalto. Chet Hanrahan la había mencionado antes de morir. Diez toneladas de asfalto, decían las facturas de Jack, pero lo que se rumoreaba era nueve toneladas de asfalto y una de arena. Lo que significaba que estaban estafando al cardenal el valor de una tonelada de asfalto.

—No me lo creo —dijo Dan T. Champion—. El que ha hecho correr esa historia es

Ferdie Coppola, y todo el mundo sabe que Ferdie es un amargado.

—Veinticinco de los grandes, tengo entendido que costaba cada una de aquellas grúas —comentó Desmond Spellacy—. A lo mejor por eso está tan amargado.

—El seguro lo cubrió —dijo Dan T. Champion—. Hice que Phil Leahy repasara las pólizas por mí. Los daños causados por el viento eran algo que Ferdie tenía específicamente cubierto.

—Creo que a lo mejor deberíamos preguntar a Phil Leahy si tenemos alguna póliza para el caso de que alguien tome el pelo a su eminencia. No dejo de oír historias.

—De tu hermano el policía —dijo Dan T. Champion—. Esos siempre piensan lo peor. Son historias viejas, Des, nunca demostradas. Jack mira adelante, quiere compensar.

—¿De qué?

—De cualquier error que pueda haber cometido —respondió Dan T. Champion.

—Dinero para pagar conciencias, quieres decir —protestó Desmond Spellacy.

—Sigue siendo verde, por lo menos la última vez que miré —dijo Dan T. Champion—. Tienes que pensar a largo plazo, Des. Si dona setenta y cinco mil dólares al Fondo de Construcción, no puedes desconfiar de él por una tonelada de asfalto. Suponiendo, que no lo suponemos, que la historia de Ferdie sea cierta.

—Hay una palabra para definir esos setenta y cinco —dijo Desmond Spellacy—. Se me pasa por la cabeza «soborno».

—Un seguro —corrigió Dan T. Champion—. «Seguro» es la palabra que yo usaría. Jesús, María y José, Des, es parte de la concesión. Jack construye buenos hospitales. También hace buenas escuelas. Pero si pides a un constructor que esté en estado de gracia todo el tiempo, dirás la misa en un tipi. Y su eminencia también. Pillaría un resfriado, creo yo, un hombre mayor como él.

—Se lo diré a su eminencia —dijo Desmond Spellacy—. Le diré que te preocupa que se le congestione la nariz por decir misa en un tipi. Le diré que crees que el mejor modo de librarse de un resfriado como ese es no olisquear cerca de ningún asfalto. Seguro que su eminencia agradece el diagnóstico.

—Hazlo, Des —replicó Dan T. Champion—. Coge la báscula de tu baño y llévatela al chiringuito de Jack, y pesa diez toneladas de asfalto. Ensucia mucho, me han dicho, pero hazlo. Después se lo dices a su eminencia y su eminencia te encontrará una parroquia muy cuca en medio de Nebraska. Se vive bien en Nebraska, dicen. Se aprecia el cambio de las estaciones. Cuarenta grados en verano, cuarenta bajo cero en invierno.

—Me pregunto una cosa de ti, Dan. ¿Cuándo fue la última vez que tu mano derecha supo lo que hacía la izquierda?

—En 1908 —respondió Dan T. Champion, recreándose en la pronunciación y acompañándolo de una risotada y una palmada en la espalda.

—*Et verbum caro factum est...*

Había ocasiones, pensó Desmond Spellacy, en las que Dan T. Campion le preocupaba más que Jack Amsterdam. Claro que Dan tenía su utilidad. El cardenal estornudaba y Dan T. Campion echaba mano de su pañuelo. Lo que inquietaba a Desmond Spellacy era pensar qué otras narices limpiaba. Dale diez manos y robará con nueve y se santiguará con la décima, había dicho Chet Hanrahan. Y Chet no era ningún monaguillo. Motivo por el cual era tan importante el nuevo presidente del Fondo de Construcción. Necesitaba a su propio hombre. Alguien que, por no andarse con rodeos, le perteneciera. Alguien que tuviera vigilado a Dan T. Campion. Alguien que hiciera saber a Neddy Flynn, Emmett Flaherty y los demás constructores católicos (¿había algún constructor que no fuera católico?, se preguntó de repente) que debían competir con Jack Amsterdam por cualquier nuevo proyecto de construcción. Una cosa podía decirse de Neddy y de Emmett: nadie recogería el periódico por la mañana y leería que habían metido a alguien en una secadora. No habría historias viejas, nunca demostradas. Al menos no historias viejas con las que no pudiera vivir.

El nuevo presidente. Alguien que le ayudase a desbancar a Jack. Llegado el momento.

¿Quién?

Phil Leahy ya no daba abasto con los programas diocesanos de seguros. Ed Ginty habría resultado perfecto, si no estuviera en la penitenciaría por desfalcar aquellos noventa y tres mil dólares. Devlin Perkins, pero era un converso y su mujer presidía el Gremio Episcopaliano de Obras Benéficas. Una pasa protestante, llamaba Dan T. Campion a Adela Perkins. Dale un mordisco y te limpiará como un purgante. Dándose aires y llamándose episcopaliana, decía Dan, cuando no era más que otra protestante de tres al cuarto. ¿Fernando Figueroa? No cuando Tony García ya era el director laico de la Oficina de Bienestar. El laicado rico no vería con buenos ojos a dos mexicanos...

¿Quién, pues...?

El vicario general estaba ungiendo el féretro con incienso y recitando las oraciones fúnebres. ¿Por qué compra la gente ataúdes como este?, se preguntó Desmond Spellacy. Todo de teca con asas de plata. Un banquete para las termitas y los gorgojos. Una despedida de la que enorgullecerse. La despedida de superlujo de McDonough & McCarthy...

Sonny McDonough.

Era una posibilidad. Una posibilidad real. Miembro de la Junta de Supervisores del condado. Presidente de la Comisión de Urbanismo, además, algo que siempre resultaba útil en los trámites de recalificación. Una vida dedicada al servicio público después de haberse hecho rico con las pompas fúnebres y los cementerios. Estaba dejando que Chócala McCarthy dirigiera el negocio. John McCarthy, pensó Desmond Spellacy. Tenía que recordarlo. Desde que había sido investido caballero de San

Gregorio, Chócala insistía en que lo llamasen John.

Desmond Spellacy repasó las pegadas de Sonny McDonough. Sonny cantaba el «Tantum Ergo» en la ducha. Concretamente, Sonny cantaba el «Tantum Ergo» en la ducha después de jugar a golf con Desmond Spellacy. Era inútil esperar a que Sonny acabase. Era inútil hacer tiempo en el vestuario hasta que terminase de ducharse. A menos que uno quisiera resfriarse u oler mal. De modo que a la ducha. Y allí estaría Sonny, enjabonado de arriba abajo. «*Tantum ergo, Sacramentum, Veneremur cernui; et antiquum documentum...*». El recuerdo hizo estremecerse a Desmond Spellacy.

—Una gran canción, ¿verdad, Des? —decía siempre Sonny McDonough.

Y cantaba otro himno: «Con la cabeza alta y al grito de acción católica, con la Cruz como única espada». Una canción hecha para esa voz. Cuando Sonny se sentía tenor, entonaba el «Lovely Lady Dressed in Blue». Otra gran canción. «Trata de Nuestra Santa Virgen», le había informado Sonny la primera vez que atacó el «Lovely Lady» en la ducha.

Sonny era un idiota. Un idiota que creía ventajoso cantar himnos delante de un cura en un vestuario. Sin embargo, no dejaba de ser una clara posibilidad. Y era un modo de convencer a Sonny de hacer descuento en los costes funerarios de todas las monjas y sacerdotes que morían al año en la archidiócesis. Una idea que no entusiasmaba demasiado a Sonny, a quien no obstante, si fuera presidente, se le haría muy cuesta arriba rechazar. Tommy sería una ayuda. Tommy sabría si había algún niño pequeño de color en el montón de leña de Sonny McDonough. Además de aquella rifa que se amañó por María Auxiliadora. El recuerdo resultaba doloroso para Desmond Spellacy. No fue uno de mis mejores momentos, aunque al menos sirvió para declarar ruinoso la propiedad. Sería útil saber que Sonny tenía algo turbio de antemano. La cuestión era cuán turbio.

Sonny McDonough...

Se produjo un súbito movimiento al fondo del presbiterio y luego su eminencia el cardenal Hugh Danaher apareció en el altar. Debía de haberse pensado mejor lo de su gripe, pensó Desmond Spellacy. «Mójate por una piscina en un centro católico». El cardenal bendijo el féretro y después se colocó al pie de los escalones del altar hasta que se acallaron los murmullos en la catedral.

—No es costumbre en esta archidiócesis —empezó el cardenal— pronunciar un responso en el funeral de un seglar. Sin embargo, cometería una dejación si no reconociese de alguna manera el fallecimiento de Chester Hanrahan y ofreciera mis condolencias a su devota esposa y sus dos hijos, el hermano Bede y la hermana Mary Peter, a los que entregó a su Padre Todopoderoso. —En la catedral reinaba un silencio absoluto—. Recuerdo aquel día, hace tantos años, mientras la nación pasaba de la depresión a la guerra, en que le pedí a Chester Hanrahan si tomaría las riendas del Fondo de Construcción. Creo que todos sabéis lo que respondió. «¡SÍ!», dijo Chester Hanrahan. Y a lo largo de los años, a todo lo que le pedí, fuese una caldera nueva para San Malaquías, aulas nuevas para Nuestra Señora de la Asunción, un

hospital nuevo para las hermanas de San José, ya sabéis la respuesta que recibí siempre. «¡SÍ!», dijo Chester Hanrahan...

CAPÍTULO TRES

1

Tom Spellacy se mordisqueó un padraastro mientras esperaba que se le pasara el dolor de estómago. Gases, probablemente. En los tres días transcurridos desde el descubrimiento del cuerpo en la Treinta y nueve con Norton, no había comido otra cosa que donuts y hamburguesas de la cafetería de la esquina de la Primera con Temple. Tantas horas y solo había sacado sudor y estreñimiento. Ni huellas ni identificación. Ni amigos, ni vecinos, ni jefe ni conocidos. La chica de la Treinta y nueve con Norton parecía no haber existido antes de su asesinato, del mismo modo que no existía después. Recogió el informe del turno de noche. Cinco testigos oyeron gritar a una mujer la noche del asesinato a dos manzanas de donde encontraron el cuerpo. Una investigación casa por casa. La gritona era una joven cuyo marido había regresado aquel día de hacer el servicio militar en el Pacífico con los marines. Era el primer día en que mantenía relaciones sexuales en tres años, cuatro meses y dos días. Se preguntó quién había calculado los días, la mujer o los vigilantes nocturnos.

La leche de su café se había cortado. Flotaban motas en la superficie del líquido color aceituna y la taza de papel reblandecida había empezado a traspasar. Observó cómo se extendía la mancha sobre el secante de su escritorio. Corinne usaba achicoria en su café. También echaba una hoja de laurel a sus espaguetis. En su minúscula cocina había un especiero, y cuando cocinaba él le pasaba los frascos de eneldo, tomillo, estragón, orégano y albahaca. Mary Margaret no usaba hierbas ni especias. Las especias daban diarrea, según ella. Mary Margaret tampoco le hacía en la cama las cosas que hacía Corinne.

Tomó nota de que debía llamar a Corinne.

Mary Margaret tenía a san Bernabé.

Él tenía a Corinne.

—¿Va a encerrarme o qué? —preguntó Tommy Diamond.

Había olvidado que Tommy Diamond estaba allí sentado, manoseando los papeles de su bandeja de salida.

—No toques nada —dijo Tom Spellacy.

Tommy Diamond era la única persona que conocía que se hacía la raya en medio.

—Fui yo.

Tommy Diamond tenía una pensión por incapacidad de la compañía de agua y electricidad. Había resbalado en un charco de gelatina derramada en la cantina de la empresa. Tenía la espalda torcida, no podía hacer de oficinista y desde entonces disponía de tiempo libre.

—¿No te cansas nunca de confesar, Tommy?

—Fui yo.

—¿Eres marica?

—Si tuviese la espalda bien, le tiraría por la ventana; mira que decir eso...

—Van dieciséis homicidios que confiesas desde que estoy en el centro. ¿Qué otra cosa voy a pensar? Quieres ir a la trena y ser la novia de alguien. —Se inclinó por encima de la mesa—. ¿Tomas o das?

Tommy Diamond sonrió.

—¿Ha confesado alguien más?

Mejor hablar con Tommy Diamond que pensar guarrerías sobre Corinne.

—Dos marines de Pendleton.

—A punto de embarcarse, me juego lo que sea. No querrán luchar por el Tío Sam. A tomar por culo las barras y estrellas.

—Entiendes de confesiones, Tommy.

—¿Quién más? Siempre hay un montón de chiflados, en un caso como este.

Se rio.

—Un borracho del talego de Lincoln Heights.

Tommy Diamond sacudió la cabeza.

—He estado allí. No puedes darte la vuelta sin que alguien te mee en la cara. Yo diría que me habían contratado para cargarme al papa si eso fuera a sacarme de allí.

Fin de la comedia.

—Lárgate, Tommy.

—Lo lamentará, teniente. Un día de estos mataré a alguien y nadie me creerá.

Salen de debajo de las piedras, pensó Tom Spellacy. El día anterior, por ejemplo. Un astrólogo de Altadena preguntó la hora exacta de la muerte y prometió comunicarles el nombre del asesino al cabo de cinco días, catorce horas y doce minutos. Un hombre que se declaró doctor en percepción extrasensorial pidió permiso para fotografiar el globo ocular de la muerta; la imagen final que contuviera, dijo, sería la cara del asesino. Una mujer de Covina afirmó que el culpable era su marido. Quería una causa para el divorcio. Un casero de Studio City dijo que había sido su inquilino. Quería echarlo y doblar el alquiler.

Sonó el teléfono. Tom Spellacy se llevó el auricular a la oreja y dio un sorbo al café frío. Era peor el sabor que el aspecto.

—Así que su hija se llama Mary Lou —dijo tras un momento—. Y la última vez que vio a Mary Lou fue a mediados de enero.

—El dieciséis —respondió la mujer.

—El dieciséis de enero. —Cogió un lápiz y apuntó la fecha.

—De 1943.

—1943 —repitió Tom Spellacy—. Eso no lo había dicho antes.

—Pensaba comentarlo después.

—Vale —dijo él—. Salió a comprar tabaco.

—Siempre fumaba Philip Morris. Me dio por pensar que había salido a comprar

Philip Morris. La chica que han encontrado fumaba Philip Morris, o sea que puede ser mi hija.

—Esa fue la última vez que la vio, el dieciséis de enero de 1943.

—Exactamente.

—Y nunca llegó a denunciar su desaparición.

—Iba mucho de un lado a otro. La última vez que la vi antes de eso fue en 1939. Iba de camino a Seattle. A trabajar para Boeing, me dijo. Antes hacía copias de llaves, creo. En Tulsa. A lo mejor era Oklahoma City. Perdió un par de dedos en la prensa. Eso me dijo, por lo menos.

—Esta nuestra —dijo Tom Spellacy— tiene todos los dedos.

—Ya me lo imaginaba —replicó la mujer del teléfono—. En realidad, Mary Lou tenía cara de caballo, para serle sincera, de manera que ya me parecía a mí que no podía ser esa Belleza Misteriosa de la que hablan los periódicos.

—Ya.

—Oiga, escuche —dijo la mujer al cabo de un momento—, yo bajo mucho al centro.

—Eso está bien —comentó Tom Spellacy.

—Cojo el autobús —prosiguió la mujer—. Bajo en Figueroa con Olympic, si hace buen tiempo, y doy un paseo. Si llueve, cojo el tranvía en la Sexta. Podría parar y hacerle una visita algún día. ¿Cómo se llama?

—Diamond —contestó Tom Spellacy—. Tommy Diamond.

—Le llamaré un día de estos, Tommy —dijo la mujer—. Tal vez podamos tomar una copa. Una mujer de cincuenta y dos años... no tengo mal aspecto, o eso me digo yo. ¿Sabe jugar a carnaval?

—No lo conozco, no.

—Me siento en su cara y usted intenta adivinar mi peso —dijo la mujer—. Qué bueno, ¿eh?

Tom Spellacy colgó y renegó para sus adentros. Belleza Misteriosa. Belleza solo porque Crotty les había contado a los periodistas que tenía unas tetas y un felpudo bonitos. Misteriosa porque seguía sin identificar. No había nada de lo que tirar, ni siquiera un perfil dental, porque tenía la cara destrozada. A menos que se contara la ropa. Ropa había un montón, en realidad, si se daba crédito a todos los tarados que llamaban. Cuatro pares de medias de seda, en la esquina de Pico con Vermont. Un par de sandalias rojas, del número treinta y nueve, en el 3400 de Slauson. Unas manoletinillas negras de charol con tacón, del treinta y ocho y ancho AAA, detrás de una casa de putas para negros en West Adams. Una blusa roja que dejaba la espalda al aire. Una falda de punto de lana verde. Un bolso de cuero con una compresa Kotex dentro. Un monedero a cuadros con un paquete de preservativos Trojan dentro. Oiga, he encontrado un sujetador. Talla noventa, copa C. Encaje negro. Era de las que lleva

ropa interior de encaje negro, seguro. Un buen par, joder, seguro que tenía un buen par. Respingonas, ya me entiende. Y también he encontrado unas bragas. Con un pelo de coño rubio. Si tiene el pelo de entre las piernas rubio, esas son sus bragas, seguro.

Tom Spellacy rotó en su silla de metal y puso los pies sobre la mesa. Su despacho era un cubículo separado del espacio central de Robos y Homicidios por un endeble tabique de madera rematado por una sección de cristal esmerilado; la altura total era de menos de un metro ochenta. Por la puerta abierta veía a los detectives en la larga sala verde. El timbre de los teléfonos provocaba un estruendo constante. Había encomendado a Masaryk y Bass que se ocuparan de las informaciones que llegaban. Bass hacía las llamadas y Masaryk redactaba los informes. Daba igual que Masaryk fuese un imbécil, una bombilla de cuarenta vatios en una rosca de cien. Escribía a máquina rápido, motivo por el cual Fuqua lo había sacado de Administración y lo había hecho detective de Robos y Homicidios. Era un gran fichaje cuando uno se atrasaba con el papeleo. Siempre dispuesto a ayudar. Noventa palabras por minuto y jamás un error. Luego estaba Bass. Treinta y cinco años en el departamento y nadie podía lograr que pidiera la jubilación. «Adónde voy a ir —decía—. No tengo familia». El tipo ingresó en 1911. En 1911. Cuando estaba el puto Pony Express, decía Crotty. Siempre podía esperarse una lección de Ben Bass. Si quieres disolver una partida de cartas, decía Ben Bass, llama a la puerta y pregunta por un tipo llamado el Flaco. Siempre hay un tipo llamado el Flaco en una partida de cartas. O, si no, mea por debajo de la puerta y se creerán que es un borracho y abrirán. Mea por debajo de la puerta y pregunta por el Flaco. Treinta y cinco años en el departamento, y eso era lo que Ben Bass había aprendido.

Masaryk y Bass. El Llanero Solitario y Toro.

Cogió el teléfono y marcó el número de la Comisión de Jurados.

—La señora Morris —dijo.

—Señora Morris —dijo Corinne cuando descolgó.

—Pasaré esta noche —anunció Tom Spellacy.

—Para variar —dijo Corinne.

Tom Spellacy bajó la voz y vigiló la puerta por si entraba alguien.

—Podemos jugar a carnaval.

—Sé jugar a carnaval.

—¿De verdad?

La respuesta enfrió su entusiasmo por ella. Corinne siempre estaba lista para la cama, y en realidad sabía más del tema de lo que él podría imaginar en sus sueños más locos.

—Me siento en tu...

—Da igual —interrumpió él—. Tengo una llamada por la otra línea. Nos vemos sobre las siete.

Y ella nunca se sentía culpable.

Masaryk asomó por su puerta abierta. Llevaba el pelo muy corto y pegado al cráneo y su cara lucía una perpetua expresión de sorpresa. Si le contabas a Masaryk que el cielo era azul o el océano profundo, él trataría la información como si fuera la Resurrección de la primera Pascua.

—Ha llamado Fuqua mientras estabas al teléfono. Quiere veros a ti y a Crotty.

—¿Dónde está Crotty?

—En la sala de interrogatorios tres. —Masaryk se quedó en el umbral—. Tom...

Tom Spellacy esperó.

—Creo que es una Pista Misteriosa fenomenal. Vamos, ni siquiera he podido contárselo a mi mujer. —Levantó la mano para medio taparse la boca y susurró—: Y eso que es italiana.

La sala de interrogatorios 3 estaba siguiendo el pasillo que salía de la sala de detección de embaucadores. Tom Spellacy informó a Crotty de que Fuqua quería verlos y luego miró por el espejo falso al hombre que estaba sentado a la mesa de la sala. Le temblaban las manos y lloraba desconsolado.

—¿Quién es?

—Leland K. Standard, padre de familia —respondió Crotty—. Su esposa se llama Maureen y hay tres criaturas: Mary, Dorothy y Theresa. La pequeña Theresa es retrasada. Una de esas mongolas, creo que las llaman. El hermano de su mujer es un cura dominico. Tiene un cocker spaniel llamado Lester y gana cuatro mil quinientos dólares al año como delineante para Pacific Telephone.

—¿Coartada?

—Impepinable —dijo Crotty—. Llevó en coche al coro de la parroquia hasta el condado de Ventura. Era la velada musical de los Caballeros de Colón en San Bonifacio, en Santa Paula. Pasó la noche en el salón de actos de la parroquia. Volvió por la mañana.

Tom Spellacy perdió el interés.

—Suéltalo, Frank.

—Que se joda —dijo Crotty—. Que sufra un poco. Si no quería estar aquí, no haber tomado por costumbre enseñar el pito. —Agitó un sobre de papel manila—. Está en el archivo. «Dale la mano a esto, niñita», le suelta a una. «Caramelo líquido, pequeña», le dice a otra. Si mamá y papá hubieran presentado cargos, la estaría enseñando en el penal de Folsom, ahí es donde la enseñaría. ¿Sabes por qué no presentaron cargos? Por el cuñado dominico, nada menos. Va a ver a mamá y papá y les promete dos asientos de palco en el cielo. También les dice que el abogado de Leland K. subirá al estrado a su hijita para que cuente al jurado lo grande que le había parecido, fíjense qué horror. Qué más da que esté casado y tenga una familia. Solo es cuestión de tiempo que vuelva a hacerlo.

Por el espejo Tom Spellacy vio cómo Leland K. Standard se encorvaba sobre la mesa y hundía la cabeza entre los brazos. Siempre le sorprendía constatar cuántos

sospechosos no se daban cuenta de que el espejo era falso por el otro lado y de que estaban siempre vigilados, incluso cuando estaban solos.

—Algo que debería decirte es que he echado un vistazo a esa coral —dijo Crotty—. Doce niñas y el conductor del autobús, y ya sabemos quién era ese conductor. Nuestro amigo el del caramelo. Esas niñas tienen catorce años o menos. Tiene algo en mente, creo, y apuesto a que no es la armonía del cuatro por cuatro.

—Ya tenemos bastantes problemas, Frank, sin un dominico tocándonos las pelotas.

—Lo que intento decirte es que no hay nada de lo que preocuparse —dijo Crotty—. La mujer y las crías han salido de la ciudad, están visitando a los abuelos en la granja, ordeñando una vaca, creo. ¿Qué va a hacer? ¿Llamar al dominico y jurar por Dios que ha mantenido la bragueta cerrada desde que se meó en el ombligo de la muñeca Nancy? No te lo creas.

Fuqua esperaba enmarcado por la ventana de su despacho mientras el fotógrafo movía una silla para conseguir una posición mejor. Llevaba la americana abrochada, con los tres botones, y varillas en el cuello de la camisa para mantener las puntas firmes. Había apagado el ventilador para que no moviera los papeles de su mesa. El calor era sofocante. Fuqua le dijo al fotógrafo que incluyera en el encuadre la foto de su mujer y sus dos hijos. Tom Spellacy la miró. Los dos niños llevaban aparatos en los dientes. En la pared de detrás del escritorio de Fuqua había un diploma enmarcado que daba fe de que había aprobado el Curso de Gestión Policial de la Escuela de Criminología de Roger J. Minihan y otro certificado que reseñaba que había realizado el curso de tiro en el campo del departamento. Tom Spellacy podía sentir cómo se extendían las medias lunas de sudor por el costado de la camisa de Fuqua. El fotógrafo pidió permiso para sacar una foto más. Fuqua se puso las gafas y examinó el informe que tenía en la mano. Crotty dio un respingo cuando estalló el *flash*.

—Ya basta —dijo Fuqua, y le hizo un gesto con la mano al fotógrafo para que saliera de su despacho.

Se quitó la chaqueta, se aflojó la corbata y encendió el ventilador de la mesa. Se puso delante del aparato durante un momento, sacudiéndose la camisa mojada para separarla de las axilas.

—Quería que salierais en la foto —dijo mientras se sentaba—, pero Benny Carmody del *Times* me dijo que el *Express* ya había publicado una imagen de los tres juntos y que él quería algo diferente.

Tom Spellacy asintió.

—Me gustas más sin las gafas, Fred. Las gafas hacen reflejo.

—El reflejo ese puede fastidiar la foto —dijo Crotty.

—Puedo decirle que vuelva, si quieres —propuso Tom Spellacy.

Fuqua miró a uno y luego al otro, y después volvió a hacerse poco a poco el nudo de la corbata, aprovechando el reflejo en el cristal de su escritorio para enderezarla.

—He ido a ver a la comisión, por eso os he hecho venir —dijo. La Comisión de Selección había sido nombrada por la Junta de Supervisores para dirigir el departamento hasta que escogiera al nuevo jefe. Sin jefe, cada unidad del departamento era a todos los efectos un ejército privado dirigido por su comandante—. Les he dicho que este era un delito grave.

—El enfoque del delito grave —comentó Tom Spellacy.

—Exacto —dijo Fuqua, que no captó o prefirió pasar por alto el sarcasmo de la observación—. Exacto —repitió—. Y les he dicho que, para los delitos graves,

deberíamos tener una Sección de Delitos Graves.

—Es una idea cojonuda, Fred —dijo Tom Spellacy.

Era de sobra conocido en el departamento que Fuqua andaba detrás del puesto de jefe, pero no creía que la comisión fuese lo bastante estúpida para escogerlo a él.

—Y les he dicho que los agentes de la Sección de Delitos Graves no deberían tener otros deberes...

—Salvo los delitos graves —concluyó Crotty.

—Exacto —dijo Fuqua—. Eso es cazarlas al vuelo, Crotty. Y por eso quiero que dirijas la Sección de Delitos Graves.

Tom Spellacy miró a Crotty y luego a Fuqua.

—¿Quieres decir que la comisión te ha dado el visto bueno?

—Como has dicho, era una idea cojonuda —dijo Fuqua con una sonrisilla en la cara—. Yo tendré el control operacional y Crotty manejará el día a día. Tú serás su ayudante.

—¿Qué pasa con el jefe Davis?

Morty Davis era el vicejefe de Asuntos Internos y, desde la imputación y dimisión del antiguo jefe, había supervisado los asuntos de Robos y Homicidios.

—¿Qué pasa con él? —dijo Fuqua—. No tenéis ningún motivo para tenerle cariño.

Crotty le dio una patada en el pie a Tom Spellacy. Una advertencia para que mantuviese la boca cerrada. No, no tenía ningún motivo para tenerle cariño a Morty Davis, que había querido despedirlo cuando lo pillaron con mil cien dólares en el bolsillo. Lo curioso era que Morty Davis le caía bien. Era listo. Y honrado. Lo primero era raro en el departamento, y lo segundo más todavía.

—Bueno, pues, trabajaremos juntos —dijo Fuqua.

El muy tonto se cree que voy a sentirme en deuda con él, será cabrón, pensó Tom Spellacy. La Sección de Delitos Graves. No era más que un modo de conseguirle un título a Fuqua. Una manera de hacerle jefe. No con mi ayuda.

Fuqua metió la mano en el cajón de su mesa y sacó tres alfileres de corbata. Dio uno por barba a Crotty y a Tom Spellacy y se puso el tercero. Los alfileres llevaban grabado «H-187»: la designación de homicidio en el código penal del estado.

—Todos los hombres de la sección tendrán uno —anunció Fuqua—. Será como una segunda placa. Si llevamos nuestros alfileres, la prensa sabrá que no somos de Tráfico cuando nos presentemos en el escenario de un crimen importante.

Tom Spellacy miró a Crotty para asegurarse de que oía correctamente.

—Es una idea fantástica, Fred —dijo Crotty, que propinó una segunda patada en el pie a Tom Spellacy.

—Y al ser el primer crimen importante que investiga la Sección de Delitos Graves —prosiguió Fuqua—, le he pedido a la comisión que ofrezca una recompensa.

—¿Cuánto? —preguntó Tom Spellacy.

—Diez mil dólares.

—¿Han dicho que sí?

—Por supuesto.

Tom Spellacy silbó sin melodía. Crotty se sacó un puro del bolsillo y le dio vueltas en la boca.

—No os parece una gran idea —conjeturó Fuqua.

Crotty acercó una cerilla a la punta de su puro y le dio caladas hasta encenderlo. No hizo intento alguno de contestar.

—No mucho —confirmó Tom Spellacy por fin.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —preguntó Fuqua.

—Lo que Tom quiere decir —terció Crotty tras exhalar una bocanada de humo— es que ahora mismo ya tenemos tarados saliendo de debajo de todas las piedras de la ciudad. Si ofrecemos diez de los grandes... —Se encogió de hombros y se sacó del bolsillo una fotografía. Era la imagen de un joven mexicano. Se la pasó a Fuqua por encima del escritorio—. Ayer me llegó esto por correo.

Fuqua examinó la foto.

—¿Y bien?

—Venía con un trozo de papel. «ESTE ES VUESTRO ASESINO», había escrito alguien. Se lo pasé a la científica, a ver si podían encontrar huellas, y mandé la foto a Hollenbeck, para que la comparasen con su archivo. Ayer por la tarde, los de la científica encontraron una huella. Armadelia Luna.

Tom Spellacy rompió a reír.

—No le veo la gracia —dijo Fuqua.

—La Flor de la Calle Figueroa —explicó Crotty—. Catorce arrestos. Hurto, comportamiento indecente, ebriedad pública...

—Una vez la trinqué por robar un coche —aportó Tom Spellacy.

—Tiene un novio —prosiguió Crotty—. Rafael Saldivar. —Señaló la fotografía que Fuqua tenía en la mano—. ¿Quién puede ser...?

Fuqua le devolvió la foto.

—Se folló a otra —dijo Crotty—, y por eso ella nos envió la foto. Ahora lo lamenta...

—No veo adónde quieres ir a parar —protestó Fuqua.

—Lo que digo, Fred, es que ayer debía de haber ocho polis trabajando en esto, puede que unas sesenta horas de trabajo perdido en total.

—Si ofreces una recompensa de diez mil dólares —dijo Tom Spellacy—, tendremos que ir detrás de más pistas falsas todavía que ahora.

—No me parece que así vayamos a darle un gran estreno a la Sección de Delitos Graves —concluyó Crotty—. Necesitamos resolver esto cuanto antes. —Dio caladas a su puro durante un momento—. Tienes que pensar más allá de la Sección de Delitos Graves, Fred.

CAPÍTULO CUATRO

1

—Un alfiler de corbata —dijo Tom Spellacy cuando salieron del despacho de Fuqua—. Un puto alfiler de corbata.

Sostuvo el broche con el H-187 entre el pulgar y el índice y lo dejó caer con gesto decidido en el cenicero situado junto al ascensor.

—Quiere ser jefe —dijo Crotty.

Sacó el alfiler de la arena del cenicero, lo sacudió y se lo guardó en el bolsillo.

—Es un gilipollas —renegó Tom Spellacy—. Es un gilipollas de la peor calaña. De los que les gusta ver su nombre en los periódicos.

—¿Y quién dice que los gilipollas no pueden ser jefes? —preguntó Crotty—. Por eso ha jodido a Morty Davis. Por eso se ha sacado de la manga esta Sección de Delitos Graves. Si resuelve esto, cree que tiene una oportunidad.

—Él no va a resolver nada —replicó Tom Spellacy tajante—. Le cuesta resolver una sopa de letras. Si este año hacen jefes a los imbéciles, entonces sí tiene una oportunidad.

—Nunca ha metido las zarpas en el cepillo, dicen —comentó Crotty—. Y saca buenas notas en esos exámenes para jefes que hacen, el bueno de Fred. «Llegas a una señal de *stop* en un cruce de cuatro vías, ¿quién tiene la preferencia?». Fred siempre sabe la respuesta.

—Que seguramente aprendió en la Escuela de Criminología de Roger J. Minihan —dijo Tom Spellacy.

—Y además tiene labia —prosiguió Crotty—. Una sala llena de negros en Central Avenue y salen pensando que es mulato o algo así, con el galimatías negro que les suelta. Será Fred, si no le jodemos el invento; eso es lo que creo.

—Entonces tendríamos que dejar de buscar al hijoputa que se cargó a esa chica —dijo Tom Spellacy—. Tal y como yo lo veo, mejor él en la calle que Fuqua de jefe.

Crotty miró su reloj.

—Woody dijo que tendría el informe de la autopsia antes de comer.

—Pues mejor vamos a echarle un vistazo antes de que ese capullo lo vea y empiece a leerlo por la radio.

La Oficina del Médico Forense del Condado estaba en el sótano de los Juzgados. Con el calor de la primavera el aire de los pasillos estaba cargado de olor a formol. Cruzaron una enorme sala de autopsias pintada de verde claro y después pasaron por delante de los compartimentos refrigerados donde guardaban la remesa de cadáveres de la jornada. El despacho privado de Woodrow Wilson Wong estaba en la esquina más lejana del sótano. Sus paredes estaban cubiertas de fotografías ampliadas de

bebés destrozados, cráneos hundidos, pechos mutilados y patrones de apuñalamiento. Las imágenes desterraron la estupidez de Fuqua de la cabeza de Tom Spellacy.

—¿No te da a veces la impresión de que a Woody le gusta su trabajo un poco demasiado? —preguntó, examinando las fotos.

—Doce mil fiambres al año —respondió Crotty—. Pierde el sentido del humor aquí y el trabajo de forense puede ser una auténtica putada.

—Cuentan que le gusta ir a los grandes almacenes de la May Company los fines de semana —dijo Tom Spellacy—. Nunca compra nada. Solo mira lámparas, raquetas de tenis, sillas, juguetes, cosas así. Quiere descubrir qué clase de marcas dejan, por si alguien tiene la brillante idea de matarte con una de ellas.

—¿Qué voy a hacer si no? —preguntó Woodrow Wilson Wong mientras entraba a toda prisa en la habitación. Estaba fumando un largo puro negro, cuya ceniza había manchado su bata blanca de médico—. Los supervisores no me dan dinero. Aquí funcionamos con cuatro perras. «Enseña a votar a esos fiambres y te daremos más dinero»; así lo ven los supervisores.

Que Woody fuese amarillo tampoco ayudaba mucho, pensó Tom Spellacy. Esa era otra teoría de la junta de supervisores: solo un chino querría un trabajo así. Los supervisores veían la oficina del forense como unos barrios bajos para médicos y embalsamadores en paro. Un sitio para que los estudiantes de medicina practicasen y se ganasen un dinerillo extra. Veinte pavos por autopsia, y trae tu propio microscopio y afilador. Todos los apéndices que se desprendan del difunto pertenecen al condado. Así perdió su empleo el predecesor de Woody. Había usado un cráneo de pisapapeles, y resultó que el pisapapeles tenía un hermano que montó un pollo. Dadle el puesto a Charlie Chan, dijeron los supervisores. Se acabaron los pisapapeles, dijeron también.

Woodrow Wong le pasó una copia del informe de la autopsia a cada uno. Ambos archivos llevaban anexo un juego completo de fotografías. En el centro del despacho de Woody había una mesa de autopsias que usaba como mesa de reuniones. La idea que tenía un forense de una broma, supuso Tom Spellacy. Él y Crotty se pusieron cada uno a un lado de la mesa y leyeron. Woodrow Wong pasó las páginas con ellos.

Nombre: desconocido. Dirección: desconocida. Mujer, adulta, caucásica —rezaba el informe forense—, 20-30 años, 50 kilos, 1,62 metros (aprox.). Grupo sanguíneo: 0. Cicatriz de apendicectomía, vieja fractura en el antebrazo derecho. Empastes de cera en el tercer y cuarto molares, el resto de los dientes están aplastados y rotos.

—¿Qué clase de dentista hace empastes de cera? —preguntó Tom Spellacy.

—Es algo que hacen quienes no pueden permitirse un dentista —contestó Woodrow Wong—. Derriten un poco de cera y la cuelan donde duele.

Tom Spellacy miró a Crotty, al otro lado de la mesa de autopsias.

—El cirio del coño. Debía de ser para sus dientes.

—Y quienquiera que lo hizo le encontró otro uso —dijo Crotty.

Las astillas de madera en las laceraciones faciales indican que la víctima probablemente fue golpeada con un instrumento contundente de madera,

posiblemente un tablón. Causa de la muerte: heridas de arma blanca, hemorragia y *shock*. Cara rajada de oreja a oreja. Corte limpio, dos centímetros y medio por encima del ombligo, probablemente practicado con un instrumento quirúrgico afilado o un cuchillo de carnicero. Hoja afilada por ambos lados. La profundidad de los cortes supera los doce centímetros. Anchura de las heridas entre 2,5 y 4 centímetros. Grosor de las heridas entre 0,3 y 0,6 centímetros. Heridas de cuerdas o alambre en muñecas y tobillos. Tinte fosforescente en la uña del pulgar derecho.

—Vendía sangre —dijo Tom Spellacy—. De ahí viene el tinte. Los bancos de sangre te hacen una mancha en la uña para que no vuelvas demasiado pronto.

—Los borrachos irían cinco veces por semana si les dejaran —corroboró Woodrow Wong—. La ley dice que deben pasar ocho semanas entre visitas.

—Los borrachos se la quitan con ácido de batería —explicó Tom Spellacy—. Con medio litro de sangre se compra mucha gasolina.

Crotty prendió una cerilla con el canto de la mesa de autopsias y la llevó a su puro.

—Parece claro que estaba en la ruina —dijo—. No podía permitirse un dentista y vendía sangre. Tenía una rosa en el coño, o sea que supondremos que también lo vendía.

—Deberíamos poner a Antivicio a trabajar en ello —sugirió Tom Spellacy—. A ver si alguna de las chicas la conocía. O si conocen a alguien a quien le guste cortar.

Preguntarían a Brenda, pensó de repente. Brenda Samuels. Por entonces trabajaba en un hotel de una travesía de Alvarado. Un servicio de acompañantes. Servicios Personales Brenda, Ltd. Para llegar a final de mes. Sí, preguntarían a Brenda. Siempre tenía una oreja puesta. Cualquier novedad que afectara a las chicas, Brenda la conocería. Vale. Mientras yo no tenga que verla. Por un momento se preguntó qué diría Corinne si supiera que él había sido el cobrador al que Brenda había pagado.

El olor a formol le llenó la nariz y tuvo una arcada.

—Howard Terkel dice que deberíamos buscar a alguien del estilo «pozo de soledad» —dijo Crotty—. Una mujer pervertida. —Dio una calada a su puro para mantenerlo encendido—. Una vez, Jerry Troy pilló a una cuando estaba en el departamento. ¿Te acuerdas de Jerry?

—Jerry Bang-Bang —contestó Tom Spellacy—. Era un tirador.

—Un puto personaje es lo que era —replicó Crotty—. El hijoputa era competitivo cuando investigaba un caso, eso sí. Siempre quería hacer el arresto él. —Escupió un trozo del envoltorio del puro—. Acabaría primero y tercero en un concurso de pajas para cinco, si le dieras la oportunidad.

Un poco como Des, pensó Tom Spellacy.

—Conozco el tipo.

—El caso es que Jerry detiene a una bollera —prosiguió Crotty—. Había cortado en pedazos a su novia y después intentó tirarla por el retrete. Le está contando a Jerry que no pudo hacer pasar la cabeza por el cagadero y se echa a llorar. Como una

magdalena. «Venga, venga», dice Jerry; con ese acentazo irlandés que tenía. «Venga, venga, a cualquiera podría pasarle algo así». —Crotty prorrumpió en carcajadas—. ¿No es una anécdota cojonuda? Dios, me encantan las anécdotas buenas, Tom. Me parto cada vez que recuerdo esta.

—Le pegó un tiro a alguien en un partido, ¿verdad? —preguntó Tom Spellacy.

—Fue una broma, nada más —explicó Crotty—. Jerry estaba en pleno *delirium tremens*. Una noche se emborrachó, los Stars jugaban contra Seattle en Gilmore, y él intentó disparar a aquel polaco enorme que lanzaba para Seattle, también jugó en los White Sox, Hriniaik, creo que se llamaba. Jerry era fanático de los Stars, y no estaban haciendo nada contra aquel tío, y Jerry dice: «Yo le enseñaré a ese polaco cabrón», y saca su Special. Solo que estaba tan borracho que no pudo sujetarla, se le escapó y se disparó. Era la Noche de las Monjas y le dio a una hermana de la caridad en el pie. Fue una puta pena que lo echaran, al bueno de Jerry.

No hay semen en la vagina ni en la boca. Gran cantidad de cerdas en torno a todas las heridas. Probablemente proceden de un cepillo de fibra de coco usado para limpiar las heridas. Comida sin digerir en el estómago.

—Rollitos de primavera —concretó Woodrow Wong.

—Anda y que te den por culo —dijo Crotty.

—He analizado la comida —aseveró Woodrow Wong—. Rollitos de primavera.

—A lo mejor Woody ha descubierto algo, Frank. —Tom Spellacy ordenó las páginas del informe forense y lo colocó en la carpeta sobre las fotografías del cuerpo bifurcado de la víctima—. La comida sin digerir significa que comió no mucho antes de que la matasen. Pero tiene quemaduras en las muñecas y los tobillos. Quemaduras de cuerda o alambre.

—Estuvo atada —dijo Crotty. Pronunciaba cada frase con detenimiento—. Era una cautiva. Tenía que comer. —Tamborileó con los dedos en la mesa de autopsias—. Tenían que darle de comer. Nadie cocina chino salvo un chino, y digamos por el momento que el malo no era un amarillo. —Paseó la mirada entre Tom Spellacy y Woodrow Wong—. Comida para llevar. El hijoputa la estaba atiborrando de rollitos de primavera para llevar.

Woodrow Wilson Wong se rio.

—Supongo que hoy no comemos chino —dijo Tom Spellacy.

2

El pasillo a la puerta de Robos y Homicidios estaba abarrotado de padres y pederastas, lesbianas y putas, taxistas y autobuseros, barmans y camareras, chulos, policías y niños con prendas de ropa perdidas, todos afirmando tener información sobre la mujer no identificada de la Treinta y nueve con Norton. Crotty no hizo caso del barullo.

—Preguntaremos en todos los chinos entre Oxnard y San Diego.

—Las cuchillerías —añadió Tom Spellacy—. Casas de material quirúrgico y para carnicerías.

—Proveedores de barberos —dijo Crotty—. Podría haber usado una navaja.

—Bancos de sangre.

—Tiendas de artículos religiosos. Supongo que de ahí se sacan los cirios.

—Frank, ¿crees que sería más fácil si hubiera una recompensa de diez mil dólares?

Crotty se rio.

—Luego comemos.

En la bandeja de entrada de su despacho, Tom Spellacy encontró un informe de la policía científica sobre las gafas halladas bajo el cuerpo de la víctima. Negativo. Aún no había llegado nada sobre los delincuentes sexuales o los talleres, ninguna información sobre coches con manchas de sangre sospechosas. Encargó a Bass que preguntase en las cuchillerías y a Masaryk le encomendó los restaurantes chinos.

—Buscamos rollos de primavera —dijo Masaryk.

—Rollo de primavera para llevar.

—Rollo de primavera para llevar —repitió Masaryk—. En la noche del incidente.

—¿Incidente?

—Hasta que tengamos una condena, Tom, debemos llamarlo incidente.

—¿Vas a clase por las noches, Masaryk?

—Sí, señor.

—¿La Escuela de Roger J. Minihan?

—Sí, señor. El capitán Fuqua me la recomendó encarecidamente.

—Ya me lo parecía.

—¿Cuántos rollos de primavera estamos buscando, teniente?

Tom Spellacy cerró la puerta de su cubículo y extendió las fotografías de la víctima sobre la mesa. La mancha oscura de su entrepierna le hizo pensar en Corinne. Sacudió la cabeza para ahuyentar el pensamiento. En una serie de fotos, Woody había

intentado recomponer el cuerpo. Viéndola así, costaba pensar en ella como en la mujer a la que los periódicos llamaban Belleza Misteriosa. Intentó no pensar en todos los padres, hermanos y hermanas de las Bellezas Misteriosas que había visto desde la mañana del asesinato. Mary Jane cantaba en el coro. Lucy era la delegada de su clase. Edna jamás había mirado a otro hombre en su vida. Todas tendrían que estar en un convento, eso es lo que creo, había dicho Crotty.

Sonó el teléfono. La mujer dijo que se llamaba Mabel Leigh Horton. Mabel. Leigh. Leigh como Vivien. L-e-i-g-h. De Guin, Alabama, dijo Mabel Leigh Horton. Se escribe G-u-i-n, en el estado de A-l-a-b-a-m-a. En la actualidad residente en Culver City.

—¿En qué puedo ayudarla, Mabel? —preguntó Tom Spellacy.

—Mabel Leigh —corrigió Mabel Leigh Horton.

—Perdón.

—Primero hiere un huevo —dijo ella.

—Hiervo un huevo —repitió Tom Spellacy.

—Luego lo pone en la mano derecha de la joven.

—Luego lo pongo en la mano derecha —dijo él—. Vale.

—Luego cierra el ataúd —prosiguió Mabel Leigh Horton.

—Cierro el ataúd. De acuerdo. —Esperó—. Y luego ¿qué?

—Hombre, pues siete días más tarde el asesino confesará —respondió Mabel Leigh Horton—. Es algo que hacemos en Guin.

—De acuerdo.

—¿Qué le parece?

—Me parece que se llevaría bien con mi mujer —dijo Tom Spellacy.

Salió a mirar el teletipo de la sala principal y, cuando volvió a su cubículo, se encontró a Howard Terkel de pie ante su mesa, examinando las fotografías de la víctima.

—¿Crees que el asunto tiene su toque de hombre lobo, Tom?

Tom Spellacy juntó las fotos en un montón, las metió en un sobre y las guardó bajo llave en un cajón del escritorio.

—En el zoo me cuentan que hace bastante que no tienen un hombre lobo, Howard.

—Entonces crees que ha sido un desalmado.

—Una vez descartado el cardenal, un desalmado es una buena apuesta.

—Entonces, ¿habéis descartado definitivamente al cardenal como sospechoso?

—Solo era una manera de hablar, Howard.

—Tu hermano tiene mucha influencia sobre su eminencia, según me dicen —comentó Howard Terkel—. Podrías mencionarle que sería una historia maravillosa que su eminencia oficiara el funeral. Hazme saber lo que te responde tu hermano y yo podré encargarme de que su eminencia consiga una exclusiva de qué va en realidad todo esto de la muerte de esa zorra.

—Todavía no la hemos identificado, Howard —dijo Tom Spellacy—. De manera que todavía no sabemos si es una zorra católica o no.

—Eso podemos arreglarlo después —objetó Howard Terkel.

Tom Spellacy se puso en pie.

—Será un factor, Howard. Un factor importante.

El despacho de Crotty estaba al otro lado del espacio central. Como comandante de guardia, su tabique llegaba hasta el techo. Había una pareja de mediana edad sentada en su despacho. Parecían cansados y llorosos. El hombre no se había afeitado y la redecilla para el pelo de la mujer tenía un agujero. Él sostenía una manoseada foto de graduación de una joven con birrete y toga blancos.

—El señor y la señora Constantine —dijo Crotty.

—Konstanty —corrigió el hombre.

—Vamos a comer a un mexicano —dijo Crotty.

—No quería interrumpir —dijo Tom Spellacy.

—A La Casa del Sol —propuso Crotty.

El padre entregó la fotografía a Tom Spellacy.

—Llevó aparatos hasta los diecisiete años.

—Le encantaba Bing Crosby —añadió la madre.

—Y luego un retenedor —siguió el padre.

—Jolines, ojalá la prensa dejara de pronosticar problemas entre Bing y Dixie —dijo la madre.

—Solo por la noche, el retenedor, nunca cuando tenía una cita —dijo el padre—. Las noches de cita tenía que estar en casa a las diez de la noche, y luego se ponía el retenedor.

—Queremos que Bing y Dixie sigan juntos —afirmó la madre. Rompió a llorar—. Es lo que mi pequeña querría también.

—¿Su pequeña se hizo algún tatuaje? —preguntó Crotty.

3

—Dos cervezas —le dijo Crotty en español al camarero—. ¿Están buenas las ostras?

—Sí, señor.

—La otra noche me pedí una docena y solo funcionó una.

El restaurante estaba abarrotado. Antes La Casa del Sol era un bar mexicano con música de mariachis en directo. La unidad de Estupefacientes lo había mantenido vigilado de cerca, pero sin detener nunca a nadie. Ya convertido en restaurante, era frecuentado por policías, políticos, vicecomisionados de la compañía del agua y subinspectores fiscales, todos rozándose las rodillas con sus secretarias bajo la mesa. Crotty y Tom Spellacy se sentaron junto a la pared, bajo un cartel de toros. Crotty se metió una servilleta bajo la barbilla y se bebió medio vaso de Carta Blanca.

—Cuando trabajaba en Estupefacientes este sitio era la bomba —dijo—. Una vez vine a hacerle una compra a una chiquita la mar de guapa, y ella me dice: «¿Por qué no echamos un polvete antes de hacerlo?». Y yo le digo, porque no quería perder el arresto y tenía que pensar rápido, le digo: «Me encantaría, querida, pero tengo una gonorrea de espanto». Y ella: «No pasa nada, muchacho, yo también». —Se rio hasta que empezó a ahogarse y la gente de las mesas vecinas se giró a mirar—. ¿No es una historia cojonuda, Tom?

Sus carcajadas se vieron interrumpidas cuando una mano le agarró el hombro como un torno.

—Monseñor McGrath.

—No te vi el domingo pasado, Frank.

—Fui a la de las diez en la Inmaculada, monseñor.

—¿De verdad, Frank?

—Una investigación gorda, monseñor. Se me hizo tarde.

—¿Y te dormiste?

—Iré a la misa de las siete el próximo domingo, monseñor.

—Estupendo, Frank. Te he oído hablar mexicano. Lo hablas, ¿no?

—Así es, monseñor.

—Entonces me pregunto si podrías pedirle al camarero que nos traiga unos panecillos. No hablo su idioma y estoy allí al lado con el supervisor McDonough y queríamos unos panecillos.

—Muchacho, un poco de pan para el padre.

Monseñor McGrath dio una palmadita a Crotty en el hombro y volvió a su mesa con Sonny McDonough.

—Hay que joderse —dijo Crotty.

—Tendrías que haberle dicho que estuviste investigando la acusación por conducir borracho contra el padre Dicky Donohue y por eso te saltaste la misa —dijo Tom Spellacy.

—Seguro que está dándole la paliza a Sonny para conseguir un coche nuevo —conjeturó Crotty—. Tendrías que haberlo visto el año pasado, la fiesta de su cincuenta cumpleaños en el salón de actos de la parroquia. Se llevó un viaje a Hawai, un juego de maletas, un año de cortes de pelo gratis, una bolsa de palos de golf y un pase de un año para el hipódromo de Santa Anita. Y estaba cabreado. Se había encaprichado de un Oldsmobile. Un Hydra-matic. Pensé que excomulgaría a Jack Walker, el vendedor de coches.

Sonny McDonough cogió un pedazo de pan. Llevaba un traje oscuro y corbata negra con un alfiler con una perla.

—¿Sabes que Sonny está en la Comisión de Selección que escogerá al nuevo jefe? —preguntó Crotty.

Tom Spellacy asintió. El nombramiento del nuevo jefe era un tema que no deseaba sopesar. El último jefe de policía había declarado ante el gran jurado y al cabo de poco lo imputaron, y John Dempsey, jefe de detectives y predecesor de Fuqua, se saltó la tapa de los sesos; el periodo entero le traía malos recuerdos de su época en Antivicio de Wilshire.

—¿Quién crees que será, si no es Fuqua? —preguntó Crotty.

Mejor darle cuerda a Frank. A veces se preguntaba por qué a Tom no habían llegado a imputarlo. Podía suponer con cierta base que el hecho de que Des fuera su hermano tuvo algo que ver en ello. El cardenal tenía mucha influencia en el centro.

—Kenny Meyer, supongo —dijo.

El vicejefe de administración. Gris y aburrido.

—¿Lo has visto de un tiempo a esta parte? —preguntó Crotty—. Parece que tenga doscientos años, y no pasará de los cuarenta y nueve. Es la mujer. Ya ha perdido dos tetas, y la semana que viene adiós a un riñón. El hígado tampoco pinta muy bien, según me dicen. Eso hace envejecer a un hombre, buscar recambios de esa manera. No creo que los miembros de la comisión tengan a Matusalén en mente.

—Harvey Zim, entonces —dijo Tom Spellacy.

En realidad no le importaba cuál de los candidatos bien posicionados u ocultos reemplazaría al antiguo jefe.

—Ju-dí-o —objetó Crotty—. Que no pasa nada por ser judío, si te gusta llevar la gorrita, pero antes apostaría por los helados calientes de caramelo en la cámara de gas que por un hebreo.

Visto para sentencia Harvey Zim, inspector jefe, policía uniformado. En cualquier caso, pensó, el jefe anterior se había librado de los cargos. La imputación no fue a más.

—Ahora tiene un local en Balboa, dicen, el antiguo jefe.

—Y otro en Ensenada —corroboró Crotty—. Ha salido bien parado. Dos casas y retiran los cargos. De todas formas, una imputación como esa manda a tomar por culo lo de ser jefe, por mucho que no te condenen.

El camarero les llevó dos Carta Blanca más. Crotty pidió chiles rellenos y enchilada verde para los dos. Cuando se fue el camarero, se inclinó por encima de la mesa y dijo en voz baja, casi como si tuviera miedo de que lo oyeran:

—¿Cómo ves la cosa para Morty Davis?

Piensa que tengo miedo de que Morty me eche a la calle, pensó Tom Spellacy de repente. No sabe que lo único que pasó es que Des me salvó el pellejo.

—Es un santo, en realidad —contestó—. El bueno de Morty tiene veintidós centavos en el banco y un agujero en los zapatos. Es tan pobre que tiene que ser tonto u honrado, y yo me inclinaría por honrado. Además, nunca hizo la vista gorda cuando el jefe de antes tenía los dos puños en la pandereta.

Crotty se recostó y sonrió. Esa reconfortante sonrisa cómplice. Esa sonrisa de «No tienes nada de qué preocuparte sobre Morty Davis».

—Nada que hacer. Se chivó del anterior. La última vez que recompensaron a alguien por chivarse, tuvieron mirlos blancos. El sol salió por el oeste aquel día, además. Seguro que los de la comisión quieren a alguien honrado, pero también quieren a alguien que sepa cómo son las cosas.

Sabía que Crotty tenía razón. Morty Davis nunca hacía la vista gorda. Eso podía ser peligroso. Sintió un repentino acceso de cólera. El jefe anterior imputado, los sesos del pobre John Dempsey desparramados sobre una pared, Morty Davis marginado por ser honrado... Y a Jack Amsterdam nadie le tosía. El pagador. Ahora benefactor civil. Y compañero de golf de Des Spellacy. No era un hombre al que se le tosiera. El problema radicaba en que había demasiadas capas entre Jack y la calle. Y siempre estaba Brenda para pagar el pato por él.

—Y por eso pienso apostar por Fuqua —dijo Crotty. Mezcló con el tenedor el arroz y los frijoles refritos y bajó la voz, como si lo que iba a decir lo avergonzara—. No le busques las cosquillas, Tom. —Siguió removiendo la comida, evitando la mirada de su compañero—. Mantén la boca cerrada. Ya me basta con mis chinos sin tener que preocuparme de que le toques los cojones a Fuqua. Lo único que quiero es que no se me complique la vida.

Tom Spellacy asintió, pero no le escuchaba. A lo mejor estoy soñando, pensó. A lo mejor Des no tuvo nada que ver con ello, a fin de cuentas. A lo mejor, en cuanto el jefe estuvo imputado y John Dempsey se llevó su revólver reglamentario a la boca, a lo mejor entonces el gran jurado dijo que ya era suficiente, que el mensaje había quedado claro y el departamento estaba limpio como una patena. Pidió por señas dos cervezas más.

Cualquier cosa con tal de cambiar de tema.

—Esas gafas que tenía bajo las tetas —dijo—. Los de la científica consultaron a una óptica. —Sacó del bolsillo el informe—. Montura estándar, lentes de serie, no

hubo que pulirlas para el cliente. «El propietario es probablemente un varón —leyó —, con la cabeza pequeña con forma de balón de voleibol. Tiene los ojos separados, la oreja izquierda aproximadamente entre 0,6 y 1,2 centímetros más alta que la derecha y es extremadamente miope».

—¿Eran de nuestro hombre?

—Probablemente no.

Tom Spellacy vio cómo Sonny McDonough se preparaba para salir del restaurante. Varios billetes desaparecieron en las manos de los camareros. Sonny McDonough se paró a dar la mano en todas las mesas. El apretón con las dos manos juntas. Acompañado de la sonrisa sincera que reservaba para los seres queridos de los fallecidos en la gracia de Dios.

—La científica dice que, a juzgar por lo oxidados que están los tornillos, las gafas probablemente llevaban mucho tiempo allí.

—No tienes por qué mencionar eso —dijo Crotty. Se llevó la servilleta a los labios y eructó—. Deberíamos pasarles ese informe a los periódicos, menos el final. Que se crean que no perdemos detalle. Nada le gustaría más a Howard Terkel que buscar a un tipo con la cabeza en forma de pelota de voleibol. Poned un anuncio en el *Boletín Mensual de Otorrinolaringología* y que Howard repase las respuestas.

Sonny McDonough se acercó a la mesa. Aferró la mano de Crotty, pero Tom Spellacy mantuvo las suyas bajo la mesa.

Sonny McDonough le dio una palmada en la espalda.

—Tengo una historia estupenda para tu hermano —dijo Sonny McDonough—. Le estaba contando a Charley Moylan la semana pasada, le decía: «Ben Hogan está ayudando a Des Spellacy con su *swing* de golf, ¿lo sabías, Charley?». Para tomarle el pelo, ya sabes, podrás comprenderlo, tú que también eres un cachondo reconocido. — Tom Spellacy se preguntó de dónde podría haber sacado Sonny McDonough la idea de que era un cachondo reconocido—. Y Charley me dice: «¿Ben es católico?». Y yo: «Nunca he oído hablar de un Hogan judío, Charley». Y él me dice: «Yo una vez conocí a un metodista llamado Hogan». Y yo: «Debió de darle la espalda a la Iglesia». —Sonny McDonough volvió a aporrearle la espalda—. ¿A que es una historia buenísima? Tienes que contársela a Des.

—No veo la hora —dijo Tom Spellacy.

CAPÍTULO CINCO

Tom Spellacy soñaba.

Estaba robando un coche. Forzar la ventanilla con un destornillador, tirar del seguro con una percha, hacer un puente y arrancar. Fácil.

Se despertó.

La radio de la mesita de noche estaba encendida con el volumen bajo. De las montañas al desierto, del desierto al mar, con ustedes las noticias, todas las noticias. Washington. Elliot Roosevelt. Johnny «Pide la Cuenta» Meyer. Chicago. Pepinillos patrocinadores pagan por proponer productos. Local. Policía aún analiza pista brutal asesinato víctima no identificada. Búsqueda de hombre con cabeza en forma de pelota de voleibol.

La lluvia repiqueteaba contra la ventana.

Sabía por qué había soñado que robaba coches. Llovía. Siempre le dolía el culo cuando llovía. Siempre desde que un perro le había arrancado un pedazo mientras robaba un coche en 1933.

Se restregó los ojos para sacudirse el sueño de encima.

Había robado trescientos diecinueve coches en 1933. Legalmente. Cinco dólares el coche. Menos gastos. Había reglas. No colarse nunca en un garaje cerrado, aunque hubiera un coche dentro. Eso era allanamiento y una temporadita de uno a tres años. No colarse nunca en un garaje pegado a una casa. Eso lo convertía en parte del domicilio y el propietario podía dispararte. Por lo demás, aquella variedad de robo de coches era legítima. Lo hacía para una empresa financiera. «Recuperación» era el término elegante. La compañía financiera lo entendía de la siguiente manera: el tipo que no pagaba los plazos de su coche se lo estaba robando al banco. Si lo llevabas a los tribunales, te costaría dinero; eso sí podías encontrarlo, que no era tarea fácil, porque los tipos que no cumplían con los plazos de los préstamos por lo general se movían mucho de un lado a otro. Demostrando maña, de paso, para zafarse de pagar el alquiler. Además, si lograbas encontrar al moroso y endosarle un papel, lo más probable era que te mandase a la mierda. Después de darte una paliza. Porque un tipo que estaba en el paro no solía tomarse a bien que un marica con abrigo y corbata le dijera que tenía que personarse en los juzgados al cabo de dos martes. Así pues, la financiera contrataba a alguien para que robara el coche del tipo que le estaba robando el coche al banco, que contrataba a la financiera para que robase el coche y lo recuperara. Porque el señor Giannini, del Bank of America, no quería meterse en el negocio de los coches mangados, por legal que fuese.

Se frotó el culo.

El perro que le mordió en 1933 se llamaba Lobo y le había arrancado un trozo de

culo por valor de treinta y siete puntos cuando intentaba agenciarse un Packard negro con catorce mil quinientos kilómetros. Crotty era el poli de ronda, y cuando oyó gritar a Tom Spellacy, apareció y fulminó a Lobo de un tiro.

—Serás gilipollas —le dijo Tom Spellacy—, podrías haberme dado a mí.

—Ni de coña —replicó Crotty, y le metió otro balazo a Lobo por si las moscas—. Deberías pensar en unirme al departamento. Mola más que robar coches y puedes disparar a los putos perros.

Fue la primera vez que vio a Crotty.

Tom Spellacy se encendió un cigarrillo.

Corinne cantaba en el lavabo. Mary Margaret siempre llamaba al lavabo «el baño». Las 6.30 de la mañana. La voz que hablaba por la radio le sonaba. Mierda.

—Si tienen alguna información sobre este caso, llamen a este número especial y pregunten por mí, capitán de detectives Fred Fuqua, se escribe F-U-Q-U-A, Fuqua.

Se abrió la puerta del caso.

—Eso era lo que necesitabas, un caso especial —dijo Corinne—. Vas a ponerte en contacto con un montón de personas de nivel que de otro modo podrías no haber conocido.

Llevaba una toalla enrollada en torno a su pelo mojado; por lo demás, iba desnuda.

—El muy gilipollas —protestó Tom Spellacy. Intentó no mirarle los pechos. No los apuntes hacia mí, pensó. Podrían dispararse—. Quiere ser jefe.

—Te va a llamar todo pringado de esta ciudad al que le caiga mal su cuñado.

—A mí, no. A F-U-Q-U-A. No sabe lo que le espera, el muy subnormal.

Corinne se situó junto a la radio, con las piernas separadas y los brazos en jarras, beligerante. Tom Spellacy podía contar con los dedos de una mano las veces que había visto desnuda a Mary Margaret. Siempre el pestillo puesto cuando se daba un baño. Siempre la luz apagada en el dormitorio y los movimientos a tientas bajo el camisón de basta franela. Podían estar a cuarenta grados con un viento seco y caliente del desierto, que aun así ella se pondría el camisón de franela, y la única luz del dormitorio sería el titilante cirio del tocador delante de la estatua del Inmaculado Corazón de María.

Corinne se sentó en la cama y empezó a pintarse las uñas de los pies.

—Ayer llamó un desgraciado que quería saber si la víctima tenía la regla cuando murió.

—Fijo que se la estaba cascando. Y diciendo «Oooh» y «Aaah» por el teléfono.

Mary Margaret nunca comentaba nada del trabajo de Tom. Hablaba del pastel de carne y de si era demasiado caro ponerle una loncha de beicon encima para darle saborcillo. O de si debía echar leche desnatada a los macarrones con queso. O de si los calcetines de él necesitaban un zurcido, o del padre Plunkett confesaría el sábado, con el padre Sheed en el hospital por culpa del cáncer intestinal. Era inútil contarle que a Johnny Kinsella le habían caído de siete a diez años de cárcel. Los lenguados

van bien para los viernes, diría ella. O que Brian Manners, que fue monaguillo en San Anatolio, había muerto de un tiro en la cabeza que le había pegado el marica judío con el que vivía. Kev ha sacado un aprobado en catecismo, diría ella. Este año da las clases la hermana Felita, que es una profesora mucho más dura que la hermana Geraldine. En sexto lo llaman Doctrina Cristiana, no catecismo. DC, la llaman todos los niños.

El locutor de la radio dijo que se estaba interrogando a centenares de sospechosos.

—Que se joda —exclamó de repente Tom Spellacy—. No merece tanto jaleo.

Corinne dejó de hacerse las uñas.

—¿Cómo «Que se joda»?

Tom Spellacy sacó las piernas de la cama. Cambia de tema, rápido.

—Tienes unas tetas muy bonitas, Corinne.

—No hables de mis tetas. Dime qué quieres decir con «Que se joda».

—Me gusta hablar de tus tetas.

—Mis tetas son para luego.

Tetas. Culo. Ombligo. Apartó la vista. Deseó no haber sacado el tema de la chica. Quizá fuera mejor hablar de la hermana Geraldine. O de los lenguados.

—¿Por qué «Que se joda»? —repitió Corinne—. Venga, tengo curiosidad. Lo único que hizo mal fue acabar despedazada.

—Se follaba a medio mundo, Corinne.

Supo que aquel había sido su segundo error. Se dirigió al lavabo. Buddy Clark cantaba «It's A Big, Wide Wonderful World» por la radio.

—Ya salió. Se encontraba en estado de pecado mortal, y eso os ofende a todos los polis irlandeses que engañáis a vuestras mujeres. —Tom Spellacy se paró en seco—. Mírame —dijo ella—. Si alguien me despedaza, ¿vas a decir: «Que se joda, se follaba a medio mundo»?

Intentó imaginarse aquella conversación con Mary Margaret, que a esa hora probablemente estaría desayunando con san Bernabé de Luca.

—No te has follado a medio mundo.

—Cierto. No he pasado mucho de la frontera del condado.

Intentó no mirar sus pechos.

—Por el amor de Dios, Corinne, ya sabes lo que quiero decir. La gente se cree que puede nadar en mierda y salir oliendo a helado de chocolate.

—¿Qué pasa con el tipo que se la cargó? ¿En qué nadaba él?

—¿Estás segura de que fue un tipo? ¿Por qué no una chica? Una novia, tal vez.

—¿Era bollera? —preguntó Corinne enseguida.

—¿Eso sí cambiaría las cosas?

—No.

Corinne volvió a su pedicura. Las lesbianas la ponían incómoda. Tom Spellacy le había salvado la vida una vez sugiriendo que tal vez fuera lesbiana y ella nunca se lo

había perdonado del todo. Ahora él se sabía al mando de la situación.

—Ese pecado mortal no te hace tanta gracia.

—¿Lo era?

De súbito se sintió muy cansado. Era una discusión estúpida, y más aún porque la estaban teniendo en pelotas.

—Ni siquiera sabemos cómo se llama, Corinne. Solo es algo que nos tenemos que plantear, nada más.

—Fantástico. ¿Y los perros? ¿Os estáis planteando los perros, también?

—Hace frío, Corinne. Se me va a congelar si sigo aquí plantado.

—Ya podrías congelarla, para lo que la usas —dijo ella.

Él cerró la puerta del baño. Buddy Clark seguía cantando: «... A Nero, Apollo, the Wizard of Oz». El maquillaje de Corinne estaba alineado sobre el lavamanos. Su diafragma estaba en su bolsita, cuidadosamente espolvoreado con maicena. Ya no parecía ponérselo nunca. Se preguntó si lo había dejado a la vista a propósito. Como recordatorio. Recordó aquella noche, seis meses atrás, en que entró por primera vez en ese piso, para registrar el botiquín en busca de un diafragma o una crema anticonceptiva. Le daba vergüenza reconocerlo, pero buscar esas cosas le ponía cachondo. Y no había esperado volver a verla nunca, no después de decirle a Zurullo Turner que era tortillera.

Era curioso lo bien que le caía Zurullo Turner. Zurullo era un chapuzas sin remedio. No podía atracar ni una tienda de chucherías sin cagarla. Dieciocho años en el talego, dieciocho meses fuera desde que cumplió los diecisiete años. Cuando le encargaban un asesinato, se cargaba al tipo equivocado. Cuando chuleaba a unas cuantas chicas, cogía la sífilis. La suerte de Zurullo. Se emborrachó y cometió un secuestro. Y acabó en la cámara de gas.

Tom Spellacy se enjabonó la cara. Intentó no mirarse a los ojos en el espejo. «Para lo que la usas», había dicho Corinne. En eso era como Brenda. Usaba su coño como si fuese un arma.

Mejor pensar en Zurullo Turner.

No podía decirse que Zurullo fuese un Bruno Hauptmann que montase un secuestro por pasta. Solo era tonto y estaba solo, y por eso lo hizo. Fue la noche de la victoria sobre Japón; todo el mundo estaba de fiesta por la calle y ligando y Zurullo llevaba dos semanas fuera de la trena, estaba arruinado y solo quería participar en las celebraciones. De modo que atracó una licorería, se emborrachó y, todo contento, cuando se quedó sin bebercio decidió asaltar un bar asador, aunque todavía tenía el dinero del primer golpe. Pensar nunca fue el fuerte de Zurullo, sobre todo cuando iba ciego. Sin embargo, algo salió mal en el bar asador y tuvo que tomar como rehén a una clienta; después se hizo fuerte en un piso de Bunker Hill con tres pistolas, dos botellas de *whisky* de centeno y una chica muerta de miedo. Estaban el alcalde, el jefe de policía y Fuqua, con focos, antidisturbios y munición suficiente para invadir Japón.

Tom Spellacy no recordaba una escena como aquella.

—¿Qué cojones hace toda esta gente aquí? —había preguntado al llegar.

—Creen que es una forma cojonuda de acabar la guerra —había respondido Crotty. Tom Spellacy no recordaba haberle visto nunca nervioso. Pasara lo que pasase, para Frank era siempre un gran chiste—. ¿Has visto ya al alcalde? Lleva su uniforme de la Guardia Nacional. «Entremos a capturarlo, chicos», dice. Te lo juro por Dios, Tom, eso ha dicho.

—Me gustaría mandar adentro el primero a ese capullo —había dicho Tom Spellacy—. Conozco a Zurullo. Lo he trincado dos veces. No quiere volver al trullo. Se liará a tiros.

—Puedes estar seguro, con un 207 —corroboró Crotty—. Es un delito de cámara de gas.

Muy propio de Zurullo. Ni chispa de suerte. Nunca. Ni siquiera con su apodo. Se lo habían puesto a los diecisiete años en el penal de Joliet, en el que estaba por atraco a mano armada. Su primera condena de cárcel. Virgen. («Menos por una vez con mi hermana —le había contado a Tom Spellacy en una ocasión—. Era hermanastra, o sea que no pasa nada»). Por aquel entonces era Horace Turner, con estudios hasta cuarto curso y un CI de 86. Un veterano con la perpetua había intentado darle por culo y Horace Turner se asustó tanto que se cagó encima del rabo del agresor. Desde entonces fue Zurullo.

—¿Quién es la rehén? —había preguntado Tom Spellacy.

—Se llama Corinne Morris —respondió Crotty—. Trabaja en los juzgados del condado. Ayudante de la Comisión de Jurados. Viuda de guerra. Mataron a su marido en Pearl Harbor. —Crotty bajó la voz para que los periodistas congregados junto a la barrera no lo oyeran—. Dicen que folla como una coneja.

—¿El alcalde se la tira?

—No que yo sepa.

—Entonces, ¿por qué ha montado este numerito? El Zurullo es un don nadie.

—Con el marrón que tiene, el alcalde busca toda la publicidad que pueda conseguir. Cualquier cosa que le haga quedar bien. Igual que el jefe.

Tom Spellacy sacudió la cabeza asqueado.

—¿Tienen un teléfono ahí dentro?

—Madison 5244.

—Déjame ver qué puedo hacer.

Se abrió paso entre la muchedumbre hasta encontrar una cabina al pie de Bunker Hill. Dentro había un marinero inconsciente. Lo sacó y lo dejó tirado en la acera. Después encontró una moneda en el jersey del marinero y marcó el Madison 5244. El teléfono dio seis tonos de llamada.

—Zurullo, soy Tom Spellacy, ¿cómo va?

—Tendréis que entrar a por mí, Tom. No pienso volver al talego.

—Oye, lo entiendo, no es ningún club de campo.

—Lo único que quiero es un coche y gasolina suficiente para cruzar la frontera.

—Huy, eso va a ser jodido, Zurullo. Tenemos aquí al alcalde, y al jefe. Y con todo ese rollo del proceso por corrupción en el departamento, quieren salvarse el culo pagándola contigo, que sus nombres salgan en los periódicos.

—Tengo a la chica.

—La chica se la trae floja —dijo Tom Spellacy sin inmutarse—. Es bollera.

—¿Cómo que es bollera?

—Lleva años oliendo coños.

—¿Me tomas el pelo, Tom?

—La tenemos fichada, Zurullo.

—Dios, si algo no he podido soportar nunca es una bollera. Tantos años en el talego soñando con coños y me tengo que pillar a una. Es antinatural, lo de ser tortillera.

Tom Spellacy se preguntó si la señora Morris, de la Comisión de Jurados, estaba escuchando la conversación. Esperaba que mantuviese la boca cerrada. Su única posibilidad real era seguirle el juego. Lo que él tenía que hacer era mantener a Zurullo hablando.

—Te creo —le dijo.

—¿Sabes cuál es la historia de mi vida, Tom?

—Es una mierda —respondió Tom Spellacy.

Esperaba parecer comprensivo. Se palpó los bolsillos en busca de calderilla. Si se cortaba la comunicación, la chica estaba muerta. Dejó una moneda de diez centavos y tres de cinco en la bandeja metálica de la cabina.

—Hasta la bebida que robo es una mierda —dijo Zurullo Turner—. Four Roses.

Tom Spellacy le oyó echar un trago ruidoso al otro lado de la línea. Metió una moneda de cinco por la ranura y confió en que Zurullo estuviese demasiado ocupado para oírlo.

—Me gustaría que te lo pensaras mejor —dijo.

—¿Tú crees, Tom?

—Esta vez no van a darte cuartelillo. Entrarán a por ti, como en las películas. El jefe lleva una metralleta, por el amor de Dios. Os acribillarán a ti y a la bollera. Y te echarán la culpa por lo de ella. Créeme.

—Qué hijos de puta.

—Le montarán a esa bollera un funeral que ni te imaginas. Será festivo en la ciudad. El alcalde. El jefe. Muerta para ellos vale mucho. El cardenal. Un gran funeral municipal, con todas las fotos en los periódicos, y nadie sabrá nunca que es una bollera menos tú y yo, y tú estarás muerto y yo tengo una pensión de la que preocuparme. Dales un funeral a lo grande y eso les quitará de encima mucha presión de la que les está metiendo el gran jurado.

—¿Me estás liando, Tom?

—¿Cuánto hace que nos conocemos?

—Me jodería ayudar a esos cabrones a librarse de un marrón.

—Por una bollera.

Tom Spellacy se limpió la espuma de la cara y se metió en la ducha. El agua caliente hizo que se sintiera mejor. Fue curioso cómo acabaron las cosas. El Zurullo condenado, el alcalde destituido y el jefe imputado. Y Crotty tenía razón. Corinne follaba de escándalo.

—¿Cómo le convenciste de que saliera? —le preguntó ella.

—Éramos viejos amigos.

No había esperado volver a toparse con Corinne. Habían pasado ocho meses desde que convenció a Zurullo Turner de que la soltara. Él y Crotty habían parado en una tienda que abría por las noches en una travesía del Sunset Strip y que a partir de las doce vivía sobre todo de las coristas del Mocambo y el Trocadero. Tampax, irrigadores vaginales y gomas. Las paredes estaban decoradas con una docena de fotos brillantes de parejas de baile, el hombre siempre de frac y con la chica colgando hacia atrás sobre su brazo, con las tetas aplanadas, sobre dedicatorias como: «Gracias, Bernie, de Lurene y Ned, los Fox Trotters». Se estaba tomando una taza de café cuando la reconoció. Estaba comprando un paquete de tampones.

—No compresas —observó Crotty—. Si usan tampones, es que follan. La ley de Crotty.

Tom Spellacy se levantó y se acercó al mostrador de higiene femenina.

—Hola —saludó.

—Largo —dijo ella.

—Perdón.

Volvió a la mesa y pidió otra taza de café.

—Eres una causa perdida —dijo Crotty—. Me voy a casa.

La observó comprar polvo dentífrico, aspirina y pintalabios. Dr. Lyons, Bayer y Helena Rubinstein. Fijarse en las marcas era como recordar matrículas, algo que le salía. Parte de ser policía. Como observar a un mexicano calzado con deportivas en una cola de autobús. Dar un tirón era más rápido con deportivas. O bajar al sótano y cortar el agua antes de una redada por narcotráfico. Sin agua no podían tirar la mercancía por el váter.

Después, ella se plantó ante su mesa.

—Oye —dijo—, lo siento, no te he reconocido. Vamos, no creo que ni siquiera llegara a darte las gracias... —Pareció vacilar—. Y supongo que me salvaste la vida. Aquella noche, quiero decir.

—¿Un café? —preguntó él.

Ella quería una copa. Su piso estaba a apenas unas manzanas. Una habitación grande y una cama plegable. Se tomó un buen vaso de *whisky* de centeno sin hielo. La nevera se estaba descongelando. El colchón de la cama plegable era mullido y el

somier inestable. El centro del colchón se hundía y de hecho ella estaba tumbada como en una trinchera. Tom Spellacy no lograba mantener las rodillas en su sitio, los codos se le resbalaban y no paraba de salirse de ella. Al final Corinne le hizo tumbarse debajo y se le subió encima. Se le marcaban las venas de los brazos y se le formaban perlas de sudor en la pelusilla del labio; le dijo lo que tenía que hacer y por fin él lo hizo.

—A veces creo que tengo el cerebro en el coño —dijo Corinne Morris.

Coño. C-O-Ñ-O. Era una palabra propia de Brenda, o de una de sus chicas. No de las chicas de Boyle Heights. No de Mary Margaret. «Ahí abajo», decía Mary Margaret, con lo que se refería al ahí abajo de él, además de al ahí abajo de ella. Se preguntó si hablaría de ahí abajo con san Bernabé de Luca.

—Siento haber sido tan borde en la tienda —dijo Corinne—. Ya sabes la clase de tipos que van por allí, cómo se le echan a una encima. Llevan una goma enrollada en la cartera, para que la veas bien, y entonces te la enseñan y te piden una cita. Capullos. —Le pasó una pierna por encima—. Odio a los capullos como esos.

—Los hay a patadas —le dijo él.

No se le ocurrió otra cosa. Era más fácil hablar con Brenda: el sobre, su parte, quién estaba metido en el negocio, cosas que eran útiles. Quizá si le hubiera hablado a Mary Margaret de capullos con gomas enrolladas en la cartera en vez de desear que su periodo durase mucho tiempo, quizá ella no estaría en Camarillo en ese preciso instante.

—Mi marido era uno de ellos.

Recordó que su marido había muerto en Pearl Harbor. Convirtiéndola en una viuda con estrella de oro.

—El héroe de guerra.

—Ese fue mi segundo marido. Homer Morris. Charlie Quinlan fue el primero. Unos capullos los dos. Siempre parecen encontrarme, los capullos.

—Gracias.

Ella le pasó un dedo por la cara.

—Tú no. Ninguno de los tarados que conozco me hubiese salvado la vida. —Se incorporó sobre un codo—. ¿Sabes dónde estaba el siete de diciembre?

Él negó con la cabeza.

—La viuda de guerra en ciernes estaba penando en Reno, tramitando el divorcio.

—Y de paso follándose a un vaquero, seguro.

Iba sintiéndose más cómodo con ella. Rara vez se permitía hablar en la cama. Mary Margaret lo llamaba decir guarradas. No lo toleraba.

—¿Cómo lo has sabido?

Parecía complacida de que hubiera llegado a esa conclusión.

—Soy poli.

—Bésame el cerebro, polizonte —dijo Corinne—. Cómeme el cerebro.

Él bajó hacia su entrepierna y aun entonces paseó la mirada por el piso. Con su

coño en la cara, pensó, y todavía examino la distribución. Tenía la cara sujeta por sus muslos como en un torno y comprobaba dónde estaba la puerta y cuántos pasos había hasta su pistola, que tendría que haber dejado bajo la almohada y no en el sofá; si alguien entraba por la puerta, su pipa estaba demasiado lejos. Luego ella gimió y mientras se corría él se fijó en la vieja silla de mimbre victoriana, la cajita con monograma para las facturas, los candelabros de peltre y las descoloridas tarjetas de Navidad que seguían pegadas en la librería, y tomó nota mental de que debía preguntarle por ellas en algún momento.

Aquella fue la primera vez que fue a su piso.

Nunca le había preguntado por las tarjetas de Navidad.

Nunca iban a casa de él. «La Esencia de la Vida en el Valle», llamaba a su casa el difunto Chester Hanrahan. Tres dormitorios, dos baños, una sala de estar. Sala de estar, menuda broma. Había comprado la casa para Mary Margaret la última vez que salió de Camarillo.

—Un entorno hogareño es lo que necesita —había dicho el psiquiatra—. Nada de estrés.

Nada de ir follando por ahí, era lo que quería decir. Era curioso que Mary Margaret siempre lo notara. Nunca hubo ninguna prueba, ya se cuidaba él de eso. Se acostaba con ella una vez por periodo menstrual, práctica que había observado religiosamente durante diez o quince años, no recordaba cuántos con exactitud. El enfoque de los patrones definidos. Sin embargo, aun así ella lo notaba. Una Brenda, una Corinne. Y empezaba a hablar con san Bernabé de Luca. «Melancolía involutiva», lo había llamado el psiquiatra. De vuelta a Camarillo. A ella parecía gustarle ese centro, salvo por el padre Cruz, el capellán que le daba la comunión una vez por semana.

—¿Por qué no está en las misiones de Bolivia —preguntaba ella—, trabajando con los mexicanos?

Para Mary Margaret, todo aquel que vivía entre San Diego y Tierra del Fuego era mexicano.

—A lo mejor Des puede arreglarlo —le decía él.

—O san Bernabé —replicaba ella.

Así que nunca llevó a Corinne a la Urbanización Chester Hanrahan. Él nunca se lo ofreció, ella nunca se lo pidió. Por ese camino había demasiadas preguntas. Siempre era en casa de ella y en la cama plegable con la trinchera en medio.

La cama plegable estaba hecha cuando volvió a la sala. Corinne llevaba unas enaguas, medias de nailon y zapatos. Nada más. Medio desnuda. Una expresión de monja, «medio desnuda». («Nada de jugar a la pelota medio desnudo en el patio, Thomas Spellacy. Vuelve a ponerte la camiseta interior»). Se fijó en que había puesto ropa limpia para él sobre la cama.

—Ayer te compré un par de camisas —dijo Corinne. Era como si la discusión no se hubiera producido nunca—. Y unos *slips*.

—No me gustan mucho los *slips* —dijo Tom Spellacy—. Lo que no me gusta es que aprietan.

—A mí me gusta cómo aprietan —dijo Corinne.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó él.

Antes siempre se había dado por supuesto: ella no iba a la casa del Valle, él no dejaba ropa en su piso. Algo así no debería tener ni que decirse.

—He vaciado un cajón —dijo ella. Se encendió un cigarrillo y empezó a fumar con caladas nerviosas—. Tiré unas cuantas cosas viejas de invierno y el cajón se quedó vacío.

—Ah.

—Te pones la misma camisa y los mismos calcetines cada vez que te vas de aquí, tienen que estar guarros.

—Entonces, ¿también me has comprado unos calcetines?

—En Bullock. Las rebajas de mediados de mes. Sección de caballeros. —Aplastó el cigarrillo en el cenicero que había al lado de la cama—. Te la chupo, si quieres.

Lo que quiero es lo que está haciendo ahora, pensó. Lo que se le da bien. Lo que no quiero son las camisas, los calcetines y los *slips*. ¿Qué será lo siguiente, una chaqueta, comprar carne para asado en el Safeway, un piso más grande, película en el Grauman los martes y los sábados y algún preestreno que otro en Glendale? Dios, qué bien lo hace. Y es una chica católica, que es lo más gracioso del asunto. Te hace preguntarte qué andan enseñando las monjas de Santa Resurrección. Qué gracioso pensar en las hermanas enseñándole esto. Corinne, cuando la conversación se ponga un poco tensa, echa mano al manubrio. Deben de poner excelentes cuando se aprende eso en Santa Resurrección.

Sonaba el teléfono. Al decimoprimer tono, Corinne se levantó y cogió el auricular.

—Es Crotty —dijo, furiosa de repente—. Pensaba que nunca ibas a dar este número a ninguno de tus asquerosos amigos polis.

—Y yo pensaba que tú no ibas a comprarme nunca unos *slips*.

Ella lo fulminó con la mirada mientras él cogía el teléfono.

—Tom —dijo Crotty—, sé que no debería llamar a este número...

—No pasa nada, Frank.

Corinne se levantó del borde de la cama. Se acercó a la mesa del teléfono y se arrodilló delante de él.

—Tenemos un problemilla, por eso llamaba.

—Dios —dijo Tom Spellacy—. ¿No puede esperar?

—La verdad es que no.

—Madre del amor hermoso...

—¿Estás bien, Tom?

—¿... cojones es, no puede esperar?

—Es algo que tal vez interese al monseñor, por eso no quiero hablar del tema por teléfono, ya me entiendes.

—Des.

—El mismo.

—Me cago en todo.

—El hotel Alvarado Arms.

—Oh, Dios, en la calle Once.

—Pásate por allí.

—Dios.

CAPÍTULO SEIS

Pasó lentamente por delante del Alvarado Arms una vez, giró al final de la manzana y aparcó más abajo del hotel, ante una casa de madera reseca con un ajado y torcido cartel de «Se alquilan habitaciones» clavado en el minúsculo y requemado jardín. El cubo de basura junto a la puerta de su coche estaba lleno de botellas de alcohol rotas. Se encendió un pitillo. El coche se llenó de humo. A través del parabrisas azotado por la lluvia vio que de vez en cuando se movían los visillos en las descuidadas casas que jalonaban la calle. Para mirarme bien, pensó. Y también al coche patrulla de delante del hotel. Había que ser tonto para aparcar allí el blanco y negro. Quienquiera que lo condujese debería haberlo metido en el callejón que llevaba al garaje. No tenía sentido despertar la curiosidad de la gente de detrás de los visillos. No eran mala gente; solo gente que había tenido demasiado poco y demasiado tarde. Gente que había sido, que nunca fue o que nunca sería.

Abrió la puerta del coche y tiró su cigarrillo a un charco. Las maltrechas palmeras de la calle parecían tener todas desviación de columna. Aunque hubiera empezado a llover a cántaros, caminó despacio, cruzando con desgana hacia el hotel. El Alvarado Arms era un edificio destartado de cinco pisos con desconchadas cornisas de mampostería y una escalera de incendios injertada en la fachada para tapar las grietas y cicatrices del terremoto de 1933. Las letras doradas de las ventanas de la planta baja empezaban a pelarse: «SERVICIO DE MENSAJERÍA 24 HORAS BRENDA. SERVICIO DE CHÓFERES 24 HORAS BRENDA. SERVICIOS PERSONALES BRENDA, LTD».

Había pasado mucho tiempo, pensó Tom Spellacy mientras miraba las ventanas.

—Me has hundido en la mierda, Tom —le había dicho Brenda Samuels—. No necesito eso. Mantente alejado.

De modo que se había mantenido alejado. Mientras Brenda apechugaba con la presión. Primero del gran jurado, luego de los militares. Lo del ejército era curioso. Repartían gomas entre los soldados de permiso y luego cerraban las casas de putas. Alístate y te pajearás en un condón Ramses. Aunque aquello no detuvo a Brenda durante mucho tiempo. Si algo tenía la chica eran recursos. Tom Spellacy había seguido su carrera en las Páginas Amarillas. «SERVICIOS PERSONALES BRENDA, LTD». Nada de lujo, nada que ver con los viejos tiempos. Polvos ambulantes. Suficiente para ir tirando. Y Antivicio la dejaba en paz. Brenda siempre le había caído bien a Antivicio. Sobre todo cuando mantuvo la boca cerrada al declarar ante el gran jurado. No era gran cosa, pero daba para ganarse la vida.

Puto Lenny Lewis, pensó.

El linóleo del vestíbulo estaba tan gastado que se veía el suelo. Crotty estaba de

pie junto a la recepción. El recepcionista era un vejete asustado que tenía una lente opaca en las gafas.

—Es la segunda vez en seis meses que un tipo estira la pata en este cuchitril cuando estaba follando —dijo Crotty.

—Aquella vez tampoco estuve, teniente —aseveró el recepcionista. Su camisa estaba astrosa, iba mal afeitado y empezaba a gimotear. Había un tebeo abierto en la mesa delante de él—. Aquella vez también fue el del turno de noche. De día es un sitio maravilloso, me aseguro de ello. Muy tranquilo.

—Por eso la policía naval se quejaba el otro día de que los marineros pillaban la gonorrea aquí —dijo Crotty.

—No fue a mí —dijo el viejo—. Debió de ser el del turno de noche otra vez.

—¿Has estado en la cárcel alguna vez?

—No, que yo recuerde.

—¿Por qué te metieron?

—Exhibicionismo.

—Ya sabía yo que debías de tener buenas referencias para conseguir un trabajo tan bueno como este —dijo Crotty.

Se volvió e indicó por señas a Tom Spellacy que fuera a las escaleras. En el Alvarado Arms no había ascensor. No hablaron hasta llegar al primer rellano.

—¿Qué coño pasa aquí? —preguntó Tom Spellacy—. Como si no tuviera bastantes problemas, ¿ahora me toca ver a Brenda?

—Es algo que ha pasado, Tom, de casualidad —dijo Crotty.

—¿Está aquí?

—Tercer piso.

—¿Te ha saludado?

—Me ha mandado a tomar por culo.

—Así que no ha cambiado, ¿eh?

—Olvídate de Brenda, Tom, ella no es el problema. Lo que preocupará al monseñor es el fiambre de la 514.

—¿Qué tiene que ver con Des?

—Ya lo verás. —La subida estaba haciendo sudar a Crotty. En el cuarto rellano tuvo que parar para recuperar el aliento—. Antivicio estaba preguntando entre las chicas, como dijiste, para ver si alguna conocía a alguien con afición a cortar. O a una chica con una rosa tatuada en el coño. A los de Antivicio no les gusta incordiar a Brenda, así que mandaron a los polis de patrulla. Bingo y el zulú.

—Oh, mierda.

—Una puta suerte, Tom. Bingo ha reconocido al fiambre y me ha llamado.

Bingo McInerney y Lorenzo Jones estaban en el pasillo ante la habitación 514. Crotty les dijo que fueran al rellano y que no dejaran subir a nadie al quinto piso. Bingo hizo un guiño a Tom Spellacy.

—Si hay alguien a quien no esperaba ver mojando el churro...

—Cállate, cojones —dijo Crotty.

El cuerpo de la habitación 514 estaba desnudo en la cama bajo una sábana. Su ropa estaba pulcramente doblada en el respaldo de una silla. Sus calcetines estaban hechos una bola dentro de los zapatos ingleses, que incluso se hallaban alineados con la cabecera de la cama. Sobre la cómoda estaban sus llaves, su cartera y un pañuelo con las iniciales «M. G»... En la cartera no había dinero. Tom Spellacy buscó un carnet.

—Mierda.

—Mickey Gagnon —dijo Crotty.

—Monseñor Mickey —corroboró Tom Spellacy.

—Antes era coadjutor en San Lucas, por eso Bingo lo ha reconocido.

Tom Spellacy volvió a examinar el carnet de identidad.

—San Lorenzo Mártir en Redondo Beach, pone aquí.

—Ahora es párroco allí —dijo Crotty. Se sonó con el pañuelo con las iniciales «M.G». y después se lo guardó en el bolsillo—. La chica ha debido de mearse de la risa al ver el carnet de identidad.

—No tanto como para olvidar limpiarle la cartera —observó Tom Spellacy—. ¿Tenemos el nombre de la chica?

—Claudine Smith. Una morenita.

—Estupendo.

—Podemos trincarla.

—Olvídala —dijo Tom Spellacy—. Lo último que necesitamos en este cachondeo es una zorra bocazas de quince dólares.

—Diez —corrigió Crotty.

Tom Spellacy volvió a centrarse en el cuerpo. La agradable expresión de monseñor Gagnon le dio vergüenza.

—¿Infarto? —preguntó, esforzándose por apartar la mirada.

—Tiene toda la pinta —dijo Crotty—. Bien pensado, no es una mala muerte, el polvo infartado, si no te importa palmar en pecado mortal. Yo me la jugaría, creo.

—Va a quedar genial en los periódicos —dijo Tom Spellacy—. «LA BÚSQUEDA DEL ASESINO DESCUBRE A UN CURA MUERTO EN UN BURDEL».

—Por eso te he llamado —dijo Crotty—. He pensado que tal vez querrías avisar a tu hermano con cierta antelación. —Se sacó un palillo del bolsillo y se lo metió en la boca—. ¿Qué hacemos con el monseñor?

—Lo primero es vestirle —respondió Tom Spellacy.

Tardaron diez minutos en ponerle la ropa a Mickey Gagnon. Cuando por fin le hicieron el doble nudo en los zapatos, lo apoyaron contra la cabecera de la cama y le doblaron las manos sobre el regazo. Se diría que estaba en el primer día de unas vacaciones.

—¿Qué cojones hacías aquí? —preguntó Tom Spellacy al cadáver de repente.

—Yo diría que echar un casquete, fíjate tú —dijo Crotty—. ¿Has pensado ya en cómo vamos a dar esquinazo al forense?

Tom Spellacy recogió las llaves de coche que había encima de la cómoda.

—Tiene un coche por aquí cerca —dijo—. Apuesto a que un Buick negro. Aparcado en la calle. Mandamos a Bingo y Lorenzo a buscarlo. Lo traen aquí y lo aparcan en el callejón de atrás.

—¿Y luego qué?

Tom Spellacy contempló el cuerpo de la cama.

—Si va tan endomingado debe de haberse tomado el día libre o algo así. ¿Tú qué haces cuando tienes un día libre?

—Voy al hipódromo.

—Que es un cura, por el amor de Dios, Frank.

—¿Y qué coño hace aquí, si es tan buen cura? —replicó Crotty—. Yo diría que le hubiese ido mejor en Santa Anita.

—Joder, eres una gran ayuda.

—Ir a la playa, entonces.

—Está lloviendo.

—Ir de compras.

Tom Spellacy chasqueó los dedos.

—Los grandes almacenes de la May Company en Pico.

—Los nuevos.

—Tienen un aparcamiento de un kilómetro de largo.

—Hacemos que Bingo y Lorenzo lo dejen en el *parking*.

—Con la que está cayendo, nadie le prestará ninguna atención.

—Alguien lo encontrará tarde o temprano.

—Un infarto en el coche.

—Pasa a todas horas —dijo Crotty—. Lo que quiero saber es qué le dirás al monseñor.

—Le diré que no curiosees demasiado sobre cómo estiró la pata Mickey, para empezar —respondió Tom Spellacy—. Nada de autopsias, para seguir.

—Tú no contarás nada, yo no contaré nada, nadie de este tugurio contará nada —enumeró Crotty. Se hurgó en los dientes con el palillo—. El moreno es una tumba. Lo que deja a Bingo.

—Yo me ocuparé de Bingo.

Tom Spellacy abrió la puerta de la habitación 514 y llamó a Bingo McInerney. Bingo entró, cerró la puerta a sus espaldas y silbó al ver el cadáver apoyado en la pared.

—Joder, habéis hecho un buen trabajo, mirad lo que os digo —comentó Bingo—. Casi me cago al ver quién era. Un coñazo para confesarse. Le decías que te habías hurgado la nariz y te encasquetaba un rosario. —Empezó a sonreírse—. Cuando mi

señora era presidenta de la Sociedad del Altar allá en San Lucas, no se quitaba al padre Gagnon de la boca. Se cagaría encima si supiese que era un putero.

—¿Qué me dices de los chicos del McGovern's? —preguntó Tom Spellacy.

—Se descojonarán.

—¿Te gustaría un traslado a la calle Setenta y siete? —preguntó Tom Spellacy.

—No lo dirás en serio —dijo Bingo.

—La calle Setenta y siete son negros de punta a punta —observó Crotty.

—Es una puta jungla, el distrito de la calle Setenta y siete —dijo Bingo—. ¿Qué he hecho para merecer eso?

—Abres la boca sobre esto, en McGovern's o en cualquier otra parte, y te patearás la calle Setenta y siete hasta gastar los adoquines —amenazó Tom Spellacy.

—Hostia, Tom, que puedes fiarte de mí —dijo Bingo. Señaló hacia la puerta con el pulgar—. De quien tenéis que preocuparos es del negro.

—No es verdad —replicó Crotty—. Es de ti. —Sonrió con aire bonachón—. El hermano de Tom, el monseñor, tiene una misa especial que dice por los polis a los que se cargan en la Setenta y siete. Tocan el puto tantán.

—Joder —dijo Bingo McInerney.

2

Bingo McInerney y Lorenzo Jones encontraron el Buick negro estacionado al otro lado del parque MacArthur. Había una multa de aparcamiento bajo el limpiaparabrisas. Cuando Lorenzo Jones metió el coche en el callejón de detrás del Alvarado Arms, Crotty hizo trizas la multa. Él y Tom Spellacy colocaron el cuerpo, que habían bajado a peso por los cuatro tramos de escalera de detrás del hotel, en el centro del asiento delantero. El cadáver se desplomó de inmediato hacia el lado del copiloto. Parecía un borracho que se hubiera desmayado. Crotty encargó a Lorenzo que aparcase el Buick en un hueco del aparcamiento de la May Company y dejara la guantera abierta con las llaves en el contacto para que pareciese que Mickey Gagnon estaba buscando algo cuando le dio el ataque. Después debía cruzar la tienda y salir por la entrada principal. Bingo esperaría en el coche patrulla a dos manzanas de distancia. Después retomarían su ronda sin mencionar el incidente en sus informes.

—¿Alguna pregunta? —dijo Crotty.

—No —respondió Lorenzo Jones.

—Es demasiado temprano y llueve demasiado para que haya mirones —comentó Crotty.

—Lo sé —aseveró Lorenzo Jones.

Sacó el Buick del callejón.

—Cree que es cosa de blancos —observó Tom Spellacy.

—Yo tengo una pregunta —dijo Bingo McInerney—. ¿Por qué es el negro el que lleva a Mickey?

—Porque tiene un sentido natural del ritmo, que le servirá para conducir el Buick —respondió Crotty.

—Yo hubiese podido —protestó Bingo.

—Todavía acabarás en la calle Setenta y siete, como no te calles —dijo Tom Spellacy.

3

—¿A quién sacabais a escondidas? —preguntó Brenda Samuels.

—Al alcalde —dijo Tom Spellacy.

Brenda sirvió dos tazas de té y volvió a dejar la tetera en la placa. Sus habitaciones olían a gato. Había una bandeja de arena para gatos en una esquina y platitos de leche agria en las otras tres. Por la puerta abierta veía a un gato de color óxido dormido en la cama sin hacer y un persa flacucho royendo una cortina que había desprendido de la barra. Recordó que ella siempre había tenido gatos. La cuestión era que antes no olían.

—Siempre fuiste un cabrón parlanchín —dijo Brenda—. ¿Dónde está tu amigo, ese que hace tantos negocios con los chinos?

Así que sabe lo del motel de Crotty, pensó. No le sorprendía. A Brenda siempre le había gustado saber lo que se cocía. Hasta en un tugurio como aquel se mantenía al corriente de las novedades. Eso siempre ayudaba. Sobre todo en un tugurio como aquel.

—Ha vuelto al centro.

—Antes le gustaba la carne oscura, no sé si te lo habrá contado.

Tom Spellacy dio un sorbo a su té. Eso debía de habersele pasado por alto a Crotty.

—Nunca se quitaba ese traje blanco cuando se lo estaban trajinando. Lo veía por la mirilla.

De gorra, sin duda. Se preguntó qué más habría conseguido Crotty de Brenda.

—Lenny Lewis se ahorcó —dijo.

—Ya lo oí. —Brenda echó un poco de leche en una cuchara y dejó que el persa la lamiera—. Que se joda.

Había encanecido y ganado peso. Tenía una red de arrugas bajo los ojos y los dedos manchados de nicotina. Había empezado a trabajar en San Diego a los dieciséis años y antes de los veinte ya dirigía su propia casa. Ahora era una mujer tirando a gorda con una bata sucia. Salvo por la nicotina, le recordaba a Mary Margaret. Se preguntó si la atracción siempre habría radicado en eso.

—Estás hecha una mierda.

Brenda se encogió de hombros.

—¿Qué tal tu mujer? ¿Aún en el manicomio?

Allí estaba, aquella mala leche que siempre le había gustado.

—¿Y el monseñor? Lo oigo por la radio. *La hora del rosario*. Al mediodía en la KFIM. Seguro que le encanta todo ese rollo. El latín, el vía crucis. Seguro que rezaba

una novena por ti, cada vez que yo te la chupaba.

El tono indiferente. No tenía miedo. Nunca. Recordó que una vez le había dicho que estaba seguro de que meaba agua helada.

—No has cambiado mucho —dijo.

—¿Qué te esperabas, a Shirley Temple? Me vienes tan bien como otro polvo.

No dijo nada. Brenda volvería a la carga, lo sabía.

—Tu hermanito juega bien al golf, o eso decía siempre Jack.

—Que te jodan, Brenda.

—Antes te gustaba hacerlo a ti —dijo ella. Se sirvió otra taza de té—. ¿A qué viene esto? Pago a Antivicio un buen dinero para que no me incordien.

—Asesinato en primer grado.

Brenda reprimió un bostezo.

—¿Quién?

Le habló del cadáver de la Treinta y nueve con Norton. La historia no pareció impresionarla.

—¿Qué tiene que ver conmigo?

—Llevaba una rosa tatuada en el coño. ¿Te suena de algo?

—No te debo ningún favor.

—¿Y ya está?

—Ya está. —El gato color óxido saltó a su regazo. Brenda le acarició el cuello hasta que empezó a ronronear—. Tienes una amiguita, dicen.

—Sí que estás puesta al día.

—Tiene el coño como de cachemira, dicen también.

Tom Spellacy soltó un manotazo por encima de la mesa y le alcanzó en la cara. El gato se escabulló de su regazo y se escondió bajo el ajado sofá marrón.

—Creo que te pones cachondo haciendo eso —dijo Brenda Samuels con voz tranquila. Le estaba saliendo un verdugón rojo en la cara, pero Tom Spellacy sabía que jamás se lo frotaría—. Apuesto a que te la pone dura. Si mal no recuerdo, la tenías pequeña. Apuesto a que la única que la pone a tono es la amiga Manola. —Cogió un Camel. Tom Spellacy reparó en que no le temblaban las manos. Que le pegaran era un riesgo laboral—. Me das un bofetón y consigues una auténtica empalmada, ¿no es así?

—Algo así. —No le había pegado por lo que había dicho de Corinne, eso lo sabía. Corinne también lo sabría. Y Brenda. Lo que pasaba era que ella siempre tenía el control. Siempre lo había tenido. Como todas las mujeres a las que había conocido. Encendió una cerilla con el pulgar y la acercó a su cigarrillo—. Necesitamos identificar a esa chica.

Brenda dio una profunda calada a su Camel. Dos más y el cigarrillo acabó en su taza de té.

—No conozco a nadie con un tatuaje.

—Pregunta por ahí.

—¿Una puta?

—Es posible —dijo él—. ¿Conoces a alguien aficionado a rajar?

—Johnny Levene.

—Está en Folsom. Tiene cáncer.

—Bien —dijo Brenda—. Me alegro.

Tom Spellacy sabía que lo decía de corazón. Si creía que alguna de sus chicas le sisaba, a Johnny le gustaba meterle una percha ardiendo por el coño, solo para recordarle para quién trabajaba.

—No hablamos de un chulo, sino de un cliente.

—Haré correr la voz.

Tom Spellacy se puso en pie para marcharse.

—Mantente en contacto.

—¿Tom?

Se paró. Sabía que le iba a preguntar de nuevo por el cuerpo del quinto piso. Nunca le habían gustado los cabos sueltos.

—El tipo de arriba tiene algo que ver con tu hermano, ¿verdad?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Venga ya —dijo ella con brusquedad—. Llevo veinticinco años dirigiendo garitos. Cuando cuatro polis sacan un fiambre a escondidas por la escalera de atrás de una casa de putas, ¿te crees que no sabré que pasa algo raro? Y tú no trabajas en Antivicio desde aquella noche en que te la estaba chupando en el asiento de delante de mi coche.

No se andaba con rodeos.

—Ya te lo he dicho. Asesinato en primer grado.

—Si a un tipo le da un infarto en pleno polvo, no es asesinato en primer grado. Si un fiambre te trae hasta aquí, es que tiene algo que ver con tu hermano. Era un obispo como mínimo, me parece a mí, el tipo ese.

No parecía tener sentido negarlo. Brenda no le creería de todas formas.

—Un monseñor.

Brenda no sonrió. Recogió la colilla empapada de la taza y la tiró a un cenicero.

—Quien ha sido esbirro, esbirro se queda. —No alzó la voz en ningún momento—. Solo que ahora le haces los recados a tu hermano. Dicen que canta de coña en la misa. Que tiene una voz como la de Buddy Clark.

Avanzó hacia ella, que no se encogió.

—¿No te has preguntado nunca por qué no te imputaron?

Se paró. O sea que ahora voy a enterarme, pensó Tom.

—Jack estaba haciendo demasiados negocios con tu hermano. Todas esas escuelas que estaba construyendo... No hubiese quedado bien, que fueras a juicio. Podrías haber hablado. —Está disfrutando realmente con esto, pensó él. Ha esperado mucho tiempo para contarlo—. Él arregló las cosas en el centro.

De manera que por eso Jack Amsterdam había echado a Brenda a los leones.

Necesitaba un chivo expiatorio. Y ella había mantenido la boca cerrada, probablemente porque no quería acabar en una secadora, pensó. Ni se declaró culpable ni señaló con el dedo al principal contratista de la archidiócesis. Observó la dura sonrisa de la cara de Brenda. Deuda cancelada.

—Que te jodan —dijo.

—Me mantendré en contacto —replicó Brenda Samuels.

4

La lluvia de primera hora de la mañana había cesado. Pronto alguien encontrará a Mickey Gagnon, pensó. No estaba preparado para llamar a Des. Todavía no. Des, que jugaba tan bien al golf. Según Jack. Des, que era el motivo de que no estuviese a la sombra. Que esperase Mickey. A tomar por culo Des. Y Brenda también.

Quien ha sido esbirro, esbirro se queda.

Brenda siempre podía sacarlo de sus casillas. Le gustaría ponerla a prueba con la manguera de goma. La manguera se le daba muy bien. Nunca pegaba a nadie con ella. Por lo menos cuando había gente delante. Un manguerazo en la mesa de la sala de interrogatorios. Y contra el respaldo de la silla del sospechoso. Eso solía bastar. Se cagaban de miedo. A veces literalmente. Johnny Levene se había manchado los calzoncillos. Le gustaría probar con Brenda. A lo mejor con Des, también.

Quien ha sido recadero, recadero se queda.

Solo que ahora le hacía los recados a Des.

Saldar las deudas de una infancia católica. Había sacado las castañas del fuego a un montón de curas de la archidiócesis. Leon Jeanette, que conducía borracho a ciento diez por hora por Western Avenue, rayó tres coches y dejó el suyo en siniestro total. Eddie Kieran, siete mil setecientos dólares del Óbolo de San Pedro en la Santísima Trinidad detrás de una pareja de treses. Una palabra aquí, una palabra allá; se retiran las acusaciones, se cierra el caso.

Era la única moneda que podía ofrecer.

Quien ha sido recadero, recadero se queda.

Paró en Broadway para limpiarse los zapatos. Broadway Bates le puso el betún. Broadway Bates. «36 AÑOS MISMO PUNTO, MEJOR LIMPIA AL OESTE DE CHICAGO». Broadway Bates tenía una pista.

—Dicen que era puta, Tom.

Las palabras de Brenda resonaron en el oído de Tom Spellacy.

—Un coño como de cachemira, dicen.

—Eso he oído yo también.

Los vendedores de Broadway siempre tenían pistas. El de las pelucas, el de las flores, el de las corbatas... Había polis en el departamento cuyas únicas fuentes eran los mercachifles de las aceras de Broadway. Si vendes por las aceras, mantienes los ojos abiertos, le gustaba decir a Ben Bass. Si un caniche meaba en un árbol en Beverly Hills, Ben Bass corría a preguntarle al de las pelucas, el de las flores y el de las corbatas. Broadway Bates conocía a un tipo con un caniche que tenía un par de Florsheims de piel de impresión escocesa que necesitaban un limpiado, con el tacón

gastado y sin dobladillo en los pantalones. Del dobladillo para abajo, Broadway Bates jamás cometía un error.

—Hace dos semanas, Tom —dijo Broadway Bates, que en ningún momento apartó la mirada de los zapatos. A Tom Spellacy se le ocurrió que, aunque Broadway Bates llevara años limpiándole gratis los zapatos, probablemente no podría reconocerlo en una rueda de identificación. Lo único que veía era su coronilla—. Una señorita con un arañazo en un par de escaarpines azul marino de charol. Hebillas de oro de imitación, protectores de tacón de piel de tiburón. No llevaba bragas. Era como cachemira, te lo juro por Dios, en serio.

Tom Spellacy hundió la cara en el *Express*. El titular del artículo de Howard Terkel era: «LA POLICÍA BUSCA A HOMBRE LOBO ASESINO». Y el subtítulo, en letra más pequeña: «DESCARTADO UN ECLESIAÍSTICO MISTERIOSO».

Soltó una maldición.

—Es ella, Tom —susurró Broadway Bates.

Reparó por primera vez en que el limpia tenía un bulto en la nuca.

Leyó.

«El equivalente moderno de una cámara de torturas medieval —había escrito Howard Terkel—, en el que una delgada Belleza Misteriosa sin identificar se retorció durante horas antes de su brutal asesinato a manos de un maníaco asesino “hombre lobo”, al que hoy todavía buscaban los detectives de homicidios.

»Se ha “descartado” definitivamente como sospechoso a un eminente religioso local, ha indicado también una fuente policial».

Tom Spellacy soltó otra maldición.

La Belleza Misteriosa. Por un momento, repentino e irracional, pensó que todo era culpa de ella. Brenda, Jack, Des. Quien ha sido recadero, recadero se queda. Un coño como de cachemira. Mickey Gagnon.

A tomar por culo todos.

Cuando llegó a la comisaría marcó el número de Des. La monja de la centralita del economato tenía la voz como la hermana Clarita, del quinto curso en San Anatolio. («Otra vez peleándote en los baños, Thomas Spellacy. Manguerazo al canto»). Preguntó quién llamaba.

—Homicidios —dijo, recordando a la hermana Clarita.

—¿Disculpe?

—Policía de Los Angeles.

—¿Con qué fin desea hablar con el monseñor?

—Tengo un puñado de entradas para el Baile de la Policía que me quiero quitar de encima.

—Estoy segura de que monseñor Spellacy no desea ocuparse de eso. Le pondré en contacto con el padre Barry.

—No me toque los cojones, hermana, y póngame de una vez con monseñor Spellacy.

Des se puso al cabo de un momento.

—¿Qué le has dicho a la hermana Margaret para alterarla de ese modo?

—Básicamente, que no me toque los cojones —respondió Tom.

—Básicamente, eso debe de ser —dijo Des—. Apuesto a que no lo oye mucho de labios de la hermana superiora.

—Si vuelves a hablar con ella, dile que espero que todos sus hijos sean jesuitas.

Oía a Des respirando al otro lado de la línea.

—He leído sobre ti en los periódicos —dijo por fin.

—Los periódicos se pierden todo lo bueno. Todos esos ciudadanos de pro que llaman con sus pistas. Ayer llamó uno que me parece que a la hermana Margaret le gustaría conocerlo. Me contó que era el hermano pequeño de Jesús, Jim.

—No me consta que la Biblia lo mencione.

—Esa era también mi impresión, y así se lo dije. El bueno de Jim me contó que tenía una partida de nacimiento. Catorce de marzo, 29 antes de Cristo. Y si eso no me bastaba, me dijo Jim, podía irme a tomar por culo, con perdón, monseñor.

—Perdonado —dijo Des—. He leído algo de un Eclesiástico Misterioso.

—¿Crees que ha sido uno de los tuyos?

—Pura curiosidad.

—En realidad, se trata de tu jefe.

—¿El cardenal?

—Sí, verás, Howard Terkel me preguntó si había alguien al que hubiésemos descartado definitivamente, y yo mencioné a su eminencia.

—Gracias —dijo Des con sequedad.

—Ándate con ojo con ese Howard, a ese cabrón le gusta comprobar las coartadas.

—Su eminencia estaba en una cena de la Liga Italoamericana esa noche —dijo Desmond Spellacy.

—De cena con los macarronis —dijo Tom—. Un sitio genial, si quieres que te peguen un tiro. —Sabía que Des se estaba irritando—. Espero que, al llegar a casa, la hermana Margaret lo arropase bien, solo digo eso. —Buscó a tientas un cigarrillo y lo encendió—. Howard lo dejará correr, de todas formas, si el cardenal dice la misa fúnebre y le concede una exclusiva.

—Eso si no está en la cárcel —dijo Des.

—Bueno, esos abogados que tenéis, Dan Campion y tal, lo sacarán bajo fianza fácilmente.

Des no dijo nada.

—Será una experiencia nueva para él, para Dan, digo, entrar en un tribunal. Suele hacer sus apaños fuera.

Des siguió sin responder.

—Dile que el juez es el de la toga negra.

—Si has acabado... —dijo Desmond Spellacy.

Con esa voz que odio, pensó Tom Spellacy. La de «No me llames, ya te llamaré

yo». Era el momento de soltárselo.

—Oye, Des, antes de que cuelgues, casi me olvido de por qué te llamaba.

Le contó la noticia sobre Mickey Gagnon. Cuando acabó se produjo un largo silencio.

—Podría haber sido una pariente —observó por fin Desmond Spellacy.

—Si tenía parientes negros, sí, podría haberlo sido.

—O podría estar haciendo una visita a domicilio.

—Des, ¿cuándo fue la última vez que dejaste los pantalones en el respaldo de una silla en una visita a domicilio? Y llevando zapatos de vestir blancos y negros. Finge que hizo un acto de contrición perfecto y dedícale una gran despedida.

La llamada le estaba haciendo sentirse inmensamente mejor. Por primera vez esa mañana empezaba a pasárselo bien.

—Gracias, Tommy —dijo Desmond Spellacy al cabo de un momento.

—No hay de qué, Des.

—Quería llamarte de todas formas. Quiero comentarte un par de cosas. ¿Estás libre para comer?

Si quiere comer, pensó Tom Spellacy, no es porque se olvidara de desearme una buena Pascua. O porque crea que está en deuda conmigo. Se preguntó qué tendría en mente su hermano.

—Mejor para cenar.

—No, esta tarde tengo que ir a Camp Roberts.

Para su instrucción con la Guardia Nacional, supuso Tom Spellacy. Desmond había sido cura castrense durante la guerra, y como el cardenal era vicario general de las fuerzas armadas, seguía en la reserva activa.

—Este fin de semana serás el capitán Spellacy.

—Comandante Spellacy.

—Así que te han ascendido. Tienes todo el derecho del mundo a enorgullecerte un poco. Debes de haber hecho un trabajo estupendo con las indulgencias plenarias. O consiguiendo que los muchachos llenen las huchas.

Desmond Spellacy no replicó.

—Padre Paracaidista —dijo Tom Spellacy.

Así presentaba siempre Dan T. Champion a Des en todas aquellas cenas de exalumnos de Notre Dame y en los banquetes del Católico de la Semana del sector de los seguros a los que asistía. Porque Des había sido paracaidista.

—¿Estás libre para comer o no? —preguntó Desmond Spellacy con un brote de irritación.

—Oh, sí, Des, lo estoy. Sobre todo si te pones tu traje de soldado. Me gusta mirar esas cintas tan monas.

—A la una en punto, entonces. En el Biltmore.

Lo dijo con un tono de voz como si ya lamentara la invitación.

—No te olvides de decirle a la hermana Margaret que seré el padrino de su hijo.

CAPÍTULO SIETE

Su eminencia el cardenal Hugh Danaher estaba de mal humor. El enfado empezó mucho antes de su conversación con monseñor Spellacy. Durante casi sesenta años el cardenal había dicho misa a las cinco de la mañana y durante casi sesenta años lo había odiado. Se trataba de una mortificación diaria a la que nunca se había habituado. El ruido de la alarma a las cuatro y media. El fétido regusto en la boca. Nunca se cepillaba los dientes por miedo a tragar algo de agua y romper el ayuno. Los monaguillos. A menudo se preguntaba si otros príncipes de la Iglesia odiaban a los monaguillos tanto como él a las cinco de la mañana. Siempre diciéndole que irían al seminario y después de misiones a China. O echando demasiado vino en su cáliz, como si lo que más le apeteciera a primera hora de la mañana fuese un buen lingotazo. O, si no, evitando su mirada cuando no comulgaban, como si su única preocupación fuera el pecado mortal cometido bajo las mantas la noche anterior.

Mientras decía misa, el cardenal siempre repasaba mentalmente su agenda del día. Era un hombre metódico que odiaba las sorpresas. Los problemas existían para preverlos. Era una regla básica. Una regla que monseñor Spellacy apreciaba. Quizá demasiado. Al cardenal a menudo se le pasaba por la cabeza que en los diez años que monseñor Spellacy había sido su ecónomo, ni una sola vez lo había llamado Desmond. A monseñor Spellacy le gustaba resolver problemas.

Problema: la amenaza de huelga de los profesores seculares en las escuelas religiosas para reclamar mejoras salariales.

La solución de monseñor Spellacy: amenazar con importar maestras monjas de Irlanda.

Problema: Brendan Keenan, el párroco de San Roberto.

El padre Keenan nunca había sido uno de los favoritos del cardenal. Sobre todo desde que descubrió la Ciudad de los Muchachos. Cada vez que un joven de San Roberto robaba un lápiz, el padre Keenan quería mandarlo a la Ciudad de los Muchachos. «Que el padre Flanagan lo espabile», le gustaba decir a Brendan Keenan. Se cree que la Ciudad de los Muchachos es donde mandas a Mickey Rooney para que aprenda a ordeñar vacas, pensó el cardenal. Ahora empezaban a circular habladurías sobre Brendan Keenan. Le había dado por llorar en el confesionario, pero solo con las penitentes. Les hablaba de la soledad del sacerdocio, de todo lo que se estaba perdiendo: las cenas hogareñas, el muérdago en Navidad. La gota que colmó el vaso fue pedirle una cita a Agnes McNulty. Durante la confesión. Una cita para jugar al tenis. Agnes McNulty, con sus once hijos. Seis monjas y cinco curas, así describía ella siempre a su prole. El cardenal intentó imaginarse a Agnes McNulty en ropa blanca de tenis.

La solución de monseñor Spellacy: la Juventud Católica necesitaba un nuevo director deportivo.

La solución ideal para Brendan Keenan, pensó el cardenal. Una Ciudad de los Muchachos para él solito. Donde podría pasar el resto de su sacerdocio inaugurando nuevos campos de béisbol y asignando árbitros a los partidos de liga de la Juventud Católica. Para colmo, en su senectud lo nombrarían chambelán papal por sus servicios a los jóvenes de la archidiócesis.

Problema: monseñor Gagnon.

Monseñor Spellacy se lo había contado después del desayuno. Al cardenal siempre le sobresaltaba ver a monseñor Spellacy de uniforme. Con su pulcra hilera de cintas en el pecho rematada por la insignia del paracaídas. Padre Paracaidista. Se alegraba de haber insistido en que monseñor permaneciera en la reserva. La Guardia Nacional era como un toque de adiestramiento parroquial, que permitía a monseñor Spellacy foguearse con los problemas humanos. La única carencia aparente del monseñor era un poco de humanidad.

El cardenal se removió. Sabía que estaba dejando vagar sus pensamientos. Era lo que más odiaba de envejecer.

Monseñor Gagnon. Ese era un problema que el cardenal no había previsto. Y el motivo de que estuviera aún de tan mal humor. El muy imbécil. En cierto sentido el cardenal se culpaba a sí mismo. Debería haberse barruntado que algo andaba mal. Prestaba atención a todos los detallitos de la archidiócesis. Sin embargo, nunca le había llegado una palabra sobre Mickey Gagnon. Ni problemas familiares, ni cualquier otro indicio de estrés que pudiera haberlo llevado por el mal camino. Se preguntó cuánto tiempo había durado aquello. Mucho, supuso. Por lo que monseñor Spellacy había dado a entender, no era el tipo de sitio que uno encuentra por casualidad.

Esperaba que Mickey estuviera en estado de gracia.

Era algo que estaba dispuesto a presuponer.

Monseñor Spellacy había sido muy discreto. No había llegado a mencionar por su nombre a su hermano cuando le contó al cardenal lo de Mickey Gagnon. «Un amigo del departamento», había sido su manera de definirlo. El cardenal nunca había coincidido con el teniente Spellacy, aunque no desconocía los servicios que había prestado. En muchas ocasiones. Si algo sabía el cardenal sobre los policías era que daban por sentada la mácula de la condición humana. Los auténticos calvinistas. Monseñor Spellacy también era así. No podía decirse que ello fuera una virtud en un cura. Pero es un defecto que yo mismo comparto, pensó el cardenal. Quizá fuera el único modo de cumplir con su trabajo.

La cantinela de la conversación de Augustine O’Dea interrumpió las cavilaciones del cardenal. El vicario general estaba sentado al otro lado del escritorio del cardenal como todas las mañanas, detallando lo que había hecho el día anterior y lo que pensaba hacer en aquella jornada. Monseñor Spellacy estaba a su lado, como siempre

durante la recitación diaria de los acontecimientos, impasible. Parecía incómodo de uniforme.

—Pobre Mickey —dijo Augustine O’Dea—. Apuesto a que sé lo que hacía en la May Company, eminencia.

El cardenal puso cara de sorpresa.

—¿Y qué es eso, Augustine?

—Mickey era un gran pescador —respondió el vicario general—. Cada dos por tres salía con el barco de Charley Dunn. El juez Dunn. El hermano del enterrador. *La otra mitad*.

—¿La otra mitad de qué, Augustine?

—Es el barco de Charley, *La otra mitad* —respondió Augustine O’Dea—. Tenía todo el equipo para pescar.

—¿Charley? —preguntó el cardenal con tono dubitativo.

—Mickey —aclaró Augustine O’Dea.

—No lo sabía —dijo el cardenal.

—Si estaba en la May Company —prosiguió Augustine O’Dea—, apuesto a que tenían una oferta de cañas. Seguro que puedes comprobarlo, Des, antes de irte al cuartel.

—Buena idea, obispo —dijo Desmond Spellacy—. Muy buena.

—Para el responso —continuó Augustine O’Dea—, ya que los doce apóstoles eran pescadores y tal, sería un buen detalle que Mickey estuviera comprando una caña.

El cardenal cambió de tema de improviso.

—Dime, Augustine, ¿cómo fue ayer el almuerzo de la Sociedad del Santo Nombre?

—Oí una anécdota magnífica de Lourdes, eminencia...

—Hoy no me vendría mal un milagro, Augustine.

—Me la contó Jack Costello.

—¿Conozco a Jack Costello?

—El famoso embotellador de la Coca-Cola.

—Ah, sí —dijo el cardenal.

—Consiguió aquel congelador a precio de coste para la Residencia de Santa Inés.

—Ah, sí.

—Su cuñada, Theresa Curtin. No ha caminado un paso en veinticinco años. Tiene las piernas tan lisiadas como la mente de un comunista.

—Una acertada analogía.

—Fue a Lourdes con la pandilla de San Lorenzo O’Toole, metió las piernas...

—Y supongo que ahora baila la polca —terminó el cardenal.

El obispo exhibió una sonrisa radiante.

—En la fiesta de Cas Stasiak por la confirmación de su hijo.

—Parece salido de *La canción de Bernadette* —comentó el cardenal.

—Una magnífica película, eminencia. No sé cuántas veces la he visto.

—Once —dijo Desmond Spellacy.

—Por lo menos —añadió Augustine O’Dea. Hizo una pausa—. Esa Jennifer Jones... ¿Es una chica católica?

—Creo que la tiene contratada David Selznick —dijo el cardenal.

El vicario general expuso su programa para el resto del día. Confirmación en San Bernardo. Comida con la Legión de la Decencia. Inauguración de la nueva ala del Hospital de San Judas. La invocación en un simposio de deportistas universitarios católicos. Cena con los Hijos de San Esteban de los Búlgaros. El cardenal estaba seguro de que, en todos los actos, el vicario encontraría algún nuevo testimonio de la gloria de Dios. Radio Milagro, lo llamaba el cardenal. Y ese era el motivo de que Hugh Danaher hallase tanto consuelo en Augustine O’Dea. El vicario general podía conseguir que cualquier problema pareciera trivial. Hasta el infortunado fin de monseñor Gagnon parecía no solo aceptable, sino incluso absurdo.

Cuando Augustine O’Dea hubo partido, el cardenal le dijo a Desmond Spellacy:

—¿Ha mencionado tu hermano una oferta de cañas de pesca?

—No, eminencia.

El cardenal tomó nota de que no pareció sorprender a Desmond Spellacy que supiese quién era su «amigo del departamento».

—Quizá Augustine debería pronunciar el responso —propuso el cardenal—. Estoy seguro de que podrá colar una referencia al Gran Pescador.

—Sí, eminencia.

Desmond Spellacy sostenía una libreta en equilibrio sobre una rodilla. El mal humor del cardenal parecía estar amainando. El vicario general siempre parecía ejercer ese efecto en él. Quizá por eso lo mantenía en su puesto. Echó un vistazo contrariado a la libreta.

—¿Qué tienes?

—Primero, un posible candidato para la Beca Cardenalicia. Si su eminencia está de acuerdo, puede anunciarlo en el Baile de la Policía.

El cardenal asintió.

—Un estudiante, monaguillo, deportista, el padre era un agente al que dispararon durante una redada...

El cardenal hizo un gesto impaciente con la mano.

—Nombre.

—Antonio Biscailuz.

—Bien —dijo el cardenal.

Muy avisado, también, pensó. De un tiempo a esa parte habían llegado quejas de que el economato daba demasiado por sentado al sector mexicanoamericano de la archidiócesis. Muy bien traído. Los mexicanos y el departamento aplacados de un plumazo. Había que quitarse el sombrero ante monseñor Spellacy.

—Siguiente.

—El nuevo hogar de ancianos del Hospital de San Juan Bosco.

—¿Qué pasa con él?

—He pensado que pediré a Neddy Flynn y Emmett Flaherty que presenten proyectos a concurso.

El cardenal asintió.

—Vale.

De manera que por fin ha abierto los ojos con el señor Amsterdam, pensó el cardenal. Debe de haberse enterado de lo de la tonelada de arena. Y Dios sabe qué más. Monseñor Spellacy puede darle el finiquito él solo. Y hasta nunca.

—Siguiendo.

—He pensado en el supervisor McDonough como posible sustituto de Chet Hanrahan.

Otro irlandés avisado, pensó el cardenal. Pero no tan avisado como monseñor Spellacy. Quizá no fuera mala idea. Mejor madurarlo un tiempo.

—Mantenme informado.

—Por supuesto —dijo Desmond Spellacy. Su diálogo era ritual, una búsqueda de significados entre los monosílabos. Como el humo dispersado por el viento, no dejaba rastros si la interpretación era errónea. «Mantenme informado» se traducía como «Sigue adelante con cautela». Repasó la libreta—. Hice que el perito echase un vistazo al Vermeer de Mabel Higgins.

El cardenal se estremeció. Mabel Higgins era una cruz con la que tenía que cargar. Donaba veinte mil dólares al año a obras benéficas de la archidiócesis. Además de un billete de cien nuevecito en el sobre de la colecta de todos los domingos en Santa Viviana.

—Los del cáncer siempre me andan detrás, eminencia. —Siempre había alguna organización benéfica afanándose por conseguir el dinero de Mabel—. Y ahora ha salido esta nueva de la esclerosis múltiple. La invalidez de los adultos jóvenes, la llaman. Una gran causa. Aunque yo les digo a todos: «Su eminencia va primero».

En otras palabras, la archidiócesis podría obtener parte de su fortuna si el cardenal le prestaba atención cuando lo agobiaba con la posible beatificación de Lucille Gorman. Muerta hacía cien años, Lucille Gorman, madre de dieciséis hijos, después de que el Señor acogiera al señor Gorman en Su santo seno, obtuvo una dispensa especial para unirse a las Hermanas de la Caridad. Hermana Gorman, la llamaban en el convento.

—California necesita una santa, eminencia —le recordaba Mabel Higgins a todas horas—. Una de las nuestras, quiero decir. No una mexicana, por santa que fuera.

El cardenal había estudiado un poco a la hermana Gorman. Resultó ser tía bisabuela política de Mabel Higgins, un dato que a ella se le había pasado por alto mencionar. Además, la hermana Gorman había muerto de diarrea cuando no llevaba ni seis meses en el convento. Al parecer la comida de las monjas no le sentaba bien. Le hubiese gustado contarle eso a Mabel Higgins. La venganza de Moctezuma, por

así decirlo.

—¿Qué vale? —preguntó el cardenal.

Mabel Higgins había tomado por costumbre donar de vez en cuando un cuadro o una escultura a la archidiócesis. Pero el cardenal hubiese preferido dinerito contante y sonante.

—Es falso —respondió Desmond Spellacy.

—¿No vale nada?

—Solo el marco.

El cardenal hundió la cara entre las manos por un momento.

—Si decimos que no vale nada, tendremos que enfrentarnos a una querrela. Es una mujer muy litigante. El año pasado demandó a su fontanero.

—Si dejamos que lo vea un especialista, lo más probable es que diga que lo pintó ese fontanero.

El cardenal suspiró.

—El perito... ¿alguna posibilidad de que cometiera un error?

Desmond Spellacy negó con la cabeza.

—Jack Tobin. El mejor de la costa. Su hermana es monja. Un plus para nosotros.

—No podemos esconder el cuadro, no bajo los términos de la donación. Y si lo colgamos, los especialistas en arte nos colgarán a nosotros.

El reloj con carillón del estudio del cardenal dio la hora.

—Tengo una sugerencia —dijo Desmond Spellacy cuando callaron las campanas—. El nuevo convento de las Felicianas. Supongamos que decide colgarlo allí.

El cardenal tamborileó con los dedos en su mesa y miró fijamente a Desmond Spellacy. El ecónomo mantuvo el rostro impassible. Podría dirigir General Motors, pensó el cardenal. Este es un Medici irlandés. Quizá ese sea el problema, quizá le he enseñado demasiado bien.

—Una orden de clausura —dijo por fin.

—El único hombre al que se permite entrar es al sacerdote que administra los últimos sacramentos.

—Supongo que las Hermanas de San Félix no sabrían que se trata de... una reproducción —dijo el cardenal.

Tiene problemas con la palabra «falsificación», pensó Desmond Spellacy.

—Lo que nos deja a tu amigo, el señor Tobin —concluyó el cardenal.

—Me parece que podría gustarle que lo nombrasen caballero del Santo Sepulcro.

«A cambio de mantener la boca cerrada» se dejó implícito. Era el estilo de monseñor Spellacy. Nunca decir más de lo necesario. Su conversación era como un gong. Había que prestar atención a los ecos. Ya era así cuando el cardenal se fijó en él por primera vez cuando era un joven coadjutor en San Malaquías. San Malaquías, ese vertedero para párrocos problemáticos. Primero Tim O'Fay y sus grandes éxitos de la guerra de Secesión. Después monseñor Cosker. Tommy Copas. Un entendido en vinos de misa. No era un buen lugar para un joven cura que no supiese capear los

temporales.

—Puede arreglarse —dijo el cardenal.

Su pensamiento empezaba a dispersarse. La mañana lo había cansado. Como un resfriado grave, la muerte, algo que no podía sacudirse de encima. Con la edad, el enfisema y el pólipo de su próstata, el cardenal sabía que no le quedaba mucho tiempo. Un año, tal vez dos. La sucesión, eso era lo que importaba. Ya había solicitado a Roma un nuevo obispo auxiliar. Alguien que pudiese recoger el testigo cuando llegara su hora. Pobre Augustine O’Dea. Por lo menos en eso el cardenal y el Vaticano estaban de acuerdo. Conocer a Babe Ruth no era una credencial que tuviera mucho peso en la Santa Sede.

—¿Algo más?

—Ha llamado monseñor Fargo.

Seamus, pensó el cardenal. Un conocido desde hacía sesenta años. No amigo; conocido. Se preguntó cómo era posible que dos hombres que se conocían desde hacía sesenta años no se hubieran hecho amigos.

—¿Qué quería?

—Hablar sobre el programa de seguros.

—Oh, por Dios —dijo el cardenal con tono irritado.

Ese era un motivo por el que nunca se habían hecho amigos. Seamus Fargo era un caso perdido. Había intentado frustrar el plan maestro archidiocesano en cada oportunidad. Se quejaba de la financiación central, de las compras centrales y de la planificación de obras centralizada. El cardenal estaba invadiendo las competencias de los párrocos. Un párroco debía ser el señor de su casa. El cardenal se preguntó cuántas veces había oído los argumentos de Seamus.

—¿Qué le has dicho?

—Que está ocupado, eminencia.

—Hasta ahora, eso nunca lo ha detenido.

—Ha accedido a reunirse conmigo a las once en vez de con usted.

El cardenal asintió. Dios, Seamus le hacía sentirse culpable. Y con motivo. Nos estamos haciendo viejos los dos, pensó, tenemos que ceder el paso a otros. Pero Seamus quería aferrarse a todo. No iba a gustarle que lo sustituyeran como presidente de la nueva campaña de recaudación de fondos. Llevaba más de un cuarto de siglo administrando esas campañas sin ninguna ayuda de profesionales. De repente, el nuevo programa de veinte millones de dólares cuyo arranque estaba previsto para el otoño iba a quedar en manos de un profesional. El señor Leo I. Walsh, presidente del consejo administrativo de Diocesan Giving, Inc.

—¿Le hablarás del señor Walsh?

—Diré que hemos entablado conversaciones —respondió Desmond Spellacy—. Creo que deberíamos esperar a tener firmados los contratos con el señor Walsh antes de informar a monseñor de que es... —Buscó la expresión precisa.

—¿Un *fait accompli*? —sugirió el cardenal.

—El término tiene cierta... austeridad, eminencia.

—Austeridad —dijo el cardenal—. Sí. —Desde luego, monseñor Spellacy sabía de austeridad—. Me cuentan que la Cofradía de Santo Tomás de Aquino piensa hacer un homenaje a Seamus.

—El mes que viene. Por su servicios a la Iglesia.

—Se lo merece —afirmó el cardenal—. Le escribiré una nota. Creo que debería asistir.

Parloteo como un viejo culpable, pensó el cardenal, y monseñor Spellacy no pierde comba. El encuentro entre los dos monseñores sería frío. Seamus no soportaba a Desmond Spellacy. Lo había dejado claro en sobradas ocasiones. Culpa mía, pensó el cardenal. Era a Seamus a quien había enviado a Desmond Spellacy después de San Malaquías. Alguien había puesto San Malaquías patas arriba, y el cardenal sabía que no había sido el pobre Tommy Cosker. Todos los informes indicaban que había sido el joven padre Spellacy. Sin embargo, el padre Spellacy tal vez necesitara foguearse algo más. Un poco de humildad. Un poco menos de orgullo. Seamus Fargo, párroco de San Basilio, era el hombre ideal para bajar los humos a un joven coadjutor. Monseñor Fargo era un tirano de la vieja escuela. Nada de conversación a la mesa a menos que la iniciara él. Nada de visitas sociales a los feligreses sin su permiso. Las luces de la rectoría apagadas a las diez en punto. Ni una buena palabra sobre Sigmund Freud, H. G. Wells o F. Scott Fitzgerald. Desmond Spellacy había pasado dos años en San Basilio bajo el yugo de Seamus, y todo indicaba que había sobrellevado bien la experiencia. Mejor que Seamus. Se preguntó cómo reaccionaría Seamus si Desmond Spellacy fuese nombrado nuevo auxiliar.

—Desmond.

—Eminencia.

—Dile a tu hermano que le estoy agradecido.

Desmond Spellacy asintió y salió del estudio del cardenal.

Lo sabe, pensó el cardenal. Sabe que he sugerido su nombre al nuncio apostólico. Por un momento, el cardenal sintió un acceso de rabia. Si no lo sabe, he tenido a un necio como ecónomo durante los últimos diez años. El acceso se le pasó. El cardenal sabía que en realidad eran remordimientos. Remordimientos por su trato a Augustine O'Dea. La cuestión era que no se había esperado que el nuncio apostólico mencionase a Augustine como sucesor suyo, aunque también era cierto que el nuncio era duro de prever. Treinta años de diplomático vaticano en las capitales del mundo le habían enseñado a no revelar sus cartas. Como en su repentina visita a la archidiócesis de la semana anterior. Con la excusa de officiar la reinauguración de la vieja misión española en Santa Bárbara. Y después, la larga cena privada con el cardenal. Una cena durante la cual no se mencionó la muerte en ningún momento. Solo los bienes eternos. Como si el nuncio apostólico llevara un juego de radiografías

del cardenal en su maletín.

—Un predicador muy eficaz, el obispo O’Dea —había comentado el nuncio.

—Tremendamente eficaz —dijo el cardenal—. Tiene la virtud de satisfacer a todo el mundo. —Hizo una pausa—. Y no ofender a nadie.

—Un don —dijo el nuncio, con aquella glacial sonrisa vaticana—. Es un hombre humilde.

—Con un toque popular —dijo el cardenal—. Cuando era párroco en San Juan Bautista, se teñía el pelo de verde el día de San Patricio. Por supuesto, no había muchos irlandeses en la parroquia, pero tengo entendido que causaba una honda impresión a los mexicanos. «El padre verde», lo llamaban.

—Entiendo —observó el nuncio.

—Sabía que lo haría —dijo el cardenal.

— Bene, bene —prosiguió el delegado apostólico—. Una intercesión maravillosa. —Se limpió los labios con unos toquitos de la servilleta de lino—. ¿Algún hombre bueno más?

—Monseñor Spellacy.

—Joven.

—Treinta y ocho años.

—Sin formación parroquial.

—Capellán durante la guerra —dijo el cardenal. Disfrutaba intercambiando golpes con el nuncio apostólico—. Me atrevería a decir que un cura castrense oye, sabe y hace cosas que el párroco medio no oiría, sabría o haría en toda su vida.

—Tal vez —reconoció el nuncio—. Sigue siendo joven.

—El cardenal Gibbon tenía treinta y cuatro cuando fue nombrado obispo.

—En el siglo diecinueve —observó el nuncio—. Indios y vaqueros. Buena época para un joven.

—Usted tenía treinta y siete, creo —dijo el cardenal—. Secretario de Benedicto.

—Pío XI —corrigió el nuncio—. No soy una antigualla, *eminenza*. —Sus ojos no parpadearon cuando sonrió—. Todavía.

—Como yo, quiere decir —conjeturó el cardenal.

Había sido Desmond Spellacy quien, sin que lo pidiera, le había puesto el *Directorio vaticano* sobre la mesa antes de la llegada del nuncio apostólico.

—Las antiguallas tienen un gran valor, eminencia —dijo el nuncio.

—Algunas —matizó el cardenal.

—Sí. —El delegado papal arrastró la palabra hasta dotarla de varias sílabas.

—¿Estuvo en Berna durante la guerra?

—En Ankara.

—Creía que había sido Berna —dijo el cardenal.

Se preguntó si al nuncio le haría gracia saber que Desmond Spellacy había atraído su atención hacia el *Directorio vaticano*. Un instructivo volumen que hojear para apuntar fechas y lugares.

—Solo hasta 1941 —aclaró el nuncio—. Después Ankara.

—Una vida muy viajera.

—Sí.

—Magnífico.

El nuncio apostólico partió con una cucharita el arroz con leche que no había probado hasta dividirlo en cuadrantes.

—¿Monseñor Spellacy es inteligente?

—Mucho.

—¿Un santo varón?

—Y también práctico.

Tan santo como yo, pensó el cardenal. Tan santo como el propio nuncio apostólico, sospechaba también.

—Una combinación interesante —había dicho el delegado papal.

Y ahí quedó todo. Siempre era mejor no meter prisas a Roma en tales asuntos. Por algo se la conocía como la Ciudad Eterna. Se tardaba una eternidad en conseguir que allí se hiciera algo. Sin embargo, el cardenal estaba bastante seguro de que el nuncio apostólico ya había transmitido su recomendación a Roma y de que el nuevo auxiliar sería monseñor Spellacy. Además de su probable sucesor. Sintió otra punzada de remordimientos a causa de Augustine O’Dea. Qué buen hombre era. Sin embargo, a los sesenta y un años todavía afirmaba que su libro favorito era el Catecismo de Baltimore. Por lo bien que explicaba las reglas. Y qué podía decirse de un hombre que había visto once veces *La canción de Bernadette*.

Salvo que era un hombre santo y bueno.

Un amigo.

Traicionado.

Lo que nos dejaba a monseñor Spellacy.

Se parece más a mí de lo que quiero reconocer, pensó el cardenal.

Me pregunto si sentirá remordimientos a los ochenta años.

En una mañana tan mala como esta.

CAPÍTULO OCHO

—Monseñor.

—Hermana Margaret.

—El llanto de esta mañana cuando ha llamado el policía... lo siento mucho.

—Naderías.

—Dígale al policía que rezaré una novena por él.

—Así lo haré, hermana, lo agradecerá.

Desmond Spellacy llevaba la carta de Mary Margaret en la mano. Deseaba que su cuñada no se la hubiese mandado. Tendría que haber escrito a Tommy. Se figuraba por qué le había escrito a él. Apartó el pensamiento de su cabeza. Bastante difícil sería contárselo a Tommy en la comida. Se imaginaba la reacción.

Las once menos diez. Sabía que monseñor Fargo no llegaría tarde. Sonrió. Seamus no le concedería semejante satisfacción. Al dar las once, anunciarían su llegada. Sería educado. No le daría la mano. Era el estilo de monseñor Fargo.

La verdad era que le caía bien Seamus Fargo.

Esa intratabilidad granítica.

—Cuanto más envejece, más azules se le vuelven los ojos —había dicho una vez el cardenal—. Ya los tiene pálidos como la nieve. Y nunca brillan. Siempre he odiado a los curas a quienes les brillan los ojos. Enséñame a un cura con los ojos brillantes y te enseñaré a un cretino. Pero miro a Seamus con esos ojos fríos y a veces hace que añore a un irlandés memo de ojos chispeantes que me hable de duendes, del viaje de la señora de Teddy Feeney a Donegal y de cómo recogió un pequeño trébol que perteneció a san Patricio en persona. Mil años tiene, el trébol, y sigue verde como la isla Esmeralda. Eso no lo tiene Seamus.

—No, eminencia.

—Fuimos coadjutores juntos en Boston. No lo sabías, ¿verdad?

—No, eminencia.

—Hace cincuenta años.

Conque era eso. Por eso monseñor Fargo era el único sacerdote de la archidiócesis capaz de resquebrajar la compostura del cardenal.

—Cuando McKinley era presidente —había explicado el cardenal—. William McKinley. La guerra de Cuba. Ese McKinley.

—Teddy Roosevelt.

—No meta el dedo en la llaga, monseñor.

—Lo siento, eminencia.

—¿Sabe cuándo mandaron a Seamus aquí desde Boston?

—No, eminencia.

—Lo exiliaron, más bien. Le buscó las cosquillas al viejo cardenal Sheehan. Era un terror. Ese hombre sí que sabía ocuparse de los jóvenes curas insolentes. Como yo no sé ocuparme de los viejos insolentes. En fin. Todos los inviernos el cardenal Sheehan iba a Nassau. En cuanto llegaba la primera helada, el cardenal zarpaba del puerto de Boston, dando su bendición. Una bendición muy trabajada, dicho sea de paso. «*Ben-e-di-cam-us Do-mi-no*». Se oía desde Worcester. «¿No es magnífico?», decían las viejecitas de la archidiócesis. No tenían dos trozos de carbón para pasar el invierno, y allí estaban, diciendo: «¿No es magnífico?». Como si estuvieran zarpando con su eminencia hacia el sol y la arena. «Ah, sí», decía Seamus, «su eminencia es un hombre muy sensible. Saben por qué va a Nassau, ¿no? Es que le rompe el corazón ver temblar a los pobres en pleno invierno». —El fragor de una carcajada había arrancado a sonar en el pecho del cardenal—. «Le rompe el corazón ver temblar a los pobres» —repitió casi para sus adentros. El recuerdo cincuentenario pareció animarlo—. Una vez de más —prosiguió el cardenal—, Seamus lo dijo una vez de más. Llegó a oídos del cardenal y Seamus partió en el siguiente tren rumbo al oeste. Y suerte tuvo de que no lo mandaran en caravana de mulas.

A Desmond Spellacy le complacía que Seamus Fargo le hubiera caído bien antes de oír la historia. Del mismo modo que le dolía saber que Seamus Fargo desaprobaba su nombramiento como obispo.

Eso sí: de que iba a ser obispo estaba seguro.

—Desmond —lo había llamado el cardenal esa mañana en su estudio.

Después de tantos años, el cardenal le había llamado «Desmond».

Esa era la pista, la clase de indicio velado que era especialidad del cardenal. Hugh Danaher no era propenso a la familiaridad, y cuando la usaba solía deberse a que quería transmitir algo.

No podía explicar por qué le deprimía tanto la idea. No es que no lo quisiera. Llevaba diez años queriéndolo. Quizá fuera eso. Ser obispo no haría sino autentificar el trabajo que llevaba realizando los últimos diez años. Y que seguiría realizando durante los cuarenta siguientes, si el Vaticano le daba el visto bueno.

Cuarenta años. Viviendo su muerte. ¿Cómo se llamaba a sí mismo el cardenal? Un contable vestido de armiño. Financiación central para mejorar la atención y alimentación de las almas.

Vivir su muerte.

Suponía que su suerte quedó echada en San Malaquías con Tommy Cosker. Fue en San Malaquías donde conoció a Dan T. Champion.

—Míralo así, Des —había dicho Dan—. Que monseñor Cosker sea como es supone una oportunidad. Tienes veinticinco años y diriges el cotarro. Si consigues sacar esto adelante, no tendrás que esperar a los sesenta para tener tu propia parroquia como el resto de vagos. —Si algo tenía Dan Champion era que siempre llamaba al vino, vino—. El año pasado llevé las declaraciones de las parroquias, Des —prosiguió—. Fue como hacer la contabilidad de uno de esos países de negros de

África.

Y así Desmond Spellacy había tomado con discreción las riendas de San Malaquías. Lo primero que hizo fue adulterar generosamente el vino de misa de Tommy Cosker con mosto Welch. Que el párroco cayera de bruces sobre el altar era un mal modo de empezar la jornada. Después consiguió que Bucky Conroy lavara en seco todas las vestimentas durante un par de años. A cambio de una carta de recomendación para que Bucky hijo —también conocido como Bucky el Malo, y con motivo— entrase en Fordham. Dos acusaciones de relaciones sexuales con una menor, desestimadas, y una chica de color embarazada en South Pasadena. «Un joven con ímpetu», escribió en su carta, y pidió el perdón de Dios y de Fordham. Después le arrancó a Bucky padre una caldera nueva y un año de vino de misa.

Los sobres habían sido idea suya, al igual que la enumeración de las contribuciones en cada hoja parroquial de los domingos en orden de generosidad.

—No les gustará que los dejes como tacaños, Des —había dicho Dan T. Campion—, pero darán más para no parecerlo.

Se acabó el tintineo de monedas pequeñas en los cepillos de San Malaquías. «Mi Sacrificio Semanal», rezaban los sobres, o «Esto es para mi Dios y mi parroquia». El nombre, además de la cantidad, constaba en la parte delantera del sobre. Para que nadie pudiese atribuirse diez y meter solo cinco.

—No deberías abochornarlos —había dicho monseñor Cosker. La manera de recaudar dinero era una venta de pasteles en la sala de actos de la parroquia, opinaba él. Algo más personal, menos regulado—. Es un honor ser católico —le gustaba decir—. Debería ser divertido.

Un hombre muy entrañable. Claro que a él no le importaba liquidar la deuda. Ojalá eso fuera más divertido.

Vivir su muerte.

Sabía por qué el cardenal lo había enviado a San Basilio. Seamus Fargo era un párroco muy distinto a Tommy Cosker. «Un sermón espantoso, padre», decía Seamus Fargo. «En esta parroquia nos acabamos todo lo que tenemos en el plato, padre», decía Seamus Fargo. «La nueva libertad, padre, es el viejo libertinaje», decía Seamus Fargo. En sus dos años en San Basilio, Desmond Spellacy solo había mantenido dos conversaciones prolongadas con monseñor Fargo. La primera fue el día en que llegó a la rectoría.

—Comprobará que soy un hombre distinto a monseñor Cosker, padre —dijo Seamus Fargo—. Menos acomodaticio. Menos dúctil. Doy órdenes y espero que se acaten. Aquí no habrá campañas de correo, padre. No habrá cartas de recomendación para jóvenes gamberros. No habrá mosto en el vino de misa. Le sorprende que lo sepa, ¿verdad, padre? Se trata de una violación del derecho canónico, por si no lo sabía. Quizá si yo fuera su confesor, querría confesármelo. —Cosa que hizo Desmond Spellacy—. Su penitencia, padre, consiste en hacer lo que le manden. Ni más ni menos. Sin quejarse.

Y durante dos años no había salido una queja de Desmond Spellacy. Decía misa, confesaba, elaboraba el censo, contaba la colecta, visitaba a los enfermos, rezaba por los moribundos y mantenía la boca cerrada.

Su segunda conversación con monseñor Fargo se produjo el día en que partió de San Basilio para ocupar el cargo de viceecónomo.

—Me expresaré con total claridad, padre —había dicho Seamus Fargo—. Le dije a su eminencia que estaba en contra de su nombramiento. Tiene mimbres para ser un buen sacerdote, padre, pero todavía no lo es. Tiene un ábaco en la cabeza. Hace de todo, a decir verdad, menos sentir. Y son los faltos de sentimiento quienes labran la mala fama de la Iglesia. Eso es lo que le dije a su eminencia, padre. Al parecer, él discrepa. ¿Hay algo que desee decir?

—Me gustaría que siguiera siendo mi confesor, monseñor.

—Creo que se sentiría más a gusto con uno de esos curas que leen a Sigmund Freud, padre.

—Le preferiría a usted, monseñor.

—No hay nada que sacar de ello, padre.

Una batalla de voluntades. Desmond Spellacy a menudo se preguntaba si había insistido porque sabía que en última instancia Seamus Fargo debía ceder. Eso había que sacar. Una victoria para el orgullo. La idea lo ponía incómodo. ¿Puede un orgulloso discernir el orgullo? Era un pecado que nunca había confesado. Y durante los últimos diez años, Seamus Fargo había dicho: «Su penitencia, padre, es hacer una buena obra». Como si fuera incapaz. Quizá sentir eso era lo que le daba ventaja a Seamus Fargo. Un viejo pájaro duro de pelar.

Desmond Spellacy se pasó el dedo por debajo del almidonado cuello color caqui que le rozaba el cuello. Estaba seguro de que Seamus no haría caso del uniforme. Sería tan solo otra de las pretensiones de monseñor Spellacy. El Padre Paracaidista. Intentó imaginarse la mueca de los labios de Seamus al pronunciar esas palabras.

Si supiera, pensó Desmond Spellacy.

Sus órdenes habían sido saltar sobre Bastoña con las tropas de refuerzo. El capellán católico había muerto y las tropas necesitaban un sacerdote. Lo que las tropas necesitaban era comida y munición, pero las órdenes eran órdenes. Se había plantado en la compuerta abierta del C-47 con una piedra de altar en el petate y un paquete de veinticuatro mil hostias sin consagrar en los brazos y, cuando se encendió la luz verde, saltó. Sin embargo, al abrirse el paracaídas las hostias se le escaparon de los brazos y, como el viento abrió el paquete, las formas sagradas cayeron flotando como nieve tras las líneas alemanas. Le pareció que transcurría una eternidad antes de llegar al suelo; cuando lo hizo, la piedra de altar se partió en dos, y luego saltó por los aires el paracaidista de su derecha y después el de su izquierda.

—Quietos —oyó que decía alguien, y luego—: Campo de minas.

Brillante. Eso ya lo había deducido. Lo que no había deducido era cómo iba a quitarse de encima el arnés sin moverse; si no se lo quitaba, el viento se llevaría el

paracaídas y lo arrastraría por el campo de minas como una traca humana. De modo que pronunció un acto de contrición perfecto y después rodó sobre sí mismo y se quitó el arnés. Después se sentó en la nieve, esperando a que lo mataran, e hizo balance. La piedra de altar estaba rota, había perdido veinticuatro mil hostias de comunión y estaba atrapado en un campo de minas, pero, por lo demás, la misión era un gran éxito. No pudo evitar preguntarse qué habrían pensado los alemanes al recoger las hostias de su pelo. No era exactamente el tipo de historia que un cura debiera tener presente al morir, pero qué remedio. Pasaron seis horas antes de que despejaran el campo de minas, y para entonces tenía síntomas de congelación en las manos y los pies. Los sanitarios lo llevaron a un hospital de campaña, donde pasó el resto de la batalla de las Ardenas con compresas calientes en los dedos. Por todo lo cual lo ascendieron, le concedieron la Legión al Mérito y lo declararon inválido y lo devolvieron a Estados Unidos para que diese una gira promocionando los Bonos de Guerra como Padre Paracaidista.

Las once en punto.

Monseñor Fargo fue directo al grano.

—¿Quiere decir, monseñor, que ya no soy libre de comprar un seguro de incendios para San Basilio?

—Su eminencia desea que en el futuro el economato adquiriera todos los seguros de la archidiócesis.

—¿Incluido mi seguro de coche?

—Correcto.

—¿Hasta mi propio seguro de vida?

—Correcto también.

—¿Se me permite preguntar por qué?

—Desde luego.

—¿Por qué?

—Ahorrará doscientos cuarenta y un mil dólares al año en primas. Doscientos cuarenta y un mil y pico.

—Me alegro de que no haya olvidado el pico, monseñor.

—Gracias, monseñor. Cada pico va sumando.

Seamus Fargo estudió a Desmond Spellacy desde el otro lado del escritorio.

—Se dice que andan en negociaciones con Leo Walsh —dijo, y añadió con desprecio mal disimulado—: El recaudador.

De modo que se ha enterado, pensó Desmond Spellacy. Tampoco le sorprendía. Seamus se enteraba de todo.

—Estamos manteniendo... conversaciones —explicó con cautela.

—Conversaciones —repitió Seamus Fargo.

—Conversaciones —confirmó Desmond Spellacy.

—¿Voy a ser sustituido?

—Su experiencia es irremplazable, monseñor.

—Esto es obra suya, sin duda.

—No hay nada decidido todavía, monseñor.

Seamus Fargo se levantó.

—Su eminencia aprueba sus métodos, al parecer.

—El Vaticano aprueba a su eminencia, monseñor. —Desmond Spellacy se puso en pie y cara a cara con el anciano—. Quisiera añadir, monseñor, que me complace saber que la Cofradía de Santo Tomás le hará un homenaje.

Seamus Fargo sacudió la cabeza de manera casi imperceptible.

—Gracias, monseñor. Buenos días.

—Buenos días, monseñor.

El Padre Paracaidista.

Viviendo su muerte.

CAPÍTULO NUEVE

Howard Terkel se acercó a la barra del Biltmore y pidió un Scotch Mist. Empujó un cuenco de cacahuets hacia Tom Spellacy.

—¿No has quedado para comer con Jack, entonces? —preguntó Howard Terkel.

—No —respondió Tom Spellacy.

—Está en la primera mesa pasada la puerta.

—Estupendo.

—Todos los días paso a mirar quién come aquí. Nunca se sabe cuándo puede uno descubrir algo útil.

—No se me hubiese ocurrido nunca, Howard.

—Es parte de mi trabajo —dijo Howard Terkel—. He saludado a Jack cuando ha entrado.

Tom Spellacy se comió un cacahuete.

—Me ha devuelto el saludo al instante. Jack no te mira por encima del hombro, es lo que me gusta de él. Hace veinte años que conozco a Jack Amsterdam, siempre te dice «Hola» cuando lo ves. O «¿Qué tal?». —Dio un sorbo a su Scotch Mist—. ¿Qué haces aquí, entonces?

—Tomarme una cerveza.

—No se ve a muchos polis por aquí —comentó Howard Terkel—. A menos que estén a sueldo de alguien.

—Es bueno saberlo, Howard. Estaré atento.

Howard Terkel cogió un puñado de cacahuets y se lo llevó a la boca.

—Sé por qué estás aquí, Tom.

—Dime, Howard.

—Quieres saber cómo conseguí ese informe forense. No voy a contártelo, Tom. Es un asunto de esos de libertad de prensa.

—Joder, sé cómo conseguiste ese informe, Howard.

—¿De verdad?

—Un poco de trabajo periodístico implacable.

—Pues claro, joder.

Más veinte dólares repartidos por la oficina del forense, Tom Spellacy estaba seguro. Por otros diez podría haberse comprado el cuerpo, a la vista de cómo funcionaban las cosas en el depósito. La morgue tenía un sistema y ni siquiera Woodrow Wong podía cambiarlo. Un examinador médico adjunto le había contado que Howard tenía el informe. Una información que había costado cinco dólares. Probablemente se tratase del mismo médico que había vendido el informe a Howard de buen principio. Quizá Howard le había estafado. Tal vez fuera un simple ejercicio

de libre empresa. En cualquier caso, Fuqua estaba furioso. Tom Spellacy se preguntaba cómo podía un hombre pasar veinte años en el departamento de policía y todavía hablar de la Pista Misteriosa. «Se te da bien sacar a escondidas a un cura de un burdel —había dicho Fuqua—. Lo que llevas de puta pena son las Pistas Misteriosas».

—Fuqua quiere enchironarte.

—También quiere ser jefe. Aunque tal y como está dirigiendo esta investigación, deberían ponerlo en la esquina de la Primera con Temple, tocando el pito.

—Personalmente, Howard, me importa una mierda que tengas ese informe, pero hay un par de cosas que Fuqua preferiría que no publicases. Me harías la vida más fácil.

—No sé si podré ayudarte, Tom.

Tom Spellacy se inclinó hacia delante y susurró:

—Es la Pista Misteriosa.

Howard Terkel se frotó la barriga con aire reflexivo.

—¿Cuál es?

—No puedo decírtelo, Howard, a menos que prometas no publicarlo.

—Es mucho pedir, Tom. —Howard Terkel sopesó la propuesta—. Si no lo publico, ¿qué haréis por mí? Me ha costado lo mío conseguir esto. Si he cabreado a Fuqua, quiero algo a cambio.

Le tengo, pensó Tom Spellacy.

—Una exclusiva con el asesino cuando lo atrapemos.

—Fuqua ya se la ha prometido a Benny Carmody, del *Times* —replicó Howard Terkel.

Y a Manny Jacobs del *Examiner* y Lou Gore del *News*, pensó Tom Spellacy. El muy tonto no sabía que no se repartían exclusivas sin obtener algo a cambio. Se preguntó qué ofrecer a continuación.

—Georgie Goldberg va a la cámara de gas la semana que viene —dijo—. ¿Quieres ser testigo?

—Eso es viejo.

—Es tu caso. El Parricida de la Placa.

Georgie Goldberg había electrocutado a su mujer dejando caer un fogón eléctrico en su bañera. Howard Terkel lo había bautizado con ese nombre.

—No sé, Tom.

—El primer judío del estado de California que va a la cámara de gas —observó Tom Spellacy.

Howard Terkel vaciló.

—Hablaré con el alcaide —se apresuró a añadir Tom Spellacy—. A lo mejor Georgie puede llevar un yarmulke puesto cuando entre.

Y pensó: Y haré que el alcaide le ponga una hélice, también, si eso es lo que Howard quiere.

—Es un enfoque bonito, Tom.

—Será un notición para Fairfax Avenue —insistió Tom Spellacy. Redactó un titular imaginario en el aire—. «LA JUDERÍA LLORA AL PARRICIDA DE LA PLACA GASEADO». —Oh, mierda, pensó, solo faltaría que Howard lo fuera. Reformuló el titular—. «LOS JUDÍOS LLORAN MIENTRAS EL PARRICIDA DE LA PLACA VA A LA CÁMARA DE GAS».

—Sensacional —reconoció Howard Terkel.

—¿Trato hecho?

—Trato hecho.

—Es el tatuaje.

—Hostias, ya me lo imaginaba. —Howard Terkel soltó una risilla y se sacó una copia del informe de la autopsia del bolsillo de la chaqueta—. Lo pone aquí mismo —dijo, volviendo páginas—. «Rosa tatuada cuadrante derecho de zona genital». —Dio unos golpecitos con el informe en el pecho de Tom Spellacy—. Te he metido un gol, Tom. No hubiese podido sacar «zona genital» en el periódico de ninguna manera.

—Podrías intentar «triángulo oscuro», Howard.

—Joder, Tom, ni siquiera me dejan usar *mons veneris*.

Se terminó la cerveza en la barra después de que Howard Terkel se fuera. Sería una comida de lujo con Jack Amsterdam en la primera mesa pasada la puerta. A Des le gustaría. A lo mejor construían un convento.

El jefe de sala no le hizo caso y sentó a John Dever, el contable, y a Tommy Brady, el director de banda. Tom Spellacy se desabrochó la chaqueta. Dejó que el camarero entrevistara la pistolera sujeta bajo la axila.

—¿Tiene mesa reservada? —le preguntó por fin el jefe de sala.

—La mesa de monseñor Spellacy.

—Tenía la impresión de que monseñor Spellacy comía con el señor Amsterdam.

—Pues te equivocabas, gilipollas.

Como un manguerazo en el respaldo de una silla. Una pequeña reverencia, una sonrisa forzada y el jefe de sala lo acompañó a una mesa. Al fondo, pegada a la cocina. Estaba seguro de que Des por lo general se sentaba en la primera después de la puerta. Jack Amsterdam no alzó la vista cuando pasó por delante. Se preguntó si lo reconocería siquiera. Nunca habían coincidido. El negocio lo había llevado Brenda. Por lo demás Jack solo era una vieja fotografía enganchada con un clip a un informe de antecedentes penales, un rostro pegado al *ring* en los combates. Leyendo los periódicos se diría que lo único que hacía Jack aparte de construir hospitales era invertir en pesos pluma mexicanos. Si un boxeador se llamaba José, Ángel o Jesús, podías estar seguro de que pertenecía a Jack Amsterdam. Solo que Jack siempre le ponía un nombre del estilo de «... el campeón ambidiestro de los pesos pluma de la península de Yucatán». Los *jockeys* mexicanos eran otro pasatiempo de Jack. Si competían Manuel o Julio, cualquiera con dos dedos de frente consultaba el estado de las apuestas y apostaba por el que estuviese mejor posicionado.

Hay que reconocerle a Jack que lo tiene bien montado, pensó Tom Spellacy. Tenía el este de Los Angeles en el bolsillo. El principal motivo era que los italianos le dejaban en paz. El este de Los Angeles era un territorio duro para un macarroni. Había que ser mexicano, cosa que Jack era por parte de madre, y pensar como un judío, como lo era Jack por parte de padre. Se había llevado crudo el este de Los Angeles. Lo único por lo que lo habían trincado era por entrar inmigrantes ilegales. Para un juez gringo, entrar ilegales era un acto humanitario. Proporcionar mano de obra barata, lo llamó. Nadie se podía comer una pena de cárcel por eso. Sobre todo cuando lo que se comía Brenda dos veces por semana era el mazo del juez. Ella misma se lo había contado. Así fue como se enredó con Jack por primera vez. Caso desestimado. Y el principio de una hermosa amistad entre Jack y Brenda. Esta decía que Jack sacaba cien mil al mes en el este de Los Angeles. Parte de lo cual se destinaba a mantener las aguas calmadas. De toda formas, al departamento de Policía no le preocupaba demasiado saber qué hacía un hatajo de espaldas mojadas, de manera que, mientras Jack no armase jaleo, los polis le dejaban en paz. A cambio de un precio. Para Jack era apenas otro gasto empresarial.

Como lo era yo, pensó Tom Spellacy.

Por un momento no reconoció a Des al avistarlo ante el atril del jefe de sala. El maldito uniforme de soldado. A Tom Spellacy siempre le irritaba ver a Des de uniforme. Aunque no podía decirse que él mismo se hubiese muerto de ganas de volver a la Marina. Tenía un trabajo esencial, habían dicho los de la junta de reclutamiento. Se preguntó si eso significaba ser un recadero en Antivicio de Wilshire. A lo mejor eso también lo arregló Jack.

Des se detuvo ante la mesa de Jack, que se levantó. Un apretón con las dos manos. Tom Spellacy reparó en que Jack no tenía buen aspecto. Tenía cenicienta la tez oscura y el traje no parecía de su talla. Algo que investigar. Des saludó desde lejos a John Dever, el contable, y a Tommy Brady, el director de banda. Trabajándose el comedor, pensó Tom Spellacy. El Padre Paracaidista.

Recordó que se sorprendió cuando Des le contó la historia del Padre Paracaidista.

—Naciste con una flor en el culo, Des.

—Eso me dijo su eminencia cuando se lo conté.

—Yo no convertiría en un hábito contar esa historia.

—No lo haré.

—Y Des...

—¿Sí?

—Gracias por contármelo.

El cardenal y yo, pensó Tom Spellacy. Una extraña pareja. Una extraña familia. Intentó imaginarse contándole a Des una anécdota parecida. Aparte de las que le contaba en confesión. Sobre el motivo de que disparase a Lenny Lewis, pongamos.

No porque Lenny lo atracó, sino porque Lenny lo atracó cuando se la estaban chupando. Le habría dejado escapar, si no se la hubieran estado comiendo. Hubiese valido más dejar huir a Lenny con los mil cien que afrontar todas aquellas preguntas, pero no le dio la gana de que lo atracasen cuando tenía el aparato en remojo. De manera que le dio a Lenny para el pelo. No creía que pudiese contarle esa historia a Des. No había muchas cosas que le hicieran sentirse culpable, pero que Lenny Lewis se ahorcara en San Quintín era una de ellas. Costaría explicárselo a Des.

Desmond Spellacy cogió su mano. Un apretón de una mano. Se preguntó si Des intentaría cambiar la mesa. No. Era demasiado listo. Nunca dejes mal al policía.

—Un Rob Roy, sin hielo y con una rodaja de limón —le pidió Desmond Spellacy al camarero—. ¿Una copa, Tommy?

—Una cerveza Schlitz.

Reparó en que Jack Amsterdam los miraba desde el otro lado del comedor. Iba a añadir: «Sin hielo y sin rodaja de limón», pero se contuvo.

—Y pediremos la comida.

Desmond Spellacy ojeó la carta. Ya sabía lo que iba a pedir. Lo de siempre. Ensalada de pollo, sin carne oscura, tostada Melba, té con limón. Se preguntó por qué sería siempre tan difícil arrancar una conversación con Tommy, por qué era necesario hundir la cabeza en la carta.

—¿Lo de siempre, monseñor? —preguntó el camarero.

Desmond Spellacy asintió. Había una leve sonrisa en la cara de Tommy. Lo de siempre. Eso había suscitado la sonrisa. Ventaja para Tommy. Mejor no sacar todavía el tema de la carta de Mary Margaret.

Tom Spellacy pidió un sándwich club.

—¿Qué te ronda por la cabeza, Des? —dijo después de devolver la carta al camarero—. No me lo digas. Quieres saber si hay algún ateo en las trincheras.

—A decir verdad, no.

—¿Te crees de verdad ese rollo?

Desmond Spellacy no dijo nada.

—No, Des, me interesa.

Está poniendo las reglas, pensó Desmond Spellacy. Siempre era así.

—En realidad, no. Pero las monjas lo creen, y las hermanas se lo cuentan a los niños...

—Y ellos son el futuro de la Santa Madre Iglesia.

—Algo así.

—No es exactamente lo que el cardenal Spellman tenía en mente, creo.

—Supongo que no —dijo Desmond Spellacy. Unió las manos, como si rezara, sobre la mesa—. Su eminencia me ha encargado que te dé las gracias.

—¿Cómo ha sabido que he sido yo?

—No es ningún tonto, Tommy.

Tom Spellacy se encogió de hombros.

—Dicen que te van a hacer obispo.

Desmond Spellacy miró a su hermano sin alterarse. La capacidad de Tommy para intuir los altos secretos ya no le sorprendía.

—Veo que has estado de copas con el cardenal.

—Mai Tais, en su casa —respondió Tom. Reparó en que no había negaciones—. Le gusta echarle mierdecillas de esas de fruta a la bebida.

Desmond Spellacy sonrió, pero no dijo nada.

No va a dejar que le tire de la lengua con esto, pensó Tom Spellacy. Más listo que el hambre, Des. Siempre calculando las probabilidades. Ya de pequeños, Des tenía facilidad para los números. Podías darle cualquier par de números y él los multiplicaba mentalmente. Treinta y nueve por ciento veintisiete. Rápido como una centella, Des te daba la respuesta: cuatro mil novecientos cincuenta y tres. Era un modo de sacarse un dinerillo extra en Boyle Heights. Des ganaba apuestas sobre multiplicaciones, recordó Tom, y yo amenazaba con romper unos cuantos brazos si la gente no pagaba. Una vuelta gratis en el tiovivo, esa era la apuesta.

—Noventa y seis por cuarenta y tres, Des —dijo Tom.

La sonrisa sardónica en las comisuras de la boca. Treinta y ocho años y ni una arruga en la cara. Era a las mujeres a las que se les arrugaban la cara, pensó Tom. Se preguntó si a un monseñor se le empinaba alguna vez. Habría que investigarlo. Lo que se preguntaba era cómo lo confesaba un monseñor.

—Cuatro mil ciento veintiocho —respondió Des.

—No has perdido la práctica.

—Solo que ahora lo hago en millones, Tommy. De dólares.

—No te deja mucho tiempo para salvar almas.

—No sabía que te interesaras —dijo Des—. Por las almas, digo. —La sonrisa de nuevo—. A decir verdad, salvo almas todos los días de nueve y cuarto a diez menos cuarto. A menos que esté dando un discurso por su eminencia en el desayuno de comunión de los Grandes Caballeros de Colón.

El camarero les llevó la comida y las copas. De modo que eso es lo normal, pensó Tom mirando la rúcana ensalada de pollo. Des debía de estar cuidándose para el golf. Resultaba gracioso que Des fuese un golfista. De Boyle Heights no salían muchos. Su primer putter lo había robado cuando hacía de *caddie*. Lo usaba a todas horas con piedras, y de noche jugaba en los campos municipales. Él quería ser golfista como Gene Sarazen, no boxeador como Gene Tunney.

—Eso debe de dejarte tiempo de sobra para trabajar en tu hándicap —observó Tom—. ¿Sigue siendo seis?

—Lo he bajado a cuatro en Knollwood.

—Yo estuve una vez en Knollwood. Había un mexicano en la cocina. Y acuchilló a otro. Mexicano, quiero decir. Pero es la única vez que he estado allí.

—Yo ese día no jugaba.

—Una buena cocina. La entrada de servicio está muy bien, también.

—Déjate de chorradas, Tommy —dijo Des—. No me vengas con esa falsa basura proletaria. El Benny Leonard irlandés, eso quisiste ser tú siempre. El plato fuerte en el estadio Legion. Un combate por el título en un campo de deportes. Ese era tu sueño.

Había que reconocérselo, pensó Tom Spellacy. Si le quitabas la manicura seguía siendo un condenado irlandés de Boyle Heights.

—Manos de cristal, ese fue siempre mi problema —dijo Tom—. Hay quienes tienen la mandíbula de cristal, lo mío eran las manos. Unos nudillos como patatas fritas. Aún a día de hoy, si le suelto a una puta un buen derechazo, se me hinchan.

—Además las señoritas no devuelven el golpe, según me cuentan —dijo Des—. Y tienes una manguera de goma, según me cuentan, también. Ahorra los arañazos y la hinchazón en los nudillos, dicen.

—Te concede algo de ventaja. En el seminario debieron de enseñarte algo sobre esas ventajas. Como que si quieres cargarte una huelga de profesores, lo que haces es traer a una panda de monjas del otro lado del charco. A eso me refiero con una ventaja.

—Me alegro de saberlo —dijo Des.

Resultaba extraño oír hablar a Tommy sobre la ventaja. Le recordaba a Seamus Fargo. Y le hacía sentir igual de incómodo.

—Es justo lo que necesitamos por aquí, Des. Un barco lleno de monjas irlandesas, con sus piedras de Blarney de plástico y las boñigas todavía asomándoles por las orejas.

No se le escapa ni una, pensó Desmond Spellacy. Súmale una manguera de goma y debe de ser para agarrarse. La idea le provocó un escalofrío.

—Y hablando de ventajas, tengo entendido que este verano vas a ir a Europa, a ver al papa.

—Llevas bien al día mi agenda.

—Lo intento.

—En realidad es un peregrinaje —dijo Des—. Las hermanas dominicas. Y varias de las chicas del Sagrado Rosario. Estudiantes de honor, creo. Ya conoces ese tipo de viajes. Quince paradas en catorce días. Una noche en Shannon para ver la patria chica. En Londres eran dos noches hasta que la madre superiora se enteró. Tantos protestantes le daban miedo, creo. Nos saltamos París y vamos directamente a Lourdes. Si tenemos suerte, a lo mejor vemos hablar a una sordomuda. O a un ciego recuperar la vista. ¿Qué es un viaje de estos sin su gran momento? Al día siguiente, a Fátima. Parece que paramos en todos los lugares donde Nuestra Señora tocó tierra. Después una audiencia pública con el papa en Roma. Las chicas del Sagrado Rosario y quince mil de sus mejores amigos. Yo voy solo de carabina, la verdad.

—Para alejar a los macarronis de sus bragas, quieres decir.

—No sé por qué, Tommy, me imaginaba que dirías algo así.

Tom Spellacy no le hizo caso.

—Una vez conocí a una chica del Sagrado Rosario. Clementina Nosequé. Un nombre italianazo. Clementina Testa. Suéltala en Roma y échale un galgo. Podría enseñarte un par de cosas que quizá se te pasaron por alto en su momento.

—Sin duda —dijo Des—. Siempre te gustaron las chicas como... ¿Cómo has dicho que se llamaba? ¿Clementina?

Tom Spellacy se encendió.

—No me vengas con el rollo beato, Des. No después de cómo amañaste aquella rifa en María Auxiliadora de los Cristianos. —Que sepa esto debería pararle los pies, pensó—. No me extraña que saludes con tantos aspavientos a Tommy Brady. Casi le echas al fiscal municipal encima.

Desmond Spellacy ni se inmutó. Partió en cuatro un trozo de la tostada y rodeó con ellos la ensalada de pollo.

—El hermano de Tommy, John, está en el departamento. El bueno de Tommy se pasó una temporada que se cagaba en todo. Por Dios, Des, mira que hacerle pegar el cambiazo con un número para que a la hija de Sonny McDonough le tocara el nuevo Studebaker. No me esperaba eso de ti. —Dio un mordisco a su sándwich—. Lo que siempre me he preguntado es qué sacaste tú de eso.

Desmond Spellacy contestó con total naturalidad.

—El voto de Sonny en la Comisión Urbanística. —Eso era lo bueno de Des, pensó Tom Spellacy. No escurría el bulto cuando estaba arrinconado—. Conseguí que expropiaran el terreno para el nuevo instituto de Nuestra Señora.

—Hoy día no lo compras por un Studebaker, a Sonny. Ni a Cad. Tu amiguete, Jack Amsterdam, probablemente ya te tendrá informado.

—No lo ha mencionado.

—Ya, bueno, Jack no se ha llevado muchas contratas para limpiar embalses desde que Sonny entró de supervisor.

—No sé quién querría limpiar un embalse, de todas formas —dijo Des.

—Por seiscientos de los grandes a mí no me importaría intentarlo —replicó Tom—. Parece que el alquiler de Sonny, sin embargo, sale algo más caro de lo que Jack está acostumbrado a pagar.

Una entrada para el archivo de Sonny, pensó Desmond Spellacy. Tenía la sensación de que ese archivo se llenaría a marchas forzadas. Chet Hanrahan tenía razón: podían darte calambres en el cuello de tanto mirar hacia otro lado. Se preguntó qué tendría el cemento que parecía engendrar venalidad.

—Eso es lo que se llamaría un soborno, ¿no? —preguntó Des, y se dio cuenta al momento de que había sonado mal.

—Hay quien lo llamaría así —respondió Tom—. El fiscal del distrito y tal. Debes de alegrarte de ser cura y así no tener que saber cosas como esta.

Comieron en silencio, metódicamente, sin mirarse. Tom Spellacy se preguntó cuándo pensaba ir Des al grano. No era propio de él quedar para charlar sin más. Debía de tener algo entre ceja y ceja. Quizá ya tuviera lo que buscaba. Así era Des. Si

no pedías nada, no debías ningún favor.

Por fin Desmond Spellacy dijo:

—¿Cómo está Mary Margaret?

Y se limpió las comisuras de la boca con la servilleta.

—Cree que Camarillo son las catacumbas —contestó Tom—. Come con los dedos. En las catacumbas no había cucharas, me dice. Y yo le digo que tampoco tenían crema de trigo instantánea.

—Muy compasivo por tu parte.

—Cuando quiera oír tus consejos sobre el matrimonio, iré a uno de esos retiros tan finos que montas. ¿Dónde es este año? ¿En Santa Anita?

Cuántos circunloquios, pensó Tom Spellacy. A veces se preguntaba hasta qué punto le caía bien Des, en realidad. Era como si estuviera siempre esperando un tropiezo por parte del interlocutor, que, al llegar, demostraba algo que solo él podía entender. Hasta que encontraba una oportunidad de usarlo. En ese sentido era como un poli. Quizá fuera eso. Se entendían demasiado bien el uno al otro.

—La Colonia de Malibú. —Había un atisbo de sonrisa en los labios de Des—. «El matrimonio contemporáneo y la sociedad industrial de la posguerra: la perspectiva de la Iglesia».

Era lo que tenía Des, pensó Tom Spellacy. Rara vez perdía el sentido del humor. Y no solo a propósito de las pretensiones de la Iglesia. A veces parecía divertirle incluso el pecado. Suponía que eso dificultaba ser cura.

—A mamá le habría gustado oír eso —dijo Tom—. No lo entendería, pero le hubiese gustado oírlo.

—Que el Señor la tenga en su gloria.

—Joder, Des —dijo Tom—. Mamá se parecía mucho a Mary Margaret. Con aquellas cuentas de rosario siempre enroscadas en los dedos. De pequeño creía que formaban parte de su mano. Como las verrugas.

Muy propio de Tommy recordar las verrugas que cubrían las manos de mamá, pensó Desmond Spellacy.

—Investigué un poco, Des. ¿Sabes cuántas personas en la historia de esta ciudad han muerto atropelladas por un tranvía? Phil Spellacy. El único. ¿No has pensado alguna vez que es una mierda de sitio para dormir la mona, las vías del tranvía? Debió de pensar que eran huellas de oso, el bueno de Phil, y como buen trampero las estaba estudiando cuando el tranvía le pasó por encima.

—Casi entierra a mamá con la bebida.

—Mamá era una chiflada, de todas formas. Ella y Mary Margaret se hubiesen entendido de maravilla, podrían haber charlado juntas con todos los santos del santoral. No me extraña que Phil empinara el codo. Mamá siempre hablaba del purgatorio, ¿lo recuerdas? Y de cuánto tiempo tendría que pasar Phil allí; no paraba de rezar novenas por él. A mí me adjudicó cadena perpetua más noventa y nueve años. A ti no, sin embargo, Des. El expreso. Sin paradas.

Desmond Spellacy pensó: Siempre ha sido así. Empuja. Tantea. Encuentra la fibra sensible.

—Dime una cosa, Des. ¿Qué nombre te pondrás cuando llegues a papa?

—Simplicio II, tiene música —respondió Des—. O Gelasio III. No hay un Gelasio desde 1119.

—Has hecho los deberes.

—Quien está preparado, Tommy, nunca es sorprendido —dijo Des. Exprimió limón en su té—. Aunque, bien pensado, Gelasio tiene un toque medieval. Algo más simple. Más del vulgo. —Alzó la taza—. Tomás. En tu honor. Nunca ha habido un papa Tomás. Tomás I.

—Tomás I. Me gusta. —Tom dio unos golpecitos a su botella de cerveza vacía—. Bonito y normal.

—A mí también me gusta —dijo Des—. Sería para mí un recordatorio constante de que la carne es débil.

La sonrisa de Tom Spellacy se endureció. Se preguntó si Des daba palos de ciego o si sabía lo de Corinne.

—El primer papa que compró una iglesia con un Studebaker.

—Un instituto.

—Creo recordar algo sobre el fin y los medios —dijo Tom—. De la hermana Clarita. ¿Te acuerdas de ella? En quinto, en San Anatolio. Era algo malísimo, creo que decía.

—Creo que lo recuerdo —corroboró Des.

—Qué pesada era la hermana Clarita. Lo que la hizo famosa fue la regla en los nudillos.

—Si mal no recuerdo, te estabas encendiendo un pitillo en clase —dijo Des—. Y fumar en quinto iba en contra de las reglas, creo. Por lo menos en San Anatolio.

—Me castigó a quedarme en clase, por eso lo hice. Lo que se me daba mal era el quinto mandamiento. No robarás. «Como su hermano, que está en la cárcel de Folsom», le dije. Ya sabes, como ejemplo de lo que podía pasar.

—Eso lo explica, probablemente —dijo Des—. Murió hace un par de meses, no sé si lo sabías. Yo dije la misa.

—No me invitaron.

—Me dio que pensar, el funeral. Costó setecientos dólares. Hay un fondo con el que su eminencia paga los costes funerarios. Monjas y curas. De modo que saqué cuentas. El año pasado pagó doscientos noventa y un funerales. Monjas, curas, indigentes de las residencias de ancianos.

—Doscientos noventa y uno por setecientos, Des —dijo Tom.

Desmond Spellacy esperó a que el camarero se llevase los platos.

—Doscientos tres mil setecientos dólares, ni más ni menos —dijo por fin—. O sea que fui a ver a Sonny McDonough. Para ver qué pensaba de que McDonough y McCarthy llevasen todos los funerales de la archidiócesis. De religiosos, quiero decir.

—Al por mayor, creo que es la expresión que estás buscando —dijo Tom—. Jesús, no me extraña que quieras a esas monjas de Irlanda. Si se hunde el barco, puedes erigir una catedral con lo que te ahorres. —Hizo una pausa para ver si Des reaccionaba. No. Se le daba bien no hacer caso de comentarios como ese—. ¿Y qué te dijo Sonny?

—Que se lo pensaría.

—Menciónale el nombre de Corky Cronin —aconsejó Tom—. Quizá así piense con más ganas.

—Ah, ¿sí?

—Cornelia Cronin. Contable de una de sus tiendas. Se rompió la espalda un fin de semana. En Catalina. En el barco de Sonny. Mientras la señora de Sonny estaba de retiro espiritual. Con los jesuitas, creo. Sonny reza mejor en su barco, según dicen.

—Dicen muchas cosas.

—Corky se lleva quinientos al mes de por vida. Por la cojera, dicen. Y también por mantener la boca cerrada, diría yo.

Desmond Spellacy asintió. Sonny parecía tener todo un historial. Por lo menos no se llevaba bien con Jack Amsterdam. Eso era un plus. De repente se sintió incómodo. Siempre había podido convertir una desventaja a ojos de Tommy en un plus para él. Era una variedad maligna de matemática. Y estaba deviniendo un hábito. Estoy seguro de que Tommy sabe lo que hago. Probablemente le complace. Del mismo modo en que probablemente le complacería una mancha en una chaqueta blanca.

Recordó la carta. No había manera de evitarla.

—Me ha llegado una carta de Mary Margaret.

—Quiere que eches al capellán hispano ese de Camarillo.

—Es cierto que lo menciona.

—Y que le pongas San Bernabé a alguna parroquia.

—Algo así. —No enredes. Sácalo rápido—. Dice que volverá pronto a casa, Tommy.

Estupendo, pensó Tom Spellacy. Justo lo que necesito. Qué mano tiene Des para dar las noticias, a lo mejor también le gustaría dársela a Corinne.

—No me dijo nada la última vez que estuve. Debió de pasársele por alto, supongo.

Cuando Mary Margaret no estaba, le costaba recordar su apariencia. Algo parecida a Brenda, eso era. Había sacado su foto de la cartera. No era algo que quisiera que Corinne viese. Además, la fotografía tenía quince años. Era de cuando todavía dormía con ella de forma regular. Si es que alguna vez podía haberse calificado de regular.

—Lo que tiene en mente es una reunión familiar, dice —prosiguió Des.

Aquello iba a ser más difícil de lo que pensaba.

—También debió de pasársele por alto que soy un miembro de la familia —dijo Tom—. Visto que no me escribió a mí primero.

A ver cómo sales de esta, monseñor. Aprende un poco sobre la vida familiar que tal vez se te haya escapado en la confesión. Con tu puta manicura. Sonsacándome sobre Sonny y demás, como si fuera un memo cualquiera de la Sociedad del Santo Nombre, no sé qué te crees que haces.

—Tommy. —Des escogió las palabras con cuidado—. Es por Kevin, para cuando termine el servicio militar. También quiere que esté Moira, si puedo tirar de unos cuantos hilos para conseguirle un fin de semana libre en el noviciado.

—Anda —dijo Tom—. Es estupendo, Des, que hagas una buena obra como esa. No había caído en que se trataba de eso.

Desmond Spellacy lo miró con recelo. Sabía que Tommy no dejaría correr el asunto sin más.

—Sin embargo, me pregunto una cosa, y es cómo te lo planteó en esa carta que llevas ahí —dijo Tom—. ¿«Posdata: Dile a Comosellame que vuelva a poner el crucifijo sobre la cama»? ¿O «Dile que saque el polvo a la estatua del Niño Jesús de Praga que me gusta besar cuando me despierto por la mañana»? No sé. A lo mejor era algo sobre el calendario del Sagrado Corazón de Jesús en el que le gusta mirar la fecha. O quizá no dice nada, y lo que pasa es que tú te has dicho a ti mismo: «Me pregunto si el bueno de Tommy sabe algo de esto. Cuando se quedan lelas pierden un poco la memoria, o sea que a lo mejor se olvidó de comentárselo. Como Tommy haya quedado para ir al béisbol ese día podría estar bien jodido, o sea que mejor me pongo de acuerdo antes con él».

—¿Has acabado? —preguntó Des.

—Comeremos pavo, relleno y con salsa. Ya que te carteas con ella, puedes trincharlo tú. Por lo que dicen, se te da bien trinchar, vista toda la carnaza que has juntado con su eminencia.

—Tommy, me escribió a mí porque creía que podría hacer algo con lo de Moira.

—Siempre le gustó hablar con los curas. El padre siempre se enteraba primero de todos sus secretillos. Cuando se quedó embarazada de Kev, el primero al que se lo contó fue al padre Dolan, de los Santos Mártires. ¿Te acuerdas de Pelele Dolan? «Conque vas a ser padre», me dice el Pelele un domingo por la mañana. Primera noticia. «¿Sabe cómo le llamaré, si es niño?», le digo. «¿Cómo?», pregunta él. «Pelele», le digo. No le hizo mucha gracia.

—Ya me lo figuro.

—Cuentan que perdió la chaveta —dijo Tom—. Pero que dejó trescientos de los grandes.

—Trescientos veinte —corrigió Des—. Compró acciones de Coca-Cola cuando salieron a la venta por primera vez. Le dejó hasta el último centavo a su gato. —Desmond Spellacy suspiró—. Tuve que romper su testamento.

—Yo de ti no le comentaría eso a tu amiguita en vuestra correspondencia. Mary Margaret siempre tuvo debilidad por el viejo Pelele.

—No tengo correspondencia con ella —dijo Des—. Pero lo recordaré de todas

formas.

—Bien pensado, también tuvo siempre debilidad por ti, Mary Margaret. Era a ti a quien no quitaba ojo de encima, cuando éramos chavales.

Observó cómo Des pedía la cuenta. La cuestión era que Mary Margaret siempre había bebido los vientos por Des. «A lo mejor disfrutarías más —le había dicho en una época temprana de su matrimonio—, si intentaras pensar que es Des quien te lo hace». Mary Margaret le pegó en la boca con un puñado de cuentas de rosario. Mujeres. Brenda. Mary Margaret. Corinne. Ese día se sentía acorralado por ellas.

—Yo no lo recuerdo —dijo Desmond Spellacy.

—«Mary y Des», escribía en sus cuadernos allá en San Anatolio. Verás, dibujaba el corazoncito con la flecha atravesada y, dentro, ponía: «Mary y Des». Y «SCUB». Eso también lo escribía.

—Sellado con un beso.

—Sí que te acuerdas.

—Tienes demasiada imaginación, Tommy.

—Apuesto a que lo puso en la carta, SCUB.

—No es verdad.

—Si os hubieseis liado me habría ahorrado un montón de problemas, creo —dijo Tom—. Pero la Iglesia habría perdido un gran golfista.

Des guardó silencio por unos instantes. Había salido todo lo bien que cabía esperar. Había algo que nunca podía hacerse con Tommy, y eso era morder el anzuelo. Nadie sabía cuándo entraría en erupción.

Jack Amsterdam se estaba acercando a la mesa. Cogió la cuenta de la mano del camarero y le indicó que se alejase.

—Están invitados, monseñor.

Desmond Spellacy se levantó.

—No debería, Jack.

—Aquí su dinero no vale, monseñor.

—¿Conoce a mi hermano Tom?

—No he tenido el placer —dijo Jack Amsterdam. Hablaba con esfuerzo, con la voz ronca, como si le arrancaran las palabras una por una del diafragma—. Se le nota el parecido familiar, Des. ¿Es mayor o menor?

Era como si Tom Spellacy ni siquiera estuviese delante.

—Mayor —respondió Des.

—Eso está bien —dijo Jack Amsterdam—. Es bueno tener un hermano mayor. Ojalá yo lo hubiese tenido. —Puso la mano en el brazo de Des—. Todavía no he sabido nada de ustedes sobre San Juan Bosco.

—Hemos encargado unos nuevos estudios, Jack.

—Ya veo —dijo Jack Amsterdam—. ¿Recibió su eminencia la invitación a mi acto benéfico en San Conrado?

—Sí.

—Dígale a su eminencia que cuento con él.

—Lo haré.

Jack Amsterdam se volvió hacia Tom.

—Encantado de conocerle. Su hermano es un ganador.

Tom Spellacy envolvió su vaso de cerveza con las dos manos.

—Y solo el ganador entra en el comedor.

—Eso me gusta —dijo Jack Amsterdam—. ¿Lo has oído, Des? «Solo el ganador entra en el comedor». La inteligencia te viene de familia.

Tom Spellacy giró el vaso de cerveza entre las palmas de sus manos.

—Yo antes trabajaba para usted —dijo con voz pausada.

Tanto Des como Jack Amsterdam lo miraron fijamente.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó el segundo.

—Cuando tenía el negocio de las putas —respondió Tom Spellacy—. Yo era su esbirro en Antivicio de Wilshire. Me encargaba de cobrar.

Durante un momento, ninguno de los tres dijo nada.

—Tengo que ir tirando, Des —dijo por fin Jack Amsterdam.

—Claro, Jack.

Jack Amsterdam no miró a Tom Spellacy mientras daba media vuelta y salía del comedor. Des se sentó y miró al otro lado de la mesa.

—Dios mío, Tommy, puedes ser un auténtico tocapelotas.

CAPÍTULO DIEZ

La mañana después de que Tom y Des comieran en el Biltmore, el *Express*, bajo la firma de Howard Terkel, publicó el informe patológico completo de la oficina del forense, con la única omisión de la rosa tatuada sobre la región púbica de la víctima y el cirio en su vagina. Dos horas después de que el *Express* saliera a la calle, una chica que trabajaba en el salón de belleza de Max Factor llamó al teléfono especial reservado por el jefe de detectives Fred Fuqua para recabar información sobre la Belleza Misteriosa. La chica del salón de belleza de Max Factor dijo que su excompañera de piso tenía por costumbre derretir cirios para meter la cera blanda en las caries de las muelas de las que se habían caído los empastes. Dijo que su excompañera de piso se llamaba Lois Fazenda y que Lois Fazenda se había largado tres semanas antes y las había dejado tiradas a ella y a seis compañeras de piso más con su parte del alquiler de ese mes. La chica del salón de belleza también dijo que Lois Fazenda robaba los cirios que derretía para hacer empastes de una tienda de artículos religiosos de Hollywood Boulevard, y que, después de que la pillaran robando, empezó a chupársela al dueño de la tienda para no ir a la cárcel. La fuente dijo llamarse Gloria Deane, y añadió que para los periódicos no olvidasen la e final del apellido.

Al mismo tiempo que Gloria Deane llamaba al número especial de Fuqua, Tom Spellacy revisaba los informes del día anterior de la Unidad Central. Idea de Fuqua. El enfoque sistémico. El cirio podría ser un patrón definido. Buscar cuentas de rosario en la entrepierna. Crucifijos, escapularios, cepillos. Un patrón definido de pajarío católico. Tom Spellacy hojeó los informes. Noventa y tres robos, cuarenta y dos allanamientos, veintiún atracos, seis agresiones con arma mortal. Dos delitos contra la moral. Una violación. Un intento de violación. Treinta y dos vehículos robados. Ni un cepillo.

Se preguntó si debía llamar a Des. Quizá se imponía una disculpa. Pensó que no. No se le daban bien las disculpas. Igual que a Des. No habían hablado desde la comida. Des no había dicho gran cosa después de llamarlo tocapelotas. Me pregunto si confesará eso. Apostaría a que no. Des siempre tuvo una idea muy laxa de lo que constituía un pecado. Hasta con el sexto mandamiento. No se acaloraba mucho con el «No cometerás adulterio». Siempre había circunstancias atenuantes. Era un experto en circunstancias atenuantes. Lo que necesitaba era uno de esos viejos párrocos italianos que te cortaban el brazo si lo estirabas para pillar un segundo pedazo de tarta. Quien probase las circunstancias atenuantes con ellos acabaría caminando de

rodillas por Wilshire Boulevard.

Habían salido por la puerta del Biltmore, todavía sin hablar. John Dever, el contable, y Tommy Brady, el director de banda, esperaban en la parada de taxis. Hubo muchos apretones de las dos manos. John Dever dijo que llevaba las cuentas de Nuestra Señora de la Buena Esperanza.

—Amañas las cuentas, si conozco a monseñor Sagarino —dijo Tommy Brady.

Carcajadas de todos los presentes. Tommy Brady dijo que había tocado en el vigesimocuarto aniversario de sacerdocio de Vinny Sagarino. Había actuado en un bar mitzvá judío por la tarde y en el sarao de Vinny por la noche, pero eso era lo que hacía que dirigir una orquesta fuese una ocupación tan interesante: toda la gente de diferentes religiones que se conocía. John Dever se ofreció a acompañar a Des al economato. Tommy Brady se quedó solo en la acera con Tom Spellacy. El director de banda no sabía muy bien qué decir. Empezó a dar golpecitos con el pie.

—Tu hermano es un hacha con las rifas. Un auténtico genio del bingo. Podría hacer apostar a esos mexicanos de Nuestra Señora sobre si la Pascua cae en domingo o no. ¿Dónde vives? ¿En San Judas?

—El Perpetuo Socorro —había respondido Tom Spellacy.

—La última vez que te vi —dijo Tommy Brady— aún vivías en San Judas.

Sesenta y una alteraciones del orden público. Dos incendios provocados.

Era todo un detalle del genio del bingo, contarle que Mary Margaret volvía a casa. Todavía no había pensado cómo contárselo a Corinne. A lo mejor ella y Mary Margaret podían rezar una novena juntas y arreglar las cosas. A ti te toca la misa del domingo, a mí los viernes por la noche. Tú las Estaciones de la Cruz, yo las galas de tarde. Tú te llevas a Des, yo me quedo a Tom. Era curioso lo de Corinne: parecía tan fascinada con Des como Mary Margaret. Fue a Santa Viviana para verlo decir misa. Lleva mocasines en el altar, informó. Recibió de él la comunión. Lleva las uñas arregladas, dijo, y tiene un corte de afeitarse. Quería conocerlo. ¿Por qué?, le preguntó él. Porque a veces creo que me lo estoy follando a él, respondió ella.

Era lo que tenía Corinne. No se andaba con rodeos sobre el sexto mandamiento. Estaba dormida cuando él volvió la noche anterior. «No me esperes despierta —le había dicho él—. Trabajaré hasta tarde». Lo que significaba pasar media noche escuchando a Crotty hablar sobre sus socios chinos hasta estar seguro de que no la encontraría despierta. Era un modo de evitar mencionar a Mary Margaret. No encendió la luz al entrar. Corinne roncaba suavemente. A oscuras, la cama plegable con la trinchera en medio parecía llenar la habitación entera. De repente cayó en la cuenta de lo pequeño que era el piso. El único lugar donde podía estar a solas era el baño. Ni siquiera allí, en realidad. El frasco de desodorante Arrid hacía que el baño fuese de ella. Y la cera Nair. Ni siquiera había oído la palabra «depilatoria» antes de conocer a Corinne. El pelo de las piernas de Mary Margaret era como un castor comparado con el de ella. Ahora Corinne usaba la Gillette de él. Todas las mañanas su pelusilla ensuciaba la cuchilla. Había intentado inculcarle que limpiase la

maquinilla, pero ella siempre se olvidaba. Mientras se desvestía le dio por pensar en lo poco que sabía de Corinne. Ella lo sabía todo sobre él salvo que Mary Margaret volvía a casa, pero él no recordaba que jamás hubiera mencionado amigas o parientes, a excepción de sus exmaridos y algún nombre propio que otro de la Comisión de Jurados al que habían despedido o ascendido, o a la que no le había venido la regla. Se preguntó si no le habría entrado por una oreja y salido por la otra, si follar con mujeres no era ya carga suficiente sin además tener que conocerlas. No tenían vida en común alguna fuera del minúsculo apartamento, y aun así le parecía imposible calificar de hogar aquel pisito.

—¿Cómo ha ido la comida? —había preguntado Corinne con voz soñolienta desde la trinchera de la cama.

—Dicen que tienes el coño como de cachemira —había respondido.

Qué comentario más borde; pero no quería hablar de la comida ni del alta de Mary Margaret en Camarillo.

—¿Eso dicen?

Dejó los zapatos bajo la cama y su revólver reglamentario en uno de los zapatos, al alcance de la mano. Mientras se escurría entre las rodillas de Corinne, se preguntó a quién iba a disparar.

—¿Me quieres?

—Sí, claro.

Se preguntó qué tendría que ver comerse un coño con el amor.

—Nunca me lo dices, ¿sabes? —Lo dijo con voz tranquila, constatando un hecho—. O sea, que yo digo «¿Me quieres?», y tú respondes que sí, pero nunca dices la palabra en sí. No es una queja, Tom, es una observación.

—Pero es que sí.

En general, un día que preferiría olvidar, pensó. Hojeó el resto de los informes. Mirones, vagos y maleantes, prostitución, homicidio en primer grado en la unidad de Rampart. Un marido se cargó a su mujer. Esos son los que me gustan. Le das un cigarrillo al pobre cabrón y te contará por qué lo hizo. Su parienta tenía cera en las orejas, o pelo en las tetas. Algo por lo que podía comprenderse que la liquidara. Veinte minutos después el tipo está en la cámara de gas. Nada de gilipollices sobre patrones definidos.

Doce estafadores.

Un suicidio. Separó el informe. Alguien que saltó de la azotea del edificio Bradbury. El suicida cogió el ascensor hasta el último piso, se quitó los zapatos, el sombrero y las gafas, dejó en la copa del sombrero su cartera abierta por el permiso de conducir para que pudieran identificarlo y después saltó. Murió antes de estrellarse sobre Broadway.

Fue el nombre del suicida lo que le llamó la atención. Se iba a armar una gorda.

Aquel informe tenía que verlo Crotty. El suicida era problema suyo.

Masaryk estaba de pie junto a la fuente de la sala principal, practicando su estilo para desenfundar rápido de la sobaquera.

—¿Dónde está Crotty? —preguntó Tom Spellacy.

Masaryk se sobresaltó. Empezó a girar a toda prisa la cámara de su 38 como si solo hubiera estado intentando comprobar si estaba cargado.

—Con un sospechoso de 261 —respondió Masaryk; hablaba muy deprisa—. De nombre Rafferty, Raymond F. Tiene catorce páginas de antecedentes. Caucásico. Uno ochenta y dos de estatura, sesenta y seis kilos y medio de peso, treinta y un años de edad...

Ojalá tuviera tan buen pulso con la pistola como memoria, pensó Tom Spellacy. Si encargabas a Masaryk seguir a alguien, podría decirte cuántos pasos dio exactamente el sospechoso antes de perderlo.

—... serpiente tatuada en el antebrazo derecho, sin otras señas de identificación.

Masaryk estaba intentando volver a guardar el 38 en su funda. El teléfono sonó y lo sobresaltó tanto que se le cayó el revólver al suelo.

—El teléfono —dijo Tom Spellacy.

Metió un lápiz por el cañón del revólver, lo levantó del suelo y se lo tendió a Masaryk.

—Es X. O'Brien —anunció Masaryk pasándole el teléfono.

—Mierda.

Francis Xavier O'Brien, abogado criminalista, era conocido como X. Pesaba ciento diez kilos, y fuese invierno o verano llevaba una capa negra al estilo Franklin Roosevelt. Su especialidad era el sexo. Chulos, violadores, exhibicionistas, vendedores de guarradas, fetichistas de los pies. Su única estrategia procesal era la pérdida de tiempo. Nunca ceder nada de buenas a primeras. Presentar alegaciones suficientes para que al juez pudiera darle un infarto. Esperar la anulación.

—¿Qué pasa, X.?

—Crotty tiene a uno de mis chicos encerrado, Tom —dijo X. O'Brien.

Todos los clientes eran sus «chicos». Le encantaba escuchar las acusaciones contra ellos. «Una historia magnífica —decía—. Un pecado mortal, si lo demuestras. Si se lo contaras en confesión al padre Bobby McNamara, se quedaría calvo. Pero mi chico estaba en un retiro espiritual aquel día. Pensando en hacerse católico. Los conversos no te cagan en los dedos de los pies».

—¿Cómo se llama tu chico?

—Eso yo lo sé y tú tienes que averiguarlo.

La única manera de tratar con X. O'Brien era no discutir nunca su lógica.

—Tiene a un tipo llamado Rafferty. Sospechoso de violación.

—Mi chico no ha violado a nadie en su vida.

—Tiene catorce páginas de antecedentes, X.

—Su hermana es una postulante.

—Entonces, ¿Rafferty es tu chico?

—¿Cómo sabéis que se llama Rafferty?

—Nos lo dijo él.

—¿Basándose en qué pruebas?

—Por los clavos de Cristo, X. Eso lo que le dijo su madre.

—Entonces, lo sabe de oídas.

Apuntarse una victoria como esa podía mantener feliz a X. O'Brien durante una semana. Tom Spellacy dijo que consultaría a Crotty. Cogió el informe del suicida y cruzó el pasillo en dirección a la sala de interrogatorios.

—Un encanto, nuestro amigo Rafferty —dijo Crotty—. Un gran fichaje para la cuadra de X. Se cuela en el coche de la señorita y le dice que, si no se baja las bragas, la cortará en chuletas de cordero como hizo con la Belleza Misteriosa.

—No fue más que un medio de conseguir algo rápido —dijo Raymond Rafferty. Tenía los ojos verdes y acuosos y la serpiente tatuada en su brazo derecho se enroscaba en torno a las letras «M-A-D-R-E»—. Cargaré con este mochuelo, pero yo no hago juegucitos con cuchillos, no es mi estilo.

—Toca el claxon del coche cuando empieza a follársela —explicó Crotty—, pero está tan cachondo y ocupado que ni siquiera se da cuenta hasta que llega el coche patrulla.

—Tenía sesenta y un años —dijo Raymond Rafferty—. Todas pasan de los sesenta, ese es mi estilo, miradlo en mi historial. No me acerco a los coños estrechos.

—Mira lo que te digo, tienes los dientes hechos una mierda —dijo Crotty—. No es de extrañar que seas un violador.

—Toda esa mugre verde —intervino Tom Spellacy—. ¿Has ido alguna vez al dentista?

Rafferty se pasó los labios por los dientes. Habló sin mover la boca.

—A la mierda el dentista.

—Es un hecho médico constatado —dijo Crotty—: las personas con los dientes limpios cometen menos delitos.

—¿No has oído a Bob Hope? —insistió Tom Spellacy—. Eso del Pepsodent no es ninguna tontería. «Pepsodent y cepillo, y di adiós al amarillo». ¿Crees que Bob te engañaría?

—No me faltan chicas —protestó Raymond Rafferty.

—Como nuestra amiga la Belleza Misteriosa —dijo Crotty.

—Ya os he dicho que no me acerco a los coños estrechos —gimoteó Raymond Rafferty—. Ya conocéis mi estilo. Nenas mayores. Ya le he contado que aquella noche me tiré a una abuelita en la Western con Romaine. No me acuerdo de la dirección, pero era el piso 3B, debió de poner una denuncia. —Crotty asintió mirando a Tom Spellacy—. Una ancianita simpática, de unos setenta y cinco u ochenta años.

—Tú también le gustaste, Raymond —dijo Crotty—. Sobre todo cuando te corriste en su nariz. Era algo que había echado de menos estos últimos sesenta años.

Crotty dio unos golpes a la puerta de la sala de interrogatorios. Un agente de uniforme entró y se llevó a Raymond Rafferty de vuelta a su celda. Crotty encendió un puro.

—Concuerta —dijo—. Estuvo hincándosela a la vieja en la nariz desde medianoche hasta las cinco de la mañana. Se ha quedado para que la encierren, pero no presentará cargos.

—X. O'Brien estará encantado —observó Tom Spellacy, que entregó a Crotty el informe del suicidio—. Leland K. Standard.

—¿Quién coño es Leland K. Standard?

—Saltó anoche del edificio Bradbury.

—¿Y qué? —preguntó Crotty. Abrió el informe. Un círculo de ceniza de puro cayó sobre su chaleco blanco. Leyó durante un rato y luego miró a Tom Spellacy—. Su hermano es dominico.

—Su cuñado.

—¿Dejó una nota?

Tom Spellacy negó con la cabeza.

—¿Su mujer y los hijos?

—Todavía en casa de los abuelos.

Crotty cerró el informe.

—Pues que le den por culo.

—¿Alguien puede saber que estuvo aquí, Frank?

—Ni de coña —dijo Crotty—. Lo llamé a la oficina y le pedí, con muy buenos modos, que se acercara, que había un par de cosas que quería preguntarle. No es el tipo de asunto que uno se acerca al grupillo de la fuente y comenta: «El teniente Crotty quiere saber si he vuelto a enseñar la polla por ahí, o sea que me voy al centro, a ver si puedo ayudar a nuestros amigos de azul». Apuesto a que no dijo eso. La mujer pensará que había vuelto a las andadas y no ha podido soportarlo, eso es lo que pensará. El dominico pensará que ya iba siendo hora e intentará colocar a la hermanita con Johnny Cosgrove, el viudo rico que lleva años queriendo catarla. Lo que es yo, tengo el archivo en mi cajón de abajo, donde me olvidé de que estaba, si alguien pregunta. «Huy, ese es Leland K. Standard», diré si alguien me pregunta, «el padre de familia». Que no te quite el sueño, es lo que intento decirte. Estas cosas pasan. No es culpa de nadie. Tendría que haber mantenido la polla en los calzoncillos, para empezar.

Volvieron a la sala principal. Masaryk estaba al teléfono. Tapó el auricular con la mano.

—Creen que se llama Lois Fazenda —dijo.

Gloria Deane dijo que el bloque de pisos donde vivió Lois Fazenda hasta tres semanas antes de su muerte se encontraba en el tramo norte de Cherokee Avenue en

Hollywood. Se trataba de un apartamento de dos plantas convertido en madriguera de pisos de una habitación con derecho a un fogón. Había ocho chicas durmiendo en cuatro literas en el piso donde vivía Lois Fazenda. Cada una pagaba un dólar por noche de alquiler. Había ropa interior mojada colgada en el baño y las papeleras rebosaban de bolas de pelo, Kleenex manchados de carmín y bolsas de papel marrón llenas de compresas usadas. Además de Gloria Deane, la chica de Max Factor, había tres actrices, una modelo, una cantante, una telefonista y una empleada de coctelería viviendo en la única habitación. Un repaso a los archivos del departamento de policía reveló que dos de las chicas tenían antecedentes por prostitución, otra por robar en una tienda y una cuarta por actuar siendo menor en una película para adultos. Cinco de las ocho se habían mudado al piso después de la partida de Lois Fazenda y solo la chica de Max Factor, la cantante y la telefonista se acordaban de ella. Las tres recordaban que Lois Fazenda tenía una rosa tatuada en la parte baja del abdomen y que, aunque afirmaba no conocer ni a un alma en Los Angeles, tenía una cita casi todas las noches. Gloria Deane recordaba a un «hombre mayor alto y siniestro» que conducía un Packard y a veces le pagaba el alquiler. La cantante recordaba a un locutor de radio con acento británico llamado Maurice, y la telefonista, a un famoso extra de la Paramount, a Jim, a Johnny, a un hombre llamado Red, a un piloto de Chicago, a Jack, a Lee, a un jugador de los Solons de Sacramento y a alguien llamado Fred que posiblemente dirigía una agencia de modelos. La chica de Max Factor dijo que la telefonista recordaba todos esos nombres porque siempre espiaba las llamadas de Lois Fazenda. La telefonista dijo que estaba adiestrada para recordar nombres. También dijo que la chica de Max Factor estaba colada por Lois Fazenda. Gloria Deane replicó que la telefonista tenía un chulo negro.

El edificio de Cherokee Avenue era propiedad de un tal Timothy Mallory, que tenía antecedentes por rodar películas para adultos que se remontaban a 1937 y que se proclamaba productor asociado. Enmarcado en la pared de su piso había un titular del 6 de junio de 1944 de *Los Angeles Times*: «UN INCENDIO EN LAS COLINAS AMENAZA LA CASA DE UN PRODUCTOR ASOCIADO DE HOLLYWOOD».

—Coincidió con el Día D —dijo Timothy Mallory—. A nadie le importó un comino mi casa.

—Hablemos de tu coartada, marica —dijo Crotty.

—Es difícil de comprobar.

—¿Por qué? —preguntó Tom Spellacy.

—Pues porque soy un chulo. Lo que manejo no es exactamente un convento. No hay mucha gente que vaya a decirles, con los ojos brillantes: «Hoy he visto a Timmy y su nuevo fichaje, esa negrita de doce años del Congo Belga».

—¿Chuleaste a Lois Fazenda? —preguntó Tom Spellacy.

—Fotos guarras, eso fue todo lo que hice con ella —respondió Timothy Mallory.

Se ajustó el peluquín en el espejo y después sacó una revista de desnudos de un cajón. Lois Fazenda estaba tumbada en un prado; el sol le arrancaba destellos del pelo. La pierna extendida alargaba y distorsionaba la rosa tatuada en el bajo abdomen.

—«Una roca es una roca, un árbol es un árbol, fílmalo en el parque Griffith» —dijo Timothy Mallory—. Es un viejo proverbio del ramo. Vamos, que las fotos las saqué allí. —Sonrió mirando a Tom Spellacy—. Sé quién es su asesino.

—Sería muy útil que nos lo contaras.

—J. H., Columbus, Ohio, ese es el tipo al que deberían buscar —dijo Timothy Mallory—. Escribió a la revista y dijo que tenía un trasto de treinta centímetros, y adivinen dónde quería meterlo. J. H., Columbus, Ohio, firmaba. —Timothy Mallory suspiró y se enderezó una vez más el peluquín ante el espejo—. *Où sont les «J. H.» d'antan?*

—¿Qué cojones dice? —preguntó Crotty.

En el transcurso de las siguientes cuarenta y ocho horas, la Unidad de Robos y Homicidios reunió los datos que siguen:

Timothy Mallory estaba limpio. La noche en que asesinaron a Lois Fazenda estaba dirigiendo una película para adultos en una casa cercana al aeropuerto con la telefonista, la modelo, una chica de Bakersfield, dos chicos, un viejo y un caballo. La chica de Max Factor sufría un grave acceso de dolores menstruales y no salió de la casa de Cherokee Avenue. La cantante asistió a un preestreno en Burbank de *Ellos no creen en mí*, con Robert Young, Jane Greer y Susan Hayward, y después un publicista de cine le rompió la nariz en un bar de Central Avenue y pasó la velada en las urgencias del Central Receiving Hospital. El extra de la Paramount tenía coartada, al igual que Jim, Johnny, el hombre llamado Red, Jack, Lee y Fred, cuya agencia de modelos era en realidad una plataforma para las fotos de desnudos de Timothy Mallory. El jugador de los Solons de Sacramento estaba jugando en Seattle contra los Rainiers; no consiguió nada en sus cinco intentos y al final de la décima entrada bateó una bola alta que permitió la carrera ganadora. Resultó que el piloto de Chicago estaba en Seattle y había visto el partido. Dijo que esperaba que el jugador fuese mejor follando que en el béisbol y después añadió que lamentaba lo de Lois Fazenda pero que la chica tampoco era nada del otro mundo. El propietario de la tienda de artículos religiosos de Hollywood Boulevard estaba en el Hospital de San Juan de Dios, donde su mujer dio a luz a unos gemelos que nacieron muertos y contrajo una infección puerperal. Maurice, el locutor de radio del acento británico, era en realidad un ochavón jamaicano que en ese momento pinchaba *rhythm and blues* toda la noche para una emisora de color en Brownsville, Texas. El viejo alto y siniestro que conducía un Packard en realidad era bajo, tenía treinta y siete años, conducía un La Salle y era el rollete de Timothy Mallory.

Sobre Lois Fazenda recabaron los siguientes datos: tenía veintidós años. Había llegado al oeste desde Medford, Massachusetts, hacía tres años con la esperanza de convertirse en estrella de cine. Trabajó de camarera, de acomodadora en un cine, sirviendo a los coches en un autocine y de cajera en el economato de Fort MacArthur. Durante dos meses fue voluntaria en el Hospital General del Condado, trabajando para una obra benéfica católica llamada Protectores de los Pobres. Los voluntarios de Protectores de los Pobres trabajaban en las salas de urgencias y unidades ortopédicas del hospital repartiendo caramelos, tabaco, pasta de dientes, cuchillas de afeitar y medallas de la Virgen de Guadalupe a los indigentes de origen mexicano que habían sido víctimas de accidentes.

Lois Fazenda también trabajó dos días de extra árabe en *Casablanca*, en los estudios de Warner Brothers. Su única otra aparición cinematográfica fue ser devorada en una película dirigida y coproducida por Timothy Mallory. Vivió en una serie de casas de huéspedes muy parecidas a la de North Cherokee Avenue. En West Adams Boulevard creyó que estaba embarazada. En Camino Palmero tuvo una hemorragia. En North Orange Drive se hizo el tatuaje. El tatuador estaba ahora en la penitenciaría federal de Terminal Island por quebrantar la ley Mann contra la trata de blancas. En Linden Drive, en Long Beach, dejó a su paso un poema que decía: «Recordadme y sabed bien / que cuesta encontrar una amiga fiel. / Pero cuando eres sincera y buena / buscar una nueva no vale la pena». En la calle K, en Lancaster, había una carta sin franquear para Joe en la que decía que Doc la estaba cortejando y que, a menos que Joe dejara claras sus intenciones, ella no se hacía responsable de lo que Doc pudiera hacer. También había una carta del piloto de Chicago: «Dices en tu carta que quieres que seamos buenos amigos, pero a juzgar por tu telegrama quieres algo más que eso. ¿De verdad estás segura de lo que quieres? ¿Por qué no te paras a pensar en lo que significaría realmente que vinieras? Helen todavía no ha dado su consentimiento al divorcio. Creo que tiene a unos detectives privados siguiéndome. Me importas demasiado para hacerte pasar por eso. Quizá Matt sea tu salida. En tu última carta comentabas que te había enviado un anillo. ¿Con diamante? ¿De compromiso? No me dabas explicaciones. Diría que Matt no repara en gastos y, si él quiere hacer de ti una mujer honesta (es B-R-O-M-A, ja, ja), tal vez te convenga más que yo». En Bronson Avenue había un recorte de periódico del *Herald* de Wenatchee, Washington: «HOMENAJE AL AS LOCAL». El artículo explicaba que el capitán Matthew J. Kronholm, instructor de vuelo en el aeródromo de Peterson, en Colorado, había sido ascendido hacía poco a comandante. «El comandante Kronholm es hijo de la señora de Matthew J. Kronholm, padre, y el difunto señor Kronholm, un farmacéutico local. El hermano del comandante Kronholm, Samuel, trabaja de actor en Hollywood con el nombre de Sammy Barron. El comandante Kronholm está prometido». No ponía con quién, pero la palabra «prometido» del recorte estaba

rodeada con pintalabios. En Harold Way había una carta de la viuda de Matthew J. Kronholm, padre: «Matt me ha pedido que le escriba porque según él usted es una chica muy refinada. Dice que encajaría usted “como un guante”». En Sierra Vista había una nota de Sammy Barron: «El médico se llama Snyder y lo hará en su casa, no en su consulta; lleva 200 dólares». En Formosa Avenue había un telegrama de la viuda de Matthew J. Kronholm, padre: «Recibido noticia Departamento de Guerra Matt murió en accidente. Nuestro más sincero pésame. Reza para que no sea verdad». Lois Fazenda se había ido de Formosa Avenue sin pagar el alquiler. Tampoco lo había pagado en Sierra Vista, Harold Way, Bronson Avenue, la calle K en Lancaster, Linden Drive en Long Beach, North Orange Drive, Poinsettia Avenue, Camino Palmero o West Adams Boulevard.

La madre de Lois Fazenda había muerto de una embolia cuando su hija tenía dieciséis años. Su padre, que se había divorciado de su mujer en 1931 y se había mudado al oeste, era un reparador de neveras en Lompoc. No había visto a su hija desde hacía dos años. Había ido a vivir con él en Lompoc cuando se quedó sin trabajo, pero la echó al cabo de cinco semanas. Lewis Fazenda dijo que su hija no cuidaba de la casa y solo le interesaban los hombres. En una ocasión ella le había telegrafiado para pedirle doscientos dólares. No se los había mandado. En su opinión, su hija «no valía un carajo». Tenía una foto de graduación en la que Lois Fazenda llevaba un birrete y una toga blancos que apareció publicada en el *Express*, el *Times*, el *Herald*, el *Daily News*, el *Examiner* y el *Press-Telegraph* de Long Beach. Sammy Barron tenía una fotografía de Lois Fazenda con el disfraz árabe que llevó durante sus dos días trabajando de extra en *Casablanca* en la Warner. La publicaron el *Express*, el *Times*, el *Herald*, el *Daily News*, el *Examiner* y el *Press-Telegraph* de Long Beach.

Sammy Barron era un enano. Vivía en un *camping* de caravanas en Glendale.

—Casi se caga encima, Lois, cuando vio que era una persona pequeña —dijo—. Matt era un mozo alto y rubio. Su polla era más grande que yo. Menudo rabo. Vamos, le podrían haber puesto un disfraz y darle un papel protagonista en *El mago de Oz*.

Sammy Barron dio una calada a su puro. Se estaba quedando calvo y sus piernas apenas llegaban al borde de la silla. Tom Spellacy se preguntó si sería mejor quedarse de pie o sentarse. Se repantigó en la silla de la caravana de Sammy Barron hasta quedar prácticamente sentado sobre los omoplatos.

—Nadie le avisó de que era una persona pequeña —prosiguió Sammy Barron—. Aunque reconozco que no es un tema fácil para dejarlo caer. —Empezó a hablar con un agudo falsete—. «No es exactamente el hermano mayor de Matt, Lois; sería más preciso llamarlo su hermano de más edad». —Sammy Barron fumó de su puro. La ceniza tembló—. Mi viejo me miraba con cara rara y decía: «Tengo entendido que

hay buen trabajo en el circo. Estable. Al aire libre. Como ser un vaquero». Me iba a sentar en el regazo del Llanero Solitario. Toro en miniatura. —Mojó la boquilla de su puro en un vaso de *brandy*—. O sea que me largué de Wenatchee cuando tenía doce años. Con un circo.

—¿Te mantuviste en contacto con Matt? —preguntó Tom Spellacy.

—Me localizó cuando se alistó en el Ejército del Aire —respondió Sammy Barron—. Era la edad de oro de la gente pequeña en este negocio. Salí en *El mago de Oz*, y luego en *Una mujer en la penumbra*. Papeles con diálogo. ¿Sabes quién es Ray Bolger? Buen amigo mío. Jack Haley. Ginger Rogers.

—¿Judy Garland?

—Un coñazo de tía. Y Georgie Jessel también. —Sammy Barron chupó el *brandy* de la punta de su puro—. En fin, Matt vino a verme al plató. Lo llevé a comer a la cantina y, mirando a todas las nenas, me dice: «¿Desde cuándo está esto así?».

—¿Le presentaste a Lois?

—Matt nunca tuvo problemas para pillar cacho. Se la ligó en alguna parte y luego, cuando se iba de la ciudad, me pidió que cuidase de ella.

—Estaban prometidos.

—Mis cojones —dijo Sammy Barron—. Solo quería mojar el churro, punto. Lo que pasa es que la dejó embarazada. Yo estaba haciendo *Casablanca* en la Warner. Sin diálogo, pero con dos primeros planos. En aquella escena de la muchedumbre delante del local de Rick cuando se cargan a Peter Lorre. Me pasaron por encima, así conseguí los primeros planos. En fin, que hablé con un amigo que habló con otro tipo y ese tipo habló con Curtiz, y a Curtiz le hizo gracia, una persona pequeña con novia. «La mayoría se agachan para llegarles a las chicas», dijo. «Tú subes». Le guiñé el ojo y él le dio un trabajito. Aunque no tenía ningún primer plano.

—Saqué un par de trajes de esa película —dijo Crotty.

Sammy Barron parecía perplejo.

—De Sidney Greenstreet —explicó Crotty—. ¿Te acuerdas del blanco cruzado?

—Tenía los botones de nácar —rememoró Sammy Barron.

—Ese mismo —dijo Crotty.

—No sabía que conocieras a Sidney —comentó Sammy Barron.

—Conozco a alguien que lo conoce, que es quien me consigue los trajes.

—Tenéis más o menos la misma talla —dijo Sammy Barron.

—Una cuarenta y ocho normal —confirmó Crotty.

Tom Spellacy carraspeó.

—¿Arreglaste tú lo del aborto?

Sammy Barron miró a un detective y luego al otro.

—No te acusarán de nada —aseguró Crotty.

—Yo le presté los doscientos pavos —dijo Sammy Barron—. Y le di el nombre del tipo que se encarga de todos los abortos de los grandes estudios. —Mascó su puro—. Fue la última vez que la vi. —Adoptó una expresión cavilosa—. Estaba muy

interesada en los problemas de la gente pequeña.

—Todo el mundo tiene una pequeña parte buena —dijo Tom Spellacy.

Sammy Barron bajó de su silla.

—Mirad, no me vendría mal un poco de publicidad, por así decirlo; a lo mejor podríais dejar caer mi nombre en la sala de prensa. «Su amigo, Sammy Barron, el actor, lloró al enterarse de la noticia», algo por el estilo, y después un poco de currículum. Lloraré cuando me lo pidan, si los periódicos necesitan una foto. A una persona pequeña, este negocio apenas le da para ir tirando, por eso os lo digo. Lo único que me sale ahora son papeles de doble. Para actores infantiles. —Una expresión de repugnancia cruzó por su rostro—. Niños prodigio. Roddy McDowall.

Howard Terkel se estaba poniendo pesado.

Piensa en un apodo, dijo Crotty.

LA GOLFA VIRGEN, DIJO TOM SPELLACY.

CAPÍTULO ONCE

Tom Spellacy paró en un semáforo en rojo en la esquina de Figueroa con la Séptima. El motor tosió y se caló. Mantuvo el pie sobre el acelerador hasta que el motor arrancó otra vez.

—Al ralentí se pone raro —observó Corinne Morris.

—Al ralentí se pone raro porque alguien mangó la tapa del radiador y tengo un trapo metido ahí —dijo Tom Spellacy—. En el aparcamiento mismo del departamento, me lo mangaron. Tienen a toda una banda organizada que roba tapones de radiador de Plymouth de 1937 con ciento setenta y cinco mil kilómetros, porque se ve que son un artículo muy codiciado en el mercado negro.

—¿Cuánto cuesta uno nuevo?

—Nada, para serte sincero. Voy a una tienda de recambios para coche, digo que soy un servidor público, un hombre de azul, y que tengo entendido que venden unas tapas de radiador estupendas, y que sería una pena que las perdiera todas en un incendio, dado que tiene todos esos trapos grasientos en un cubo delante de la puerta de atrás y tal. Y él me dice: «Llévese dos, son pequeñas; bien pensado, llévese una caja, y hablando de tapas, aquí tiene unas de distribuidor, y si tuviera unas tapas de comer también podría llevarse algunas». —El semáforo se puso verde y dobló a la izquierda para meterse por Figueroa—. Si no me consigo una nueva es por principios. —Sacudió la cabeza—. En el aparcamiento de la comisaría...

—A veces creo que hay más maleantes en el departamento que en la calle.

—Hay quien piensa lo mismo —dijo Tom Spellacy.

Ya puestos debería conocer a Jack, pensó. A Brenda también. Quizá así le resultara más fácil encajar el regreso a casa de Mary Margaret. Se estremeció. Iba a tener que contárselo.

—En realidad quería decir un coche nuevo —dijo Corinne.

—Ya me parecía que querías decir eso. —El tráfico empezaba a congestionarse. Sonaban cláxones. Solo recorrió una manzana por Figueroa antes de que el semáforo volviera a ponerse rojo—. Le tengo echado el ojo a uno, a decir verdad. Un Oldsmobile 98. Con todos los extras. Transmisión Hydra-matic.

Corinne sonrió.

—Está muy bien, Tom.

Se dio cuenta en el acto de que había cometido un error. Todo lo que hablaba con ella estaba lleno de carga, podía interpretarse como otra cosa. El Olds 98 llevaba el peso de hacer planes, de contemplar el futuro. Cambio de tema.

—Y he comprado mi billete de la lotería irlandesa. Como salga mi número, podré pagar la entrada. Si no, me toca esperar que Papá Noel sea bueno conmigo este año.

Corinne apagó su cigarrillo en el cenicero.

—Siempre estás quejándote del dinero.

—Si no tienes, refunfuñas sobre él; así funciona el asunto, o eso dicen.

No le gustaba hablar de dinero con Corinne. Entrada baja, plazos mensuales. Apuntaban a arreglos domésticos que no estaba dispuesto a hacer. Aunque Mary Margaret no fuese a salir de Camarillo. Cambio de tema. Un vendedor de periódicos se acercaba por entre el atasco. Tom Spellacy le dio cinco centavos y le pasó el *Express* a Corinne. El titular rezaba: «MIL PERSONAS ASISTEN AL SEPELIO DE LA GOLFA VIRGEN». Mierda puta, pensó, es el cuento de nunca acabar. Las mujeres de mi vida.

Corinne leyó:

—«Miles de curiosos causaron hoy retenciones en el tráfico del centro durante casi una hora mientras se celebraba el funeral de Lois Fazenda, chica de vida alegre que fue víctima de un brutal asesinato que ha horrorizado al mundo libre». —Corinne dejó caer el periódico sobre su regazo—. Menudo montón de mierda.

—¿Qué más dice?

Corinne recogió el diario.

—«Como informó en exclusiva el *Herald-Express*, la señorita Fazenda, de veintidós años, era conocida como la Golfa Virgen...». Todavía no me lo creo —dijo Corinne—. Se lo han inventado.

—Esa gente haría lo que fuese con tal de vender periódicos —dijo Tom Spellacy.

No hacía falta contarle de dónde sacó su apodo Lois Fazenda. No hay necesidad de complicarme la vida más aún.

Corinne siguió leyendo:

—«El sepelio fue oficiado por el evangelista Jack Mayo, que bajo el nombre de Capi Jack ocupa el cargo de párroco de la iglesia evangélica del Buen Barco de la Gracia...»...

Corinne arrugó el periódico y lo tiró al suelo del coche.

—Una mierda, eso es lo que es —repitió—. ¿Por qué no pueden dejar que la pobre chica se vaya en paz? En vez de convertirlo en un circo.

—Corinne, lo de esa señorita se ha salido de madre —dijo él en tono tranquilo—. La gente se aburre. La guerra ha terminado. Necesitan algo a lo que hincarle el diente.

—Para olvidar sus vidas de mierda —completó Corinne.

Iba a decir «Yo estuve allí, fue peor de lo que crees», pero se contuvo. No quería discutir sobre la moralidad del funeral de Lois Fazenda con Corinne. Sobre todo cuando el único motivo de que fuese un circo era que a él se le había ocurrido el apodo. Por un momento se preguntó qué temas de conversación tenían cuando estaban fuera de la cama. Había sido así desde que Des le habló de Mary Margaret. Borró el pensamiento. El funeral. La tormenta de ideas de Fuqua. Los asesinos a veces se presentan en los funerales. Personalmente no me parece tan buena idea, pero Fuqua dijo que era un patrón definido. La iglesia del Buen Barco de la Gracia fue

toda una experiencia. Des podría pillar un par de ideas, para la próxima vez que piense en construir una catedral. Ojos de buey con los cristales de colores en vez de ventanas. Una puta plancha en vez de pasillo central. No se había presentado ningún asesino; solo un marica que quería meterse en el ataúd con ella.

—Oí parte del funeral por la radio —dijo Corinne—. Lo patrocinaba McDonough y McCarthy. Pregonaban no sé qué cojones que se llamaba Plan de Reserva de la Reserva. —Imitó al anunciante—. «Nuestro Plan de Reserva le permite reservar a un ser querido».

Este Sonny se las sabe todas, pensó Tom.

—Sonny la enterró. Gratis. Lo del Capi Jack fue idea suya. Lo escogió porque tiene muchos seguidores en la radio. Saldrá ganando, aunque lo haga gratis, no te quepa la menor duda.

—Me sorprende que no intentase convencer al cardenal —dijo Corinne.

Tom Spellacy tocó el claxon. El tráfico empezó a despejarse.

—Lo intentó. Tenía la esperanza de que la chica fuera católica.

—Le hubiera ido mejor que el cardenal dijera una misa solemne por ella. «Ah de los pecadores», dice el Capitán Jack. «Todos los fornicadores a la cubierta de popa». Por la radio. En directo. «Hagamos que esta virgen zarpe hacia el cielo».

Tom Spellacy frenó a la altura del coche que estaba provocando el atasco. Se trataba de un viejo Studebaker con una rueda pinchada. Una familia de niños mexicanos asustados miraba por las ventanillas a los conductores que les gritaban insultos. Su padre estaba bajo el coche con un gato que no parecía funcionar. Un agente de tráfico le ordenaba a voces que se moviera.

—Olvídalo —dijo—. Para eso salimos esta noche, para olvidarnos de toda esa mierda. Vemos un combate, nos tomamos unas copas, nos relajamos. Ya me preocuparé de Lois Fazenda por la mañana; por eso no quiero pensar en ella esta noche, ¿vale? He llegado a casa del trabajo, me he afeitado y duchado, me he puesto calcetines limpios, unos buenos *slips*, una camisa almidonada, corbata, y no quiero pensar en ella; vamos a pasarlo bien, que hace tiempo que no salimos. ¿Vale?

—Vale.

Se metió en el aparcamiento del Figueroa Auditorium y dejó el coche en una plaza con el letrero de «Promotor». En las sombras del aparcamiento, un bullicioso grupito estaba jugando a los dados. Encendió los faros para ver mejor la partida. Un agente de policía de uniforme estaba de pie junto a los jugadores arrodillados, con un puñado de billetes de un dólar. El policía le dijo que apagara las putas luces.

—No puedes aparcar aquí, amigo.

La voz provenía de un corpulento mexicano con bolsas de tejido cicatricial en los dos ojos.

—Vete a tomar por culo —dijo Tom Spellacy.

El mexicano trazó un lento círculo, moviéndose con dificultades mientras buscaba un hueco, con las manos en posición de pelea. Corinne se pegó al coche, demasiado asustada para hablar. Tom Spellacy se agazapó, a la espera. De repente el mexicano traspasó su guardia y empezó a golpearle en el estómago. Tom Spellacy lo abrazó. El mexicano se retiró con una sonrisa en la cara.

—Siempre fuiste una puta petunia, Tom.

—¿Cómo te va, Polo?

—Bien, Tom, bien. —Señaló la partida de dados—. Tengo la partida. Si me entero de algo me saco un dinerillo de vez en cuando.

—¿Quién se va a dejar caer esta noche, Polo?

—Si cae alguien será el negrito de la semi. —Polo miró a Corinne, que le sonrió sin mucho convencimiento. Tom Spellacy no hizo ni un amago de presentarles—. ¿Quieres entradas? Te dejo dos por un dólar. En taquilla van a dos cincuenta cada una.

—Muy bien, Polo —dijo Tom Spellacy.

Le dio un dólar y cogió las dos entradas. Polo se alejó cojeando hacia la partida de cartas.

—Revende a menos de lo que cuestan —observó Corinne.

—Entradas para el combate de la semana pasada —dijo Tom Spellacy. Rompió los billetes—. Si tiene la noche buena, le sale bien. —Se encogió de hombros—. Otras noches, sus amigos le echan un cable.

Entraron en el pabellón. Olía a orines y linimento. Las paredes estaban cubiertas de ajadas fotografías coloreadas de forzudos, luchadores, púgiles y presentadores del pasado.

—Entonces es amigo tuyo —dijo Corinne.

—Más o menos —respondió Tom Spellacy—. Me noqueó en el cuarto asalto una noche en el estadio Legion de El Monte. —Se detuvieron ante la fotografía coloreada de un peso welter saltando a la comba en pantalones cortos y camiseta interior. El rótulo decía: «El siempre popular Enrique “Polo” Barbera». No había tejido cicatricial sobre sus ojos—. Ni siquiera le hice sudar.

Se abrieron paso entre los codazos de la muchedumbre. Sus asientos estaban cerca del *ring*, en segunda fila junto al pasillo. Al otro lado del cuadrilátero, George Brent firmaba autógrafos.

—Yo estaba seguro de que esa noche iba a conseguir su cartel para un gran combate, la noche en que tumbó a aquel tipo de color. Aquel que pegarle era como dar puñetazos a la niebla. Mercurio. Mercurio Johnson. Polo se lo mereció, se comportó como un gran boxeador aquella noche.

—¿Y cómo es que no consiguió el combate? —preguntó Corinne.

—Resulta que en teoría tenía que dejarse ganar. Había mucho dinero de por medio. El problema es que Polo se dejó llevar. Y mucha gente acabó cabreada.

—¿Y?

—Le rompieron las rodillas con un bate de béisbol. —George Brent llevaba un *blazer* de pelo de camello, camisa blanca y fular amarillo. Se preguntó si él podría vestirse de aquella manera alguna vez—. Tienes que esperar tu turno. Polo debería haberlo sabido.

Corinne sorbió aire entre los dientes.

—Me alegro de que hayas dejado eso atrás.

—Si llevas un siete, siete, dos después de dieciséis combates, no tienes más remedio, si todavía te quedan dos dedos de frente. —Le compró dos cervezas a un vendedor y le pasó una a Corinne—. Con siete, siete, dos no consigues ser cabeza de cartel en el estadio de los Yankees.

Los boxeadores del primer combate preliminar a cuatro asaltos avanzaban poco a poco por el pasillo hacia el *ring*. Las cuerdas se separaron. Se aplicaron la resina en las botas. Pesos gallo. Romero y Napoles. Los dos parecían perdidos en su bata. Los guantes parecían enormes frente a sus pechos hundidos. Se encontraron en el centro del *ring*. El árbitro dio sus instrucciones en inglés y luego en español. Romero tenía un tatuaje del Sagrado Corazón de Jesús en el brazo derecho. Napoles tenía acné. Los granitos con punta blanca le llegaban hasta la espalda. Ambos púgiles se persignaron en sus rincones.

Sonó la campana.

Recordó su primera pelea. Un combate a cuatro asaltos en Ocean Park. Se llevó veinticinco dólares y una paliza de Jackie Ahearne. Noqueó a Jackie dos años más tarde en San Bernardino, cuando la sífilis le estaba comiendo el cerebro. La verdad era que como boxeador Tom no valía una mierda. Siempre había sido el primero en decirlo. Lo hacía un poquito más fácil. Nunca puso como excusa sus malas manos. Se limitaba a decir que como boxeador no valía una mierda, y santas pascuas. Fue su primo Claqué Keogh quien lo subió al *ring*. Y su madre. Eso nunca se lo había contado a nadie. Claqué le tenía echado el ojo a una tienda. Los dos juntos podían dar el palo sin despeinarse, decía Claqué. Ni trabajo ni dinero, por qué no. Siempre había querido decirle a su vieja que Dios había intervenido. Por intermediación de la propia vieja. Loca como una cabra desde que el viejo echó una cabezadita en las vías del tranvía. Era Jueves Santo y como siempre ella subió las escaleras de rodillas, rezando un rosario en cada escalón. Pero aquel año se cayó y se rompió la cadera. Tuvo que llevarla al hospital. Claqué actuó solo. El poli de ronda lo pilló en el almacén. Lo encerraron durante dos años. Con Claqué fuera de juego, tuvo que buscar algo que hacer, y así acabó peleando contra Jackie Ahearne. Ni trabajo ni dinero, el viejo muerto, la vieja chiflada y Des en el seminario. Jackie Ahearne hubiese hecho pedazos a Des, con sífilis y todo.

No hubo K. O. en el primer combate preliminar. Cuando acabaron los cuatro asaltos, rodeó a Corinne con un brazo.

—¿Quién dirías tú?

El presentador estaba recogiendo las tarjetas de los jueces.

—El Sagrado Corazón —respondió Corinne.

—No, gana el Granos de calle.

El chico del acné se estaba reventando una espinilla. El presentador levantó su brazo.

—¿Otra cerveza?

—Me encantaría.

—Me gusta cómo lames la espuma.

Ella le metió la lengua en la oreja. El campeón de los pesos pluma de Yucatán estaba subiendo al cuadrilátero. Una larga espera. Después presentaron al pegador ambidiestro de Bakersfield. El pegador ambidiestro de Bakersfield llevaba una bata con el nombre del Chaval de Modesto. Eso arrancó una sonrisa a Tom Spellacy. El Chaval de Modesto debía de haberse retirado. Elucubró sobre las posibilidades. Una pelea a navajazos, sobredosis, algo por el estilo. El Chaval de Modesto no se perdería una noche pagada por un resfriado. O un brazo roto, si de él dependía. Marge debía de haberse ocupado. Ella siempre podía encontrar un sustituto. Marge Madragon era la promotora del Figueroa. Marge Mazas. Una lesbiana de ciento quince kilos. Estaba demasiado gorda para conducir, y por eso Tom Spellacy siempre usaba su plaza de aparcamiento. Su amiga Minny la Flaca Esposito había suspendido el examen de conducir catorce veces. Minny era nerviosa. También llevaba las cuentas del Figueroa. Marge y Minny siempre iban en taxi.

El sustituto de Bakersfield cayó a los treinta segundos del primer asalto. Se levantó cuando la cuenta llegó a ocho, con las piernas vacilantes.

—Parece que va a morir —dijo Corinne—. Casi no puede ni moverse. Debe de tener cuarenta años.

El sustituto de Bakersfield empezó a sangrar de un corte sobre el ojo derecho. Intentó aguantar en el rincón que quedaba justo encima de ellos. Un izquierdazo y un derechazo salpicaron de sangre a los espectadores cercanos al *ring*. El público aullaba pidiendo más. Sonó la campana y el boxeador herido se derrumbó sobre su taburete. Sangraba a borbotones por la brecha sobre el ojo.

—¿Por qué no se ha quedado en el suelo? —preguntó Corinne.

—Si quiere sus cien, tiene que aguantar al menos tres asaltos —explicó Tom Spellacy—. Marge no regala nada.

—Debe de gustarle la sangre.

—Por eso recorta el *ring*. —Corinne se lo quedó mirando a la espera de una explicación—. Aquí solo mide cinco y medio por cinco y medio. Lo normal es seis por seis. A Marge no le gusta ver a nadie salir corriendo. Si pudiera los metería en una cabina de teléfono.

Corinne agarró con fuerza su brazo durante los siguientes dos asaltos. El sustituto de Bakersfield fue apalizado sistemáticamente, pero se negó a caer. La cerveza iluminaba los ojos de Corinne. Después de cada trago, Tom Spellacy borraba con el dedo su bigote de espuma.

A los doce segundos del cuarto asalto, el sustituto de Bakersfield cayó y no se levantó durante la cuenta. Le pasaron la bata del Chaval de Modesto por los hombros y se puso a bailar de un lado a otro del *ring* como si hubiera ganado.

—Supongo que ahora se llevará sus cien —dijo Corinne.

—Vas aprendiendo —confirmó Tom Spellacy.

Echó un vistazo en torno al cuadrilátero. Marge Madragon le saludó desde su palco en la platea alta. Correspondió al saludo. Fue Marge quien le ofreció su primer trabajo cuando lo dejó. Corinne lo miró, y luego a Marge. En su gimnasio del centro, estirando gente. Sobre un potro. Sonrió ante la expresión de asombro de Corinne. Diez dólares por estirón. Cuatro para él, seis para Marge. Sobre todo canijos a los que les faltaban unos centímetros para la estatura reglamentaria de uno sesenta y cinco de los departamentos de policía y bomberos. Una correa por los tobillos, otra debajo de los sobacos, y a darle a la manivela hasta que pensaba que algo se rompería allí dentro. El estirón solo duraba una hora. Si había una cola larga para el examen físico del departamento, tenían que volver al día siguiente y someterse al tormento una vez más.

—¿Por qué lo hacían? —preguntó Corinne.

—Era la Depresión, Corinne. Aquellos tipos vendían lápices por las esquinas. Lo otro era un trabajo estable con una pensión al final.

—Es un milagro que ninguno muriese de hemorragias internas.

—Marge siempre decía que, con todos los tipos a los que había ayudado a meterse en el departamento, era fijo que me libraría del talego si alguien la palmaba.

Notó que le daban unos golpecitos en el hombro. Minny Esposito estaba de rodillas en el pasillo. Estaba esquelética. Llevaba un lápiz clavado en el desgredado moño que recogía su pelo. Apartó la vista cuando él volvió la cabeza. Minny nunca miraba a nadie a la cara.

—Marge quiere hablar contigo.

Alzó la vista. Marge Madragon le hacía señas para que subiera al palco. Estaban presentando a los boxeadores. Negó con la cabeza.

—Ve, Tom —dijo Corinne—. No pasa nada, me lo estoy pasando bien.

El palco de Marge Madragon estaba en las primeras dos filas por encima del *ring*. Habían retirado los asientos de la primera hilera y en su lugar había una mesa de madera con una máquina de sumar, unos prismáticos, una caja de chokolatinas Hershey, una caja de tacos y un cubo de guacamole. El asiento de Marge en la segunda fila había sido diseñado especialmente para dar cabida a su enorme figura. Indicó a Tom Spellacy que se sentase a su lado, retiró el envoltorio de una chokolatina y la mojó en el guacamole.

Los dos boxeadores del *ring* se situaron uno frente al otro.

—Polo dice que el negro se va a tirar —dijo Tom Spellacy.

—Polo debería callarse la puta boca, si sabe lo que le conviene —replicó Marge Madragon—. Igual que le di la partida del aparcamiento se la puedo quitar, si quiero.

—Marge se la puede quitar, si quiere —remachó Minny Esposito.

Tom Spellacy la miró enseguida, pero fue demasiado rápida para él; ya había apartado la cara antes de que sus ojos pudieran encontrarse. Se hizo la ocupada con la sumadora.

—Esa partida es una mina de oro —prosiguió Marge Madragon—. Le dije que quería sacar tajada. Me mandó a la mierda.

—Mandó a Marge a la mierda —dijo Minny Esposito.

—Me dijo que antes se follaría a Minny que darme tajada de la partida —añadió Marge Madragon.

—Le dijo a Marge que antes se me follaría que darle tajada —repitió Minny Esposito.

—Cállate, Minny —ordenó Marge Madragon.

El boxeador negro del *ring* retrocedía a toda velocidad.

—Si no hubiera cuerdas, estaría de camino a Tijuana —señaló Tom Spellacy.

Miró a Corinne, que observaba el combate con la barbilla apoyada en las manos. Marge Madragon también la miraba fijamente. Pensar en Corinne aprisionada entre los muslos como barcazas de Marge le hizo estremecerse.

—¿Qué le ha pasado al Chaval de Modesto? —preguntó de repente, con la intención de distraer a Marge de Corinne.

Los ojos de la promotora permanecieron fijos en ella.

—Lo rajaron anoche en Casa Mazatlán.

—Te quedaste su bata.

Marge Madragon lo miró.

—A él no le sirve de nada. Ingresó cadáver en el Hospital General.

Tom Spellacy se encogió de hombros.

—Te has pillado todo un sustituto.

—El camarero de Casa Mazatlán.

Tom Spellacy se rio. La campana dio por terminado el primer asalto. Minny se asomó por encima de la barandilla y gritó:

—Dale con un coco.

—Cállate, Minny —dijo Marge Madragon—. El puto camarero quería unos guantes nuevos. Un registro de uno, trece, uno y quería guantes nuevos. Los guantes nuevos se los llevan los cabezas de cartel, le digo, no los aperitivos. Y él me suelta que una vez ganó a un cabeza de cartel, Vinny Avila. «Le ganaste en el aparcamiento de Casa Mazatlán», le digo yo. «Y le pegaste con un martillo». Y me dice que el martillo lo llevaba Vinny, que él tenía una palanca. Así que le di los guantes nuevos.

—Eres toda corazón, Marge.

—Tom dice que eres toda corazón, Marge —coreó Minny Esposito.

Marge Madragon cogió los prismáticos y examinó el local. En el *ring* empezaba el segundo asalto. Alguien gritó:

—Pégale, desgraciado, que le puedes.

Tom Spellacy sabía que el combate estaba amañado, pero aun así se quedó absorto. En su cabeza escogía golpes, buscaba huecos. Deseaba poder haber sido mejor boxeador. Notaba el sabor del protector dental, sentía el ungüento que cubría el corte de encima de su ojo, las bolas de algodón metidas en la nariz para cortar la hemorragia, el sabor de los pegotes de moco ensangrentado que le bajaban a la garganta desde las heridas en las fosas nasales.

—No deberías haberlo hecho, Tom —dijo Marge Madragon.

Seguía con los ojos pegados a los prismáticos. Parecía concentrada en un puesto de refrescos al otro lado del *ring*.

Su voz lo sobresaltó.

—¿De qué hablas?

El público rugió de improviso. El negro estaba boca arriba sobre la lona. El árbitro contaba.

—Puedo oír el chapoteo desde aquí —dijo Minny Esposito.

El negro se puso de rodillas y luego en pie. El árbitro le secó los guantes. Los boxeadores empezaron a trazar círculos en el cuadrilátero. Tom Spellacy ya no prestaba atención. Marge Madragon evitaba su mirada. Sabía que había querido que fuera a verla por un motivo. Se hacía una idea de lo que era. Por lo menos así Marge dejaría de pensar en montárselo con Corinne.

—No te conviene tocarle los cojones a Jack, Tom. Lo pusiste en evidencia delante de tu hermano. No deberías haberlo hecho. Una vez te hizo un gran favor.

Se preguntó cuántas personas más sabían que Jack Amsterdam había sobornado a alguien para que no lo imputasen. Brenda, Marge. En realidad prefería no saber quién más. Mary Margaret era la única de la que podía estar seguro de que no lo sabía. Podría habérselo explicado con un esquema y aun así no lo habría entendido. El tío de May Dalton, Slats Shugrue, se dedica a los recados. En una empresa de mensajería. May me cuenta que es un recadero estupendo. Muy trabajador.

Corinne. No quería pensar en eso. Antes de que se enterase de que había trabajado para Jack prefería que supiera que Mary Margaret volvía a casa.

—¿Esto ha sido idea tuya, Marge, o suya?

Sabía que Jack Amsterdam tenía la hipoteca del Figueroa.

—Ahora trata con gente importante, Tom —dijo Marge Madragon.

—Tiene un esmoquin —añadió Minny Esposito.

El público estaba de pie. El negro yacía hecho un ovillo en el suelo. El árbitro se puso a contar. Ocho. Nueve. Diez.

—¿El morenito es suyo? —preguntó Tom Spellacy.

—Un sesenta por ciento —respondió Minny Esposito.

—Cierra el pico, Minny —ordenó Marge Madragon.

—Mucho esmoquin y mucha gente importante, pero todavía le dice a un zulú que bese la lona —dijo Tom Spellacy.

—Ahora tiene demasiado que perder, Tom. No le busques las cosquillas.

—Dile que se vaya a tomar por culo, Marge.

—Puede ser peligroso, Tom.

Por un momento se le pasó por la cabeza la idea de que Jack Amsterdam debía de estar preocupado por algo más, no solo por un encontronazo en una comida. No se le ocurría qué podía ser. Algo que le mancharía de mierda el esmoquin.

—Pregúntale a Polo —añadió Marge Madragon.

—O sea que Jack fue el responsable de que le rompieran las piernas —dedujo Tom Spellacy.

Marge Madragon desarrolló otra chocolatina. No respondió.

—Hay algo que siempre me he preguntado, Marge —dijo por fin Tom Spellacy—. ¿Tú se lo haces a Minny o te lo hace ella a ti?

La partida de dados aún seguía en el aparcamiento cuando salieron del auditorio. Polo Barbera no estaba a la vista.

—El blanco, el que ha acabado noqueado, el peso pesado; ese es el que más me ha gustado —dijo Corinne con tono vacilante.

Tom Spellacy siguió caminando y no respondió. Entró en el Plymouth, puso en marcha el motor y esperó hasta que Corinne se metió por el otro lado. Aun antes de que cerrase la puerta salió disparado y se incorporó al tráfico. Ni la miró ni habló.

Cuando habían recorrido dos manzanas de Figueroa, Corinne dijo:

—Vamos a comer algo.

Tom Spellacy encendió una cerilla con la uña del pulgar y la llevó al cigarrillo que tenía en la boca. Exhaló una bocanada de humo pero no dijo nada.

Corinne miró por la ventanilla durante un momento y después volvió a intentarlo.

—Podríamos ir al Trocadero.

—También podríamos ir al Cotton Club —replicó Tom Spellacy—. Si atraco una gasolinera por el camino, para la consumición mínima.

—Pues al Windsor.

—Echa un vistazo a mi pistola, a ver si está cargada; así, cuando les diga «Manos arriba», sabrán que hablo en serio.

Corinne apoyó la espalda en la puerta del coche para situarse de cara a él.

—Mira, Tom, lo que ha pasado ahí dentro...

—Ahí dentro no ha pasado nada.

—Vale, lo que tú digas. No ha pasado nada. Pues vamos a divertirnos un poco. Vamos al Troc. Podemos permitirnoslo. Tenemos dos sueldos.

Frenó en seco en mitad de la manzana. Los coches de detrás tuvieron que pegar frenazos y entonces empezaron a sonar los cláxones. Tom Spellacy se volvió y la miró fijamente, como si fuera ajeno al atasco que estaba causando.

—Solo te falta decir que vivir en pareja es más barato que estar solo.

Corinne lo dijo atropelladamente, en voz tan baja que los cláxones casi ahogaron

la frase.

—Solo me falta decirte que estoy embarazada, creo.

CAPÍTULO DOCE

1

Se lo tomó mejor de lo que Corinne se esperaba. Movi6 los ojos fugazmente y agarr6 el volante con m6s fuerza, pero aparte de eso, nada. Llevaba tres d6as esperando el momento de dec6rselo, pero ahora deseaba poder retirar las palabras y encerrarlas en una caja junto con el resto de sus demonios.

El coche se desvi6 hacia la mediana. Corinne levant6 las manos para protegerse los ojos de las luces cegadoras de los veh6culos que se acercaban de cara, y por un instante pens6 que intentaba matarlos a los dos. Son6 un claxon y 6l grit6:

—¡Que te den por culo!

Despu6s regres6 al centro de su carril. Tom6 por la Sexta, cruz6 a Melrose y no habl6 m6s hasta que par6 en un sem6foro en rojo en Highland.

—Est6s segura.

Era una afirmaci6n, lisa y desapasionada. Dio unos golpecitos en el volante mientras esperaba el verde.

—Bastante segura. —Se oblig6 a mirarlo a la cara—. Muy segura. La prueba de la rana ha dado positiva.

El sem6foro se puso verde y 6l dobl6 a la derecha y se dirigi6 hacia Fountain. No pod6a decirle que era cuesti6n de supervivencia. Estaba preocupada, pero tambi6n era cierto que siempre lo estaba. Ten6a treinta y cuatro a6os y era una doble reincidente. Eso le hab6a dicho 6l una noche en la que intent6 preguntarle por Mary Margaret. «Para ser una reincidente —dijo—, repartes muchos consejitos sobre los matrimonios ajenos». Hab6a intentado quitarle hierro riendo, pero a veces, cuando estaba en la cama con ella, la acariciaba y dec6a: «Mi peque6a reincidente». Era la manera que ten6a Tom de mantener la distancia; lo sab6a y no le importaba. La descripci6n era cierta y no hab6a vuelta de hoja. No es que tuviera ganas de probar el matrimonio por tercera vez, pero tampoco quer6a perder a Tom. El interrogante que no deseaba plantearse era si lo hac6a por amor o por miedo a quedarse sola.

Se encogi6 contra la puerta del coche y encendi6 un cigarrillo. En el librito de las cerillas pon6a: «Hotel Roosevelt». ¿Cu6ndo hab6an estado all6? Hac6a una semana. Dos. Para o6r a Frankie Carle. Siempre guardaba las cerillas de los hoteles. Como recuerdo. Pens6 en las habitaciones de hotel en las que hab6a estado. Siempre le hab6an encantado los hoteles. Su padre era farmac6utico en Vernon y, cuando ella era peque6a, a veces llevaba a comer a viajeros de medicamentos. Despu6s de comer, los vendedores se inclinaban hacia atr6s en sus sillas y hablaban del Cornhusker, el Grady y el Tutweiler, y despu6s se marchaban, camino del centro y de las copas que se les hab6an negado antes de la cena. Entonces so6aba con pedir un London Broil en

el asador del Tutweiler, con saber cómo dar la propina al botones y cómo llamar al servicio de habitaciones para pedir hielo, con cruzar vestíbulos de hotel suscitando admiración, haciendo amigas; el sueño de una niña solitaria de diez años. Después, cuando tenía diecinueve, uno de los viajantes se la llevó al centro y se la folló en la habitación 432 del Ambassador. Le dolió y sangró, pero lo que más la molestó fue convertirse en la comidilla de los viajantes. Lo supo cuando empezaron a llamar los demás. Era extraño saber que tu número de teléfono pasaba de mano en mano por el Palm Court del hotel Palace de San Francisco.

Y por el Raddison, el Grady y el Tutweiler.

Tom Spellacy paró delante de su piso. Acercó el coche a la acera, apagó el motor y se aseguró de que las puertas de atrás estuvieran cerradas. De manera que va a entrar, pensó Corinne. Para decirme que no puede casarse conmigo o dónde pueden hacerme un raspado. Si dice que solo piensa en lo mejor para mí, puerta. Se preguntó si le ofrecería dinero para un aborto.

Tom la cogió del brazo y, cuando llegaron a su piso, abrió la puerta con su propia llave. Fue a la nevera, sacó hielo y preparó una copa para cada uno.

—Hay algo que tengo que decirte —anunció por fin.

Corinne se preparó. Y entonces él le contó que Mary Margaret volvía a casa.

Cuando acabó, Corinne dio un sorbo al lingotazo de *whisky* de centeno que tenía en la mano. Estaba demasiado fuerte y le puso un poco más de ginger ale.

—¿Y bien?

—No era lo que me esperaba.

—¿Qué te esperabas?

—No importa. —En ese momento no podía pensar en un aborto. De repente estalló—: ¿Por qué cojones no me dijiste que volvía a casa?

—Está loca, Corinne. —Tom Spellacy sabía que la respuesta no era satisfactoria. Solo era su frase de siempre sobre Mary Margaret—. Siempre anda maquinando algo, cotorreando con los curas. La semana que viene dirá que se va de misiones. La hermana Mary Margaret, de la Sociedad Maryknoll. Violada por un puto chino.

—¿Cuándo llega a casa?

—Pronto. Un par de semanas. —No le dijo que Mary Margaret había informado a Des y no a él. Tampoco que Des intentaría conseguirle a Moira un día libre en el convento. Trató de cambiar de tema—. ¿De cuánto estás?

—Tengo tiempo de sobra para abortar, si es lo que estabas pensando.

—No es lo que estaba pensando.

—También podría tenerlo.

Tom Spellacy la miró.

—Volver a hacer tío a tu todopoderoso hermano.

Eso debería pararlo.

—Y si al final aborto, no necesitaré tu ayuda. Ya lo he hecho una vez.

De repente no había nada más que decir, solo un lugar donde terminar.

Desenganchó la cama plegable y la dejó caer en su sitio. Siempre había sido así. Cuando faltaban las palabras, cuando no podía expresar miedo o duda, el sexo era la única salida, la vía al cansancio que mataba el dolor y la ansiedad. Copularon breve y violentamente, con la ropa puesta, con la ropa quitada. Lo reclamó con la boca y buscó en su cara los indicios de la culpa, la sensación de pecado que hacía aflorar en su rostro cualquier cosa que él considerase antinatural. Al final él se durmió y ella se adormiló.

Al cabo de un rato ella se despertó y miró las manecillas luminosas del reloj de la mesita. Las tres y diecisiete. Por debajo de ella la sábana estaba manchada de semen. Siempre la había irritado que después de hacer el amor le tocara a ella yacer sobre el charquito viscoso y caliente. Fue al baño y mojó un trapo. Su figura se reflejó en el espejo de cuerpo entero de la puerta. Su cuerpo nunca le había inspirado sentimientos narcisistas y, al contemplar su reflejo, pensó: Ahora estoy embarazada, pero no hubo reacción, ni miedo ni gozo. Frotó con el trapo la mancha de la sábana. A menudo se había preguntado si las camareras de los hoteles en los que follaba se fijaban en los rastros de sexo de una cama vacía.

Su operación de lavado no alteró a Tom. Recogió sus zapatos y sus calcetines y colgó la ropa que había desperdigada por el suelo. Tom dormía boca abajo con la cabeza sobre el brazo y el sueño acompasado por unos ronquidos leves y regulares. Corinne no soportaba los ronquidos. Le crispaban los nervios como el chirrido de unas uñas arañando una pizarra. Tom gimió y rodó sobre sí mismo. Tenía ganas de despertarle, de hablar con él, pero parecía resistirse a la conversación. Era como si deseara protegerse de que le contaran nada más.

Volvió al baño y tropezó con un cenicero rebosante de colillas. Creyó que el ruido lo despertaría. Se le entrecortó la respiración por un momento y tosió, pero luego siguió el ritmo de los ronquidos. Corinne cerró la puerta del baño y se sentó sobre la tapa del retrete. Sentía la llegada de una migraña. Cuando tenía migraña, pensaba en el sexo, no con lubricidad alguna —nunca se mojaba—, sino casi como en un problema de física, la interacción de dos propiedades del movimiento. Redujo el acto a una ecuación por la cual la circunferencia del orificio era igual a la circunferencia del miembro más la fricción. Se preguntó cómo se tomaría la hermana Angelica, su profesora de física en la Sagrada Resurrección, esta aplicación de la física elemental; la idea la hizo reír. La reducción de la unión sexual a una ecuación científica parecía amortiguar el dolor de cabeza. Hasta el aura desapareció. Al cabo de poco, casi por sentido del deber, se humedeció un dedo y se lo metió entre las piernas. Notó el primer parpadeo de respuesta y entonces paró. Nunca se llevaba hasta el orgasmo. Era un vestigio de su infancia, cuando creía que la masturbación era pecado solo si se corría. Una teoría que nunca había consultado a la hermana Angelica.

Ya se había desvelado, y en su cabeza empezó a redactar una lista. Siempre hacía listas cuando no podía dormir. Era su manera de contar ovejas. En algún lugar del piso había una lista de citas de *Lo que el viento se llevó*. Siempre añadía alguna

nueva. «Creo en Rhett Butler: es la única causa que conozco». «Una pequeña localidad de Pensilvania... llamada Gettysburg». «Con el suficiente valor, se puede vivir sin reputación». «Vaya una mosquita muerta, qué odio le tengo». «Qué tontería. Estoy tan aburrida que me muero». Tenía que acordarse de apuntar esa. ¿Qué más?

Recordó los libros de la cabaña de Arrowhead.

El fin de semana en que se quedó embarazada.

Arrowhead había sido idea suya. Sabía que Tom nunca iría, pero hizo la reserva y la maleta sin decirle nada y para entonces fue demasiado tarde para que él le dijera que no, para que inventara una excusa. Recorrieron en silencio las dos horas de trayecto hasta el lago. El encargado del comercio que servía como gasolinera y tienda tenía la llave de la cabaña. Llevaba pantuflas y una rebeca apolillada, y se disculpó por no tener un mayor surtido de comida.

—No viene mucha gente por aquí en esta época del año —había dicho de manera automática, como si hubiera visto demasiadas parejas en temporada baja y supiera que nunca se quejaban de la calidad de sus existencias.

Compraron pan, leche, beicon y café instantáneo y echaron a caminar por el paseo entarimado que llevaba a la casa. Las viviendas de la primera línea eran grises y estaban castigadas por los elementos, con los porches despojados de muebles. La soledad del lago parecía contener, a ojos de Corinne, una amenaza intangible, como si no hubiera lugar lo bastante desierto para el propósito que los llevaba allí.

La casa estaba en la cima de una colina con vistas al lago. Tom fue cogiendo las sillas de mimbre puestas boca abajo en una pila en el salón y las distribuyó por el suelo cubierto de esteras. Después entró en la cocina, encendió la luz de encima de los fogones y buscó hielo y vasos. No había hielo, pero al final encontró dos frascos de mantequilla de cacahuete vacíos y sirvió dos copas. El agua de grifo sabía a cardenillo, pero Corinne bebió de buena gana, ansiosa por disponer de cualquier cosa que aliviara el peso del silencio. Con un dedo escribió sus iniciales en el polvo de la mesa que tenía al lado.

—¿No has encontrado un trapo para el polvo?

—No.

—Será mejor que limpie.

Sacó sábanas y mantas de un armario y fue al dormitorio. Mientras doblaba las esquinas de la cama de matrimonio al estilo de los hospitales, notó que Tom la observaba por la puerta abierta y supo que se estaba preguntando qué hacía él allí. Colocó su maleta sobre la ropa de la cama y la deshizo: colgó su abrigo y su camisón pulcramente en sendas perchas y organizó con esmero el equipo de afeitado de Tom y sus productos cosméticos sobre la cómoda con marcas de cigarrillos. Cuando acabó, cogió un libro de la estantería manchada y barata que había junto a la cama. Los volúmenes que la gente se dejaba en una casa de verano siempre le habían parecido tristísimos. Examinó los títulos y se preguntó quién y por qué había comprado o recibido como regalo en el pasado *Historia de Phelps Dodge*, *Plantas perennes* y

arriates, Antonio Adverse o Manual Harper de electricidad para niños. Dentro de la Poesía completa de Sara Teasdale encontró la dedicatoria «Para Betty Howard, con amor, de la tía Agnes, marzo de 1928». Corinne se preguntó quiénes serían la tía Agnes y Betty Howard. Dónde estaría la joven, qué habría sido de ella. Qué arrebatado de juventud la llevó a subrayar las palabras:

Corazón, lo olvidaremos,
tú y yo esta noche.
Tú olvidarás el calor que daba,
yo olvidaré la luz.

Corinne todavía recordaba cómo la habían conmovido aquellos versos.

—¿Vamos a dar un paseo? —había preguntado Tom.

—No.

La suya fue una incitación cansada: lo cogió de la mano y se acostaron sobre las sábanas mohosas, más solos que juntos.

De eso hacía once semanas.

Se miró en el espejo del baño. Tenía lágrimas en los ojos. Se hundió la base de la palma de las manos en las mejillas y las movió hacia atrás en dirección a las orejas, para después bajarlas por la mandíbula hasta que la expresión lastimosa desapareció de su cara alargada y circunspecta. Apagó la luz y salió al salón.

Parecía más sencillo pasar el resto de la noche en el sofá.

2

Cuando Tom Spellacy despertó, Corinne no estaba. Había una nota a lápiz en el suelo bajo uno de sus zapatos diciendo que había ido a misa. Estupendo. Reparó en la almohada y la manta en el sofá y sintió un acceso momentáneo de irritación. Por lo general Corinne era ordenada como pocas, y sospechó que la maraña de ropa de cama en el diván era su manera de decirle que era perfectamente capaz de arreglárselas sola, de cuidar de sí misma. Dio media vuelta y soltó una maldición. ¿Por qué había accedido a ir a Arrowhead? Había sido su primer viaje con una mujer. Un fin de semana significaba problemas. Casa, llaves, compras, planes y excusas para estar fuera de la ciudad. Demasiadas personas sabiendo lo que hacías, demasiadas oportunidades de que algo saliera mal. Un razonamiento de poli. Qué le vamos a hacer, si es lo que soy. Había muchos argumentos a favor del anonimato de un coche, la falta de compromiso de un motel.

Se diría que siempre les fallo a las mujeres, pensó, pero al mismo tiempo que formulaba el pensamiento supo que era mentira. Nunca daba a las mujeres lo bastante de sí mismo para fallarles. Él lo sabía y ellas lo sabían. Lo que de paso la convertía en una mentira piadosa.

Se recostó sobre la almohada e intentó identificar los objetos de la habitación. Se le ocurrió de repente que jamás había estado solo en el piso. Corinne siempre había estado presente. Llevaba meses durmiendo allí, pero para él era una habitación como tantas otras que había conocido, una estancia sin nada suyo en ella. Había dos fotografías enmarcadas en plata sobre la cómoda, y suponía que eran de sus padres, pero nunca había preguntado. Una pantalla de lámpara Tiffany resquebrajada que debió de significar algo para ella, pero no sabía qué. Se levantó y dio una vuelta por el piso. Era detective, pero nunca había prestado la menor atención a las viejas invitaciones que encontró en el cajón del escritorio ni a los libros con el *ex libris* de Homer Morris. Eran pistas de un misterio que no quería entender.

Pensó en Zurullo Turner. Supuso que era natural. Sin Zurullo Turner, no habría misterio que comprender.

Reflexionó sobre los «si...». Si Zurullo Turner no hubiese tomado a Corinne como rehén, no me habría conocido. No estaría embarazada. Zurullo Turner no habría acabado en la cámara de gas.

Pobre Zurullo. Si... Si... Si...

Una condena por un 207 a un triple reincidente. No importó que Corinne no hubiese sufrido más daños que un grave ataque de histeria (y conocer a un poli que la dejaría preñada, pensó). La ley era la ley. Un secuestro en esas circunstancias suponía

la cámara de gas.

No le gustaba pensar en el papel que había desempeñado él en aquello.

No ahora.

Con Corinne embarazada.

Nunca le había contado a Corinne que había visto morir a Zurullo. Lo sorprendente fue que Zurullo pidió verlo la noche antes de ir a la cámara de gas. Podría haberlo evitado. Había toda una serie de excusas. Fuqua no quería que fuese. «Vamos cortos de gente», había dicho. «Es un don nadie», había dicho también. Lo que significaba que, si Zurullo Turner hubiese sido alguien, habría ido Fuqua en persona. Tom Spellacy fue de todas formas. Y no solo por contrariar a Fuqua. La verdad era que siempre se había sentido un poco culpable por su implicación en la condena de Zurullo a la cámara de gas. Mintió a Corinne para justificar su ausencia. «Una vigilancia. No me verás en un par de días». Y fue a San Quintín. Era escalofriante estar en una celda del corredor de la muerte. Pensó que no le afectaría, pero se equivocó.

—No tengo familia, Tom —había dicho Zurullo Turner—. Con todas las veces que me has trincado, he pensado que eras lo más parecido a un pariente que tengo.

—¿Sin rencor, entonces?

—Qué dices, Tom, solo hacías tu trabajo.

—Me alegro de que lo veas así —dijo Tom Spellacy—. ¿Has hablado con el cura?

—Joder —respondió Zurullo Turner—. El cura de siempre está enfermo y querían que cogiera de las manos a un pastor negro de mierda. Le he visto mear en el tigre y tiene un trasto que parece un bate de béisbol. «Si tienes una en blanco, me la quedo», le dije. Porque vamos, si mañana me dan boleto, no me vendrán mal unas risas. ¿Verdad?

—Verdad.

—Pues unas risas, mis cojones; el tipo empezó a soltarme un rollo vudú negrata.

—Es lo que hacen.

—Que le den por culo —dijo Zurullo Turner. Sonrió con aire conspirador—. Tú eres la ley, Tom, pero apuesto a que llevas de mamar.

Tom Spellacy asintió. Un policía podía saltarse muchas normas en el corredor de la muerte. Sobre todo el responsable del arresto. Sacó una petaca y echó algo de *whisky* de centeno en un vaso de papel.

—Dios, qué bueno —dijo Zurullo Turner. Apuró la bebida y tendió el vaso para que se lo volviera a llenar—. ¿Sabes que aquí tienen dos sillas? Silla A y Silla B. Como en un puto restaurante chino. Así que, cuando el alcaide ha venido a verme esta mañana, le he dicho, le digo: «Me pido la segunda silla, con el alcaide sobre mis rodillas». Otro puto desaborido. Como si nunca hubiese oído un poema.

Tom Spellacy vertió algo más de *whisky* en el vaso que le tendía. Cualquier cosa con tal de mantener hablando a Zurullo Turner. El parloteo frenético era la última

línea de defensa contra la muerte.

—¿Sabías, Tom, que una vez estuve a punto de salir en la lista de los Diez?

—No lo sabía.

—Es una lista federal, por eso no lo sabías, probablemente.

—Probablemente.

En cualquier otra circunstancia, la idea de que Zurullo figurase en cualquier lista de los Diez Más Buscados le hubiese hecho reír en voz alta.

—Muchos amigos en las fuerzas de seguridad me dijeron que era el decimoprimer hombre más buscado del país y que Hoover tenía pensado meter mi nombre entre los Diez en cuanto quedara un sitio libre. Hoover decía que mi apodo jugaba en mi contra, porque si no me hubiesen metido mucho antes. Eso me cuentan mis amigos en el FBI. Si tuviera un nombre en plan Turner Dos Pistolas o Ametralladora Turner, lo habría conseguido sin problemas.

—Bronca Turner.

—Es un gran nombre, Tom. —Eructó, y Tom Spellacy le llenó el vaso hasta arriba. El papel se estaba reblandeciendo y empezaba a haber fugas de *whisky*. Zurullo Turner lo agarró con las dos manos y lo vació de un trago—. Pero todos mis amigos de la prensa sabían que mi apodo era Zurullo, y mi verdadero nombre es Horace, que no va a ninguna parte, Horace. Vamos, nunca ha habido un Horace en los Diez. Jamás. Horace Turner. No es un nombre de tipo duro.

—Pero no suena mal —dijo Tom Spellacy con cautela—, Horace.

Fue lo único que se le ocurrió: llamarle Horace. Bastante malo era ir a la cámara de gas para que encima la última persona con la que hablabas te llamase Zurullo.

—Ha sido un detallazo que hayas venido, Tom. Ya me dirás cuántos espichan estando de resaca, ¿eh? —Cogió la petaca y se la llevó a la boca—. Y qué coño: con las cosas que he hecho iba a acabar aquí tarde o temprano de todas formas.

Tom Spellacy sabía que aquello era propio de los tipos que iban a la cámara de gas. Cuando llegaba el momento de la verdad, confesaban un montón de crímenes con los que no habían tenido nada que ver. Era lo que hacía la gente cabal. Por compañerismo. Un favor a los otros de la pandilla. Irse haciendo algo bueno por el prójimo.

Zurullo Turner mencionó un golpe en North Hollywood.

Un banco en Inglewood.

Tráfico de tarjetas verdes falsificadas a México para Jack Amsterdam.

La petaca estaba vacía. Zurullo Turner se puso en pie en precario equilibrio.

—Bueno, supongo que eso es todo, Tom.

—Eso supongo, Horace.

Zurullo Turner abrazó a Tom Spellacy y después se sentó pesadamente en su camastro.

—Una cosa, Tom...

—Dime, Horace.

Sabía lo que venía, conocía el motivo de que lo hubiera llamado a aquella celda del corredor de la muerte.

—¿De verdad era bollera?

—Una auténtica machorra, Horace.

No se lo contó a Corinne, como tampoco que Zurullo Turner había aguantado la respiración durante cuarenta y un segundos. Ni fu ni fa, según el alcaide. El récord estaba en dos minutos y catorce segundos. Un socorrista profesional de Seal Beach que se había cargado a su novio. Fue como si hubiese querido que su nombre saliera en *Ripley*, ¡aunque usted no lo crea!

Tom Spellacy cogió un cenicero robado. Ponía: «Mocambo, Nochevieja de 1939».

Si no hubiera sido por Zurullo Turner...

Si... Si... Si...

Se preguntó qué estaba haciendo Corinne en misa.

CAPÍTULO TRECE

—Bendígame, padre, confieso ante Dios todopoderoso y ante usted, padre, que he pecado...

Desmond Spellacy se recostó en el confesionario e hizo la señal de la cruz. Confesar en Santa Viviana tenía una cosa buena: un cojín de kapok cubría el duro banco de madera del cubículo del sacerdote. Muy propio de Jamie Marinan pensar en su trasero. El pastor de Santa Viviana estaba convencido de que los curas presentaban una mayor incidencia de hemorroides que el resto de las personas y que el motivo era que se sentaban durante horas seguidas en un banco duro cuando confesaban. «Es la enfermedad de los curas, Des —le gustaba decir a Jamie Marinan—. Fíjate en cuántos compañeros que tuvimos en el seminario van doblados y caminando como si sus piernas fueran zancos. Como te tires mucho tiempo en el confesionario, soltar gases es como expulsar cuchillas. La mayoría de los curas mueren de almorranas terminales, puedes consultarlo».

—He mentado cuatro veces y he tomado el nombre de Dios en vano siete veces...

—¿Qué tipo de mentiras? —inquirió Desmond Spellacy.

Se acercó a la celosía. Sabía que el joven del otro lado de la pantalla no se esperaba la pregunta.

—Eh...

—¿Le dijiste a tu madre que habías hecho los deberes y no los habías hecho, es eso?

—Sí, padre.

—Dijiste que habías practicado con el violín y no era verdad.

—Sí, padre.

—Cuatro veces.

—Sí, padre.

—Dices que tomaste el nombre de Dios en vano siete veces. Ni ocho ni seis. Ni catorce. Debes de ser muy buen contable.

—Sí, padre.

—¿Qué dijiste? ¿Por los clavos de Cristo? ¿Jesús? ¿Dios bendito?

Desmond Spellacy notaba el aliento cálido y maloliente del joven exhalado hacia su cara. Sabía que el chico miraría la tarjeta con su nombre a la puerta del confesionario y lo evitaría como a la peste en lo sucesivo.

—Los dos primeros, padre.

Se sintió tentado de preguntar al chico si había dicho algo escatológico. O sexual. ¿Mierda? ¿Joder? No. Mejor reservarse eso. Esperar al lugar y el momento adecuados. Soltárselo a alguien como Dan Campion. Decir palabrotas era el tipo de

pecado que Dan confesaba, aunque él lo llamaba maldecir. O Agnes McNulty. Siempre felicitándose por ser tan buena católica. Saboreó la fantasía: Mierda. Joder. ¿Son esas las palabrotas que dijiste, Agnes?

El chico esperaba su penitencia. Desmond Spellacy le mandó cinco padrenuestros y cinco avemarías y le dijo que hiciese un buen acto de contrición.

— Ego te absolvo...

Eran curiosas las vueltas que daba la cabeza durante la confesión. Se preguntó por qué gente como Dan y Agnes se molestaba siquiera en ir a confesarse. Si eran unos ignorantes. Carecían del concepto de pecado. Tampoco comprendían que la calibración del pecado era el elemento esencial de su oficio. Los confesores pecan, pensó. Yo peco. Mary Ginty. Recordó aquellas noches después de que Ed Ginty fuera a la cárcel por primera vez. Pobre Ed. Desfalcar todo aquel dinero para salirse del mercado. Tomó nota mental de que debía hablar con el cardenal sobre la situación de Ed Ginty. Pronto le darían la condicional y quizá pudieran encontrarle un hueco en la Sociedad para la Propagación de la Fe. Necesitaba un administrador lego, y antes de meterse en líos Ed siempre había sido un ejecutivo conciencizado. En Ginty y Klein, los contables. Quizá el empleo compensara sus sueños con Mary cuando encerraron a Ed. Ella siempre mantuvo las apariencias. No había obra benéfica a la que no se presentara voluntaria o velatorio al que no asistiese. Desmond Spellacy no paraba de toparse con ella. Lo que admiraba era su valor. Un desconocido le preguntaba por su marido y Mary decía: «Ed está en la penitenciaría». Sin arrugarse nunca. Soñaba con ella. Nada más. Se despertaba en estado de excitación, con la cama mojada por la polución nocturna. Estado de excitación, pensó, polución nocturna. «Sueño guarro», lo había llamado toda la vida en Boyle Heights. «Una empalmada». Siempre dominó el argot callejero. Conocía todas las palabras anatómicas. Y cómo se aplicaban a las chicas de los Heights. Tommy tenía razón en una cosa: había pensado en Mary Margaret de joven. En su apariencia. En cómo sería su tacto. De eso último tenía una idea bastante buena, gracias a Clementina Testa del Sagrado Rosario. ¿Qué era lo que Tommy había dicho de ella? «Podría enseñarte un par de cosas que quizá se te pasaron por alto en su momento». Lo había hecho. Una vez a los catorce, otra a los dieciséis. Sus dos únicos escarceos con la carne. Sospechaba que Tommy lo sabía. Los impulsos de la carne eran los pecados más siniestros del canon de Tommy. Cómo se equivocaba. Esos impulsos podían sublimarse. El orgullo era un sustitutivo. El poder. El ansia de manipular. Vicios que poseo en abundancia, pensó Desmond Spellacy. Tal era al menos la opinión de Seamus Fargo, proferida desde el oscuro confesionario de San Basilio. Las relaciones mentales con Mary Ginty no habían impresionado a Seamus Fargo. Eran sueños, y los sueños pasaban. El orgullo era la constante...

Tres avemarías al chico que había robado un bate de béisbol. Un padrenuestro y diez avemarías para la mujer que reconoció haberse complacido en que la Junior League rechazase a su vecina.

Calibración...

No tenía que confesar de manera regular, pero le gustaba echar una mano. Le hacía sentirse más cura. Quizá fuera su única buena obra. Confesaba todas las mañanas antes de misa en Santa Viviana, y los sábados y las noches antes de las fiestas de guardar acudía voluntariamente a otros lugares de la archidiócesis. A veces un convento, a veces un hospital, a veces una parroquia de color o mexicana; nunca el mismo sitio dos veces seguidas. «Soy monseñor Spellacy, padre, sé que el padre García está de vacaciones y me preguntaba si podría echarles una mano ayudando con las confesiones el sábado». Sabía lo que Seamus Fargo diría: «Como si algún párroco fuera a decir que no al ecónomo de la archidiócesis. Cuando lo único que quiere son váteres con cisterna en la rectoría y el ecónomo dice que son demasiado caros». Seamus sabía siempre todo lo que rechazaba. Ya fuesen váteres con cisterna o cojines para los bancos, su radio macuto era infalible. Dudaba que alguna vez fuese a poder complacer a monseñor Fargo. Una pena. Por lo menos tratar con él era formativo. La idea le hizo sonreír. Se preguntó qué diría al respecto monseñor Fargo.

—Una vez llegué tarde a misa, padre, el coche tuvo una avería y tuve que ir andando, y no llegué hasta el Confiteor...

La buena, fiable y segura parroquia de Santa Viviana. Pecado de clase media alta. Nada latino o eslavo. No como el sábado anterior en Santa Teresita. Primero la monja del convento. Una hermana irlandesa de Cork enviada a una escuela religiosa mexicana del este de Los Angeles, donde casi nadie hablaba inglés. Una planificación perfecta. Hermandad transatlántica.

—Bendígame, padre, voy a tener un hijo.

Las lágrimas espesaban el acento irlandés de la monja.

—¿Cuántos años tiene, hermana?

—Cincuenta y uno, padre.

—No creo que vaya a tener una criatura, hermana.

Treinta y cinco años en el convento sin tener ni idea de cómo se hacían los niños, y mucho menos de dónde venían. Algo que no se molestaban en enseñar a las postulantes en Cork. Tener la menopausia y creerse embarazada. Una inmaculada concepción en Santa Teresita.

Después llegó el mexicanito de doce años.

—Válgame Dios, mi padre, porque he pecado. Le metí un petardo por el culo a mi hermano. Tiene seis años y es retrasado.

No entendía mucho español, pero captaba lo básico. El hermano tenía seis años, era retrasado... Dios mío.

—¿Su hermano —preguntó con cuidado— está muerto?

—Yo no sé —había respondido el niño—. Tengo un problema pequeño, ¿no?

«Un problema pequeño». Un petardo metido en el culo de su hermano retrasado de seis años. ¿Eso era solo un problema pequeño? Se preguntó qué considerarían un gran problema los feligreses de Santa Teresita.

Desde luego, no las confesiones de consumo ostentoso de Santa Viviana. Hijos que forcejeaban consigo mismos bajo las sábanas. Y pensaban que acabarían siendo enanos si no paraban. Madres que hacían trampas en el *bridge*. Padres que tenían pensamientos libidinosos sobre las mujeres de sus vecinos. Confesiones de cinco padrenuestros y cinco avemarías. Apenas necesitaba escuchar; le bastaba levantar la mano a intervalos periódicos en señal de absolución. Le daba tiempo para pensar en cómo negociar con el Fondo Comunitario acerca del arranque de su campaña de recaudación, cuyo inicio programado coincidía con el de la campaña de Catholic Charities. Los dos querían mayo. Abril estaba descartado. Era solo un mes después de los impuestos. «Que el Fondo se quede mayo —decidió Desmond Spellacy de repente—. Nosotros empezaremos en junio». Los protestantes se preocupaban por los campamentos de verano para sus hijos, pero la colecta para construir un campamento de tenis en Monterrey no solía ser una inquietud católica. O un gasto veraniego católico. Desmond Spellacy sonrió con aire sombrío para sus adentros. De la capacidad para establecer semejantes distinciones estaban hechos los obispos.

La letanía de pecados veniales fue menguando. Desmond Spellacy encendió la luz del confesionario y empezó a leer su oficio. Las palabras eran automáticas; su atención empezó a divagar. Cogió un lápiz y tomó nota de que debía preguntar a Devlin Perkins y Phil Leahy por los Protectores de los Pobres. Tanto el banquero como el asegurador tenían contactos en el centro, pero aun así le hubiese gustado poder conseguir que Tommy hiciese las pesquisas. Su hermano era una tumba para los secretos. Se preguntó si llevaría la cuenta de los favores que había hecho a la archidiócesis. Era como una hipoteca vencida hacía mucho, aunque sospechaba que Tommy obtenía su pago descubriendo un ejemplo más de la fragilidad humana. No. Tommy quedaba descartado. No habían hablado desde aquella comida en el Biltmore. El recuerdo escocía a Desmond Spellacy. Maldito Jack. Se acabó contemporizar. Tenía que ocuparse de esa situación. Pero antes los Protectores de los Pobres. Los periódicos decían que la chica era una voluntaria de los Protectores. La chica del apellido feo. Lois Fazenda. Tenía algo inquietantemente familiar. Desmond Spellacy desearía poder ubicarlo. Quizá le recordara sin más a aquellas chicas descarriadas cuyas confesiones había oído en la Casa del Buen Pastor.

Eso debía de ser.

Poner a Dev y a Phil a trabajar en el caso. Descubrir qué demonios tramaban los Protectores. Solo me falta un titular que ponga «LA OBRA BENÉFICA FAVORITA DE LA GOLFA VIRGEN Y SU EMINENCIA», pensó Desmond Spellacy. Intentó imaginar cómo le explicaría eso al cardenal.

No, gracias.

Ya bastaba de eso. Desmond Spellacy cerró su breviario y apagó la luz del confesionario. En la nave lateral vio que Jamie Marinan todavía confesaba. Se preguntó si Jamie tomaba nota de sus pensamientos. No era probable. Jamie opinaba que pensar demasiado era malo para el carácter.

Se arrodilló un momento ante el cancel del altar. Una breve oración para borrar la morralla de su cabeza. No era un uso especialmente santo de la plegaria, pero al menos ayudaba al orden.

—Monseñor.

La mujer era hermosa. De treinta y pico años. Con un pañuelo en el pelo. Una fina red de arrugas en torno a los ojos. Sin perfume. Sin pintalabios. La mirada directa. Se preguntó si era correcto fijarse en todo aquello.

—¿Sí?

—¿Me haría el favor de oír mi confesión?

—Monseñor Marinan todavía está confesando.

—Preferiría que fuera usted, monseñor.

Asintió y le señaló el confesionario. La mujer tenía algo que era sin duda impropio de Santa Viviana. Dentro del cubículo, besó su estola y abrió la celosía.

No hubo preámbulo.

—He cometido adulterio.

Nada de acciones impuras. Eso le gustaba. Simple y al grano.

—Y eso es todo.

—Todo lo que importa.

—Ya veo. ¿Está casada?

—No.

—Entonces ha...

Le costaba decir «cometido adulterio». Ahí tenía un momento en el que hubiese resultado útil decir «follado», pero la palabra no salió.

—Con un hombre casado, sí.

Se dio cuenta de que no había preguntado con qué frecuencia se cometía el adulterio, pero luego pensó: No es como robar una chocolatina. El número no aumentaba o disminuía la importancia del acto.

—¿Dejará de hacerlo?

—No lo sé.

—¿Se arrepiente?

—No.

Aquella mujer era una experiencia refrescante. Parecía conocer el peso inequívoco de cada palabra.

—¿No cree que sea un pecado?

Supo que ya estaba sucumbiendo al lenguaje de la mujer. No la absoluta «¿Se arrepiente de su pecado?», sino la menos contundente «¿Cree que es pecado?».

—No.

La respuesta no resultaba inesperada. Desmond Spellacy sabía que aquella mujer no se andaba con chiquitas. La farsa del azufre no funcionaría, ni las devociones al uso. El sopor de la mañana se evaporó. De repente se sentía estimulado, como siempre le pasaba cuando alguien ponía en duda los valores absolutos. Se le ocurrió

que no sentía un interés real en lo bueno y lo malo, sino solo en las ambigüedades y ambivalencias de cualquier cuestión moral. Una extraña actitud para un cura.

—Entonces, ¿para qué ha venido?

—Para hablar.

—Ah —dijo Desmond Spellacy. Esperó a que ella dijera algo y, al ver que no lo hacía, preguntó—: ¿Cree en Dios?

—No.

—¿Y cree que a Él le importa?

—¿Acaso no es así?

—Yo diría que tiene preocupaciones más acuciantes.

—Apuesto a que está usted orgulloso de esa respuesta —dijo la mujer.

—Le parece burda.

—De club de debate de secundaria.

Desmond Spellacy sonrió.

—Mensaje recibido.

—Es usted diferente.

—¿Cómo?

—Pensaba que era como...

—¿Quién?

—Da lo mismo. El motivo por el que he venido es para decirle...

—¿Qué?

—¿Cómo? ¿Quién? ¿Qué? —coreó la mujer en tono burlón.

—¿Qué? —repitió Desmond Spellacy.

—Que se vaya usted a tomar por culo —le espetó la mujer.

—¿Y cree que ahora debería preguntar por qué? —La mujer guardó silencio—. Es el deseo de todo niño. Una bravuconada. «Odio a Dios». Yo mismo lo he pensado.

—¿Usted?

—Por supuesto. Hace menos de lo que cree, probablemente.

—¿Por qué?

—Hay ocasiones en las que hasta un cura se siente irrelevante. Inútil.

—Eso es pecado de orgullo.

—Cierto. Y hasta los curas pecan.

La mujer se quedó callada. Por un momento Desmond Spellacy pensó que se iría del confesionario. Se dio cuenta de que no quería dejar a medias la conversación.

—Estoy embarazada —dijo la mujer con voz queda.

—¿Qué piensa hacer?

—Abortar.

Desmond Spellacy no dijo nada. Con aquella mujer no se discutía. Una palabra equivocada y saldría corriendo.

—¿No le sorprende? —preguntó ella.

—No.

—No me ha salido con lo del asesinato, como los demás curas.

Desmond Spellacy ordenó sus pensamientos.

—Creo que es usted consciente de lo que se está planteando hacer y también de sus consecuencias.

—Maldito sea, habla menos del pecado que cualquier cura que haya conocido.

—Estoy aquí para permitir que considere las posibilidades.

—Y eso es todo.

—Ha venido a mandarme a tomar por culo. No me puedo creer que ahora desee mi consejo.

—No.

Oyó un roce de ropa al otro lado del confesionario; se disponía a irse. Supo que tenía que hacer un intento, ofrecer alguna esperanza.

—¿Quiere la absolución?

—No he confesado. No me arrepiento.

—Está aquí.

—¿Eso basta?

—Sí.

—¿Está seguro?

Desmond Spellacy se rio.

—Tengo que actuar partiendo de esa premisa.

—Gracias, monseñor.

—Ego te absolvo...

Cuando acabó, la mujer dijo:

—¿Mi penitencia?

Sin vacilar, Desmond Spellacy respondió:

—Haz lo correcto.

—Si esa es su idea de una penitencia fácil, prefiero un rosario.

—Nunca los impongo. —Una idea cobró forma en su cabeza—. ¿Deseaba ver a un cura... o a mí en concreto?

La mujer guardó silencio.

—No hace falta que responda —dijo Desmond Spellacy.

—No lo haré.

Luego se fue. Desmond Spellacy se recostó sobre el cojín de kapok y meditó en torno a una palabra.

Tommy.

CAPÍTULO CATORCE

Eso fue el jueves.

El viernes marcó el inicio de la tercera semana después del descubrimiento del cuerpo de Lois Fazenda en la esquina de la Treinta y nueve con Norton. En la tercera semana sucedió lo siguiente:

Gloria Deane, la mujer que trabajaba en el salón de belleza de Max Factor, recibió una llamada telefónica a las tres de la madrugada en la que alguien le dijo: «Tú eres la siguiente, zorra».

Una actriz en paro llamada Betty Faith lloró al comunicar a periodistas y fotógrafos que su verdadero nombre era Elisabeth Fazenda, aunque no estaba relacionada con la víctima más allá de eso.

La directora del economato del cuartel de Fort MacArthur declaró para Howard Terkel, del *Express*: «Conocí a Lois en 1943, cuando llegó a San Pedro procedente de Nueva Inglaterra. Me cautivaron al instante su encanto y su belleza infantiles. Era una de las chicas más adorables que he conocido nunca, y la más tímida. Nunca pasaba al otro lado del mostrador con los chicos y siempre se negó a salir con ellos».

La subdirectora del economato militar de Fort MacArthur informó a Howard Terkel de que Lois Fazenda se la chupaba al marido inválido de la directora todos los días en el almacén de atrás.

Un bromista mandó un coche fúnebre a la nueva dirección de Gloria Deane con instrucciones de recoger el cadáver.

El departamento de policía recibió un mensaje compuesto con letras de periódico pegadas que decía: «No intentéis encontrar al asesino de Fazenda, porque no podréis».

Dos recepcionistas de hotel de San Pedro declararon que, en la noche del asesinato, un joven de «pelo rubio sucio» intentó alquilar una habitación con baño.

Una camarera del Dew Drop Inn de Broadway con la Novena denunció que un hombre había soltado sobre la mesa un cuchillo de carnicero de treinta y cinco centímetros mientras decía: «No me apetece comer; ¿le apetecería comer si acabara de cortar a una mujer por la mitad?». El hombre fue detenido, interrogado y devuelto al psiquiátrico del que había salido dos días antes.

El departamento de policía recibió otro mensaje compuesto con letras de periódico. Decía: «Ya me he divertido. Me entrego el lunes. Asesino de la Gofa Virgen». Nadie se entregó. Un análisis de la policía científica reveló que los pelos presentes en la cinta adhesiva que pegaba las letras al papel eran diferentes en ambos mensajes. El primero provenía de un hombre con el vello pelirrojo en el dorso de las manos, mientras que el segundo era obra de alguien moreno.

Catorce personas más se confesaron culpables del asesinato de Lois Fazenda.

Tom Spellacy preguntó a la casera de la pensión de Sierra Vista si tenía un Bromo Seltzer. La cabeza le reventaba. «Trabajo de campo —habían sido las palabras de Fuqua a la Sección de Delitos Graves—. Este asunto lo resolveremos a base de trabajo de campo». Masaryk era el socio perfecto para el trabajo de campo. No tenía nada en la sesera, pero lo escribía todo. Y nunca interrumpía el hilo de sus pensamientos. Además, redactaba unos informes la mar de bonitos y ordenados. Con todos los datos en su sitio. La cuestión era que a Tom Spellacy le gustaba el trabajo de campo. Comprobar y contrastar. Un teletipo a todas las comisarías en el que pedían que informasen de cualquier incidente inusual en la noche del asesinato. Comprobar las áreas de recogida de equipajes de las estaciones de tren y autobús y el aeropuerto. Lois Fazenda tenía que haber dejado una maleta en alguna parte. Llamar a las compañías de taxis, enseñar su foto, preguntar en las funerarias por si los empleados tenían algo raro que comentar. Repasar lo ya investigado, como las pensiones en las que hubiera vivido Lois Fazenda. Eso había llevado a Masaryk y Tom Spellacy al salón de Sierra Vista.

La casera dijo que no tenía Bromo.

—Soy científica cristiana —dijo—. Es lo primero que me atrajo de Lois.

—¿Ella tampoco tomaba Bromo Seltzer? —preguntó Masaryk.

—Ella también era científica cristiana —respondió la casera.

Se llamaba señora Parnell y llevaba una ajada bata morada que pellizcaba con nerviosismo para limpiar una mancha imaginaria de sus gafas sin montura.

—¿Qué tiene que ver eso con el Bromo? —inquirió Masaryk.

Tenía la libreta fuera y el lápiz preparado. Cree que el Bromo es la clave del caso, pensó Tom Spellacy.

—Olvídalo —dijo.

—Podría ser importante —observó Masaryk.

—No lo es.

Se le pegaba la camisa a la espalda. Era el segundo día que la llevaba y sabía que empezaba a oler. Culpa de Corinne. Quería pensar, había dicho. Lo que significaba que quería estar sola. Lo que significaba que él volvía a estar en la Urbanización de Chester Hanrahan en el Valle. Donde las sábanas estaban grises y no había ropa limpia.

—No tenía buenos hábitos de científica cristiana —dijo la señora Parnell, que evitaba mirar a ninguno de los policías alisando un antimacasar en el respaldo de un sillón de mullidos cojines y arrugando una blonda de papel de uno de sus brazos.

Tom Spellacy conocía a las de su especie. Una viuda venida a menos, obligada a acoger inquilinas que le molestaban. Había carteles con buena caligrafía en el pasillo, junto al teléfono de pago. «No traer comida». «No meter zumo en la nevera». Era

demasiado fina para quejarse abiertamente de las compresas lanzadas al retrete, las manchas de carmín en el vaso de los cepillos de dientes o las manchas menstruales en las sábanas. Solo carteles. Mi castillo es vuestro hogar.

—¿En qué sentido? —preguntó.

Lo único que sabía de la ciencia cristiana era que había una loca que no les dejaba ver a médicos. O tomar Bromo. Recordó que había un *drugstore* en la esquina. Podría encontrar algo que lo aliviase. Maldijo a Corinne. Había sido pensar en el aborto lo que le había causado el dolor de cabeza. Abortos. Brenda sabía dónde ir. Y Jack. A lo mejor no sería mala idea juntarlos a todos. Corinne, te presento a Brenda. Jack, esta es Corinne. Era que todo el mundo se conociera, que se estuviese demostrando que todo estaba relacionado lo que le estaba provocando aquella sensación de que su cabeza iba a reventar como un neumático.

—Estafó a la compañía de teléfonos —dijo la señora Parnell—. Si estafas a la telefónica, te estafas a ti mismo.

Una expresión de desconcierto cruzó el semblante de Masaryk.

—Creo que me he perdido algo.

Tom Spellacy sonrió a la casera.

—¿Cómo es eso?

Se preguntó quién había dejado embarazada a Corinne la primera vez. Su otro aborto. O si fue solo la primera vez.

La señora Parnell abrió el cajón de una mesa pegada a la pared, sacó dos rollos de monedas y se los enseñó.

—No quise decir nada cuando vino el policía la primera vez. La chica acababa de irse al otro barrio...

Masaryk levantó el lápiz.

—¿Adónde?

—... y no quise decir nada que la dejara en mal lugar. —Las facciones de la señora Parnell se endurecieron—. Aunque no me pagó el alquiler de la última semana. Ni el de la anterior.

Tom Spellacy cogió los rollos de monedas, abrió uno, y la mano se le llenó de fichas con forma de moneda de cinco centavos.

—Pero ahora, con todo lo que leo en los periódicos... —La señora Parnell sacudió la cabeza—. Toda esa gente a la que no pagó el alquiler. Gente como yo. Sin otra fuente de ingresos que nuestros alquileres. No es justo.

Tom Spellacy levantó una ficha.

—¿En su teléfono?

—No, nunca en mi teléfono.

Claro que no. Demasiado fácil de rastrear.

—El señor Melnicker del *drugstore* solía quejarse. No até cabos hasta que... — La señora Parnell señaló los rollos y de repente empezó a parlotear, como si Tom Spellacy fuese a preguntarle qué hacía una científica cristiana hablando con un

farmacéutico—. Solo le compro la pasta de dientes. E hilo dental. Una permanente casera de vez en cuando. Marca Toni. Bromo, no.

Fuera, en la acera, las palmeras ofrecían cobijo del sol que achicharraba la cabeza de Tom Spellacy. Se hizo un masaje con los pulgares en las sienes. Por un momento el sol lo mareó. Tenía migraña desde que había dejado a Corinne. ¿O lo había echado ella? No lo tenía claro. Una despedida mutua. Espacio para respirar. Solo que él odiaba su espacio. Uno se acostumbra a una mujer. Se acostumbra a que se ocupe de los pequeños detalles. Los calcetines, los *slips* que no había querido que ella comprase. Era lo mismo que con el pastel de carne de Mary Margaret. Estaba allí, lo esperaba. Lo de follar era un plus. Se preguntó si las monjas del economato cuidaban de Des. Era curioso, nunca había pensado que alguien debía de lavar la ropa interior de Des, alguien debía de encargarse de una docena de calzoncillos, talla 32 de cintura, para cubrir su eclesiástico paquete.

Masaryk tosió discretamente, esperando instrucciones.

Estaba en la acera con el lápiz y la libreta a punto. Tom Spellacy sabía que Masaryk no entendía lo de las fichas. Todavía andaba a vueltas con el Bromo Seltzer. Tampoco había podido entender la necesidad de preguntar en las funerarias. Tomó nota de las dimensiones de las mesas de los tanatoprácticos y los nombres de los fabricantes, pero hasta que Tom Spellacy se lo explicó no cayó en la cuenta de que una plancha con acanaladuras a los lados para desaguar la sangre era un lugar perfecto para diseccionar un cuerpo sin dejar manchas por todas partes. Otra posible Pista Misteriosa. En ese momento esperaba pacientemente a que Tom Spellacy trazara las líneas entre la ciencia cristiana, los antiácidos y Pacific Telephone. Todo constaría en su libreta. Tomaba unas notas perfectas. Jamás se saltaba una dirección o se equivocaba con la marca o calibre de un arma, la etiqueta de un sombrero o el color de un par de zapatos. Lo que se le daba mal eran las conexiones.

—Metía fichas en la cabina del *drugstore* —explicó Tom Spellacy. Lo dijo poco a poco para que Masaryk pudiera asimilarlo—. Ve a la compañía telefónica y consigue un registro de todas las llamadas realizadas desde ese teléfono durante el periodo en el que vivió aquí. Probablemente usaba también otras cabinas de la zona, para que nadie sospechara demasiado. Una gasolinera, quizá, algún colmado. O sea que averigua en la telefónica si de algún otro aparato del barrio sacaron una gran cantidad de fichas durante ese mismo periodo. Después empieza a comparar números, a ver si aparecen los mismos.

—En todos los teléfonos —dijo Masaryk.

Tom Spellacy asintió. El movimiento hizo que le doliera la cabeza.

—Así podríamos encontrar a alguien que la conociera.

—Exacto —confirmó Tom Spellacy. Dio una palmadita a Masaryk en el hombro—. Haremos lo mismo en todos los sitios donde ha vivido en los últimos tres años.

—Sabía que tenía que usar esas fichas para algo —dijo Masaryk—. Creía que era para comprar chocolatinas Hershey.

Tom Spellacy reflexionó por un momento sobre la conjetura de Masaryk.

—¿Por qué no Milky Ways?

—No, una vez se me cayó un empaste por culpa de una Milky Way. Congelada. Tuvieron que hacerme una endodoncia. No veas cómo dolió. —Masaryk abrió la boca, señaló una muela y luego imitó el sonido del taladro de un dentista—. Bsssss... Y tabaco. Podría haber usado las fichas para pillar tabaco. Pero a eso es jodido seguirle la pista. Y no sé si serviría de mucho, seguir la pista de los cigarrillos.

Tom Spellacy ya tenía suficiente de Masaryk por una mañana. Desde el *drugstore* llamó a la central. Le habían dejado el mensaje de que llamara al Servicio de Mensajería 24 Horas de Brenda. Eso era algo que Brenda jamás hubiera hecho antes, llamarlo a la comisaría. Quien le atendió al llamar al servicio de mensajería le dijo que debía reunirse con ella en el parque MacArthur a mediodía. En el tercer banco al oeste del cobertizo de los botes. Muy propio de Brenda acordarse del banco. Era donde antes le pagaba. A veces, por la noche, ella llevaba una manta y follaban en una loma sobre el lago. Quedar allí con él debía de ser su idea de un chiste.

Dejó a Masaryk en Pacific Telephone.

—¿Cómo vuelvo? —preguntó él.

—A pie —respondió Tom Spellacy—. O llama a un taxi. O camina dos manzanas y coge el autobús número 7.

Masaryk asintió y lo apuntó en su libreta. Todavía era temprano. Tom Spellacy dio una vuelta en coche alrededor del parque MacArthur fijándose en los coches. La fuerza de la costumbre. Ya se tratara de cobrar un soborno o entrar en un edificio con gente atrincherada, el procedimiento era siempre el mismo: conocer el terreno, no dejarse sorprender nunca. Ya no estaba seguro de muchas cosas, pero algo tenía por cierto: era muy buen policía. Quizá no siempre honesto, pero sí concienzudo. Le gustaba el trabajo en los detalles triviales de una investigación. Sobre todo ahora. Imponía orden y propósito a sus días y le quitaba a Corinne de la cabeza. Le gustaba catalogar la ropa de mujer que la gente encontraba, interrogar a recepcionistas de hotel de San Pedro y hablar con las camareras y las viudas que afirmaban haber visto a la víctima antes de su muerte, y le gustaba inspeccionar el equipaje abandonado en las estaciones de tren y escuchar a los chiflados que confesaban. Hasta le gustaba seguir el rastro de una dentadura postiza. Un repartidor de periódicos había declarado que la había encontrado a una manzana del lugar del asesinato y Tom Spellacy había seguido la pista de esa dentadura vieja y mal hecha por las casas de suministros odontológicos, los planes médicos sindicales y los registros de los hospitales para veteranos de guerra. Fue en uno de estos donde le dijeron que el dueño de la dentadura había muerto de malnutrición dos días antes del asesinato de Lois Fazenda.

Y le quitaba a Corinne de la cabeza.

—He ido a confesarme.

—Estupendo.

—Con tu hermano.

—Tienes un auténtico don para hacer lo más inteligente.

—Él no sabía que tenía algo que ver contigo.

—Des es muchas cosas, pero no es tonto.

—Solo quería hablar con él.

—Le habrás puesto la cabeza como un bombo.

—He tenido con él una conversación más larga que cualquiera que haya mantenido contigo.

—Des tiene un pico de oro. No tiene ni puta idea de lo que es la vida, pero posee todas las respuestas. Las encuentra de alguna manera entre la calle y el green.

—Me dijo que hiciera lo correcto.

—Su idea de lo correcto es no hacer un bogey en un agujero de par cinco.

—Es igual que tú.

—Bueno, entonces tienes todas las ventajas, ¿no?

—Lo único que sé es que tienes miedo de follar, de morir, de sentirte culpable, de meter la pata y hasta de hacer lo correcto.

—¿Qué cojones quieres que haga? ¿Ir a ver a Des? «Corinne dice que nos parecemos mucho, se me ha ocurrido pasar a descubrir qué coño es lo correcto ahora».

—Quiero pensar, Tom. Sola.

De modo que se fue. Seguía la pista de una dentadura postiza e intentaba no pensar en ella.

Era más difícil de lo que había pensado.

Aparcó a dos manzanas del parque MacArthur. No creía que nadie fuese a estar husmeando, pero la fuerza de la costumbre se impuso de nuevo. Todavía faltaba media hora. Compró un zumo de naranja y un periódico y esperó en el coche. Como siempre, leyó primero la sección de deportes. Ike Williams y Bob Montgomery habían acordado un combate de revancha en Filadelfia. Sonny Shaw, el *jockey*, había perdido una demanda por paternidad. Bill Tilden tenía problemas de nuevo. Dick Wakefield llevaba 0 de 37 bateando. Pasó las páginas. Una gallina de Auburn, Nueva York, había puesto un huevo de veintidós centímetros de longitud y otros veintidós de circunferencia, con tres yemas. El presidente estaba en Cayo Hueso. Hedda Hopper decía que Rita Hayworth mantenía un romance con un príncipe árabe. Se preguntó cómo sería acostarse con una actriz. Supuso que se pasaría todo el rato hablando del plató y de cómo besaba Franchot Tone. A tomar por culo. Gran Bretaña estaba poniendo trabas al pacto con los rojos, el rey de Dinamarca se encontraba mejor y el suicidio del banquero C. K. Dodge no tenía nada que ver con el asesinato de Lois Fazenda, según el jefe de detectives Fred Fuqua. «Cariño», rezaba la nota de suicidio de C. K. Dodge:

Qué felices podríamos haber sido si hubieses seguido conmigo. Tengo tu retrato delante. Lo miraré por última vez. Te quiero mucho. Pensar que estás en brazos de un clarinetista es más de lo que puedo soportar. Te quiero.

En portada, tres escritoras de misterio comentaban el asesinato de la Golfa Virgen. Ngaio Marsh opinaba que el asesino era un extranjero, Craig Rice decía que había sido un vagabundo y según Mignon G. Eberhart el asesino conocía a su víctima. Una nota del director anunciaba que el día siguiente analizaría el asesinato Ben Hecht, y en fechas sucesivas lo harían Steve Fisher, Rex Stout, Adela Rogers St. Johns y el grafólogo que había declarado como testigo de la acusación tanto en el juicio de los Lindbergh como en el de Aimee Semple MacPherson.

A menos cinco, Tom Spellacy entró en el parque. Se detuvo un momento en el promontorio de encima del cobertizo de los botes. Allá abajo veía a Brenda dando de comer a las palomas. Llevaba un gran sombrero flexible para protegerse del sol. Siempre había sido norma de la casa no dejar que a las chicas les diera demasiado el sol. A los clientes no les gustaban las marcas de bronceado. Ni las estrías. Ni las cicatrices de apendicitis o de cesárea. Hubo un tiempo en que conocía todas las normas de la casa de Brenda. Qué diferente habría sido su vida si nunca la hubiera conocido. Fue pura casualidad, esa gran jodedora de vidas. El recuerdo era como un sueño. Él era poli de ronda. Iba solo. Su compañero estaba enfermo. Una ambulancia pasó a toda hostia por Sunset. Sin sirena ni luces. La siguió. La ambulancia se metió en una casa de las colinas. No era ningún bobo. Conocía la dirección. Brenda fue educada. Se había producido un altercado. Primero entre un caballero y una señorita, luego entre el guardia de seguridad y el caballero. Siempre era mejor arreglar aquellos asuntos con discreción. Por eso no habían llamado a la policía. Aunque el agente Spellacy siempre sería bienvenido. El caballero para el que se había llamado a la ambulancia era un pilar de la comunidad. Un concejal, a decir verdad. No iba a quejarse por sus hemorragias internas. Como la señorita nunca se quejaría por las quemaduras de cigarrillo en su pecho. En la americana del concejal había un sobre. «Se diría que dentro hay dinero —dijo Brenda—. Cuéntelo. No quiero hacerme responsable. Debe de contener quinientos dólares». Dejó de contar a los dos mil. Conocía el sistema. Dejar los quinientos, quedarse el resto. Pidió permiso para usar el teléfono. Brenda lo acompañó a su despacho. El teléfono estaba en un armarito del escritorio. En el armario también había una placa de ayudante del jefe de policía en miniatura y un papel en el que figuraban a máquina los teléfonos particulares de un capitán y un teniente de guardia de la central de Antivicio. Brenda le sonrió. Por si no acababa de captar que estaba bien relacionada. Una bonita sonrisa. «Si quiere todo el lote —dijo Brenda—, podríamos follar».

Brenda.

Conocía a su hombre.

No alzó la vista cuando se sentó junto a ella en el banco. Había un gato agazapado en su regazo, listo para abalanzarse sobre cualquier pájaro que osara picotear el pan

que les tiraba.

—¿Echas de comer a las palomas o a tu gato? —preguntó Tom Spellacy.

Brenda se rio.

—Pan de ayer. Me lo regala una panadería que hay un poco más abajo.

Desmigajó un trozo y lo lanzó al agua. El gato observó cómo un pato lo engullía. Tom Spellacy sabía que no servía de nada meterle prisa. Diría lo que tenía que decir cuando quisiera decirlo. Ni un momento antes. Examinó los otros bancos que rodeaban el lago. Solo había viejos dando de comer a los pájaros. Ya los conocía. Entablaban una conversación con la madre de un niño pequeño y le decían que la criatura era la viva imagen de Ginger Rogers o clavadito a Clark Gable. Después, casi sin parar a respirar, se ponían a hablar de *Espejismo de amor* o *Rebelión a bordo* y acto seguido de Carole Lombard y *La reina de Nueva York* y de si no era una tragedia lo de la pobre Carole y lo mal que debía de haberlo pasado Clark, pero al menos sabía que había muerto vendiendo bonos de guerra para su país, que debía de ser un consuelo.

La escena deprimió vagamente a Tom Spellacy, que luego entendió por qué. La proyección de una Brenda vieja y sola echando de comer a las palomas junto al lago no era algo que deseara contemplar. Era demasiado parecida a un retrato codificado de su propia vida.

—¿Y tu otro gato?

La pregunta sonó extraña y forzada, y se dio cuenta de repente de que era porque, en todos los años que hacía que conocía a Brenda, nunca se habían comunicado realmente salvo a base de puntos de referencia sexuales. El puterío y el soborno constituían los perímetros de su conocimiento mutuo. Ella sabía lo que no estaba escrito sobre corridas y le había hablado como si tal cosa de cuántos polvos gratis costaba el acta de un jurado de acusación, del precio de un ayudante de jefe de policía o del sándwich de tres pisos que le gustaba al mirón del vicegobernador. Pero eso era todo. Era una chabola de relación rodeada de hectáreas de indiferencia.

—Murió.

—Lo siento.

—Lo atropelló un coche. Un Packard azul. El cabrón ni siquiera se paró.

—Si sabes la matrícula, intentaré hacer algo.

—Eso no me devolverá al gato.

Tom Spellacy miró a los patos que nadaban en el lago. A excepción de Corinne, solo tenía un punto de referencia con todas las mujeres de su vida. Y eso hacía más fácil desentenderse de ellas. La religión con Mary Margaret. El sexo con Brenda. Ahí radicaba el problema con Corinne. Era demasiado complicado desentenderse de ella. Había demasiados puntos de referencia.

—Preguntaste por alguien aficionado a cortar —dijo Brenda.

Intentó recordar cuándo. Aquella mañana en la que Mickey Gagnon murió, eso era. Pregunta por ahí, le había dicho, a ver si alguna de las chicas conoce a alguien

aficionada a rajar. No le gustaba recordar aquella mañana. Pensaba que la vida sería mucho más sencilla si no hubiera sido por Mickey Gagnon. Si Mickey no hubiese decidido darse un revolcón, no habría vuelto a encontrarse con Brenda. Y ella no le habría contado por qué no lo imputaron. Había tantos «si...». Y tantas cosas que era mejor no saber.

—¿Te has enterado de algo?

El asesino. Mickey. Brenda. Des. Corinne. Jack. Lois Fazenda. Tenía la sensación de que todo estaba relacionado de algún modo que no comprendía. Salvo por el hecho de que era un laberinto en cuyo centro se encontraba él y por la sensación de que no iba a lograr salir.

—Cuesta encontrar una puta a la que no hayan rajado. Es un riesgo que corren.

—Estupendo, Brenda. Por eso he venido hasta aquí, para oír una sarta de gilipolleces profundas sobre lo duro que es ser puta.

Brenda cogió al gato y lo subió a su regazo. Le dio un trozo de pan y empezó a acariciarle el lomo.

—Había un tipo, un par de las chicas estuvieron con él, tres, cuatro tal vez, eso dicen, todas las que hacen la calle parecen haber oído hablar de él. Calvo, cincuentón, con una insignia del Rotary Club en la solapa. O los Elks o los Kiwanis, una organización de esas, no sé. Cada chica cuenta una historia distinta.

—¿De qué palo va?

—Le gusta afeitarse el felpudo a las chicas. Dicen que es una escuela de peluquería andante. Tijeras, navajas, espuma, el juego completo.

—¿Y si las chicas no juegan?

—Dice que les cortará las tetas.

—Muy justo —dijo Tom Spellacy.

—¿Vuestra chica aún tenía la mata?

—Aún tenía la mata.

—Pues es lo mejor que tengo —dijo Brenda—. Las chicas dicen que hace tiempo que nadie ve al tipo ese.

—Gracias, Brenda.

Tom Spellacy se levantó para irse. Una paloma bajó en picado para recoger un trozo de pan y huyó una fracción de segundo antes de que el gato de Brenda atacase.

—Me voy de la ciudad, Tom.

Él volvió a sentarse en el banco y sacó un trozo de pan del bolso de Brenda.

—¿Por qué?

—A ver si me cambia la suerte. Ya no tengo influencias.

Tom Spellacy despedazó el pan y tiró las migas al agua.

—¿Tienes problemas?

Brenda sacudió la cabeza.

—Hace un par de días practiqué un aborto. Cometí un error. Corté algo y la chica tuvo una hemorragia.

—¿Murió?

Por un instante se preguntó qué haría si le respondía que sí.

—No. —Brenda no lo miró—. Era una de mis veteranas. Lucille Cotter. Mantendrá la boca cerrada. Son cosas que pasan.

—Lucille Cotter. —El nombre le sonaba—. ¿Lengua de Plata?

Brenda asintió. Llamaban Lengua de Plata a Lucille Cotter por motivos obvios. Una auténtica bomba de succión. Había sido una de las principales atracciones de la casa de Sunset. En su habitación había una mirilla para que otros clientes pudieran verla trabajar. Nunca salía con las demás. A Lengua de Plata había que reservarla por adelantado.

—Ahora trabaja en la parte baja de Sunset —dijo Brenda—. Es una de las que se encontró con el barbero.

—La parte baja de Sunset —dijo Tom Spellacy—. ¿En la calle?

Brenda dijo que sí.

—Ha caído bajo.

—Se ha hecho vieja, Tom —explicó Brenda—. Cosas que pasan.

Reflexionó sobre la respuesta.

—Antes no hacías abortos.

—Eso también pasa.

Tom Spellacy miró cómo nadaban los patos en el estanque. En los viejos tiempos con Brenda nunca habían habido parejas jóvenes montadas en patines sobre las aguas.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A un sitio en Reno, quizá. Y hay un local en Las Vegas que puedo dirigir.

Habló antes de pensar.

—Quieres referencias.

Brenda lo miró a la cara por primera vez.

—Nunca he tenido ningún problema para comprar polis —dijo con voz neutra—. No sé si te acordarás.

Me lo merezco, pensó Tom Spellacy. Hablo como un esbirro resentido.

—¿Sabes lo que Jack decía de ti?

—No me importa, la verdad.

—«No tiene disciplina», decía. Solía ir a verte boxear. Te costaba mantener el peso. Falta de disciplina.

—Jack sabe cómo juzgar a las personas —dijo Tom Spellacy.

Se preguntó qué opinaría de Des.

Brenda lanzó un mendrugo al estanque. Dos patos lucharon a picotazos por el pan.

—La chica —dijo—, la que cortaron.

—¿Qué pasa con ella?

—Trabajaba para los Protectores de los Pobres, ¿verdad?

Tom Spellacy asintió. Había comprobado con Masaryk el ala de beneficencia del

Hospital General del Condado. Odiaba los hospitales. El olor a antiséptico y almidón le recordaba a su madre. Había malvivido durante siete meses en un pabellón para pobres antes de morir. Él le llevaba revistas y ella le pedía estampitas y que rezara una novena e hiciera los nueve primeros Viernes y las Estaciones de la Cruz. «A la mierda —le dijo por fin a Des—, eso es tu negociado, ve tú a verla». El superintendente del hospital dijo que no se acordaba de Lois Fazenda. Había demasiados pacientes de beneficencia. Y demasiadas voluntarias. Van y vienen, era inevitable que se colara una oveja negra, no puede culparse al hospital. Los Protectores se especializaban en mexicanos. Víctimas de accidentes, sobre todo. Las voluntarias repartían caramelos y tabaco. El superintendente había sonreído. «Y chismes católicos romanos», había dicho.

—Pasando cuentas de rosario —dijo Tom Spellacy.

—Y medallas de la Virgen de Guadalupe, también —añadió Brenda—. Varias de mis chicas trabajaban para los Protectores.

La miró fijamente, preguntándose qué hacían unas putas trabajando para una organización benéfica católica.

—¿Trabajando de misioneras?

—Frotándose con tipos. Y enseñando las tetas, si quieres que te sea sincera. Apuesto a que a esa chica se le daba bien lo de frotarse.

—¿Y por qué iba a querer hacerlo?

—Para darle una alegría al tipo, supongo. Si estás hecho un Cristo, debe de alegrarte la vista tener pegada a una chica ligera de ropa.

—Seguro.

—Entonces es cuando le pone en las narices la póliza de seguros, Tom. «Firma esto y te conseguiré un abogado que demandará al cabrón que te atropelló».

Poco a poco empezaba a quedar claro. No era de extrañar que las zorras fueran voluntarias.

—Apuesto a que hay abogados que pagarían por una póliza como esa.

—Cincuenta dólares cada una, se dice —añadió Brenda—. Quizá más.

—Y apuesto a que el espalda mojada nunca ve el pago del seguro.

—Hay muchos gastos procesales, Tom.

—Perseguir ambulancias, lo llaman, por ponerle un nombre feo.

—Por ponerle un nombre feo —repitió Brenda. El gato le lamía la mano—. Se saca una fortuna. Los espaldas mojadas no pueden quejarse cuando no reciben su dinero, porque la mayoría son ilegales.

—Y si aun así dan por saco...

—Siempre puede atropellarlos otro coche. —Brenda se concentró en el gato. Casi se diría que le hablaba a él y no a Tom Spellacy—. ¿Cuándo fue la última vez que Robos y Homicidios se dejó los cuernos por un mexicano muerto?

Tom Spellacy no hizo caso de la pregunta.

—¿A quién se le habrá ocurrido esa idea?

—Seguro que lo adivinas.

Pues claro que lo adivino, pensó. Jack Amsterdam. Cada vez que me doy la vuelta me encuentro a Jack. Lois Fazenda hace una buena obra y resulta que es uno de los chanchullos de Jack. El jodido laberinto.

—O sea que la conocía.

—Se la follaba.

—¿Se la cargó él?

—Está limpio.

—Entonces, ¿qué le preocupa?

Brenda lo miró con una dura sonrisa en la cara.

—Cree que estás loco. Jack está viejo, se va a morir. Le gusta pensar que nació con sesenta años, construyendo catedrales. Y resulta que hay un poli chalado que va por ahí recordándole al personal que era un chulo y que metía a gente en secadoras. Desearía no haberte conocido nunca.

—El sentimiento es mutuo.

—Cree que vas a detenerlo.

Tom Spellacy recordó de repente la advertencia de Marge Madragon. Todo empezaba a aclararse. Se imaginó las miraditas en el departamento si arrestaba a Jack. Daría para muchas risas. Intentó no pensar en el abogado de Jack contándole a un juez lo amiguetes que eran de toda la vida Tom y su cliente.

—Cree que le vas a cargar el muerto de esa chica —dijo Brenda—. Y ponerlo en evidencia. Ha tenido una audiencia privada con el papa. ¿Cuántos chulos pueden decir eso?

Tom Spellacy se preguntó si Des habría organizado aquella audiencia privada.

—No le hará gracia que me cuentes esto.

—Que le den por culo —dijo Brenda—. Me comí el marrón por ti, Tom, pero fue él quien me obligó. —Se quitó pelos de gato del vestido—. Es mi regalo de despedida.

—No sé si puedo hacer algo con él.

—Eso es cosa tuya. —Brenda levantó al gato y tiró el resto del pan al suelo—. En cualquier caso, quería decirte adiós.

—¿Por qué?

—Es bonito tener a alguien de quien despedirse, eso es todo. ¿A quién tengo yo? ¿Al vicegobernador? ¿Crees que puedo pegarle un toque y preguntarle si se acuerda de mí, de cuando follábamos?

Tom Spellacy no dijo nada. Alrededor del banco, pájaros y patos engullían hasta la última miga.

—Lo único que tengo son putas viejas y gente a la que compré —concluyó Brenda.

Tom Spellacy se puso en pie. Nadie les prestaba la menor atención. No somos más que otra pareja madurita, pensó.

—Hasta la vista, Brenda.

CAPÍTULO QUINCE

Sonny McDonough puso la marca después del putt y oteó el green.

—Estás lejos, Des.

—Si metes esa, Des, en el cielo te darán un putter de oro —dijo Dan T. Champion.

—Qué bueno, Dan —rió Sonny McDonough—. Un putter de oro en el cielo.

Frank Leary renunciaría a ser párroco de San Judas si tuviera uno.

—Cuentan que Frank está hecho todo un fiero —comentó Dan T. Champion.

—El mejor recaudador de fondos de la archidiócesis —dijo Sonny McDonough—. San Judas nada en la abundancia.

—No hay mejor párroco que Frank —afirmó Dan T. Champion—. Ni mejor persona.

—Ni peor golfista —dejó caer Sonny McDonough.

—¿De verdad? —preguntó Dan T. Champion.

—El otro día jugué con él. Y va y falla un golpe cantado. «Jesús, María y José», soltó. Y yo le digo: «Tomando el nombre de Dios en vano, monseñor. Tendrá que confesarlo». ¿Y sabes qué me dijo?

—No —respondió Dan T. Champion.

—Me dice: «Hostia, es verdad» —repuso Sonny McDonough—. ¿No es genial?

—Una gran historia —corroboró Dan T. Champion.

—Tienes que contársela a su eminencia, Des —dijo Sonny McDonough.

Para que se piense que he perdido el juicio, pensó Desmond Spellacy. Contempló su putt. Tres metros y medio con una ligera pendiente a la derecha. Quería clavar aquel golpe, solo por demostrar su instinto asesino. Eso era algo que Sonny McDonough respetaría. Si Sonny va a ser un buen presidente del Fondo de Construcción, más le vale aprender ahora mismo que no me embaucará con anécdotas golfísticas de Frank Leary.

—Me tapas, Sonny. Das sombra en el hoyo.

—Huy, lo siento, Des —dijo Sonny McDonough.

Se apartó a toda prisa.

—Ahora es tu moneda, Sonny —señaló Desmond Spellacy—. La que has usado para marcar la bola. Refleja el sol.

—Pondré un centavo, Des.

Desmond Spellacy se inclinó y habló para su bola.

—Conoces a Cornelia Cronin, ¿verdad, Sonny? Corky, la llaman.

Desmond Spellacy se puso derecho. El rostro de Sonny McDonough había perdido todo su color. Dan T. Champion paseaba la mirada entre uno y otro. También sabe lo de Sonny y Corky, pensó Desmond Spellacy. Aunque no le sorprendía. Había

poco sobre comportamiento desviado que Dan Champion no supiera.

—Sí que la conozco, monseñor —dijo Sonny McDonough. Conque ahora soy «monseñor», ¿eh?, pensó Desmond Spellacy—. ¿Por qué lo pregunta?

—Dirigía la Sociedad del Altar cuando yo estaba en San Basilio. Trabajaba para ti.

—De contable, monseñor.

—Luego tuvo un accidente.

—Se rompió la espalda, ¿verdad, Sonny? —preguntó Dan T. Champion.

Mataría a Dan ahora mismo si nadie fuera a enterarse, pensó Desmond Spellacy.

—Algo así —respondió Sonny McDonough.

—Tengo entendido que le concediste una buena pensión —dijo Desmond Spellacy—. Quinientos dólares al mes, dicen.

—Para toda la vida, Des —apostilló Dan T. Champion.

—¿No tira, monseñor? —dijo Sonny McDonough.

Desmond Spellacy golpeó la bola con pulso firme. Se desvió hacia la derecha a un metro del hoyo y después descendió por la pendiente y entró. Le pasó el palo al *caddie* y dio la espalda a Dan Champion y Sonny McDonough. Oyó una risilla de Dan y supo que Sonny había fallado su golpe. Se volvió justo cuando este hacía un segundo intento. La bola se deslizó por el borde del hoyo y se detuvo a un metro de distancia.

—Ese te lo damos por bueno, Sonny, ¿verdad, Dan?

—Eres tú quien se lo da, Des, no yo —dijo Dan T. Champion.

Darle el negocio, se refiere, pensó Desmond Spellacy. Primero el palo, luego la zanahoria. Le pasó un brazo por encima del hombro a Sonny McDonough mientras caminaban hacia el siguiente hoyo.

—Eso que hiciste por Corky, la pensión, fue algo muy cristiano —dijo—. No muchos jefes harían eso.

—Gracias, monseñor.

—Es uno de los motivos por los que le dije al cardenal que debías ser presidente.

—Le contó a su eminencia lo de...

—Le conté a su eminencia que eres uno entre un millón.

—Qué gran detalle que le contaras eso a su eminencia, Des —dijo Sonny McDonough.

Parecía a punto de desmayarse de alivio. El instinto asesino, pensó Desmond Spellacy. Dio un golpecito a Sonny en el brazo y llegaron al siguiente hoyo. Par cinco, 565 metros. Desmond Spellacy puso su bola en el tee y le pegó un buen golpe calle abajo. Su posición quedó a cuarenta metros y pico de Sonny y Dan. Tiempo de sobra para estar a solas, lejos del parloteo de los otros dos. Tendrían mucho de lo que hablar. Preguntarse cómo sabía él lo de Corky Cronin, por ejemplo. Esa se la debía a Tommy. Por un momento pensó en la chica del confesionario, pero luego se la quitó de la cabeza. Había preocupaciones más inmediatas. Sabía que Sonny ya no era un

problema. Por allí no le intentarían colar nada. Sonny haría lo que le dijeran. Por ese flanco no le caerían muchas quejas si se libraba de Jack Amsterdam.

Dios, estoy harto de Jack, se dijo Desmond Spellacy mientras se acercaba a su bola. No puedes mirar a ninguna parte sin verlo ensuciándose las manos. Casi deseaba no haberles pedido a Phil Leahy y Devlin Perkins que echasen un vistazo a los Protectores de los Pobres. A favor de Jack solo podía decirse una cosa: su cerebro estaba siempre maquinando. No todo el mundo vería en monseñor Aguilar una mina de oro. Rubén Aguilar, el párroco de San Conrado; la parroquia de Jack. Setenta y nueve años y un CI a la par. Se preguntó cuándo habría caído Jack en lo tonto que era Rubén Aguilar. Probablemente oyéndolo decir misa todos los domingos. Mira que ocurrírsele usar a un cura de tapadera. Se preguntó cómo Jack le picó la curiosidad a Rubén Aguilar por primera vez. Una obra benéfica. Una obra benéfica para los mexicanos del Hospital General del Condado. Caramelos, cuentas de rosario y alguien que les hablara en español. Los anglos no lo harán. A los anglos no les importan los mexicanos. Si había una manera de captar la atención de Rubén Aguilar era esa: que a los anglos no les importaban los mexicanos. Una obra benéfica exenta de impuestos. Una solución ideal. «Usted dirige la obra benéfica, monseñor, yo me llevo la exención fiscal». Así funcionaba Jack. Los Protectores de los Pobres. Hacía falta Rubén Aguilar para sacarse un nombre como ese de la manga. O monseñor Amigo, como lo llamaban los periódicos. Menudo engañabobos. Todas las voluntarias eran gente de Jack, del mismo modo que todos los servicios de grúas y ambulancias, los talleres y los desguaces que proporcionaban a los Protectores los nombres de las víctimas mexicanas de accidentes cobraban de Jack por esa información. Con espíritu de caridad cristiana. Y hermandad.

Desmond Spellacy se maldijo. Tendría que habérmelo imaginado. Eso es lo que escuece. Cada vez que veía la foto de Rubén Aguilar en el periódico dando la mano al cónsul mexicano. Monseñor Amigo. Tendría que haberme imaginado que estaban embaucando a ese cretino.

Desmond Spellacy llegó al green con tres golpes.

—Es un espanto —decía Sonny McDonough cuando él y Dan T. Champion llegaron a su altura.

—Darles ese tipo de apodos para vender periódicos —explicó Dan T. Champion.

—La Golfá Virgen —dijo Sonny McDonough. Parecía haberse recuperado de la conversación sobre Corky Cronin—. Si me disculpas la expresión, Des.

—Sobre quien deberían leer es sobre la Virgen María, no la Golfá Virgen —proclamó Dan T. Champion—. Uno ya no tiene ni ocasión de leer el periódico hoy día, con el tiempo que se pasa escondiéndolo de las criaturas.

—La chica trabajaba para los Protectores —dijo Sonny McDonough—. Ya lo sabías, ¿no, Des?

Desmond Spellacy asintió.

—Lo único bueno que hizo la pobre fue ayudar a los pobres mexicanos —

lamentó Sonny McDonough—. Darles frijoles saltarines, que es lo que les gusta.

—¿Por qué no te callas y me dejas concentrarme? —preguntó Dan T. Campion. Tenía la cara encendida de irritación—. Esa habría hecho avergonzarse a la mismísima María Magdalena.

Dan T. Campion se encorvó sobre su bola y embocó el hoyo.

—Como digo siempre, hay que buscar la belleza en todo el mundo —comentó Sonny McDonough.

A Dan T. Campion aún se le veía en la cara que estaba molesto.

—Nunca has plantado a ninguna que no fuese una gran chica, Sonny.

—Pareces un negro, con eso de «plantar» —replicó Sonny McDonough. Nunca había tolerado que nadie se tomara a la ligera su profesión—. Lo que hice fue dar a la chica su última morada.

—Si plantaras al asesino de Stalin lo pintarías como a uno de aquellos duendes que besaban la Piedra de Blarney —le espetó Dan T. Campion—. Porque sus seres queridos tuvieron la previsión de escoger a McDonough y McCarthy, la General Motors de la industria fiambreira.

Desmond Spellacy dejó que la conversación le entrara por un oído y le saliera por el otro. Dan y Sonny siempre estaban igual. Primero uno y luego el otro luchando por la ventaja. No hacía falta sacar el tema de Jack hasta que no surgiera una ocasión propicia. Metió su putt y luego observó a Sonny, que necesitó tres golpes para colarla con un séxtuple bogey. Dos malos hoyos para Sonny.

Dan T. Campion seguía parlotando. Tenía algo entre ceja y ceja, Desmond Spellacy estaba seguro. Cuando Dan cotorreaba de aquella manera era porque había algo que no quería que nadie supiese. Era algo que Desmond Spellacy había detectado en los años que llevaban trabajando juntos. Y de un tiempo a esa parte Dan hablaba por los codos. En especial sobre Tommy. Que si era un magnífico detective, un católico ejemplar, un orgullo para la policía, un orgullo para la Iglesia, un orgullo para Irlanda. Cuando la verdad era que Dan T. Campion no soportaba a Tommy, y era un sentimiento recíproco.

Desmond Spellacy se preguntó qué tendría Dan en la cabeza. Mientras no me ataña, pensó, en realidad no me importa.

—Venga ya, Sonny —dijo Dan T. Campion. Estaba sentado a la sombra de un árbol y se abanicaba con un sombrero blanco de paja—. Probablemente les dijiste: «Yo planté a Carole Lombard». Ese es tu mejor reclamo, tus títulos de crédito. ¿No es verdad, Des? Fatty Arbuckle. Rin Tin-Tin de la familia canina. Todas las estrellas del reino animal. Belleza Negra, Mi Amigo Flicka, Nanuk...

—Ese es un esquimal, atontado —replicó Sonny McDonough.

Estaba limpiando de tierra sus pelotas de golf, sin mirar a Dan Campion.

—Compra por hectáreas, vende a metros —prosiguió Dan—. Conozco las reglas de tu negocio.

—La única regla de mi negocio es que me gustaría darte sepultura a ti ahora

mismo —dijo Sonny McDonough. Se volvió hacia Desmond Spellacy con un gesto teatral que indicaba su desdén hacia Dan T. Champion—. No paro de leer sobre tu hermano el policía.

—Y qué gran trabajo está haciendo —comentó Dan T. Champion—. Los policías son el sostén de la ciudad. Estarás de acuerdo, Sonny. Y tú también, Des. Si no hubiese policías, tendríamos mucha más delincuencia que ahora. Es algo de sobra conocido.

—Siempre hay alguien que los pone verdes —observó Sonny McDonough.

—Los mexicanos, por lo general, y los negros —dijo Dan T. Champion.

—Vi pelear una vez a tu hermano —prosiguió Sonny McDonough—. Allá en el estadio Legion de El Monte. Una semifinal a ocho asaltos, contra un chico de color.

—Ganó, ¿a que sí? —dijo Dan T. Champion.

—Perdió —contestó Sonny McDonough—. Dos jueces contra uno. Y fue un combate bien sucio. Mucho golpe en la nuca.

—Esos golpes de conejo se les dan bien a los negros —comentó Dan T. Champion.

—Tommy Jefferson —dijo Desmond Spellacy—. Así se llamaba el chico que le ganó.

Fue la única vez que vio boxear a Tommy.

—Es horrible que se pongan los nombres de nuestros presidentes —dijo Dan T. Champion—. La gente de color tendría que ponerse apellidos italianos. O polacos. —Se volvió hacia Desmond Spellacy—. Si ese tal Jefferson atraca un banco alguna vez, no intentará darle golpes en la nuca a tu hermano si está allí.

—¿Y por qué iba a estar allí? —preguntó Sonny McDonough—. No es guardia de seguridad de un banco.

—Usar el coco es lo que haría allí —dijo Dan T. Champion—. Por eso es tan buen detective, por cómo usa el magín. El tal Jefferson no atracaría ningún banco si Tom Spellacy se ocupara.

—Haces que parezca Sherlock Holmes —dijo Desmond Spellacy.

—Ja, muy bueno, Des, muy bueno —rio Dan T. Champion—. Un gran policía, Sherlock Holmes, es de sobra conocido.

Desmond Spellacy hizo par en los hoyos noveno y décimo, un doble bogey en el once y un birdie en el duodécimo. En el decimotercer tee, le llevaba un hoyo de ventaja a Sonny McDonough e iba empatado con Dan T. Champion. En los cuatro hoyos anteriores, los dos parecían haber llegado a un acuerdo sobre el negocio fúnebre.

—A ella la hice gratis, ¿sabes? —dijo Sonny McDonough—. Una de esas preciosas parcelas de dos ochenta.

—¿Cómo le colaste eso a Chócala? —preguntó Dan T. Champion—. El hombre es de la cofradía del puño.

—No veas la bronca que tuvimos —confirmó Sonny McDonough—. «Tú ve dando dos metros ochenta por aquí y dos metros ochenta por allá», dijo Chócala, «y

pronto tendrás una hectárea llena solo de gorriones». «Una sola parcela», dije yo. «Que sea de dos y medio», responde él.

—Por eso se recordará a Chócala, por las parcelas de dos metros y medio —dijo Dan T. Champion.

—Esos treinta centímetros cuadrados te dan cincuenta parcelas más por hectárea —señaló Sonny McDonough.

—Una idea revolucionaria —dijo Dan T. Champion.

—Un gran hombre, Chócala —afirmó Sonny McDonough—. Para llevar las cuentas. Lo que le cuesta es la planificación a largo plazo. «Piensa en la publicidad», le dije yo. «Veinte mil personas nuevas que se mudan aquí todos los meses, y aquí van a quedarse hasta que fallezcan. Qué buena manera de presentarles a McDonough y McCarthy, proporcionarle a esa chica una despedida gratuita».

—Cuando tienes razón, tienes razón, Sonny —dijo Dan T. Champion—. Hoy día hay que pensar en las tendencias demográficas. ¿Verdad, Des? Hay que pensar en las tendencias demográficas.

—Hay otra cosa en la que tenemos que pensar —replicó Desmond Spellacy. Hablaba tan bajo que los otros dos tuvieron que esforzarse para oírlo—. Tenemos que pensar en una manera de quitarnos de encima a Jack Amsterdam.

—Jesús, María y José —dijo Dan T. Champion.

—Madre de Dios —coreó Sonny McDonough.

No parecía tener mucho sentido seguir con el recorrido. Dejaron sus palos a los *caddies* y se encaminaron al club. Para cuando llegaron a la tienda del circuito, Desmond Spellacy les había puesto al corriente del asunto de los Protectores de los Pobres. En el bar pidieron cerveza y sándwiches.

—Podríamos dejarlo correr, ese es mi consejo —dijo Dan T. Champion.

—Tampoco es que esté haciendo nada ilegal —corroboró Sonny McDonough.

—Solo rentable —dijo Desmond Spellacy.

No parecieron captar su sarcasmo.

—Jack ha hecho muchas buenas obras —recordó Dan T. Champion.

—Aquel corredor judío... Fue Jack quien consiguió que fichara por el equipo de Notre Dame —señaló Sonny McDonough.

—Según tengo entendido, se lo iba a pillar Carolina del Sur —confirmó Dan T. Champion.

—Entonces Jack le compró un coche.

—Un Studebaker descapotable.

—Creía que un judío querría un Cadillac, como mínimo —dijo Sonny McDonough—. Canoas judías, así llaman a los Cadillac, ¿lo sabíais?

—Ja, qué bueno, Sonny —exclamó Dan T. Champion—. Canoas judías.

—Lo siguiente será un quarterback negro —dijo Sonny McDonough—. Acordaos

de lo que os digo. Ya hay once protestantes en el equipo. Los he contado.

—No sé en qué piensa Frank Leahy —lamentó Dan T. Champion.

Desmond Spellacy retiró el palillo de su sándwich club y lo depositó con cuidado a un lado del plato. Sabía que Dan y Sonny harían cualquier cosa con tal de evitar el asunto.

—Aun así tenemos que acabar con él.

—Ya lo tienes pensado, entonces, Des —dijo Dan T. Champion.

—He pensado en los titulares: «PÁRROCO IMBÉCIL. UN AMIGO DEL CARDENAL PERSIGUE AMBULANCIAS».

—Creo que estás sacando esto un poco de quicio, Des —sugirió Sonny McDonough.

—Es una práctica empresarial perfectamente válida, eso es lo que es —remachó Dan T. Champion.

—Como las grúas de Ferdie Coppola —ironizó Desmond Spellacy—. Y la tonelada de asfalto.

—¿Eso te lo contó tu hermano el policía? —preguntó Sonny McDonough.

—No.

—He oído que Jack y tu hermano el policía tuvieron un encontronazo no hace mucho —dijo Dan T. Champion.

—En el octavo hoyo lo llamabas Sherlock Holmes —observó Desmond Spellacy. Había llegado el momento de ponerse duro—. Cuando hablábamos con Sonny de Corky Cronin.

El mensaje quedó claro. Sonny y Dan se pusieron a mordisquear sus sándwiches en silencio.

—¿Qué tiene pendiente? —preguntó por fin Sonny McDonough.

—En teoría tiene que terminar San Pedro Claver en julio —respondió Desmond Spellacy—. Más le vale. Su eminencia la consagra el diecisiete y celebra confirmaciones el dieciocho. Y es el único candidato para San Juan Bosco.

—¿Puedes alargar el plazo de presentación?

—Sí.

—Bien —dijo Sonny McDonough—. Puedo conseguir que Neddy Flynn presente un proyecto. Tú trabájate a Emmett Flaherty, Dan.

—A Emmett le gusta demasiado vivir —replicó Dan T. Champion—. Odia que le rompan los huesos, tengo entendido.

Sonny McDonough no le hizo caso.

—Conoces a mucha gente en el departamento de policía, Dan. A lo mejor puedes dejarles caer que no mencionen a los Protectores. Diles que su eminencia preferiría no pasar por ese mal trago.

—Ya sé qué decirles —dijo Dan T. Champion con súbita ira—. Ya se lo decía cuando tú aún plantabas a pobres.

Una expresión dolida asomó a las facciones de Sonny McDonough.

—No hay por qué entrar en lo personal.

—El problema es que no hay jefe —explicó Dan T. Champion. Habló tan alto que la gente lo miró—. No hay nadie con quien hablar.

Sonny McDonough se inclinó por encima de la mesa.

—Ese tal Fuqua es un valor en alza, dicen. Estoy en la Comisión de Selección para escoger al nuevo jefe y me ha impresionado. —Bajó la voz hasta reducirla a un susurro—. Esto es confidencial, por supuesto.

—En otras palabras, que debería mencionarlo —dijo Dan T. Champion. Una amarga resignación parecía haber reemplazado a su furia—. En otras palabras, que debería comentarle que Sonny McDonough, el famoso enterrador irlandés, dice que es un tipo prometedor, si sabe tener el pico cerrado.

Sonny McDonough fingió no oírlo. Se volvió hacia Desmond Spellacy.

—Quizá no tengamos ningún problema. Jack vino a verme el otro día. Quería una parcela para sí mismo.

—Debe de esperar un tiroteo —comentó Dan T. Champion.

—No para él y la parienta —matizó Sonny McDonough—. Solo para él. En el Círculo de los Famosos, ahí la quería. Debajo de una palmera. ¿Te lo puedes creer? Como si fuera Al Capone.

Desmond Spellacy se secó la espuma de los labios.

—No creo que debamos contar con que Jack se mude al Círculo de los Famosos ahora mismo. —Aunque sabía que nada haría más felices a Dan y Sonny. La intervención divina. La mano segura de Dios. Ninguno de aquellos dos iba a presentarse voluntario para decirle a Jack que la archidiócesis ya no quería hacer negocios con él—. Yo hablaré con él.

—Estupendo, Des —dijo Sonny McDonough. Su alivio resultaba casi visible—. Hay muchas buenas maneras de llevarlo. Para no herir sus sentimientos, quiero decir. Podemos hacerle una gala.

—Seglar católico del año —sugirió secamente Desmond Spellacy.

—Gran idea, Des —dijo Sonny McDonough—. Su eminencia puede ponerle una banda. Algo verde. O violeta. O podemos ponerle su nombre a un ala de San Juan Bosco. El Pabellón Ortopédico Amsterdam.

—Por todos los huesos que rompió en los viejos tiempos —dijo Dan T. Champion.

Muchas buenas maneras de llevarlo, pensó Desmond Spellacy. Sonny ya tenía mentalidad de presidente de la junta.

Dan T. Champion apartó su sándwich.

—Me gustaría saber quién le puso ese nombre a la chica.

Allí empezaron los problemas, en verdad, pensó Desmond Spellacy.

—A mí me gustaría saber quién la metió en los Protectores, eso me gustaría —dijo Sonny McDonough.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El tren de la montaña rusa se mantuvo suspendido en la cima de la rampa, suspendido como si fuese a deslizarse hacia atrás, y luego, con una sacudida repentina, se precipitó cuesta abajo. Las monjas gritaron. El viento tensó hacia atrás los velos negros e hizo ondear las tocas blancas.

—Tienen orejas —dijo Crotty. Estaba comiendo un perrito caliente apoyado en el puesto del vendedor, mirando la montaña rusa—. De pequeño, allá en Santa Patricia, me lo preguntaba, ya sabes, si tienen orejas. Como los demás. Y pelo. Siempre me dijeron que tenían que rapárselo, cuando se hacían hermanas. Todas las monjas son calvas, me decían. Y otra cosa que me contaron...

—Ya sé qué te contaron —interrumpió Tom Spellacy. El tren de la montaña rusa había desaparecido un instante tras una pendiente. Los ruidos habituales del parque de atracciones de Ocean Park sustituyeron al rugido de la atracción. Taquilleros, percusionistas, vendedores, hombres tatuados, damas bigotudas, puestos de perritos calientes y barracas de tiro al blanco cubrieron el silencio hasta que el tren volvió a ahogarlo todo una vez más—. Te contaron que tienen que envolverse con algo cuando se dan un baño.

—Si alguna vez quieres comprobarlo preguntando al monseñor, Tom, no seré yo quien te detenga. Aceptaría el pecado mortal, si pudiera aclarar eso, y luego iría derecho a confesarme.

—A decir verdad, sí que salió el tema —dijo Tom Spellacy.

Crotty no daba crédito a lo que oía.

—¿Le preguntaste a tu hermano, Tom?

—Me dijo que la mayoría de los conventos no dejan que los curas miren mientras las monjas se bañan —respondió Tom Spellacy—. La mayoría tienen reglas al respecto. No obstante, me dijo que si alguna vez encontraba uno en el que no era así, me lo haría saber.

—Mierda. —La enorme manaza de Crotty interceptó un goterón de mostaza antes de que aterrizara en su traje blanco. Se lamió la mostaza del dedo y después engulló lo que quedaba de su salchicha—. Anoche oí hablar a tu hermano. En el banquete de los Veteranos de Guerra Católicos. Me descojoné. Cada vez que saltaba del avión, dijo, iba a caer en el agua. Y un protestante va y le dice, dice: «Por la frecuencia de sus inmersiones, padre, yo diría que es usted baptista». —Crotty empezó a reír y estuvo a punto de escupir medio perrito. Tom Spellacy le dio una palmada en la espalda—. ¿No es una anécdota fantástica, Tom? —dijo cuando recuperó la respiración—. Tu hermano sabe contar buenas historias.

—Las cuenta bastante a menudo.

—Debes de troncharte cada vez.

Tom Spellacy asintió. No le apetecía hablar de Des con Crotty. Ni de Corinne. Sobre todo, de Corinne. No después de la noche anterior. Mira que era tonta. Se preguntó si entendería alguna vez a las mujeres. Miró su reloj. El fabricante de titeres llegaba tarde. Era un hallazgo de Crotty. Se llamaba Carrito Johnson. Tallaba y vendía muñecos de madera para las barracas de tiro al blanco de Ocean Park. Tom Spellacy sospechaba que Crotty solo quería pasar medio día en la playa. No le parecía mal. Observó cómo una pirámide de algodón de azúcar se derretía bajo el sol.

—¿Qué hacías tú en un acto de los Veteranos de Guerra Católicos?

—Era en honor de Cosmo Gentile.

—El estadista obrero —dijo Tom Spellacy en tono sarcástico. Cosmo Gentile llevaba los sindicatos de la construcción—. Cosmo el Mordidas.

Crotty hizo caso omiso de sus comentarios.

—Su sindicato construyó todos aquellos barracones durante la guerra.

—Y eso lo convierte en un veterano de guerra católico.

—Hizo un buen trabajo.

—Lo imputaron.

—Puede que lo imputaran —dijo Crotty—. Pero nunca hizo nada malo.

Tom Spellacy encendió un cigarrillo. Si quieres construir un motel, pensó, ve a ver cómo nombran a Cosmo Gentile héroe de guerra católico del año. Se preguntó qué excusa tenía Des.

—Se dio un homenaje, el bueno de Cosmo, nada más —arguyó Crotty.

—Se lo dio la Asociación de Constructores, para ser exactos —observó Tom Spellacy—. A cien dólares el cubierto, trescientos cuarenta invitados. Extorsión, creo que lo llamó el fiscal del distrito.

—Fue una cena de bienvenida a casa, Tom.

—Solo había ido al parque de Yellowstone.

—En ese parque hay un montón de osos —dijo Crotty—. Devoradores de hombres, según tengo entendido.

—Cinco días. Ese es el tiempo que pasó fuera.

—Tú vete a Catalina a pasar el día, chaval, y también te montaré un banquete de vuelta a casa —dijo Crotty—. Tus muchos amigos y la comunidad se alegrarán de verte volver al hogar sano y salvo, sin haber caído víctima de los vientos del Pacífico y de esas terribles mareas oceánicas que tienen allí. Madre de Dios, Tom, es como el mar de la China, la fosa de Mindanao y otros sitios espantosos por el estilo; eso es lo que me cuentan del viaje en barco a Catalina.

El tren de la montaña rusa de repente se lanzó por una curva a escasos diez metros de donde estaban. Por encima del estruendo, Crotty le chilló al oído:

—Evita que suban los costes de la mano de obra.

Tom Spellacy asintió y sonrió, sin dejar de mirar a las monjas que se aferraban a las barras de seguridad de sus vagones. Parecían aterrorizadas. Le proporcionaba una

Por no hablar de los periódicos. La vida y milagros de Lois Fazenda con fotos de la chica en bañador. Alguien estaba haciéndose de oro con Lois Fazenda en bañador, de eso estaba seguro. Costaba abrir un periódico sin encontrar el antiguo asesinato sin resolver de una chica, acompañado por una foto de Lois Fazenda en traje de baño y el titular: «¿DÓNDE ESTÁ LA CONEXIÓN PERDIDA?». La conexión perdida eran las tetas y el culo, eso era sencillo. Se preguntó cuántos chavales se la estarían pelando con el *Express*. Por lo menos ellos sacaban algo del asunto. No parecía haber más que callejones sin salida. Suponía que eso era bueno. Los callejones sin salida significaban más trabajo, y cuanto más trabajo hubiera, menos tiempo tendría para preocuparse por Corinne. Y por Mary Margaret. No había que olvidar a Mary Margaret. No tenía sentido apretarle las tuercas a Jack Amsterdam. Podría responder hasta del último minuto del día del asesinato. Más vale reservar eso para un caso de necesidad. Cuando me la sude y quizá me apetezca ver sudar a Jack. Había buscado en el archivo de *modus operandi* después de hablar con Brenda. Un barbero al que le gustase afeitarse coños. Un nombre. Harold Pugh. Interrogado en 1944, sin cargos. Harold Pugh figuraba en el listín del noroeste. Harold Pugh, además, estaba muerto. Accidente de tráfico. Había pasado media mañana escuchando a la viuda de Harold Pugh lloriqueando por teléfono. Sobre Harold, el padre, y Harold, el marido, y Harold, el trabajador. No hubo quejas sobre Harold. El bueno de Harold.

No había sido una mañana desperdiciada. No había pensado en Corinne ni un instante.

La montaña rusa se detuvo. Las monjas bajaron y rodearon a un anciano sacerdote que llevaba un sombrero de fieltro negro.

—Es su eminencia —dijo Crotty. Estaba tan sorprendido que no reparó en que el helado le goteaba en el traje—. ¿Qué hace un vejestorio como él en una montaña rusa?

—Lo que no hace es pagar el billete, eso seguro —respondió Tom Spellacy.

Nunca había visto al cardenal en persona, y le sorprendió lo viejo que parecía. Nada como una montaña rusa llena de monjas para hacerle dudar de su vocación, pensó. ¿Cuántos años debía de tener ya? ¿Ochenta? No aparentaba ni uno menos. Pronto estirará la pata. Más le vale a Des darse prisa para amarrar ese obispado.

—Apuesto a que también cuele a las monjas por la cara —dijo Crotty. Empezó a seguir a la comitiva del cardenal—. Iré a buscar al tipo de los títeres.

—Su eminencia no invierte en moteles este año, Frank.

—Con esa calificación crediticia que tiene, a lo mejor puede contarme un par de secretillos —dijo Crotty.

Tom Spellacy se quitó el sombrero y se sentó al sol. Veo que Des no ha venido, pensó. Probablemente esté con Dan T. Campion intentando que elijan a Cosmo Gentile como próximo papa. Miró cómo las monjas guiaban al cardenal por el paseo, pidiendo sándwiches y refrescos en los tenderetes. No vio cambiar de manos ningún dinero. Se preguntó quién cargaría con la cuenta. Probablemente alguien quiere ser

caballero papal. El refresco era solo la entrada. Habría una nueva cocina económica para el convento, una caldera y aislamiento para el desván, y probablemente una capa de pintura, de paso. En total una tarde cara, aunque, claro, llegar a caballero papal era un propósito caro. Pensó en Moira. Nunca había sido capaz de pensar en ella como en la hermana Angelina. Se preguntó si Des le había conseguido el permiso para el regreso a casa de Mary Margaret. Moira tenía que estar allí. Todo aquel helado y aquella tarta era como gracia divina para ella. Si se consiguieran indulgencias plenarias por la comida, a estas alturas Moira ya sería la madre Cabrini.

Una de las hermanas levantó del suelo a un perrillo y se lo pasó al cardenal. Tom Spellacy vio una fugaz expresión de contrariedad en el rostro de su eminencia, que luego sonrió. De mala gana. Una monja enganchó una correa al collar del perro y se la entregó al cardenal, que la sostuvo como si fuera un palo con algo malo pinchado en la punta.

Tom Spellacy se volvió. Estaba irritado consigo mismo por prestarle tanta atención al cardenal. Ya tengo problemas suficientes sin tener que preocuparme de si un chucho va a mearle en el zapato. Contempló cómo el océano batía contra la playa. Seis años en la Marina y una vida en la ciudad, y apostaba a que podía contar con los dedos de una mano las veces que había ido a nadar. Lo que pasaba era que estar tendido en la arena suponía una pérdida de tiempo. Un lugar para coger una insolación. Siempre se le quemaban los hombros, y luego se le pelaba la piel en las sábanas y se le llenaba la espalda de pecas. Una noche había intentado follarse a Mary Margaret en la playa. Cuando llevaban poco tiempo casados. Fue la última vez que ella le pidió romanticismo. La luna, las estrellas... y la arena que se metía por todas partes. Por todas partes. Fue como hacerlo con un papel de lija. Mary Margaret lloró. Aunque, claro, Mary Margaret lloraba en el dormitorio. Corinne no. Corinne se bronceaba. Corinne decía que le gustaba follar en la playa. Había muchas cosas que a Corinne le gustaba hacer y que él suponía que nunca llegaría a probar.

No después de la noche anterior.

La idea de ir a cenar fue de Tom Spellacy.

—El Windsor —propuso por teléfono.

—Por los viejos tiempos —dijo Corinne.

No le gustó cómo sonaba eso, pero lo dejó correr.

—Han pasado muchas cosas.

—¿Como qué?

—Como que ha salido el nombre de Chuckie Quinn como sospechoso.

—¿Quién es Chuckie Quinn?

—¿No se llamaba así tu primer marido?

—Charlie Quinlan.

—Ah.

—Bueno, por poco —añadió ella, en tono comprensivo—. Entiendo que alguien cometa ese error.

—El tal Chuckie estaba limpio, en cualquier caso. —Un fallo tonto. E innecesario. No había ningún Chuckie Quinn arrestado. Lo que pasaba era que siempre necesitaba un prólogo para hablar con ella. Por eso se había aferrado a un nombre. Uno equivocado. Idiota. Su segundo marido, al que mataron... ¿cómo se llamaba?—. Por lo menos no he dicho que trincamos a Homer Morris.

—No.

—Con ese también estuviste casada, ¿no?

—Sí.

—Al que mataron.

—Sí.

—En Pearl Harbor.

—Tom, no ganas puntos por acordarte de los nombres de mis exmaridos.

En eso se parecía a Des: muy liberal con las lecciones.

—Te recojo.

—Nos vemos allí. Iré en mi coche.

Y eso fue todo. Ella se presentó en el Windsor cinco minutos tarde. En su propio coche. Él ya había empezado con su segunda copa.

—Ya sé que tienes coche —dijo Tom Spellacy—. A decir verdad, tu coche me gusta más que el mío. Si la correa del ventilador funciona, me tiene que gustar cualquier coche más que el mío, si quieres que te sea sincero. Pero esto funciona así, o eso dicen: si sales conmigo, yo te recojo con mi coche. Aparco delante de tu casa, y si hay muchos negros en el barrio lo cierro con llave, porque me cuentan que en esos barrios los coches a veces desaparecen. Y toco el timbre y tú dices «¡Un minuto!», y luego abres la puerta y dices «Hola, me llamo Corinne, ¿te apetece una copa?», y yo digo «No, gracias, he reservado mesa en el Windsor a las ocho, llevamos un poco de retraso», y tú dices «Estupendo, voy a por mí abrigo», y nos subimos a mi coche. Si hay suerte, todavía tengo todos los tapacubos, y si pillo a algún cabroncete robándolos, le rompo un dedo del pie. Así es como funciona. Lo de «Nos vemos allí» es nuevo para mí. «Iré en mi coche» es otra que no había oído nunca. Calculo que la cena saldrá por treinta pavos y antes incluso de llegar me encuentro con un par de sorpresas, y eso no incluye la cuenta.

Corinne puso el bolso encima de la mesa y se dejó el chal sobre los hombros. Parecía preparada para salir corriendo.

—He venido con mi coche por un motivo.

—Me gustaría oírlo, de verdad que sí.

—No quiero follar contigo.

—Qué finura. Estuve en Antivicio en Wilshire y no tenía que pagar entrada para oír hablar así. Hablaban mucho de eso, la gente que me encontraba en Antivicio. De chupar también, ya que estamos. «Comer fuera», lo llaman en Antivicio.

Corinne colocó las manos sobre su cartera.

—Te estás bebiendo eso como si fuera agua.

—Bueno, llevo bebiendo desde las cuatro de la tarde, o sea, hace cuatro horas y diez minutos, según mis cálculos. ¿Sabes una cosa? No eres muy divertida. En mi risómetro particular, te doy un dos y medio, más o menos. Ni siquiera te llevas una caja de chokolinas Mars.

—Los Mars son de *Dr. I. Q.* El risómetro es de *Can You Top This*.

—¿Sabes qué? Que eres una tocacojones.

—Me voy —dijo Corinne.

—Inténtalo y te rompo un brazo —replicó Tom Spellacy.

Se miraron por encima de la mesa. Llegó el camarero y él pidió otro *whisky* de centeno con agua. Corinne pidió un daiquiri y la carta. Hundió el rostro en ella hasta que el camarero volvió con las bebidas.

—Tomaré el filete Salisbury.

—Ese es un nombre de cuatro dólares y cincuenta centavos para una hamburguesa —observó Tom Spellacy.

Preguntó al camarero cómo se preparaba la trucha amandine, y la ternera a la Wellington, la pechuga de capón con salsa de vino blanco, los *rognons de veau*, la *mousse* de salmón y el pollo *tetrazzini* y al final pidió filete Salisbury, otro centeno con agua para él y otro daiquiri para Corinne.

Ella no había tocado su primera copa.

—¿Quieres que volvamos a empezar? —preguntó Corinne cuando se fue el camarero.

—Venga.

Se quitó el chal y dejó el bolso junto a la pata de la silla.

—Mientras montabas el numerito con el camarero... —él empezó a protestar, pero Corinne siguió hablando—... no paraba de pensar en Charlie Quinlan. Después de que estuviera casada con él, quiero decir. No creo que haya pensado en él en años, hasta que tú lo mencionaste ayer.

—Siento haber pensado que se llamaba Chuckie Quinn, si eso es lo que te jode.

—Eso no cambia nada. No lo reconocería ni aunque fuera el camarero.

—Por Dios, estuviste casada con él.

—Durante tres años. Probablemente me lo follé setecientas veces. Aun así, no lo reconocería. —Alzó el daiquiri y, por encima de la copa levantada, añadió—: Cuando no hay nada que hacer, corto por lo sano, Tom.

—¿Siempre?

—Siempre.

—Y en eso estabas pensando.

—No —dijo ella—. Estaba pensando en que, después del divorcio, llevé ropa interior sucia durante el primer par de años, supongo que pensando que cualquier cosa que me obligara a dejarme la ropa puesta era para bien.

—Fantástico —dijo Tom Spellacy—. Verdaderamente fantástico. Te explicas la mar de bien.

Corinne contempló cómo un camarero empujaba un carrito por el comedor y luego lo miró a los ojos.

—Significa —dijo por fin— que no te estaba escuchando. Todo ese rato que te has pasado montando el numerito con el camarero y la carta, no te estaba escuchando. No me ha dado vergüenza que estuvieras armando un escándalo, estaba en otra parte.

—Pensando en tu puta ropa interior.

—Mi ropa interior sucia —matizó ella con calma.

—Porque tus bragas sucias son muy importantes.

—No —dijo ella—, lo importante es que no te escuchaba.

El sumiller les preguntó si querían vino. Corinne indicó que no con la cabeza y Tom Spellacy pidió otra copa. El camarero retiró los platos de servicio, les dio una servilleta limpia a cada uno, cambió los cuchillos y sirvió la comida. No hablaron hasta que se hubo marchado.

—Está muy bueno —observó Corinne tras dar un bocado.

—Riquísimo —dijo Tom Spellacy.

Su plato seguía intacto.

—Solo tengo una regla para los restaurantes.

—A ver cuál es.

—Nunca comer pescado en un restaurante en el que la carta ponga: «De la despensa de Neptuno». Ya sabes, con dibujitos de sirenas y tal.

—¿Por qué?

Corinne parecía sorprendida.

—Es lo que me dijo alguien una vez.

—No tienes mucha conversación que digamos, cuando no hablas de follar.

Corinne sonrió de oreja a oreja, como si le acabara de contar un chiste. Bebió un trago de agua y luego se inclinó por encima de la mesa, sin dejar de sonreír.

—He dejado el piso. Es otro motivo por el que he traído mi coche.

—Serás fácil de encontrar.

—He dejado tus cosas en una caja al lado de la puerta. Puedes recogerlas y dejarle la llave al portero.

—Los *slips* me la sudan.

La sonrisa del rostro de Corinne no vaciló. Apoyó el mentón en un dedo con absoluta calma, y Tom Spellacy comprendió que iba en serio y que no podía hacer que se echara atrás. «Siempre corto por lo sano». No era muy bueno para el orgullo, pero en cierta manera que no deseaba reconocer suponía un alivio. Cogió su tenedor y su cuchillo y empezó a comer.

—Vas a abortar.

Fue una afirmación, no una pregunta.

Ella asintió.

Tom Spellacy pensó en el corte que le había hecho Brenda a Lucille Cotter y se preguntó si no debería darle el nombre de un buen especialista. Un especialista seguro. Cuando estaba en Antivicio de Wilshire, se sabía los nombres de todos los especialistas seguros, los ginecólogos que habían perdido sus licencias por vender morfina o por una mujer y que no empinaban el codo. Los buenos especialistas que usaba el Ayuntamiento, el departamento de policía y la oficina del fiscal del distrito. Un pequeño aborto para abortar un disgusto...

—Tom —dijo Corinne.

Se le antojó que estaba sonriendo como un pasmarote y se preguntó si el alcohol empezaba a subírsele a la cabeza.

—No ha cambiado nada excepto que se acabó, y estás aliviado.

—Siempre podríamos...

Tom Spellacy no pudo seguir. ¿Siempre podrían qué? No sabía qué decir.

Comieron en silencio.

—No te preocupes —dijo ella al cabo de un rato. A él no se le había pasado por la cabeza preocuparse. Corinne captó su expresión de sorpresa y añadió—: Aunque tampoco creo que te consuma la preocupación.

—Sabes todas las respuestas —dijo él.

—Ese siempre ha sido mi problema. Para cuando sé todas las respuestas, se ha acabado. —Dobló su servilleta hasta formar un triángulo perfecto—. Ahora mismo, por ejemplo, estás avergonzado. Crees que se te nota el alivio.

Tom Spellacy no respondió.

—Pide una bomba de chocolate —sugirió ella—. Una segunda taza de café. Cambia de tema. ¿De qué hablamos?

Tom Spellacy quitó con esmero el papel de un terrón de azúcar, evitando su mirada.

—Tu hermano —sugirió Corinne.

—Mi hermano no tiene nada que ver con esto.

—Ya lo creo que sí. No sabes por qué, pero siempre culpas a tu hermano.

—Déjalo, Corinne.

Acabar el café, pagar la cuenta, dar propina al aparcacoches. Se preguntó si llevaba calderilla suficiente para los dos coches. Se preguntó si se darían la mano o si mejor le daba un beso en la mejilla. Tanteó en su bolsillo. Llevaba dos de veinticinco centavos.

—Déjale tú a él. Quieres que sea igual que tú. Quieres demostrar que es igual que tú. Eso es lo que no entiendes. Lo es. Igual que tú. Es tu hermano.

Al final siempre se llegaba a Des.

Corinne sacudió su servilleta y la dejó sobre la mesa.

—Sé como yo —dijo, y luego sonrió—. Ten siempre esperanza. He cortado tantas veces por lo sano que más me vale.

Las monjas se subían en tropel al tiovivo. Tom Spellacy vio que algunas intentaban convencer al cardenal de que subiera a la atracción. El prelado levantó las manos y sacudió sin parar la cabeza para decir que no. Sostenía una bolsita de cacahuets en una mano y tenía trozos de cáscara pegados al traje negro. El tiovivo arrancó, y mientras cogía velocidad el cardenal saludó con gesto cansino a las monjas. Después se volvió y caminó poco a poco hasta un banco. Pareció sentarse por partes. Despidió a sus ayudantes y se quitó el sombrero de fieltro. Su piel blanca empezaba ya a ponerse rosada por el sol. Desde la sombra de un puesto de perritos calientes la madre superiora y un cura joven y dos seglares de mediana edad lo observaban con la misma intensidad con que las enfermeras vigilaban a un paciente en una cámara de oxígeno. Uno de los seglares hizo un amago de acercarse y el cardenal lo ahuyentó con un gesto irritado. El diminuto terrier se acomodó a los pies del prelado. Por un momento, Tom Spellacy pensó que le iba a pegar una patada.

Al viejo cabrón le gusta estar solo, pensó. Era una noción interesante. Intentó imaginarse al cardenal quitándose de encima a Des. No. Eso no pasaría nunca. Des se adelantaría.

Yo no me adelanto, ese es mi problema. Conmigo, la gente corta por lo sano. Corinne. Brenda. Hasta Mary Margaret, que entraba y salía de Camarillo sin pedir siquiera permiso. En el aparcamiento del Windsor, Corinne lo había abrazado durante un momento. Después le había dado ella misma la propina al aparcacoches.

Medio dólar.

Vio que Crotty se acercaba por el paseo de tablones, por delante de un anciano que tenía aspecto de no haberse bañado en un mes. El viejo empujaba un carro de la compra lleno de dianas de barraca de tiro al blanco talladas. El cardenal contempló el espectáculo que ofrecía el anciano y por un momento Tom Spellacy pensó que Crotty iba a pararse a presentarlos. Un poquito diferente de Dan T. Champion, Cosmo Gentile y los demás seglares católicos destacados con los que trata, eso seguro. Lo único que sabía del viejo era que tallaba muñecos y paseaba su carro de la compra de punta a punta del estado, y que se llamaba Carrito Johnson y que había dejado para Crotty el mensaje de que conocía al asesino de Lois Fazenda y estaría ese día en Ocean Park vendiendo muñecos a las barracas de tiro al blanco. Crotty ya se había topado con él otras veces. Debía de tener cien años, había dicho Crotty, y olía como si usara mierda de perro como loción de afeitado. Un traperero, los llamábamos antes, o un pordiosero, tal vez, si aquel día no estábamos de buenas, pero se entera de cosas, porque va de un lado a otro todo el tiempo, y a veces es útil.

Carrito Johnson cogió un Camel del paquete que Tom Spellacy le ofreció. Encendió el cigarrillo, dio una honda calada, apagó la cerilla de un soplido y después se guardó el paquete en el bolsillo de la camisa.

—Vivo como nadie —dijo Carrito Johnson sin que nadie le preguntara—. No pago alquiler. Duermo en mi tiendecita de campaña al lado de la carretera. Hago mi comida y mi colada. Tallo mis dianas y lavo mi ropa todos los sábados.

—Hoy debe de ser viernes, entonces —comentó Tom Spellacy.

—Así es —dijo Carrito Johnson—. Ni facturas, ni impuestos ni preocupaciones. Si necesito algo de dinero, siempre puedo vender medio litro de sangre. AB negativo. Siempre hace falta. Una vez conocí a un tipo que tenía una úlcera que sangraba y quería tenerme siempre a mano. Cien por semana, tres comidas calientes, catre y una chacha negra a tiro. «No, señor», le dije, «no me atrae. Me gustan los espacios abiertos».

Tom Spellacy había oído rollos peores. La repetición continua lo había pulido y estaba seguro de que Carrito Johnson podía recitarlo al menor asomo de una comida caliente. Era el rollo de un hombre acostumbrado a pagarse la cena cortando leña, haciendo faenas de la casa o fregando platos.

—Siempre en marcha, viendo sitios nuevos y conociendo a gente nueva —prosiguió Carrito Johnson—. Se me conoce de Crescent City a Calxico. Una vez conocí a un tipo en Crescent City, conduce un Studebaker, XYL 468, un chavalín de noventa y un años, que se casó con un bomboncito de catorce. Hay gente que nunca se rinde.

—Y hay gente que ya no rinde —dijo Tom Spellacy.

Sabía que no serviría de nada meter prisas a Carrito Johnson. Llegaría al meollo a su ritmo. Entretanto, a disfrutar del sol. Sería un viaje en balde, de cualquier forma.

—Así es —corroboró Carrito Johnson—. ¿Qué más puede pedir un hombre? Solo gasto en zapatos. Destrozo un par cada dos o tres semanas. La única molestia son las hormigas y las moscas. Pero qué coño, todo el mundo tiene moscas alguna vez.

Tom Spellacy sacó una libreta de su bolsillo.

—Será mejor que tome nota de esto, Frank. Se lo quiero leer a Fuqua. —Escribió la fecha, «Ocean Park», «Carrito Johnson», «de Crescent City a Calxico» y en voz alta repitió: «Pero qué coño, todo el mundo tiene moscas alguna vez».

—Exacto —dijo Carrito Johnson.

—Exacto —dijo Crotty.

—Vi a su asesino —anunció Carrito Johnson.

—Eso sería de gran ayuda —dijo Tom Spellacy.

—No quiero ninguna recompensa —prosiguió Carrito Johnson—. Si tuviera una recompensa, a lo mejor no querría llevar esta vida al aire libre. Lo mío es coger carretera y manta. Nada de automóviles. Una vez tuve un Reo. YNJ 021. Con ese automóvil tuve un problemilla por culpa de la ley de trata de blancas. Lo dejé. Carretera y manta, la vida al aire libre. Si no hubiese llevado esta vida al aire libre, no habría encontrado a su asesino, ¿verdad?

—Verdad —dijo Tom Spellacy.

—Allá en el cuartel de El Segundo —explicó Carrito Johnson.

—Está abandonado —señaló Tom Spellacy.

—Desde el cuarenta y cuatro —confirmó Carrito Johnson—. Es la primera vez que paso por ahí desde que tenían el antiaéreo instalado. Buenos chicos. Me daban

los condones que les sobraban. Los vendía en una casa de Calexico. Uno lo usé. Un bomboncito mexicano con un diente de oro. Tenía un carricoche muy chico, NDS 465. La pera, una puta mexicana con coche. —Sacudió la cabeza con brío y sonrió. Los dientes que le quedaban estaban verdes de podredumbre—. Joder. Esa fue la última vez. No se presentan muchas oportunidades al aire libre. A mi edad, tampoco tengo tantas ganas, ya me entiende.

—Fuqua no lo entenderá —dijo Crotty.

—Estaba rebuscando por los bidones de ceniza de El Segundo, como suelo hacer, buscando botín. Hay quien lo llamaría basura, pero yo lo llamo botín. Nunca se sabe lo que puedes encontrar. Aunque tampoco había nada que valiera gran cosa. Una tetera agujereada, una Biblia con todas las páginas arrancadas, para liar pitillos, supongo, un par de velas gastadas, varias latas vacías que los perros ya habían lamido, una ratonera con un amiguete atrapado, con el cuello partido limpiamente; poco más. Andaba rebuscando cuando aparece un tipejo tan silencioso que no lo oigo llegar y me dice: «Largo». Casi me muero del susto. Me doy la vuelta y veo que lleva pinchada una rueda del coche, un reluciente Ford pequeño del 36, VOM 399, y le digo: «Soy un fiero poniendo parches, deje que le ayude con su pinchazo, peregrino».

Carrito Johnson se rascó el hombro con vigor y luego metió la mano dentro de la camisa y sacó un pequeño insecto que sostuvo entre dos dedos sucios.

—¿Saben lo que dijo?

Crotty sacudió la cabeza, con la vista puesta en el bicho.

—«Largo».

Tom Spellacy se dio un golpecito en la palma de la mano con el lápiz.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo —respondió Carrito Johnson, mientras daba la vuelta al insecto con el índice—. Apuesto a que he caminado más de cien mil kilómetros en mi vida, y es el primer hombre que he conocido que no quisiera ayuda con su rueda pinchada. Cuando uno tiene mi ojo para la naturaleza humana, sabe que un tipo así tiene que ser malo.

Tom Spellacy dobló la libreta y guardó el lápiz en el bolsillo de su camisa.

—Si alguna vez pincho, Carrito, espero que andes por ahí cerca.

Carrito Johnson dijo:

—No llevaréis tabaco.

—En el bolsillo de tu camisa —respondió Tom Spellacy.

—Cierto —dijo Carrito Johnson—. ¿Queréis comprar unas dianas? Debéis de tener una galería de tiro en la comisaría.

Crotty le dio un billete de cinco dólares.

—No vayas a favor del viento, Carrito.

Carrito Johnson metió el billete en una vieja bolsa de papel y empezó a empujar su carro de la compra por la acera. Crotty observó cómo se alejaba.

—Qué coño —dijo al cabo de un rato—, un tipo que no quiere que le parcheen la

rueda podría ser malo.

—Díselo a Fuqua, Frank, cuando reclames los cinco pavos.

Crotty se encogió de hombros.

—Ya que estoy por aquí, tengo unos negocios que debería revisar en Culver City.

Tom Spellacy se preguntó si los socios chinos de Crotty sospechaban tanto de él como él de ellos. Sabía que Crotty salía a comprobar las facturas de la obra del motel todos los días. No le hubiera sorprendido que Crotty tuviera a Carrito Johnson curioseando por Culver City, echando un ojo a los chinos. Era una manera de explicar aquella excursión inútil.

No. Probablemente no. No estaban yendo a ninguna parte, y Carrito no era peor que cualquier otra de las pistas que tenían. Quedaría bien en la prensa, y eso era lo que a Fuqua le interesaba. Ciento treinta y siete personas interrogadas, seiscientos doce seguimientos de pistas telefónicas, noventa y una prendas de ropa catalogadas y Dios sabe cuántas horas de trabajo invertidas. Los números eran lo que importaba, no que las pistas no llevaran a ninguna parte y que todas las personas interrogadas valieran lo mismo que Carrito Johnson.

Nada.

Caminó hasta el final del embarcadero. Crotty tiene razón, pensó. Ni me va ni me viene quién se cargara a esa chica. Algún pirado. Y un pirado más o menos no va a suponer una gran diferencia. Siempre habrá alguien haciendo cola para ocupar el lugar del pirado.

Se preguntó con quién cenar. Hasta Des sería una buena opción. Mejor que hacer el tonto en la cocina de Chester Hanrahan. Con todos los electrodomésticos que no sé usar.

Des sería mejor que estar solo.

De repente notó mojada la pernera del pantalón, bajó la vista y vio que el diminuto terrier del cardenal le estaba meando en la pierna. Con un gesto rápido pisó la correa suelta del perro para impedir que escapara. Lo levantó y, por un momento, pensó en lanzarlo al océano. El chucho empezó a ladrar y le cerró el hocico con la mano y miró la placa del collar con su nombre. Trigger. Un nombre de mierda para un perro.

El cardenal seguía sentado a solas en el banco.

—Ni que decir tiene —dijo Hugh Danaher, sosteniendo la correa del perro todo lo lejos que daba su brazo—, que no esperaba conocerlo de esta manera, teniente. —Miró la pernera mojada de los pantalones de Tom Spellacy y, a su pesar, rompió a reír—. Supongo que no conocerá a mucha gente que se ría de los policías.

Tom Spellacy sacudió la cabeza.

—Es el privilegio que va con la ancianidad y un sombrero rojo. —La risa del cardenal degeneró en una tos que lo dobló por la cintura. Al instante la madre superiora apareció a su lado y pidió a Tom Spellacy que se fuera. Hugh Danaher la ahuyentó con la mano—. La madre Bernadette es buena mujer —señaló al recobrar la

calma—; pero cree que si muriera en la excursión anual de las Hermanas de la Caridad, el papa la excomulgaría. —Se secó los ojos con un pañuelo—. Hace falta cierto ensimismamiento para estar en el convento.

—Mi hija es monja.

—Su hermano no lo ha mencionado nunca. Espero no haberle ofendido.

—No.

Cómo iba a ofenderme. Moira siempre había pensado que, cuando comulgaba, el mundo se encontraba en estado de gracia divina.

—Ha sido una indiscreción. La clase de comentario que hago a monseñor Spellacy. —Miró fijamente a Tom Spellacy—. Lo que debe de significar que son muy parecidos.

—Me lo dicen mucho.

Demasiado, joder.

—Aunque parezca raro, me gustan estas excursiones. Me gusta estar con las monjas. Son almas sencillas, pero fervientes católicas. En cierto sentido, un día así es como llevar otra vez una parroquia. Impera un sistema de trueque, y no las altas finanzas. Las hermanas se lo pasan bien y yo puedo convencer a nuestros hermanos laicos más afortunados de que... cancelen la hipoteca, pongamos.

—Apuesto a que usted también tiene que hacerles algún favorcillo.

El cardenal guardó silencio durante un momento.

—Es menos ambiguo que su hermano.

—El mundo es así.

—Pero los dos llegan a las mismas conclusiones. —El cardenal se tocó con cuidado la zona de la frente que el sol había quemado—. ¿Juega usted al golf?

—No.

—Es un juego extraño. Los que quieren algo jugando con los que tienen algo.

No estaba hablando del par o el putt, de eso Tom Spellacy estaba seguro. Se preguntó adónde quería ir a parar el cardenal.

—Des juega bien a ese juego.

—Sí.

Tom Spellacy respiró hondo.

—Apuesto a que usted también.

Hugh Danaher sonrió.

—Yo no juego.

—A lo mejor no con los palos de golf. —Sostuvo la mirada del cardenal. Era como si Hugh Danaher lo retase a continuar—. Pero a lo otro bien que juega.

El cardenal lo miró durante un largo rato antes de hablar.

—Quizá no tan bien como su hermano.

—Eminencia, eso no se lo cree usted ni loco.

El cardenal echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Es más impertinente que monseñor Spellacy. Supongo que tendré que

soportarlo, dado que mi perro se ha desahogado en sus pantalones.

El terrier estaba lamiendo los zapatos del cardenal.

—Es un regalo de los sacerdotes de la archidiócesis —explicó Hugh Danaher—. Con motivo de mi quincuagésimo aniversario en el sacerdocio.

En otras palabras, queda cerrado el tema de Des, pensó Tom Spellacy.

—Yo pegaría una patada a cualquiera que me regalase un perro.

—Aaah —dijo el cardenal—. Una solución que, por desgracia, no resulta viable para un hombre de mi edad o posición. —Hizo un intento de acariciar al perro con el pie—. Se llama Trigger. Como el caballo de Roy Rogers.

—Sí, eminencia.

—Un nombre repugnante.

Tom Spellacy asintió.

—Se lo puso Leo Sweeney. El padre Sweeney. El pastor de la Iglesia del Redentor. Conoce a Roy, al parecer. —El cardenal volteó al perro con la punta del pie—. Y a Dale.

Trigger olisqueó el dobladillo de los pantalones del cardenal.

—Una vez Leo Sweeney propuso tirar en paracaídas el Catecismo de Baltimore sobre Rusia, a modo de octavillas. «Para los campesinos», dijo. «¿Sabes inglés?», pregunté yo. «Dios Todopoderoso encontrará una manera», dijo. «A lo mejor con un curso Berlitz», dije yo. «Podemos lanzar los discos en paracaídas con los catecismos». «Una gran idea», dijo Leo. «Rezaré a san Leo todas las noches». —El cardenal contempló su mascota con desagrado—. Al parecer, san Leo le dijo que desviara su atención hacia los perros. El cocker spaniel de san Leo se llamaba Trigger, me cuentan.

No me extraña que venga a Ocean Park, pensó Tom Spellacy. Tiene a los cretinos por un lado y a los chanchulleros que juegan al golf por el otro. Las hermanas le dan un poco de paz. No han oído hablar nunca del par y no conocen a Roy Rogers, ni a Dale.

—Debo hacer una confesión —dijo el cardenal—. El asesinato es un vicio secreto que tengo. Es uno de los motivos por los que quería conocerle. ¿Lee a Chesterton?

Tom Spellacy sacudió la cabeza. El cardenal era una caja de sorpresas.

—Las historias del padre Brown, no la teología. Su teología es ilegible. —El cardenal se abanicó con su sombrero—. En realidad creo que, si pudiera revivir mi vida, la consagraría de todas maneras a la Iglesia, pero de buena gana renunciaría a mi sombrero rojo por ser el padre Brown. —Se volvió hacia Tom Spellacy—. Es un detective.

—Yo también. Eso me lo había figurado.

—Lo siento, he sido condescendiente.

Tom Spellacy sonrió. Le caía bien aquel viejo cabrón. Y estaba seguro de que podía ser un cabrón. Pero sin duda alguna mejor jefe que Fuqua.

—¿Por qué quiere ser detective?

—Sacerdote-detective —corrigió el cardenal—. Pesquisas después de vísperas. Sexo y dinero, las debilidades humanas que se le niegan a un religioso pero están abiertas, al menos de forma indirecta, para el sacerdote-detective.

—Las historias de detectives no son como la vida real —observó Tom Spellacy. Dudaba que el padre Brown conociera alguna vez a alguien como Carrito Johnson. O se topase con una víctima con un cirio metido por la vagina—. No encuentro muchos fiambres en la rectoría.

—Y el padre Brown nunca llama «fiambre» a un cadáver.

—Ya lo ve.

Un grupo de monjas se acercó corriendo por el paseo de tablones hacia el cardenal, que suspiró y se puso el sombrero con firmeza.

—Tengo la sensación de que hubiera sido usted impertinente, teniente Spellacy, aunque Trigger no se hubiese portado mal.

—Me alegro de que lo hiciera, eminencia.

El cardenal se puso en pie. Las monjas se mantuvieron a cierta distancia, para no interrumpir. Los dos hombres se dieron la mano.

—¿Puedo preguntarle qué hacía hoy aquí? —dijo el cardenal.

Tom Spellacy se lo contó.

—Esa pobre chica —lamentó el prelado—. Leí en el periódico que estuvo comiendo comida china antes de morir.

—Rollitos de primavera.

—El padre Brown apreciaría eso.

—Sería lo único, en este caso.

—Es una pista, entonces.

—De momento, la mejor que tenemos.

Cuando Hugh Danaher se marchó, Tom Spellacy cayó en la cuenta de que no se había arrodillado ni besado su anillo.

Tampoco el cardenal se lo había ofrecido.

CAPÍTULO DIECISIETE

Hugh Danaher se acomodó en el asiento de atrás de su coche y cerró los ojos. Se alegraba de estar a solas. El viaje en la montaña rusa casi lo había matado. Se colocó la mano sobre el corazón. Había dejado de latir, de verdad, durante varios segundos. Una sonrisa se extendió poco a poco sobre su cara larga y delgada mientras intentaba imaginarse al nuncio apostólico explicándole al Santo Padre cómo había muerto. Todos esos años al servicio del Vaticano no habrían preparado al nuncio para hacer un esquema de una montaña rusa. Durante un segundo fugaz, el cardenal se imaginó al papa y al nuncio apostólico en un rizo de montaña rusa. La Herejía Danaher, pensó, quítatelo de la cabeza.

Pensar en el cróquet. Un juego sedentario. Lo practicaba una vez por semana con Samuel Goldwyn. Una partida tranquila, solos ellos dos. Las grandes partidas en las que había dinero de por medio, con David Niven y Gary Cooper, Goldwyn las organizaba en domingo, pero el cardenal por lo general tenía una ordenación o una confirmación. En cualquier caso, nunca había estado del todo seguro de quién era David Niven. «*La Pimpinela Escarlata*, Danaher, *La Pimpinela Escarlata* —le decía Samuel Goldwyn—; cuatro millones de recaudación nacional, ese es David Pimpinela». Al cardenal le divertía que se llamaran uno a otro Goldwyn y Danaher. Hacía casi sesenta años que nadie lo llamaba Danaher a la cara, y ni en broma pensaba poner un «señor» delante del apellido de Goldwyn. Sobre todo a la vista de que podía ganarle al cróquet de forma regular. Ese golf que practicaba monseñor Spellacy era un juego muy tonto. Un juego para elementos sospechosos. El cróquet no era así. Un príncipe de la Iglesia cara a cara con un faraón del cine. De Cracovia al cróquet en dos generaciones. De Kerry al cróquet, en su caso. Era una manera de verlo. Otra era que se trataba de dos ancianos disfrutando del sol. Y el cardenal cada vez lo sentía más de ese modo. Viejos amigos muertos o moribundos, la generación siguiente obsequiosa ante el sombrero rojo. El príncipe y el faraón. Dos ancianos jugando al cróquet.

—He registrado «La Golfa Virgen» como título —le había dicho Samuel Goldwyn la semana anterior—. ¿Qué le parece, Danaher?

—Le echaré encima a la Legión de la Decencia —replicó el cardenal.

—«La Golfa Inocente», ese también lo he registrado —prosiguió Samuel Goldwyn—. E «Inocencia».

—Mejor, Goldwyn, mejor —dijo el cardenal—. Qué nombres se ponen ahora. Es culpa de la guerra, creo yo. Hoy día no puede uno coger un periódico sin leer sobre una «chica sexy».

—«Mexicana explosiva» es otra descripción que se lee mucho —observó Samuel

Goldwyn.

El cardenal contempló a través de la ventanilla del coche un edificio de oficinas que se estaba construyendo en Olympic Boulevard. Otra caja fea. Había tantos cambios que asimilar... Edificios feos, coches feos, personas feas. Cogió el periódico que su chófer le había dejado bien doblado en el asiento de atrás. Más cambios. Hasta el *Express* anunciaba: «HORMONAS - Masculinas y Femeninas - Auténtica Testosterona - Prospectos Gratuitos - LA FARMACIA DE LAS HORMONAS». Dios mío, qué clase de persona iría a la Farmacia de las Hormonas.

La historia de Fazenda seguía en primera plana:

Fuentes cercanas a la investigación revelaron en exclusiva al *Herald-Express* que la señorita Fazenda era una «buscadora de romances» que usaba su inocente belleza para provocar en sus docenas de amigos varones lo que las fuentes denominan «un frenesí».

No era la clase de asunto que se encontraría el padre Brown. En una época más feliz a la chica la habrían llamado algo del estilo de La Dalila Lila. La Golfa Virgen. El nombre le daba escalofríos. Al igual que su descripción. Hasta el último lunar, cicatriz o verruga. «Una verruga grande en el centro de la nuca más o menos a la altura de la línea de los hombros, dos pequeñas verrugas dos centímetros a la derecha de la primera, una verruga pequeña a la derecha de las citadas alrededor de un centímetro más arriba, dos verrugas a la izquierda del eje central del cuello sobre el hombro, una verruga en la espalda más o menos dos centímetros a la derecha de la línea medial». El cardenal se preguntó quién se fijaría, recordaría o daría siquiera importancia a la distribución de las verrugas. Se persignó con rapidez. Uno de los hombres en los que provocaba frenesí, por supuesto. Quien también recordaría: «Piernas depiladas por debajo de la rodilla. Axilas depiladas. Todas las uñas en carne viva de mordérselas».

Era el morderse las uñas lo que hacía a Lois Fazenda tan atractiva. Una Dalila Lila hubiera sido perfecta, y era difícil sentir piedad por la perfección. Intentó adivinar qué temor nervioso la había llevado a morderse las uñas. Él se hacía la manicura. Una pequeña vanidad que había adoptado a los setenta y dos años cuando estuvo en Roma para su investidura en el Colegio Cardenalicio.

Hizo un voto. Se acabaron las manicuras. Y una misa por el reposo del alma de la chica. Y un rosario extra todos los días por las horas que había perdido haciéndose cortar, pulir y retocar las uñas.

El cardenal se encogió de forma involuntaria. Se imaginó la reacción del teniente Spellacy a ese voto. Se acabaron las manicuras, desde luego. Se parecían mucho, los dos hermanos. Ambos tenían la capacidad de hacer que los demás se sintieran pequeños, miserables incluso. No era tanto que los Spellacy se considerasen superiores, sino más bien que su instinto para lo inferior resultaba infalible. Y los dos, cada uno a su manera, sabían que lo inferior a menudo resultaba útil. El cardenal estaba seguro de que no se llevaban bien. Era lo normal entre personas sin ilusiones.

Deseó haber hablado más sobre Lois Fazenda con el teniente Spellacy. Esa chica le hacía sentirse muy incómodo. Era como un nubarrón oscuro que parecía dispuesto a descargar su lluvia en cualquier momento sobre la archidiócesis. Primero los Protectores de los Pobres. Ese idiota de Rubén Aguilar. Bueno, no haría ningún daño a nadie en el Consejo Católico Interamericano de Ciudad de México. Desmond Spellacy tenía razón. Había vaticinado que monseñor Aguilar lo creería un ascenso. Y Jack Amsterdam. El cardenal no podía soportar a Jack Amsterdam. Y nunca había podido. Pero no puedo culpar de él a monseñor Spellacy, pensó. Todos sabíamos lo que era; pero ofreció un trato tan bueno que hizo fácil creer en el poder infinito del arrepentimiento. A lo mejor por eso a Desmond le está costando tanto librarse de él. Por lo conforme que me mostré a usarlo en un principio.

Aun así, era impropio de monseñor Spellacy andarse con tantos miramientos. Podía ser absolutamente implacable. Una serie de pastores errados podía dar fe de ello. Y hasta un prelado visitante: su eminencia el cardenal Miljenko Caratan, exobispo diocesano de Belgrado, purgado por Tito y expulsado de Yugoslavia por los rojos. Había viajado a Estados Unidos para realizar una gira de conferencias por todo el país y recaudar fondos para luchar contra los comunistas. Seamus Fargo le había invitado a hablar en San Basilio. Absoluta, categórica e inequívocamente no, dijo monseñor Spellacy. El cardenal sonrió al recordar la visita que le había hecho Seamus a propósito de aquello. Naturalmente, había acusado a monseñor Spellacy de ser un pardillo atolondrado. Fue una pena ver a Seamus abrumado, pero había que bajarle un poco los humos. Había que recordarle quién dirigía la archidiócesis. Pobre Seamus. Aquella expresión petrificada en su cara al examinar la documentación que monseñor Spellacy había solicitado y obtenido del OSS y que mostraba lo bien que se había entendido el cardenal Caratan con los nazis antes de que Tito tomara el poder. Cuánto le gustaba al cardenal Caratan que le hicieran fotos. En una cena a la luz de las velas con Eva Braun. Plantado junto a Heydrich en el palco de un desfile mientras el gauleiter hacía el saludo nazi. Por supuesto, Seamus se echó atrás. En lugar de lo que proponía se fue a un retiro con el cardenal Caratan. Eso no se lo perdonará a monseñor Spellacy, pensó el cardenal. Sabe que fui yo quien hizo saltar la trampa, pero sospecha que fue Desmond quien la montó. Prefiere pensar que a mí hubo que convencerme. Los dos somos demasiado viejos, Seamus y yo. Dos ancianos retorcidos a los que no les gusta que les contradigan.

Claro que a Desmond tampoco le importó ayudarme a poner a Seamus en su sitio. Siempre ha tenido un don para hacer enemigos. A veces creo que los cuelga como trofeos. Y por eso tenía que haber algún motivo por el que se estuviera moviendo tan despacio con el asunto de Amsterdam, que debería ser tan sencillo. Tenía que haber unos cables de conexión en alguna parte, pensó el cardenal. Se preguntó si el teniente Spellacy no tendría quizá alguna información que estuviera dispuesto a compartir. No. No era de esos. A menos que hubiera algo que ganar.

El coche del cardenal enfiló Fremont Place. Por un instante Hugh Danaher se

preguntó si el teniente Spellacy sería un cable conector.

Cogió el periódico y miró la fotografía de Lois Fazenda con su vestido árabe de extra. Qué fuente tan improbable de problemas.

El cardenal sentía hasta el último segundo de sus ochenta años. Me pregunto si me quedan fuerzas para ser implacable, pensó. O si viviré lo suficiente.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Esa misma noche, en la casa de Dan T. Champion en el parque Hancock, Peg Champion sirvió *corned beef* y col para cenar.

—La comida favorita de Dan, monseñor —dijo Peg Champion. Era una mujer delgada y nerviosa que siempre parecía resfriada. Nunca le faltaban un jersey sobre los hombros y un pañuelo hecho una pelota en la mano. Desmond Spellacy sospechaba que Peg Champion lloraba mucho—. Todos los miércoles quiere su *corned beef* y su col.

—El viernes es el día del pastel de crema de Boston —explicó Dan T. Champion.

—Porque el atún a la cazuela no llena mucho —dijo Peg Champion, que se sonó y añadió a través del pañuelo—: Es el plato del viernes.

—Es una chica estupenda, Des —dijo Dan T. Champion.

Apenas había abierto la boca desde que se sentaron a cenar. Había permanecido con la mirada perdida mientras Desmond Spellacy hablaba con su mujer. Habían comentado las fiestas de guardar una por una. Peg Champion dijo que su favorita era la Asunción, porque era la única que se celebraba en verano.

—Una persona de costumbres —añadió Dan T. Champion—, igual que yo.

—Veintinueve años el próximo treinta y uno de mayo, monseñor —anunció Peg Champion—. Tengo pensado un asado de costilla.

—En los cumpleaños y aniversarios siempre toca asado de costilla —dijo Dan T. Champion—. Cuando Peg me dice que va a preparar un asado de costilla, sé que me conviene comprar un regalo.

La risa de Dan Champion compitió en volumen con la nariz de Peg al sonarse.

—Has dicho que querías estar a solas con el monseñor —dijo Peg Champion.

—Una idea estupenda —dijo Dan T. Champion—. En el estudio, Des.

El estudio. Desmond Spellacy tenía malos recuerdos del estudio. Era donde Dan T. Champion dejaba a un lado los miramientos. Café y *brandy* en el estudio significaban que Dan T. Champion tenía algo en mente. La última vez que Desmond Spellacy había entrado en ese estudio, Peg Champion había estado llorando. Fue antes de que su hija Maureen se casara. Maureen era la hija única del matrimonio. «Pálida» era la única descripción que se le ocurría a Desmond Spellacy para Maureen Champion. Ojos pálidos, pelo pálido, tez pálida. No causaba mucha impresión. Era como un pastel de crema de Boston muy grande. Pálida y embarazada de dos meses. Motivo por el cual Peg Champion lloraba en el pasillo a la puerta del estudio.

—Lo que me molesta no es que esté encinta —había dicho Dan T. Champion—. Es un poco feo decirlo de tu propia hija, Des, pero la única manera que tenía de casarse era quedarse encinta primero. Puede que parezca una rosquilla de gelatina, mi

Maureen, pero no tiene un pelo de tonta.

—No —había dicho Desmond Spellacy.

No estaba muy seguro de qué pintaba él allí y, dadas las circunstancias, «no» parecía lo más seguro mientras la situación siguiera preñada de incógnitas. Una expresión que, dado el motivo de su presencia, tal vez no fuera muy afortunada.

—Si se casa, sabe que cuidaré de ella —dijo Dan T. Champion—. De ella y del zoquete que la dejó así. Es gasolinero.

—¿Qué?

—Gasolinero. En una estación de servicio. Signal Oil. Ni siquiera es el dueño, joder. El chaval que te limpia la mierda de pájaro del parabrisas, eso es él. —Dan T. Champion había dado un puñetazo en la mesa—. Tendrás que perdonarme, Des, estoy alterado.

—Sí.

Otra respuesta perfecta. Había dicho «no» y había dicho «sí». Le quedaba el «quizá».

—Necesito tu ayuda, Des.

No para los trámites de anulación de la custodia. No para la logística de dar al crío en adopción a una institución católica. El matrimonio se celebraría. Dan T. Champion se aseguraría de ello. Y el matrimonio sobreviviría, si el zoquete sabía lo que le convenía. Lo que preocupaba a Dan T. Champion era cómo anunciar el matrimonio en los periódicos. Cuál era el mejor modo de presentar al yerno de Dan T. Champion, caballero de Malta, célebre abogado, líder cívico, presidente de comisiones, asesor de obispos.

—Tienes que pensar en alguna manera de llamarlo, Des. Aparte de tarugo. Aparte de gasolinero de Signal Oil.

—Algo que quede bien en las páginas de sociedad, es lo que quieres decir —dijo Desmond Spellacy.

A Dan T. Champion le había pasado por alto la ironía en su voz.

—Eso es —había dicho.

Lo terrible es, pensó Desmond Spellacy, que Dan sabe con quién está hablando. Jamás pediría mi opinión sobre un asunto de dogma o una interpretación de las encíclicas papales. La idea misma le hacía gracia. Si Dan T. Champion hubiera estado en el Concilio de Trento, su único interés habría sido quién se llevaba los contratos de obra.

—Creo que lo tengo —había dicho Desmond Spellacy—. Un representante minorista franquiciado de la Signal Oil Company.

—¿Qué demonios significa eso?

—Es una manera bonita de decir que pone gasolina.

—Dios, eso es de gran ayuda, Des.

El estudio.

El estudio significaba problemas.

Dan T. Champion sirvió dos copas de *brandy*. Desmond Spellacy reparó en que había derramado un poco en la bandeja de plata.

—He estado pensando en Jack —dijo Dan T. Champion—. Es algo espantoso que usara a los Protectores de ese modo. —Se le estaba perlando la frente de sudor—. Lo sabes de buena tinta, ¿verdad?

Desmond Spellacy asintió.

—Tu hermano el policía, supongo.

Desmond Spellacy dio un sorbo a su *brandy*.

—Es estupendo cómo cuida de la Iglesia, tu hermano el policía. Es un católico estupendo, estoy seguro. ¿Dónde está ahora, en el Perpetuo Socorro?

Desmond Spellacy asintió otra vez.

—Una parroquia estupenda. Con un pastor estupendo en Vinny Pellegrini. Fue todo un detalle que su eminencia concediera una parroquia a un italiano. Esos italianos necesitan a alguien que les sirva de ejemplo.

Desmond Spellacy no dijo nada.

—Su esposa no está bien de la cabeza, ¿verdad?

A veces creo que Mary Margaret es la más cuerda de todos, pensó Desmond Spellacy.

—En Camarillo, me han dicho.

—Sí.

—Tengo entendido que hacen un trabajo estupendo cuidando de los chiflados —dijo Dan T. Champion—. En Camarillo. —Y luego de repente soltó—: Conozco a la amiga de tu hermano, la señora Morris. De la Comisión de Jurados. Hace un trabajo estupendo con las listas de candidatos.

Desmond Spellacy calentó el *brandy* con las palmas de las manos, sosteniéndolo en alto para no tener que mirar a Dan Champion a los ojos. Contempló el líquido de color caoba hasta que su ira remitió. De modo que así se llamaba. Señora Morris. Estaba seguro de que era la confesión de la señora Morris la que había oído. Asustada, embarazada, a punto de abortar. Había intentado no presionarla hasta el límite. Tendría que haber salido detrás de ella, pensó. Podría haber hecho más. Incluso hablarle de Tommy. A él le habría encantado. No me extraña que le afectara enterarse de que Mary Margaret salía. Me pregunto cómo arreglará eso con la señora Morris. Y me pregunto qué sabe de ella Dan Champion. Tiene que estar desesperado por algún motivo para mencionar siquiera a la señora Morris, de la Comisión de Jurados. No esperará realmente presionar al departamento con la historia de Tommy y la señora Morris. Que yo recuerde, el adulterio no es ningún delito. Si empezasen a despedir a policías por adulterio, el cuerpo entero cabría en una cabina de teléfono. Es algo que uno aprende oyendo confesiones antes del desayuno y comunión anual del departamento. Dan no ganaba nada mencionando a la señora Morris, de la Comisión de Jurados.

Las manos de Dan T. Champion temblaban.

—Estás derramando el *brandy*, Dan.

Se limpió las manos en la pernera del pantalón.

—He hecho algunas averiguaciones por ti, Des. Con el fiscal del distrito. Mantendrán el asunto de monseñor Aguilar debajo de la alfombra, eso te lo prometo. Te lo prometo solemnemente. No quieren dejar mal a su eminencia, puedes contar con ello.

Demasiadas promesas, demasiados camelos. Al grano.

—Eso es fantástico, Dan. Su eminencia lo agradecerá.

—Y no tienes que preocuparte mucho por esos mexicanos con los que trataban los Protectores. —Dan T. Champion sirvió un poco más de *brandy* en la copa de Desmond Spellacy—. No son muy chivatos, los mexicanos. Forma parte de su naturaleza. Por eso van tan bien en las casas. No encontrarás una chacha mejor que una mexicana, Des. No se chivan. Las morenitas lo normal es que salgan chivatas.

—Es bueno saberlo —dijo Desmond Spellacy.

Se preguntó por qué Dan Champion se hacía el borracho.

—Tenlo presente cuando llegues a obispo.

Tiene que ser uno de los secretos peor guardados del mundo, pensó Desmond Spellacy.

—¿Todavía están investigando cómo entró en los Protectores? —preguntó Dan T. Champion.

—¿Quién?

—Esa, como se llame.

—Diría que sí.

Dan T. Champion sorbió entre dientes. Después las palabras salieron atropelladas.

—La recuerdas, ¿verdad, Des? ¿Viniendo de Del Mar?

—¿A quién, Dan?

—El verano pasado. Hacía autoestop. La recogimos.

—El verano pasado cogí un avión. Tenía que hablar en la cena anual de la Cámara Juvenil de Comercio. O sea que cogí un avión. Tú fuiste en coche.

—No, la vez antes de esa. Ella hacía autoestop. Cerca de San Juan. La recogimos. Era de la ciencia cristiana, dijo. Le preguntaste por eso, ¿recuerdas?

Desmond Spellacy lo recordaba. No se sorprendió. Pensó: He perdido la capacidad de sorprenderme. Tommy. Jack. Los Protectores. Ahora Dan. Ahora yo. Ni siquiera ese pensamiento lo sobresaltó. Se preguntó si algo volvería a sobresaltarle alguna vez. Se sentía atrapado en una red de circunstancias. Una cosa estaba clara: eso explicaba por qué su fotografía en el periódico siempre le había resultado tan familiar. Como el retrato de una chica cuya confesión hubiese oído en la Casa del Buen Pastor. «He leído mucho sobre Mary Baker Eddy», recordaba haberle dicho. «¿Quién?», preguntó ella, lo que puso fin a aquella conversación. Era más fácil hablar con Dan sobre Chet Hanrahan. No tenía otro recuerdo de la chica. Solo su voz al decir: «¿Quién?». ¿Era la voz tan inexpresiva y vacía como la recordaba?

—Éramos amigos, ella y yo —dijo Dan T. Champion.

Desmond Spellacy de repente cayó en la cuenta de que Dan T. Champion solo hablaba mal cuando quería, cuando deseaba parecer uno de los muchachos. Su lenguaje era impecable cuando hablaba con el cardenal. Quien estaba en posición de hacerle un favor. O Devlin Perkins. O Norman Chandler. He tardado diez años en darme cuenta. Rabió en silencio: Pedazo de cabrón hipócrita y condescendiente.

—¿Y de quién hablas ahora, Dan?

Con un leve deje de acento irlandés. Clávaselo y retuércelo un poco. A ver si le gusta sufrir en sus carnes la mierda esa de la patria chica.

—Pues de ella, Des.

Ni siquiera tiene valor para pronunciar su nombre.

—Te refieres a Peg, entonces. —Todavía con acento, como si acabase de bajar del barco—. El *corned beef* estaba fantástico. Y las patatas hervidas también. Un plato judío como ese. No todas las chicas de Kildare saben cocinar comida judía. A menos que sea la mexicana de la cocina la que se ha encargado de cocinar. No se chiva y cocina estupendo.

Dan T. Champion lo miró fijamente. Su mano había dejado de temblar. Se acabaron las chorradas, pensó Desmond Spellacy. Sabe que no me las da con queso. Me pregunto cuánto sabe Peg Champion.

—Lois Fazenda.

—Sé a quién te refieres.

—Yo la metí en los Protectores —dijo Dan T. Champion—. Necesitaba trabajo. Llamé a Jack. —No paraba de frotar con un dedo el borde de su copa de *brandy*, lo que provocaba un extraño eco que él no parecía oír—. Yo estaba en San Diego la noche en que la mataron.

Desmond Spellacy no dijo nada.

—Con Peg —prosiguió Dan T. Champion—. Estábamos en el encuentro regional occidental de los Caballeros de Colón, Peg y yo.

La pobre tonta de Peg Champion, a la que tenían siempre a mano para las convenciones de los Caballeros de Colón y los desayunos con comunión de la Sociedad del Altar. La coartada perfecta para el destacado seglar católico mujeriego. Madre de Dios, la convención de los Caballeros de Colón. Por los clavos de Cristo, es que nunca va a acabar.

—Son cosas que pasan, Des. —Había un deje de súplica en la voz de Dan T. Champion—. Tengo sesenta y seis años, una chica como ella...

Desmond Spellacy lo cortó en seco.

—Esto no es una confesión, Dan. —A duras penas lograba mantener su voz bajo control—. No me interesa ninguna historieta sórdida sobre cómo se te escapa la vida y que si comes pastel de crema de Boston todos los viernes.

Dan T. Champion apartó la mirada. Al cabo de un momento, con voz apenas audible, dijo:

—Estoy limpio, Des.

—En cierto sentido.

—Lo siento, Des. No quería decir eso. No quiero que Peg lo pase mal, nada más.

—No te creo. Lo que no quieres es que tu foto salga en los periódicos. Tapándote la cara con un sombrero cuando te lleven a declarar.

Dan T. Campion pareció hundirse en la silla.

—Si sale a la luz...

—Tendrías que haberlo pensado antes.

—Si pudieses hablar con tu hermano el policía...

Desmond Spellacy dejó el *brandy* en la mesita auxiliar con tanta fuerza que la copa se rompió.

—No vuelvas a llamar a Tommy «tu hermano el policía». —La mano le sangraba y el *brandy* se derramaba sobre la alfombra—. Nunca. Jamás.

—Tú ibas conmigo, Des, ¿recuerdas?, ¿el día en que la conocimos...?

Desmond Spellacy se detuvo ante la puerta del estudio.

—Nosotros la conocimos, Dan —dijo—. Tú te la follaste.

Un toque de Boyle Heights. Dan T. Campion se estremeció. Le parece peor oírme decir a mí que hacerlo él, pensó Desmond Spellacy.

—Des. —Dan T. Campion casi gritó el nombre—. El que me preocupa es Jack.

Desmond Spellacy se volvió desde la puerta. Sacó un pañuelo del bolsillo y se envolvió la mano con él.

—Hablamos, él y yo. Cuando se supo que la chica estaba en los Protectores.

Qué claro quedaba ahora. La oposición de Dan a desentenderse de Jack y su obsesivo interés por Tommy.

—Y supongo que le dijiste que yo era un buen amigo personal de la señorita Fazenda.

—No lo dije con esas palabras, Des.

—Por supuesto que no.

Jack debe de creer que la familia Spellacy es su póliza de seguros, pensó Desmond Spellacy. Tommy era su cobrador y yo conocí, que Dios me ayude, a la Golfa Virgen.

—Él piensa que tu her... que el teniente Spellacy está loco.

—Probablemente lo está.

—Tienes que hacer algo, Des.

—¿Por quién, Dan?

—Por todos nosotros.

Desmond Spellacy miró fijamente la mancha de *brandy* que se extendía por la alfombra.

—Dile a Peg que siento haber derramado la copa.

—Des...

—Veré qué puedo hacer, Dan.

Por su eminencia, pensó mientras conducía de vuelta a Fremont Place. Por la archidiócesis. Por no hablar de mí mismo. Volviendo de Del Mar con una exacta ganadora en el bolsillo y la Golfa Virgen en el asiento de atrás. Una científica cristiana que no había oído hablar de Mary Baker Eddy. No había cara. Solo la fotografía de los periódicos de la chica disfrazada de árabe. Daría para un bonito tríptico en los periódicos. Esa fotografía flanqueada por una mía y otra de Dan T. Champion. O una mía y una de Jack. O solo nosotros tres: Dan, Jack y yo. Los Tres Mosqueteros. Uno para todos y todos para uno. Una exacta de 612 dólares, recordó. Se lo había dado todo a los atanasianos. Por el hijo de Chet Hanrahan. El hermano Bede Hanrahan, que pedía para su orden mendicante. Los puños del hábito del hermano Bede necesitaban un remiendo. Eso también lo recordaba ahora. Y la expresión de Bede Hanrahan cuando le entregó los seis billetes de cien, el de diez y dos de uno. Sus puños no necesitaban remiendos: el traje se lo había comprado Chet Hanrahan. Y nada de tallas: a medida. Tres visitas. Y también los zapatos negros de cuero graneado de Lobb. En Londres necesitas una horma, había dicho Chet Hanrahan. Había un gran paso de unos Thom McAn baratos a una horma en Londres. Visto lo visto, un paso que más me valdría no haber dado nunca. Lo suyo ahora sería una parroquia pequeña y apañada. Confesiones de tres a cinco y de siete a ocho. Dos misas el domingo, la bendición y el vía crucis. La señora Rodano dirigiría la Legión de María, y Jimbo Lenihan, la Sociedad del Santo Nombre. Venta de pasteles y bingo. Para pagar lienzos nuevos para el altar. Conseguiría que Tommy comulgase de manera regular. Todos los domingos. Sería el primer punto de su orden del día. Aunque la señora Morris, de la Comisión de Jurados, podía suponer un problemilla. Necesitaría algo de asesoramiento matrimonial. Quizá no fuera tan buena idea, a fin de cuentas. Tommy nunca ha tenido una gran opinión de mis conocimientos en materias nupciales. Ni de los de ningún cura, todo sea dicho. Cuando quiera lecciones de natación, Des, acudiré a alguien que sepa nadar. Sencillo y al grano.

Tommy.

Mi hermano el policía.

Enfiló con su coche por el camino de entrada de la residencia del cardenal en Fremont Place. Era a petición del prelado por lo que vivía en su casa. En el pasado, los ecónomos vivían en la rectoría de Santa Viviana o tenían habitaciones en el Hospital de San Felipe. No era que el cardenal quisiera compañía; Desmond Spellacy jamás lo veía salvo para asuntos oficiales. La residencia sencillamente era demasiado grande, decía su eminencia. Era un desperdicio no vivir en ella. Se preguntó si el cardenal sabía lo poco que le gustaba vivir allí. Era como una tumba. El lugar perfecto para vivir su muerte.

Aaah.

Eso era. Eso era lo que estaba haciendo.

Vivir mi muerte.

Apagó el motor del coche y se quedó en el asiento delantero. Los faros seguían

encendidos. Era como un dibujo formado por puntos numerados. Había que unir los números consecutivos con líneas para que empezase a cobrar forma un dibujo. Una chica era asesinada. Mary Margaret le escribía una carta. Mickey Gagnon cometía un pecado mortal. Dan Campion iba a Del Mar. Jack Amsterdam comía en el Biltmore. Rubén Aguilar era un imbécil. La señora Morris, de la Comisión de Jurados, iba a confesarse. Al cardenal le faltaba una tonelada de asfalto. Él ganaba una exacta. La archidiócesis necesitaba un auxiliar. Chet Hanrahan sufría un infarto. Tommy había cobrado deudas ilícitas.

Pensó: Antes siempre era yo el que unía los puntos. Ahora no. El lápiz actuaba por su cuenta y riesgo. Nadie tenía control sobre él.

Pensó: Me estoy viniendo abajo. Me he rendido al destino. Que es otra manera de decir: estoy viviendo mi muerte.

Una linterna le iluminó la cara. Se cubrió del resplandor con la mano y vio que un policía lo miraba desde fuera del coche.

—Tiene las luces encendidas, padre.

—Lo siento, agente, debo de haberme quedado dormido.

—Solo son las nueve y media.

—Me levanto a las seis.

—¿Se encuentra bien?

—Sí.

—Pensaba que estaba...

—No, agente.

—¿Se encuentra bien?

—Gracias, agente.

Aparcó en el garaje y cerró la puerta. Apagó las luces y subió la escalera hasta su dormitorio del tercer piso. No se oía un solo sonido en la residencia.

Dios mío, pensó Desmond Spellacy, estoy harto de arreglar cosas.

CAPÍTULO DIECINUEVE

—Hay un bicho en el tomate —dijo Seamus Fargo—. Y arena en la ensalada. El pollo está poco hecho, los guisantes, duros, y el helado, derretido. El café está frío y el camarero necesita sonarse. Probablemente se pellizcará la nariz y estornudará en el consomé frío. No me cabe duda de que al obispo O’Dea le parecerá una alcaparra y recordará que Babe Ruth tomaba alcaparras con todas sus comidas. Y si le dejan acercarse al micrófono, hará su imitación de Al Smith y hablará de la prima de Tiny Hennessy, la hermana de la Caridad, que en teoría tuvo los estigmas en Indianápolis. —Seamus Fargo hizo una pausa para tomar aliento—. He estado en comidas como esa, eminencia.

—Ya me lo parecía —dijo el cardenal.

Las cortinas del estudio del cardenal estaban echadas. Otro indicio de la salud en declive de su eminencia, pensó Desmond Spellacy. El sol radiante parecía darle sueño. Con las cortinas echadas, le resultaba más fácil ver, pero el estudio adquiriría un aire lúgubre que inspiraba aprensión. Solo había una ventaja. En la penumbra, su atención podía divagar sin atraer el penetrante escrutinio del cardenal. Echó un vistazo disimulado a su reloj. Había quedado a las once con Tommy en la cafetería de empleados de la KFIM. *Línea directa Homicidios*, se llamaba el programa en el que estaba prevista la aparición de Tommy. Para hablar del asesinato de Fazenda, supuso. Un programa que ardo en deseos de no escuchar. Tampoco podía decirse que su agenda fuera mucho más edificante. Primero grabaría *La hora del rosario*. Después negociaría los términos de la retransmisión de la misa de medianoche de Nochebuena oficiada por el cardenal. Y después intentaría salvar a Dan T. Campion de las garras del departamento de policía. Trató de no pensar en la chica o en la furia que había dirigido contra Dan Campion la semana anterior.

—Hablé con su señor Walsh, eminencia. —La voz de Seamus Fargo interrumpió el ensueño de Desmond Spellacy—. Llevaba puños franceses.

—Sin duda no es motivo para descalificarlo —dijo el cardenal.

Miró de reojo su manicura y dejó caer las manos entre los pliegues de su sotana.

—No me gustan los actos para recaudar fondos.

Pues hay que joderse, explotó Desmond Spellacy para sus adentros. Porque Leo I. Walsh de Diocesan Giving, Inc. va a administrar el nuevo programa de recaudación de veinte millones de dólares de la archidiócesis, te guste o no. Se sintió repentinamente avergonzado. Sabía que Seamus Fargo no era la causa de su ira, sino más bien Dan Campion, y *Línea Directa Homicidios*. Pobre Seamus. Durante casi treinta años monseñor Fargo había presidido todas las campañas de recaudación de la archidiócesis y ahora el cardenal lo liberaba de esa tarea. A instancias mías. No. Si

algo no quiere monseñor Fargo es mi compasión.

—Quiero que vayas a esa comida, Seamus —dijo el cardenal.

—Habrá un termómetro en el vestíbulo —dijo Seamus Fargo—. Con un dibujo del Sagrado Corazón de Jesús. Y maletas de cuero barato como premio de la rifa. Donadas por Timsy Rooney, el comerciante, que no ha sido capaz de librarse de ellas en doce años. En recuerdo de su estupenda madre irlandesa, que vivió hasta los ciento once años y conservó todos los dientes, y venga un aplauso para Timsy. —Seamus Fargo hablaba con precisión—. He visto el membrete de ese hombre, eminencia. Tiene un dibujo de una vidriera.

—Soy consciente de ello, monseñor. —Al cardenal parecía que le costase hablar. Desmond Spellacy se preguntó si monseñor Fargo reparaba en lo mucho que había decaído el cardenal. Ahora a menudo le vencía el cansancio antes del mediodía. Su conversación a veces tendía a divagar—. El señor Walsh estudió en Fordham.

—Una escuela para futbolistas polacos —dijo Seamus Fargo.

El cardenal se puso rojo de ira, pero guardó silencio, como si fuera consciente de lo irrelevante de su comentario.

—Donde a todas luces no se molestaron en enseñarle inglés —continuó Seamus Fargo—. Me habló de incrementar los hábitos donantes de los clientes potenciales. Propuso clasificar a los donantes en listas de clientes potenciales avanzados, intermedios y generales. Es un problema de técnicas de venta, me dijo. —Seamus Fargo miró fijamente al cardenal. Para Desmond Spellacy era una fuente constante de asombro el que, por intensos que fueran sus sentimientos, monseñor Fargo jamás alzase la voz—. Ese hombre propone convertir la archidiócesis en el territorio de un vendedor, eminencia. Ya puestos podría nombrar obispo a Timsy Rooney y madre superiora a su magnífica y anciana madre.

El cardenal estudió a monseñor Fargo. Volvía a estar espabilado, y caviloso. Era cuando más peligroso resultaba, y Desmond Spellacy lo sabía: cuando lo habían pillado cabeceando.

—El señor Walsh viene muy recomendado, monseñor.

Seamus Fargo hizo girar su silla y miró a Desmond Spellacy en la otra punta de la habitación.

—Por monseñor Spellacy, sin duda.

Desmond Spellacy se levantó y abrió su maletín sobre el escritorio del cardenal. Si algo tiene de bueno Seamus Fargo, pensó, es que te pone la adrenalina a mil. No puedes pensar en Dan Campion y tus otros problemas cuando él está en la habitación.

—Estas son las cifras de nuestra última campaña.

—Una campaña sumamente exitosa, monseñor —observó Seamus Fargo con frialdad. No abrió la carpeta que le habían entregado. Se sabía las cifras de memoria—. El objetivo eran seis millones de dólares. Recaudé seis millones. Tardé dos años, cobré el setenta y nueve por ciento de los donativos que me habían prometido y solo me costó un cuatro por ciento en gastos de campaña.

—Lo hiciste bien, Seamus —dijo el cardenal.

—Pero que muy bien, monseñor —añadió Desmond Spellacy.

—Para no ser un profesional —remachó el cardenal.

Con voz queda. Sin alardes. Seamus Fargo devolvió la mirada al cardenal. Sabe que ha perdido, pensó Desmond Spellacy. Lo sabía al entrar en esta habitación, pero Seamus jamás caerá sin pelear.

Desmond Spellacy entregó otra carpeta a monseñor Fargo.

—Hace dos años, el señor Walsh diseñó una campaña para recaudar cinco millones de dólares para la archidiócesis de San Francisco. —Podía recitar las cifras de memoria. Cada coma decimal era como un clavo en el ataúd de Seamus—. En dieciocho meses, recaudó casi nueve millones de dólares. Cobró el noventa y dos por ciento de los donativos prometidos y el coste total fue solo del dos por ciento. — Señaló la carpeta que monseñor Fargo tenía en la mano—. Las cifras han sido autenticadas por un contable público independiente y certificado.

Esperó junto a la mesa del cardenal mientras monseñor Fargo hojeaba los papeles. Cuánto me he acostumbrado a esas sumas, pensó; hasta las desprecio.

Seamus Fargo le devolvió la carpeta.

—Un trabajo muy concienzudo —dijo con cautela.

Se acomodó en su silla, tamborileando con sus largos dedos huesudos sobre los reposabrazos de cuero. Sus finos labios se separaron en una sonrisilla.

—Confío en que en el futuro, monseñor —dijo Seamus Fargo—, hará que esos mismos contables autentiquen los libros del señor Amsterdam.

Las cortinas echadas intensificaban el silencio del estudio. La mirada del cardenal se movía inquieta de uno a otro hombre. Ninguno de ellos habló ni apartó la vista del otro.

El reloj marcó la media hora.

—La archidiócesis ha decidido prescindir de los servicios del señor Amsterdam —dijo por fin Desmond Spellacy.

El cardenal tenía razón: Seamus nunca parpadeaba. Se diría que unos carámbanos mantenían abiertos sus ojos. No le sorprendía que fuera Seamus, y no el cardenal, quien le hubiera forzado a actuar. Monseñor Fargo siempre había sido el más implacable de los hombres. Dios sabía que a lo largo de los años habían corrido rumores sobre Jack y sus chanchullos. Tanto Neddy Flynn como Emmett Flaherty estaban en San Basilio y debían de haberle repetido una historia o dos a Seamus.

—Me complace mucho oír eso, monseñor —dijo Seamus Fargo—, y estoy seguro de que a su eminencia también.

Hecho. Había tirado a Jack Amsterdam por la borda. Ya no quedaba sino dejar que los acontecimientos siguieran su curso. Las líneas unirían los puntos, la imagen aparecería. Parecía extraño, pero Desmond Spellacy sentía alivio. Reprimió el impulso de replicar a monseñor Fargo. No serviría de nada. Seamus se había visto despojado de un título, y si no iba con cuidado él se exponía a perder otro. Las

palabras eran baratas.

Aunque dolorosas.

Y a veces certeras.

—Eso queda aclarado entonces, Seamus —dijo el cardenal. Desmond Spellacy casi había olvidado que se encontraba en la habitación. Lo cual era un error. El cardenal tal vez hubiera pasado desapercibido, pero no había dejado de llevar el marcador—. La comida es el jueves. Te agradecería que presentaras al señor Walsh.

Monseñor Fargo no hizo ningún esfuerzo por disimular el sarcasmo de su voz.

—¿Bendigo la mesa también, eminencia?

—Servirá el café, monseñor, si yo se lo mando —dijo el cardenal con frialdad.

—Como desee, *eminenza* —replicó Seamus Fargo, que se dispuso a partir.

Se arrodilló, besó el anillo del cardenal y dedicó un somero gesto con la cabeza a Desmond Spellacy.

—Hay otra cosa, monseñor —dijo el cardenal—. La parroquia de Nuestra Señora de Lourdes.

—Está mal administrada, la planta es una trampa en caso de incendio y no hay suficientes parroquianos —recitó Seamus Fargo.

—Bien expresado —dijo el cardenal—. A diferencia de San Basilio. Tiene usted la calificación crediticia más alta de la archidiócesis.

—Soy consciente de ello, eminencia.

—Ya me parecía que lo sería —dijo el cardenal. No pidió a monseñor Fargo que volviera a sentarse. Se le da bien usar pequeños detalles como ese para poner en desventaja a la gente, pensó Desmond Spellacy—. Soy de la opinión de que corresponde a las parroquias dotadas con mayor fortuna ayudar a las menos... favorecidas.

Seamus Fargo se pasó el sombrero y el maletín de una mano a la otra.

—Prestarles dinero sería una manera más precisa de expresarlo, me parece.

—Si lo prefieres... —dijo el cardenal—. Por supuesto, pagaría intereses. Un dos por ciento.

—Sacaría más con unos lápices y una taza de hojalata —protestó Seamus Fargo—. Eso socava sistemáticamente la autoridad de todos los pastores de la diócesis.

—Es caridad cristiana —replicó el cardenal.

—Creo que monseñor Spellacy lo llamaría financiación central. —Monseñor Fargo habló como si el aludido no estuviera—. Esto es idea suya, ¿o no?

El cardenal extendió las manos sobre su escritorio y después las unió poco a poco. Jamás hablaría sin tener un control absoluto de sus emociones.

—Le convendría recordar, monseñor —dijo por fin—, que yo dirijo esta archidiócesis, no monseñor Spellacy.

—Como desee, *eminenza*. —Seamus Fargo se apoyó en el respaldo de una silla. El esfuerzo de aguantar de pie empezaba a pasarle factura. Iba acusando la edad—. Sigue siendo bolchevismo con cualquier otro nombre. Preferiría ponerme al mando

de Nuestra Señora de Lourdes en persona. En cinco años podría sacarla adelante.

—Seamus, tienes ochenta y un años.

—Y una salud de hierro.

—Quiero el dinero.

—¿Es una orden?

—Lo es.

Seamus Fargo se enderezó desde detrás de la silla e hizo una reverencia.

—Como desee, *eminenza*.

El cardenal no habló durante unos instantes después de la partida de monseñor Fargo. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, casi como si estuviera dormido. Desmond Spellacy no se movió.

El cardenal alzó la vista.

—Hace sesenta años que conozco a ese hombre. Y ni una sola vez en estos sesenta años me ha llamado Hugh. —El cardenal soltó un bufido—. *Eminenza*. Pasó seis meses en Roma en el seminario hace sesenta años, y ahora siempre que quiere hacerme un desplante me sale con ese italiano pomposo. *Eminenza*. No creo que conozca otra palabra.

Desmond Spellacy no dijo nada. Había visto despotricar así otras veces al cardenal sobre monseñor Fargo. No había otra persona viva capaz de resquebrajar su glacial reserva.

—Hay que librarse de él.

—¿Eminencia?

—Quiero decir que hay que despedirlo. No actúe como si no hubiera oído nunca la palabra.

—Lo siento, eminencia.

—Entérese de cuáles son sus necesidades.

—¿Eminencia?

El cardenal recalcó fríamente todas las palabras.

—Que le encuentre un sitio, monseñor.

—El Hospital de San Francisco necesita un capellán.

Desmond Spellacy se preguntó si había respondido demasiado rápido. Era como si hubiera estado esperando el momento de colocar a monseñor Fargo en la vacante del San Francisco.

El cardenal lo miró fijamente sin hacer comentarios.

—Perfecto —dijo por fin.

Lo irónico de la situación dejó un regusto metálico en la boca de Desmond Spellacy. Al cabo de menos de una hora intentaría mantener a Dan Campion fuera de la cárcel, y en ese momento le estaban ordenando que despidiese a Seamus Fargo. Otros dos números unidos, otra línea dibujada. El contorno cobraba forma.

El cardenal seguía hablando.

—Y no porque me mire como si debiera estar en un asilo para curas seniles...

—Sí, eminencia.

¿Quién? Seamus. Debe de estar hablando todavía de monseñor Fargo. El segundo número...

—Necesitamos pastores más jóvenes, en pocas palabras. Hombres que hagan lo que les mandan. Sin tantas discusiones, quejas y trabas. Librarnos de monseñor Fargo debería servir para que los demás no se suban a la parra. —El cardenal hizo una pausa—. ¿Qué le parece?

—Como desee, eminencia.

—Dios mío —dijo el cardenal con irritación—, suena como él.

Desmond Spellacy parpadeó, pero no se movió.

—Ya puestos, puede ir haciéndose a la idea de que tendrá que hacer varias cosas desagradables —dijo el cardenal—. Si llega a obispo, quizá pueda encontrar a un joven monseñor ambicioso para que las haga por usted.

Las palabras quemaban, como una gota de ácido. Es un anciano cansado y moribundo, pensó Desmond Spellacy. Pero no ha perdido el don para poner a la gente en su sitio.

—Espero que acierte con el señor Walsh, monseñor. Como espero que haya acertado con el señor Amsterdam. —Sonaba un carraspeo de flema en la garganta del cardenal—. He tenido que desembarazarme de una serie de viejos amigos para que las cosas fueran más fáciles. —Bajó la voz y su respiración se volvió trabajosa—. Para usted.

—Sí, eminencia.

—Espero haber tomado la decisión correcta.

No sé yo si lo has hecho, pensó Desmond Spellacy.

El cardenal no parecía consciente de que seguía allí. Miró hacia la penumbra de la habitación y dijo:

—Él odiaba ver tiritar a los pobres.

CAPÍTULO VEINTE

—Mierda, Des, sabemos que está limpio —dijo Tom Spellacy.

Otra vez esa palabra, pensó Desmond Spellacy. «Limpio». Tanto Dan Campion como Tommy parecían definirla del mismo modo. Miró cómo Tommy vertía azúcar en una cuchara. Los cristales cayeron en cascada del cubierto a su taza de café. A Tommy siempre le había gustado el dulce. No era de extrañar que tuviera problemas de peso. Le faltaba disciplina. Un peso welter rápido había acabado siendo un peso medio lento. Ya debía de ser un semipesado. El cuello de la camisa le apretaba. Lo asaltó una idea irracional repentina: cómo no iba a definir «limpio» del mismo modo que Dan T. Campion alguien a quien le apretaba el cuello de la camisa.

—Vivía en Hollywood, la nena de tu amiguete —dijo Tom Spellacy.

Observó a su hermano por encima de la taza de café que sostenía con ambas manos. A ver si se ha apuntado un tanto, pensó Desmond Spellacy.

—Una casa en Sierra Vista. Cuando se largó, lo único que dejó atrás fue un rollo de fichas de níquel. De las que se echan a una máquina de caramelos cuando no quieres pagar. Debieron de rodar hasta debajo de la cama, con las prisas para marcharse. Porque no estaba muy al día con el alquiler, de ahí las prisas. —Tom Spellacy le pasó una carta por encima de la mesa—. ¿Quieres una torrija? Aquí las hacen muy buenas.

Desmond Spellacy sacudió la cabeza.

—He visto tu foto arriba, esta mañana. Delante del despacho del director de la emisora. Una copia brillante muy chula, colgada de la pared. Al lado de Edgar Bergen y Charlie. *La Hora del Rosario*, pone abajo. «El reverendo padre Desmond Spellacy». A tu lado cuelga Gardner. ¿Te gusta *La taberna de Duffy*?

—No está mal —dijo Desmond Spellacy—. No lo oigo mucho.

Tom Spellacy cogió un teléfono imaginario y habló por él.

—«La Taberna de Duffy, donde comer es un placer, al habla Archie, el encargado, Duffy no está... Ah, hola, Duffy».

Desmond Spellacy se preguntó qué vería en Tommy la señora Morris, de la Comisión de Jurados. Debía de ser de él de quien estaba embarazada. Supuso que daría a luz a un mal imitador de cuello grueso.

—Tommy, eres un imitador fantástico, pero no he venido para oír tu audición.

—Perdona, Des. —Tom Spellacy sonrió—. Hablábamos de tu amiguete...

—Y las fichas, Tommy.

Desmond Spellacy de repente se sintió avergonzado. Era evidente que la señora Morris, de la Comisión de Jurados, se había esforzado más por entender a Tommy de lo que él había hecho nunca. Quería preguntarle por ella, pero no había forma.

Esperaba que estuviese bien.

—La casera encontró las fichas y las guardó. Era una de esas chismosas, ya sabes a qué me refiero. Robas un par de cordones de zapato y ella es la primera en saberlo. Un coñazo de mujer. Pero tenía esas fichas y por eso consultamos a la compañía telefónica. Para ver si en alguna cabina de esa parte de la ciudad recogieron muchas fichas mientras ella vivía allí; la chica, digo.

Tom Spellacy barrió el azúcar que había caído en la mesa hasta su mano con una servilleta de papel.

—Para no alargarme, había tres teléfonos de pago en los que se usaba el truco de las fichas con regularidad, a apenas unas manzanas de donde vivía. Los teléfonos tenían dos cosas en común. La primera era que las fichas dejaron de aparecer más o menos cuando ella se fue.

Tom Spellacy hizo una pausa y sacudió el azúcar de su mano al suelo.

Desmond Spellacy esperó a que continuase. Me pregunto cómo reaccionaría Tommy si supiera que me he interesado por la Comisión de Jurados.

—¿Y la segunda?

—Un total de cincuenta y siete llamadas al señor Campion, letrado. Tu amiguete. Tu examiguete, supongo que debería decir ahora, ya que se encuentra en estado de pecado mortal y todo eso. Aunque es solo una suposición, lo de que está en pecado mortal. Una suposición fundada.

—Tiene coartada, Tommy.

Pero estaba pensando en la señora Morris. Corinne. Ya no trabajaba en la Comisión de Jurados. Espero que no haya abortado. ¿Qué le habría dicho? Palabras. Todo se arreglará. Gilipolleces.

Dios mío, soy un sacerdote espantoso.

—Y además buenísima, Des. Un encuentro de los Caballeros de Colón. Doscientos irlandeses afirmando todos que lo oyeron cantar «Madre querida, reza por mí». Justo a la hora en que estaban rajando a su exnovia.

Desmond Spellacy se estremeció. Aquella voz incorpórea en el asiento de atrás del Fleetwood de Dan Campion ahora era una «exnovia». Ahora la habían «rajado».

—Circuló por la archidiócesis, esa chica —dijo Tom Spellacy—. También estuvo enredada con tu otro amiguete.

Desmond Spellacy no tuvo que preguntar quién. Jack, por supuesto. ¿Por qué no? Ya no había más sorpresas.

—Yo la conocí —dijo en voz baja.

—¿Tú qué? —preguntó Tom bruscamente.

—Iba con Dan el día que se conocieron.

Circuló por la archidiócesis. Vaya una expresión. Con mis amiguetes. Hasta Sonny estuvo envuelto. Sonny se sacó un dinerito enterrándola. Una buena inversión a largo plazo, aquellos dos metros ochenta gratis.

—¿Qué pasó?

Desmond Spellacy se lo explicó. Del Mar. El Fleetwood. La autoestopista. Tom Spellacy no paró de remover su café, sin apartar los ojos del líquido gris lechoso. No alzó la vista hasta que Desmond Spellacy terminó.

—¿Jack sabe que la conociste?

—Supongo.

—¿A qué sé lo que te dijo Dan Champion? «Ve a ver a tu hermano el policía», te dijo.

Tommy nunca anduvo corto de astucia, pensó Desmond Spellacy. A lo mejor era una de las cosas que la señora Morris encontraba atractivas.

—Y apuesto a que en ningún momento te dijo con todas las letras que lo dejaría caer. Que estuviste con él, quiero decir. Si lo trincaban, quiero decir. Y seguro que empezó a hablar rápido.

—No he venido por eso, Tommy.

—Claro, Des.

—No recuerdo qué aspecto tenía, Tommy.

—Estupendo, Des.

—Ni nada de ella. Lo que llevaba. Ni siquiera recuerdo si me fijé.

—Me alegro de oírlo, Des. —Tom Spellacy cruzó los brazos y echó la silla hacia atrás, arrastrándola por el suelo de conglomerado de la cafetería—. Fueron tus amigos los que se fijaron.

Desmond Spellacy respiró hondo entre dientes. No puedo dejar que me desquicie. Tengo que explicarlo.

—¿Te acuerdas de cuando el cardenal recibió el sombrero rojo?

—No me acuerdo de eso, no —dijo Tom Spellacy.

—Mabel Higgins le organizó una recepción.

—No me invitaron.

—Hace ocho años. Y puedo decirte lo que llevaba ella. Tenía rosas estampadas por todas partes. Y llevaba zapatos azules con la hebilla plateada. Y las joyas. De arriba abajo, en esos bracitos esqueléticos. ¿Sabes lo que me susurró Chet Hanrahan? «Saldrá un millón lo menos, cuando la palme». Para la archidiócesis, quería decir Chet. Pero ella sigue viva y coleando. No está «rajada». No es «una exnovia». Es Chet el que nos ha dejado, no Mabel Higgins. Fue de Chet de quien hablaba con Dan, todo aquel rato que esa chica estuvo en el asiento de atrás. ¿Te acuerdas de «Mójate por una piscina en un centro católico»? Era el eslogan de Chet para el nuevo gimnasio del instituto de la Inmaculada Concepción. De eso hablaba con Dan. Él le preguntó si no le parecía un eslogan estupendo. Ella era científica cristiana, dijo. —Desmond Spellacy miró a Tom—. Pero no me acuerdo de qué aspecto tenía.

No se lo traga, pensó Desmond Spellacy. Cree que intento engatusarlo.

—Es una historia fantástica, Des. Cuando empiezas a compadecerte de ti mismo, le sacas la lagrimita al más pintado.

A lo mejor tiene razón, pensó Desmond Spellacy. A lo mejor no es más que eso.

—No te preocupes, de todas formas —dijo Tom—. No saldrá en los periódicos, lo de que tu amiguete es incapaz de mantener el pájaro en los pantalones.

—No te lo he contado por eso, Tommy; no era para que no saliese en los periódicos.

—Tu amiguete es demasiado útil.

Le tocó a Desmond Spellacy el turno de sorprenderse.

—¿Dan?

—Para Fuqua —explicó Tom Spellacy—. Son como uña y carne, ese par. Hombres de mundo. Los hombres de mundo cometen errores, y no compete a los tipos como yo investigarlos, si solo es un error y no un asesinato en primer grado.

—Sigo sin entender.

—Es muy sencillo, Des. Cuando confirmamos la coartada de tu amigo, Fuqua estaba que se salía de contento. Se lo lleva a comer al Windsor, un filete Salisbury con un poco de esa mostaza tan buena de acompañamiento. Y las patatas al gratín y la tarta de manzana holandesa. Para cuando llega la cuenta ya se tutean. «Pago yo, Dan». «No, insisto, Fred». «Pues yo pago la próxima vez, Dan». «Estupendo», dice tu viejo amiguete. Habrá un papa negro antes de que consienta que Fuqua apoquine por su comida.

—¿Por qué?

Porque alguien quería algo, de eso estaba seguro. Las cosas funcionaban así. George Quinn quería que nombrasen a su hijo coadjutor en San Basilio, de modo que su agencia de seguros se ofrecía voluntaria para patrocinar la misa de Navidad del cardenal. ¿Por qué iba a ser diferente el departamento de policía?

—Porque Fuqua quiere ser jefe. Y tu amigo conoce a todos los miembros de la comisión de la policía. Sonny McDonough y demás. Una palabra aquí, una palabra allá sobre el fantástico trabajo que está haciendo su nuevo amigo Fred. Un policía estupendo, es la pura verdad. Fred sabe mantener el pico cerrado, será lo que quiera decir tu amiguete.

—No lo sabía, Tommy.

—Claro, Des. —Tom Spellacy se puso en pie—. Has malgastado una historia fantástica. Ya se habían ocupado de ello.

No había nada que decir. Desmond Spellacy pagó la cuenta y dejó un cuarto de dólar de propina.

—No se deja propina en las cantinas, Des —dijo Tom Spellacy—. Y por cierto, he tenido noticias de Mary Margaret.

CAPÍTULO VEINTIUNO

—Hola, le habla Barry Backer, *Línea directa Homicidios*, KFIM, 1090 en el dial AM de su radio, cincuenta mil vatios en directo desde nuestros estudios en la esquina de Franklin con Cahuenga, ¿con quién hablo?

—Linda.

—¿De dónde eres, Linda?

—De Monterey Park.

—No me digas —replicó Barry Backer. Hizo un guiño a sus invitados por encima de las platinas—. Hoy tenemos aquí a un grupo de pesos pesados, Linda. Primero, el capitán Fred Fuqua, jefe de detectives del mejor departamento de policía del mundo. Seguro que estás de acuerdo con eso, ¿verdad?

—Sí —dijo Linda.

—Después, de la Sección de Delitos Graves, el teniente detective Thomas Spellacy, y él y el capitán Fuqua hablarán, como habrás supuesto, del caso Fazenda...

—Oh, eso es genial, Barry —exclamó Linda.

—Descanse en paz, ¿verdad, Linda, verdad, gente?

—Sí —dijo Linda.

—RIP —prosiguió Barry Backer—. La combinación de letras más triste de cualquier alfabeto que conozca. —Silbó en señal de duelo y después dijo con tono animado—: Bueno, basta ya de cosas profundas, esto es Backer y vamos a charlar de pistas, de modo que tienen un rato intenso de escucha por delante en la próxima hora... no, veamos... los próximos cincuenta y siete minutos y medio, para ser exactos. ¿Sigues ahí, Linda?

Linda rio con voz nerviosa por su auricular.

—¿Con quién quieres hablar, guapa? —preguntó Barry Backer.

—El capitán Fuqua —dijo Linda con timidez.

—Deben de enseñarte a distinguir a los pesos pesados en Monterey Park —comentó Barry Backer. Señaló a Fuqua—. Saluda a Linda, Fred.

Fuqua manoseó su aguja de corbata con el H-187 y carraspeó.

—Hola, Linda.

Barry Backer pulsó el botón de corte.

—No te aclares la puta garganta estando en el aire. Pondrás el micro perdido de mocos. —Guiñó un ojo a Fuqua, trazó un círculo con el pulgar y el índice y volvió a retransmitir—. Dispara, Linda, una de esas preguntas potentes de Monterey Park.

—Bueno, capitán, fui al vertedero de aquí de Monterey Park para tirar la basura —dijo Linda—. Los camiones son la mar de caros, y por eso...

—Ve al grano, guapa —dijo Barry Backer.

—Bueno, encontré unas... cosas delicadas... en una bolsa de papel en el vertedero...

—Prendas íntimas de mujer, quieres decir —terció Barry Backer.

—Exacto, Barry. Y me estaba preguntando si... si... podrían pertenecer a... ya sabes... y si han pensado que el asesino podría ser de Monterey Park...

—A la Cámara de Comercio de la ciudad no le haría gracia, Linda —dijo Barry Backer—. Caramba. Fred, ¿qué opinas?

—Creo que haré que el teniente Spellacy o uno de sus hombres compruebe las... eh... prendas... para ver si podrían haber pertenecido a la... eh... desafortunada víctima...

Fantástico, pensó Tom Spellacy. Justo lo que me apetece. Tomarme unas copas con Linda y revisar la ropa interior que encontró en el vertedero. Joder, llamadas con pistas en un programa de radio.

—... y en cuanto a que el asesino sea de Monterey Park... —Fuqua se afanó por encontrar una respuesta.

Barry Backer interrumpió sin inmutarse.

—Es una posibilidad, Linda. Indudablemente, una posibilidad. Oye, tenemos que seguir adelante, deja tu número y tendrás noticias de... *Línea directa Homicidios*. —Cortó a Linda de Monterey Park y dijo—: Atención, gente, llamad con vuestras pistas al Madison 6433, ahora haremos una pausa para los anuncios y, cuando volvamos, quiero tener una buena cola de llamadas, Madison 6433, recordadlo, Madison 6433, y ahora, vean Estados Unidos en un Chevrolet comprado a ese irlandés sonriente, Charlie Faye...

Barry Backer se cruzó el cuello con un dedo y el anuncio grabado de Faye Chevrolet sonó por la radio.

—Échale un poco más de ganas, Fred. Es como si tu tren estuviera a punto de salir y solo tuvieras quince segundos para echarle un polvo. Pim, pam, hasta la vista, *madame*, ¿lo pillas?

Fuqua tenía la cara roja de vergüenza.

—Me gustaría hacer un llamamiento personal al asesino, Barry.

—Oye, genial, Fred —dijo Barry Backer—. Lo haremos después de las llamadas.

Formó un círculo con el pulgar y el índice y sonrió de oreja a oreja. Fuqua estaba radiante de alegría.

Barry Backer se volvió hacia Tom Spellacy.

—Esta mañana he conocido a tu hermano. Un tipo genial de verdad. Y un cura genial. Retransmitiré la misa de medianoche del cardenal en Nochebuena. ¿No es para troncharse? Un judío de Chicago...

Tom Spellacy asintió con gesto automático. Lo que había sido de verdad para troncharse había sido cuando le había contado a Des lo que Mary Margaret había escrito. San Bernabé la había declarado apta para viajar y llegaría a casa el jueves. Se esperaba a Des a comer el domingo. Mary Margaret había decidido no esperar a que

licenciaran a Kevin del ejército y, en lo tocante a Moira, san Bernabé decía que usar la influencia de Des para llevarla a casa desde el noviciado constituiría un pecado mortal. «Díselo al monseñor —escribía Mary Margaret—, estoy segura de que lo entenderá».

—¿Cómo le llamas? —preguntó Barry Backer—. ¿Su majestad?

—Su eminencia —respondió Tom Spellacy.

Mary Margaret siempre era una caja de sorpresas. Había firmado la carta «Sinceramente tuya en Cristo, Mary Margaret Spellacy», y luego entre paréntesis había añadido «(Maher)», su apellido de soltera.

—Hola, ¿quién habla? —preguntó Barry Backer.

—Tengo ciento un mil años... —empezó la voz.

—Gilipollas —dijo Barry Backer mientras cortaba la llamada. Guiñó un ojo a sus invitados—. Tenemos un retardo de siete segundos. —De vuelta en el aire, dijo—: Atención, gente, acaba de llamar alguien que dice que tiene ciento un mil años. Debe de ser Danny el dinosaurio. Desde luego, hay que ver... Hola, ¿con quién hablo?

—Me llamo Holly, tengo diecinueve años y pienso volver a casa a Ponca City, Oklahoma, donde hay gente maja de verdad.

—¿Y eso por qué, Holly?

—Porque vine aquí para experimentar el brillo y el *glamour* y he descubierto que esta es una ciudad sin corazón, y pienso contarle a todo el mundo en Oklahoma que si no quieren acabar como Lois Fazenda es mejor que se queden en casa, donde hay gente maja.

—Oye, eres una buena chica, encontrarás a un muchacho estupendo en tu tierra, ¿vale, Holly?

—Gracias, Barry.

—Gente, va a casarse y tendrá seis hijos. Cómo son estos amigos de Oklahoma. Pero en serio, aquí tenemos gente maja, ¿verdad, Fred?

—Verdad, Barry.

—Tom Spellacy, ¿qué opinas, crees que tenemos gente maja aquí al alcance de los cincuenta mil vatios de la KFIM?

Tom Spellacy asintió.

—Atención, gente, Tom está sacudiendo la cabeza arriba y abajo, arriba y abajo. Buen tipo, nuestro Tom. De los fuertes y callados; no habla mucho, pero es todo un detective. Y su hermano... —Barry Backer silbó—. Uno de los curas más potentes que corren por aquí, el padre Des Spellacy, ¿verdad, Tom?

—Verdad.

—Anda, sabe hablar —dijo Barry Backer—. Hola, ¿con quién hablo?

Una voz dijo:

—George. De La Puente. Y me gustaría preguntar al capitán Fuqua cuál cree que será la pista decisiva.

—Hola, George, tú eres un tipo majo —dijo Barry Backer—. Es una pena que

Holly, que ha llamado antes, no te conociera. Fred, esa es una pregunta cuya respuesta yo también querría conocer.

Fuqua se acercó al micrófono.

—George, estoy seguro de que un zapato resolverá este acertijo.

—Atención, gente, ya lo habéis oído, un zapato —dijo Barry Backer—. ¿Por qué, Fred?

—Bueno, Barry —explicó Fuqua—, el asesino debió de mancharse de sangre los zapatos. Eso significa que tuvo que quemarlos, porque si no algún limpiabotas habría denunciado que había sacado brillo a unos zapatos cubiertos de sangre.

—Cierto —dijo Barry Backer.

—Y si quemas los zapatos, tienes que tirarlos. Es lo que me gusta llamar un patrón definido. De forma que estamos peinando las plantas trituradoras de residuos en busca de zapatos quemados y manchados de sangre. He asignado a veintidós agentes de uniforme a esa tarea. Es lo que me gusta llamar enfoque sistémico.

—¿Lo tienes, George? —preguntó Barry Backer. Pulsó el botón de corte de sonido y le dijo a Fuqua—: Tú también eres un tipo majo, Fred. Me da que Holly no ha esperado suficiente. En el radio de los cincuenta mil vatios de la KFIM hay mucho más que brillo y *glamour*.

—Gracias, Barry —dijo Fuqua, que respiró hondo—. Y me pregunto si podría hacer un llamamiento personal al asesino de Lois Fazenda.

—Adelante, Fred —instó Barry Backer—. Será una novedad en *Línea directa Homicidios*. El primer llamamiento personal a un asesino.

—Barry, solo quiero pedirle al asesino que se entregue —dijo Fuqua—. Escucharemos lo que tenga que decir, porque todo el mundo sabe que cualquier historia tiene dos caras...

Fantástico, pensó Tom Spellacy. ¿Que la has cortado por la mitad? A tomar por culo. Se lo había buscado. Todo el mundo sabe que cualquier historia tiene dos caras y la de ella no vale una mierda...

—¿Sabes, Fred?, nunca lo había pensado así —dijo Barry Backer—. Creo que deberías grabar eso y la gente de aquí de la KFIM tendría que pasarlo cada media hora por todo el radio de los cincuenta mil vatios. ¿Qué te parece?

—Eso sería fantástico, Barry —dijo Fuqua—. Lo grabaré a cualquier hora del día o la noche que le vaya bien a la gente de aquí de la KFIM.

—Eres un tipo razonable, Fred —dijo Barry Backer.

—Y si me permites, Barry —añadió Fuqua—, me gustaría explicar a los oyentes del radio de los cincuenta mil vatios qué son exactamente el enfoque sistémico y el enfoque de los patrones definidos.

—Adelante —le animó Barry Backer—. Tómame el tiempo que quieras.

—Bueno, he pedido al teniente Spellacy y el teniente Crotty de la Sección de Delitos Graves que repasen todos los informes redactados hasta la fecha sobre este caso. También he pedido a agentes de todas las brigadas que informen de cualquier

suceso inusual que se produjera durante la noche del asesinato. No solo delitos, sino altercados. Accidentes, detenciones por exceso de velocidad, ebriedad en público, infracciones por estupefacientes...

—A ver si lo entiendo, Fred —dijo Barry Backer. Se había sacado un peine del bolsillo y mientras hablaba se recomponía el peinado—. Usas... el enfoque sistémico... para intentar encontrar un... patrón definido.

Fuqua no podía apartar la vista del peine de Barry Backer. Al cabo de un momento, dijo:

—Ni yo mismo podría haberlo expresado mejor, Barry.

—Oye, es un enfoque fabuloso —dijo Barry Backer—. Pero podrías concretar, Fred... si no te hace entrar en una zona confidencial de tu investigación, se entiende.

—Barry, estamos pidiendo a las mujeres de la limpieza que nos informen en caso de que les falte algún cepillo —explicó Fuqua.

—Parece una posibilidad algo remota —comentó Barry Backer.

—Las investigaciones de homicidio se basan en una serie de posibilidades remotas —dijo Fuqua.

—¿Estás de acuerdo, Tom? —preguntó Barry Backer mientras se examinaba el pelo en un espejo de bolsillo.

—Sí.

Dentro de poco nos llamará el Avispón Verde para darnos su opinión, pensó Tom Spellacy.

—El motivo por el que lo hacemos, Barry, es porque frotaron el cuerpo de la víctima con un cepillo —explicó Fuqua.

—Vaya cosas que tenéis que pensar —dijo Barry Backer, y arrancó hebras de pelo de entre las púas de su peine—. Atención, gente, estamos en buenas manos, haced caso a Barry. Aquí en el estudio tengo a unas personas entregadas de verdad.

—Y, Barry, estamos pidiendo a las chicas de los guardarropas que nos informen de si vieron a la víctima en cualquier momento de la semana anterior al asesinato —prosiguió Fuqua.

—Deja que juegue a los detectives por un momento —dijo Barry Backer—. El motivo por el que lo hacéis es que... tuvo que dejar propina, ¿no?

—Exacto —corroboró Fuqua.

—Y alguien tuvo que darle el dinero, ¿no? —añadió Barry Backer—. Un hombre que le pagara los gastos, quizá...

—Exacto —dijo Fuqua, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Y ese hombre del dinero podría haber sido el tipo que... —dijo Barry Backer.

—Barry, tendrías que ser detective de la Sección de Delitos Graves —exclamó Fuqua.

—Genial —terció Tom Spellacy.

—Permitidme que os pregunte una cosa, muchachos —dijo Barry Backer. Pero antes se inclinó hacia el micrófono y susurró—: Atención, gente, me siento como

Dick Grayson, también conocido como Robin, el Chico Maravilla. —Luego se dirigió a Fuqua—. Muy bien, Batman...

Fuqua se rio.

—Es un placer estar aquí contigo, Barry.

—Genial —dijo Tom Spellacy.

—En serio, chicos —continuó Barry Backer—, dejad que intente recopilar lo que tenemos. —En un trozo de papel escribió con letra grande: «HAMBURGUESA CON PATATAS CAFÉ SOLO AZÚCAR» y lo sostuvo en alto para que lo vieran los ingenieros de la cabina de control—. Con todos los lugares en que vivió, tenemos que suponer que la chica era una vagabunda.

—Cierto —confirmó Fuqua.

—Y le gustaban los hombres, ¿verdad? Eso está claro. Le gustaban mucho los hombres. Muchísimo. —Susurró al micrófono—. No sé cómo se olvidó de mí, gente, pero así fue. —Levantó otro trozo de papel en el que había escrito: «Y RÁPIDO». A sus invitados les dijo—: Y nadie se ha presentado todavía con ninguna de su ropa, de manera totalmente confirmada... a menos que Linda de Monterey Park vaya bien encaminada con esas prendas íntimas, ¿cierto?

—Cierto —dijo Fuqua.

—Y estuvo atada, lo sabemos por las quemaduras en las muñecas y los tobillos —prosiguió Barry Backer—. Gente, eso a mí me huele a cautiverio; ¿a qué os huele a vosotros?

Fuqua dijo sin vacilar:

—Eso es exactamente a lo que me huele, y así se lo hice saber a la Sección de Delitos Graves, Barry...

Lo único que has oído tú, pensó Tom Spellacy, ha sido el puesto de jefe. Lo único que has hecho saber es que había que llegar a la emisora con media hora de antelación porque no se puede ir al baño cuando estás en el aire.

—Tom Spellacy, ¿quién crees que mató a Lois? —preguntó Barry Backer.

Si supiera quién la mató, anda que iba a estar aquí, se dijo Tom Spellacy.

—Me gustaría responder por Tom —intervino Fuqua.

—Caramba, Fred, no puede decirse que odies los micrófonos —dijo Barry Backer—. Dispara, compañero. No te importa, ¿verdad, Tom?

Fuqua no pareció reparar en la pulla.

—Primero, creo que puedo decir sin reservas que el asesino es una de dos cosas...

—Somos todo oídos, compañero —dijo Barry Backer.

—El asesino es o bien un ligue de una noche —prosiguió Fuqua— o bien un individuo que conocía a la víctima y sabía que nadie la echaría de menos.

—Eso se llama reducir el abanico de posibilidades —comentó Barry Backer.

El director hizo la señal de treinta segundos más desde la cabina de control.

—Creo que también podemos afirmar sin reservas —añadió Fuqua— que el crimen se perpetró en un domicilio permanente situado en una zona apartada.

—Atención, ahora estamos llegando a alguna parte, Fred —dijo Barry Backer—. Cuando dices... domicilio permanente... quieres decir una... casa, ¿no?

—Exacto, Barry —respondió Fuqua—. No un hotel, un motel, un apartamento o una casa de huéspedes. Un domicilio permanente.

—Porque en un apartamento alguien habría oído algo o visto algo, ¿no? —dijo Barry Backer.

—Exacto —respondió Fuqua.

—Y tiene que ser en una zona apartada por el mismo motivo, ¿verdad? —preguntó Barry Backer.

El director indicó diez segundos.

—Lo llamo el enfoque de la zona apartada —explicó Fuqua.

—Es un nombre estupendo —dijo Barry Backer—. Atención, gente, tenemos que dar paso a cinco minutos de noticias de rabiosa actualidad de la KFIM. Permaneced sintonizados para la siguiente media hora de *Línea directa Homicidios* con nuestros invitados especiales Fred Fuqua y Tom Spellacy, un par de pesos pesados. Hasta dentro de cinco minutos. ¿Dónde está mi puto café?

Fuqua se puso blanco y después, cuando vio la sonrisa de Barry Backer, comprendió que ya no estaban en el aire. Una joven entró en el estudio y llenó la taza del presentador, que le recorrió con la mano el interior de la pierna hasta que desapareció debajo de su falda. Una expresión soñadora asomó al rostro de la chica. No ofreció café ni a Fuqua ni a Tom Spellacy.

—La próxima media hora —dijo Barry Backer—, hablemos del culpable.

Fuqua tenía los ojos clavados en la mano de Backer.

—¿Cómo sabes que es un hombre? —preguntó por fin Tom Spellacy.

Barry Backer retiró la mano de la falda de la chica y cogió su taza de café. Llevaba grabadas las iniciales «B. B». y un micrófono en forma de seno de mujer.

—¿Intentas decirme que es una bollera?

—Intento decirte que es una posibilidad —corrigió Tom Spellacy—. No hemos encontrado ropa, no hemos encontrado equipaje, no hemos encontrado cosméticos. Desapareció dos semanas antes de que la mataran. Tuvo que estar alojada en alguna parte. Alguna parte donde pudiera disponer de ropa y cosméticos.

—Otra mujer —dijo Barry Backer.

—Yo siempre he pensado que era tortillera —dijo la chica.

—Ve a por azúcar —le ordenó Barry Backer. La chica suspiró enfurruñada y salió indignada del estudio—. ¿Vas a decirlo en el aire, lo de que era lesbiana?

—No, no va a decirlo —intervino Fuqua con rapidez.

—¿Por qué no? —preguntó Tom Spellacy.

—Porque voy a emitir la puta misa del cardenal —dijo Barry Backer—. Porque esta es una emisora familiar. Porque tu hermano hace *La hora del rosario*, mira la clase de emisora que es. Porque tengo el mejor índice de mi franja horaria y no lo he conseguido hablando de una panda de bolleras.

Tom Spellacy empezaba a pasárselo bien por primera vez en toda la mañana.

—Podríamos investigar a todas las médicas bolleras.

—Mira, me importa tres cojones si lamió hasta la última raja de la ciudad. —La voz de Barry Backer seguía subiendo—. No lo digas en mi programa y punto.

—Y las carniceras bolleras —insistió Tom Spellacy—. Eso explicaría cómo la cortaron tan bien.

—Eres peligroso, eso es lo que eres —dijo Barry Backer—. Si te dejo soltar eso en el aire, acabaré barriendo el estudio en una emisora de cien vatios de Ponca City, Oklahoma, con la amiga Holly.

Fuqua se removió en la silla y miró fijamente a Tom Spellacy.

—Barry está haciendo un trabajo cojonudo y tú intentas joderle vivo.

Tom Spellacy sacudió la cabeza.

—No, solo quiero entenderlo bien. Lo que buscamos es un asesino familiar para una emisora familiar, ¿verdad?

—No te hagas el gracioso —dijo Barry Backer—. Yo hago los chistes en este programa.

El chiste de este programa, pensó Tom Spellacy, es la manera en que Fuqua va a llegar a jefe. Con Barry Backer y Dan Campion como sus dos principales apoyos.

—¿Tienes algo más con lo que podamos llenar el tiempo? —le preguntó Barry Backer a Fuqua—. Aparte de una retahíla de historias sobre lesbianas.

Fuqua fulminó con la mirada a Tom Spellacy.

—Podríamos usar las tarjetas verdes, Barry.

—¿Qué tarjetas verdes? —preguntó bruscamente Tom Spellacy.

—Es una pista nueva. —Fuqua no hizo caso de Tom Spellacy y dirigió su respuesta a Backer—. Todavía no ha salido en los periódicos.

—¿Y te la has estado guardando? —preguntó Tom Spellacy—. ¿Le digo a la gente de la comisaría que sintonice? ¿O dejamos que lo lean en los periódicos? A lo mejor Dan Campion puede ponerles al día.

—No me apetece aguantar tus gilipolleces, Spellacy —dijo Fuqua—. ¿Y por qué no llevas tu alfiler de corbata?

Barry Backer dio un golpetazo con su taza en la mesa y se puso perdido de café.

—¿De qué cojones estáis hablando? Tengo un programa que volverá a estar en el aire dentro de dos minutos, me cago en todo, y vosotros hablando de alfileres de corbata y tarjetas verdes. ¿Por qué no tarjetas azules, me cago en todo? Tarjetas malva. ¿Qué coño son las tarjetas verdes?

—Son los permisos de trabajo que los mexicanos necesitan para cruzar la frontera, Barry —respondió Fuqua.

—Una pregunta sencilla —dijo Barry Backer. Estaba intentando estar tranquilo y ser razonable—. Y a lo mejor puedes responderla en los próximos noventa segundos antes de que volvamos a estar en el aire. —Respiró hondo—. Teníamos a una putilla cortada en dos, ¿verdad? Ahora, de repente, me encuentro hasta el cuello de lesbianas

y mexicanos. No entiendo qué tienen que ver los manitos con esa pava.

—Las tarjetas estaban en su maleta, Barry —dijo Fuqua.

—¿Dónde? —preguntó Tom Spellacy.

—En la estación de tren.

—Miré yo mismo en recogida de equipajes.

—Pues fuiste un chapucero —replicó Fuqua—. Estaba en objetos perdidos. La bolsa se ha caído de un estante esta mañana y se ha abierto. Las tarjetas estaban dentro y había cartas, ropa...

—Sesenta segundos, chicos —dijo Barry Backer, mirando el reloj del estudio.

—Dieciséis mil tarjetas verdes —añadió Fuqua—. Todas falsificadas. No estaban mal hechas, pero si encuentras dieciséis mil tarjetas, tienes que suponer que son falsas.

—¿Cuánto valen, falsificadas?

Barry Backer no perdía de vista el reloj.

—Lo que aguante el tráfico —dijo Tom Spellacy. Tarjetas verdes falsificadas. ¿Dónde había oído hablar de eso?—. Diez dólares, veinte, puede que más si no inundas el mercado en el sur.

—En otras palabras, hay un par de centenares de miles de dólares en esa maleta —resumió Barry Backer—. ¿Cómo la consiguió?

—A lo mejor hacía de correo —sugirió Tom Spellacy—. Tenía unas buenas tetas. En la frontera miran las tetas, y no la bolsa.

—Entonces se la jugó a alguien —dijo Barry Backer.

—O a lo mejor perdió la bolsa, sin más —conjeturó Fuqua.

—Alguien contaba con forrarse —dijo Barry Backer—. Y a lo mejor ese alguien se la cargó cuando ella se pasó de lista...

—Encontraremos a ese alguien —aseguró Fuqua.

—Diez segundos —dijo el director desde la cabina de control.

Barry Backer apenas podía contenerse.

—Nadie sabe esto, ¿cierto?

—Cierto, Barry —dijo Fuqua—. Lo darás en primicia.

De repente Tom Spellacy rompió a reír. Por fin lo había recordado. Zurullo Turner. Si... Si... Si... Debe de estar partiéndose de risa en alguna parte, Zurullo, que me contó lo de las tarjetas verdes.

—¿Qué te hace tanta gracia, Spellacy? —preguntó Fuqua.

—Nada, capitán.

—... cuatro, tres, dos, uno —dijo el director.

—Hola, gente —saludó Barry Backer—. Backer ha vuelto, y lavaos bien las orejas, porque os espera un rato intenso de escucha durante la próxima media hora...

CAPÍTULO VEINTIDÓS

El jueves Mary Margaret llegó en el autobús de las 2.31 procedente de Camarillo. Tom Spellacy la recibió en la terminal de Greyhound, recogió su maleta, la besó en la mejilla y comentó lo guapa que estaba. Llevaba un vestido que había comprado con cupones para ropa en 1943 y el pelo recogido en un moño, y le había dado por ponerse unas gafas sin montura. Su cara era agradable y sin arrugas, como si la hubieran esculpido en una hogaza de pan húmedo, y su figura cuadrada y algo aplastada parecía, como siempre, una tarta a punto de derrumbarse. Mary Margaret le dijo a Tom que le veía mejor que nunca. Fueron en coche hasta la casa del Valle, donde Mary Margaret procedió a abrir todas las ventanas, airear las sábanas, cambiar la ropa de cama, pasar la aspiradora por el salón, limpiar la cocina, fregar los retretes, hacer la colada y quitar el polvo a la estatua del Niño Jesús de Praga. En ningún momento mencionó que apenas parecía que hubiese vivido alguien en la casa. Esa noche, en honor de su vuelta al hogar y a petición de ella, Tom Spellacy pasó tres minutos encima de su mujer. El viernes por la mañana la acompañó en coche al Safeway, donde compró huevos, beicon, leche, mantequilla, café, azúcar, aceite, vinagre, pan, kétchup, mostaza, un frasco mediano de mayonesa, una pierna de cordero, un kilo de carne picada de ternera, tres abadejos, sandía, maíz tierno, gelatina, malvaviscos, zanahorias, un pepino, espinacas, un paquete de jabón en polvo Ivory Snow, seis pastillas de jabón Cashmere Bouquet y una caja de detergente Oxydol. El viernes por la noche Tom Spellacy dijo que tenía que trabajar hasta tarde. Trabajó durante el turno nocturno entero y, para cuando volvió a casa poco antes del amanecer del sábado, sabía el nombre del asesino de Lois Fazenda. No confió esa información a nadie. El sábado por la noche también trabajó hasta tarde. El domingo Desmond Spellacy llegó a tiempo para cenar.

—Se acordará de mi papá, monseñor —dijo Mary Margaret Spellacy mientras repartía las verduras—. Señor Maher, le llamaba usted siempre. Eugene Maher, se llamaba, pero todo el mundo le llamaba señor Maher. Menos monseñor Shea de San Anatolio. Mi papá pasaba el cepillo en la misa de las diez y todos los domingos el monseñor le decía: «¿Cómo nos ha ido esta mañana, Eugene?». Y mi padre siempre se lo decía. Nadie ocultaba nada a monseñor Shea. «Sacúdeles el cepillo delante, Eugene», si no se recaudaba mucho. Mandaba a mi padre a dar otra vuelta, si no había suficiente. Así consiguió el trabajo en la misa de las diez, mi papá. El monseñor le dijo a Owen Curry que se diera otra vuelta un domingo y a Owen le dio vergüenza, y el monseñor dijo: «Es la última vez que pasas el cepillo en esta parroquia, Owen

Curry». En voz alta, ¿sabe?, para que lo oyeran todos los feligreses de las diez. «Eugene Maher, vuelve a coger el cepillo». Y allí estaba mi papá todos los domingos a las diez, sacudiendo el cepillo para ver si llevaba algo que no fueran monedas. De cinco, de diez y de veinticinco centavos, ya sabe. Y si solo oía eso, el tintineo de las monedas, se daba otra vuelta. Primero el pasillo central, para que todos lo vieran. Después los laterales. Hacía un trabajo estupendo en la misa de las diez, mi papá. El señor Maher. Era contable, ¿sabe? En la Compañía de Aguas. Tenía una letra magnífica. El método Palmer, se llamaba lo que usaba. Tener buena letra es una gran ventaja, si quieres ser contable, y eso lo sabe todo el mundo. Los italianos no tienen buena letra. Es por esos nombres que acaban en vocal, creo. Cuesta tener buena letra cuando escribes vocales todo el tiempo, a, e, i, o, u.

Desmond Spellacy asintió.

—Y a veces i griega —añadió Mary Margaret Spellacy—. Como en pony. Pony no acaba en vocal, por eso ponen una i griega. Hay muchos italianos bajitos como ponys...

Tom Spellacy reprimió la tos por miedo a interrumpir el monólogo de Mary Margaret. No quería que dirigiese a él su conversación. Está más chalada que el día en que entró, pensó. A, e, i, o, u. Y a veces i griega. A Des parece que le hayan dado un martillazo en la cabeza. Fijo que no se esperaba un pony italiano.

—... cáncer de recto, tenía el pobre —decía Mary Margaret Spellacy. El nexo entre los italianos bajitos y el recto maligno se le había escapado a Tom Spellacy. Tampoco pensaba preguntar quién lo padecía. Se fijó en el ritmo de asentimientos de Des y, en perfecta sincronía, empezó a mover la cabeza arriba y abajo con brío—. Cuando pasaron los efectos del éter y despertó, dijo que iba a ofrecerla. Tenía una bolsita, ya sabe, que es lo que te dan con cáncer de recto. No sé si sería una gran ofrenda, la bolsita esa. Aunque cada uno ofrece lo que tiene, supongo. Y nunca se le oyó una queja. Recuerdo cuando el médico dijo que iba a quitarle los puntos el domingo siguiente. «Muy bien, muy bien», dijo. «El domingo de la Santísima Trinidad».

Tom Spellacy dejó otra vez de sintonizarla. A Mary Margaret le bastaría con un asentimiento ocasional para creer que seguía escuchándola. Era curioso cómo resultaban las cosas a veces. Fuqua y Mary Margaret. En cierto sentido, ellos eran los responsables de que lo hubiera hecho encajar todo. Las dos últimas personas del mundo, hubiera pensado.

Las tarjetas verdes. El destino se burlaba de Fuqua. Fuqua que no había querido que fuese a San Quintín para la ejecución de Zurullo Turner.

Que había insistido en que Zurullo Turner era un don nadie.

Con lo que daba a entender que un don nadie merecía morir solo.

Recordó la celda de retención al final del pasillo que llevaba a la cámara de gas.

Y el *whisky* de centeno barato en el vaso de papel.

Y el modo en que Zurullo Turner intentó pasar por un forajido en lugar del

pringado que era.

Ese atraco a un banco en Inglewood, había dicho Zurullo Turner. Fui yo.

Y el golpe en North Hollywood.

Y las tarjetas verdes.

Las tarjetas verdes falsificadas.

Apuesto a que eso no lo sabías, había dicho Zurullo Turner.

No.

Las bajaba a México para Jack A.

¿En serio?

Cosa fina. De lo mejor. Jack les sacaba cien pavos por cada una a los mexicanos de Tijuana, según me cuentan. Hay que reconocerlo: Jack se lo tiene bien montado con esos cometacos. Primero les vende los papeles fuleros y después les da trabajo paleando mierda para que los paguen. Un dólar al día y una vida para pagar. Eso es el cielo para un mexicano.

Después se acabó el *whisky* de centeno, se abrazaron y ocho horas más tarde, en presencia de catorce testigos, Horace Turner había muerto como disponían las leyes del estado de California, y él no había vuelto a pensar en las tarjetas verdes hasta que Barry Backer se negó a hablar de lesbianas en la emisora de radio familiar que iba a retransmitir la misa de medianoche del cardenal en Nochebuena.

Tendría que habérselo dicho a Fuqua, pero no lo hizo. Fuqua estaba demasiado ocupado contándoles a todos los oyentes en el radio de los cincuenta mil vatios lo listo que era, y Barry Backer decía: «Escuchad, gente, esto es una exclusiva», como si fuese un reportero de serial radiofónico. Que les dieran por culo a los dos. Había algo que no pensaba hacer si podía evitarlo, y eso era poner de jefe a Fuqua. Esperaría con lo de las tarjetas verdes y comprobaría la historia de Zurullo Turner; Jack no se iba a ir a ninguna parte. También estaba el otro aspecto de la cuestión. Con el historial que tenían Jack y él, más le valía asegurarse a fondo de que Jack estaba implicado. Brenda había dicho que Jack estaba limpio, y ella no le debía ningún favor. Claro que Jack conocía a la chica y claro que probablemente estaba metido hasta el cuello en el asunto de las tarjetas verdes —era la clase de operación que lo atraería—, pero de esos dos elementos por separado no se deducía necesariamente un homicidio con premeditación. Solo que le gustaba follar, que le gustaba ganar dinero y que no era muy escrupuloso acerca del modo de conseguirlo. Matar a la chica era una estupidez, y Jack no había tenido un pelo de tonto en su vida. Tampoco había confundido nunca un polvo con una gran pasión. Todo aquel asunto era demasiado perfecto, demasiado parecido a una historia de la radio, y lo había sido desde el principio. No había cabos sueltos, todo parecía estar relacionado, y eso era lo que le molestaba. Normalmente uno cerraba con llave su escritorio, se iba a casa y se preocupaba por las termitas del techo, los hongos de los aguacates o de si el seguro médico cubría las almorranas. Las hemorroides que crecían como bellotas en tu culo no tenían nada que ver con una chavalita mona que tenía una rosa tatuada encima del

felpudo y a la que por lo que fuese habían cortado por la mitad. Esa vez no. Todo estaba entremezclado. Hablabas de Zurullo Turner y luego tenías que hablar de Corinne. Hablabas de Jack y probablemente estabas hablando también de Des. Llamabas a la puerta de Brenda y te encontrabas con Mickey Gagnon, mirabas cómo Fuqua echaba una meadita y allí estaba Dan Champion para sacudirle la chorra. No le extrañaría que los chinos de Crotty anduviesen también metidos en el lío, si buscaba lo suficiente.

No. Las cosas no funcionaban así. Sabía que habría quienes dirían que intentaba salvar su propio culo. Fuqua, para empezar. A lo mejor era así. Sería bonito trincar a Jack, hacerle sudar, ver que el cardenal se lo quitaba de encima como si fuera un pecado mortal, pero dejaba que algún otro pagara el pato. Yo no, todavía no. Una insinuación aquí, una insinuación allá y la historia de las tarjetas verdes saldrá a la luz. Cuando llegue ese momento, ponte cómodo y disfruta. Hasta entonces, sé cauto, ve poco a poco.

Visto lo visto, tal y como acabaron las cosas, una sabia decisión.

—... sorbe su leche desnatada con una pajita, monseñor, eso me cuentan —decía Mary Margaret Spellacy. Alguien más a las puertas de la muerte, pensó Tom Spellacy. Siempre era la primera en enterarse de que una vejiga no funcionaba o un vientre no obraba—. Tiene las arterias tan duras que la sangre va rebotando como si fuese una máquina de millón. Bailarín de salón, quería ser. Con una sala llena de trofeos dorados del Baile de la Cosecha. El vals fue siempre su favorito. Pero le costaba encontrar pareja, con el ojo tonto. Si no fuese por el ojo tonto, apuesto a que las arterias estarían blandas como espaguetis. Porque bailar es bueno para las venas. La sangre como canicas, y todo por culpa del ojo bizco. Que viene de la rama Scully de la familia...

Tom Spellacy se preguntó quiénes serían los Scully bizcos, pero asintió a Mary Margaret de todas formas. Todo aquel parloteo escondía cierta sagacidad en alguna parte. Creo que deberíamos tener relaciones, había dicho Mary Margaret el jueves por la noche. Relaciones. Habían pasado dos años desde que oyera la palabra y casi había olvidado el pavor que le hacía sentir. Cuando Corinne hablaba de «relaciones» se refería a un amigo o conocido. Alguien cuyo nombre él no tenía que recordar. Lo que se hacía en la cama era follar. No tenía nada que ver con relacionarse. A lo mejor Corinne era el motivo por el que Mary Margaret quería tener relaciones. Era obvio que la casa no había estado muy ocupada durante los dos años que había pasado en Camarillo. Yo tenía que estar viviendo en alguna parte. En alguna parte en la que probablemente tenía relaciones. A lo mejor Mary Margaret solo quería dejar claro que estaba en casa. Y la mejor manera era tener relaciones.

No era mala idea, suponía. Solo fallaba la ejecución.

Para empezar, cuando estuvo encima de ella, pensó en Corinne. Tampoco era que pensar en otra fuese inusual. A menudo, cuando estaba encima de Corinne, había pensado en Brenda o en la chica del anuncio de Ponds. Pero cuando pensaba en ellas

solo pensaba en lo bueno que sería tenerlas allí, diciéndole lo cojonudo que era, lo mejor que habían conocido. Sobre todo la chica del anuncio de Ponds, con su vestido sin tirantes. Ni siquiera hacía nunca que la chica del anuncio de Ponds se quitase el corsé de gardenias. Cuando pensó en Corinne, en los tres minutos que pasó encima de Mary Margaret, recordó que no había recogido la ropa de su piso. Había unos pantalones azules, un traje marrón, un par de camisas y los *slips* que ella le había comprado en las rebajas de ropa para caballeros de Bullock y recordó que no había intentado averiguar adónde se había mudado, si había abortado, a qué se dedicaba o cómo le iba y recordó lo aliviado que se había sentido cuando ella le dijo que siempre cortaba por lo sano y al principio le hizo sentir mal ese alivio y después sintió culpa y luego eyaculó y entonces se dijo a sí mismo: A la mierda, nunca más.

Fue una actuación que no quería repetir. Mejor trabajar hasta tarde que repetir.

Y así trabajó hasta tarde la noche del viernes. Se quedó hasta que estuvo seguro de que Mary Margaret dormía, perdida en algún lugar entre los pliegues de su camisón de franela. La oficina se vació, los teléfonos no sonaban, el teletipo guardaba silencio salvo por algún traqueteo ocasional. Un código 8 en el 57 de West Place. Un 415 en el 2700 de Hoover. Un 211 en Arlington. Un 447 en Devonshire. Abrió los archivadores y se llevó las carpetas de manila a su cubículo. Los fluorescentes teñían los endeble tabiques de un verde más enfermizo si cabe que el diurno. Extendió la primera pila de carpetas en su escritorio y amontonó las demás en el suelo, donde se inclinaron bajo su peso: informes de interrogatorios, evaluaciones psiquiátricas, listados telefónicos, investigaciones de campo, confesiones, declaraciones, informes de guardia, informes de final de patrulla, hojas amarillas, registros de huellas dactilares, informes de incidencias, informes de arrestos, fotografías, registros de chivatazos, archivos de pistas, carpetas de *modus operandi*, ficheros de apodos, testigos, sospechosos, informadores, chivatos, papel, papel y más papel. El enfoque sistémico. La búsqueda de un patrón definido. Aunque no era exactamente lo que Fuqua tenía en mente. El enfoque sistémico para pasar el tiempo hasta que Mary Margaret estuviera dormida y él no tuviese que levantarle el camisón de franela por encima de los muslos y pensar en Corinne.

Que Fuqua se preocupase por las tarjetas verdes. Esa historia él ya se la sabía. Que Fuqua encontrase el hilo de las conexiones y las cosiera como botones a un traje. Él leería y no se follaría a su mujer. El lenguaje de los informes resultaba relajante, tan anónimo que eliminaba la personalidad. Sospechoso. Perpetrador. Vehículo. Detenido. Arma. Vigilancia. Residencia. Caucásico. Varón. Mujer. El asesino era un varón fornido que odiaba a las mujeres, decía el primer psiquiatra policial. La asesina era una mujer fornida que odiaba a las mujeres, decía el segundo psiquiatra policial. El asesino era impotente. El asesino era potente. Siguió leyendo. El asesino era un enano. El asesino era un gemelo. Pidió café. La asesina era lesbiana. El asesino era un pederasta. Pidió un sándwich de jamón y queso con pan de centeno, pero se lo pusieron con pan integral y no se lo comió. El queso se curvó y endureció y el pan se

pasó. Un suboficial mayor de Marina confesó, una camarera negra acusó, un ayudante del *sheriff* del condado de Riverside detuvo. Cargos retirados.

A las 11.30 llamó a casa. Mary Margaret lo cogió al segundo tono. Dijo que iba a rezar sus oraciones y acostarse. Poco después de la medianoche fue a la cafetería que abría toda la noche en Temple. Tomó estofado, puré de patatas, salsa, tarta de manzana y tres tazas de café. Un borracho dormía en una mesa del rincón. Solo llevaba un zapato. Tom Spellacy lo había mirado durante mucho tiempo antes de darse cuenta por fin de lo que faltaba. Se preguntó durante cuánto tiempo había pasado por alto el zapato desaparecido. Culpó del despiste a los informes. Hervían todas las aberraciones de la vida hasta reducirlas a simples oraciones enunciativas. Se eliminaban los matices, se lijaban los interrogantes. «La sujeto es una mujer caucásica de treinta y siete años, conocida solo como Consolador Punto». ¿Por qué la sujeto solo era conocida como Consolador Punto? En el informe no difería de Mabel Leigh Horton. Mujer caucásica, edad desconocida. Tommy Diamond, Raymond F. Rafferty, Leland K. Standard, todos eran lo mismo. Harold Pugh, Carrito Johnson, Gloria Deane, Ida Parnell, Sammy Barron, Timothy Mallory. A lo mejor Fuqua tenía razón. La única manera de encontrar un patrón definido era alisar los nudos de identidad, las peculiaridades que enturbiaban la percepción interponiendo lo que gustaba, lo que dejaba de gustar y lo que se sabía. De vuelta en su cubículo, cogió el informe de incidencias de la noche del asesinato. Atraco a mano armada. Agresión menor. Robo de coche. Violación. Asalto con arma mortal. Conducta indecente. Exhibicionismo. Los sucesos inusuales de una noche usual. Embriaguez y altercado. Alteración del orden público. Mordisco animal. Incendio provocado. Robo con escaló. Hurto. Vehículo abandonado. Merodeador. Niño perdido. Incendio de matorrales. Conducción en estado de embriaguez. Cadáver.

La una en punto. Se preguntó si Mary Margaret estaría dormida. Pensar en su camisón de franela lo espabiló. Recogió otro informe de final de patrulla. Entregado por Bingo McInerney y Lorenzo Jones la noche del asesinato. Hojeó el informe, preguntándose cómo sería trabajar con Lorenzo, cuya placa estaba siempre brillantada y cuyo cuero siempre relucía. Que cambiaba la faja interior de su gorra todos los meses. Que siempre usaba un portaminas Scripto porque los lápices de madera se rompían y siempre llevaba un paquete de reserva de minas. Cuya letra de molde cuadraba a la perfección con el lenguaje sobrio del informe. Que estudiaba Derecho por las noches y al que Bingo consideraba un coñazo de tío...

Y entonces Tom Spellacy lo vio.

Lo único en lo que nadie más había pensado.

—Los malvaviscos quedan bien en la ensalada en gelatina —decía Mary Margaret Spellacy—. No de esos grandes para tostar, sino de los pequeños. Como botones, pero blandos. Porque son malvaviscos. Hay gente a la que ahora le gusta la

gelatina de lima, pero yo sigo con la de fresa. A monseñor no le gusta la lima, Tom, estoy segura. Por eso la tenemos de fresa, monseñor. A su papá nunca le gustaron las fresas, sin embargo. Es un recuerdo que tengo de él. Era la parálisis que tenía. No podía aguantarlas en la cuchara. Con la parálisis no se tiene buen pulso, y eso lo sabe todo el mundo. La gente con parálisis tiene mal pulso. Era un hombre magnífico, su papá. Nunca faltaba a un velatorio. Se sentaba ahí en su silla plegable, tirando las fresas cuando le daban...

De repente Desmond Spellacy lo comprendió. Mary Margaret no estaba loca, a fin de cuentas. Sabía que su padre nunca tuvo parálisis. El motivo por el que Phil Spellacy nunca faltaba a un velatorio era que la bebida era gratis y abundante. Mary Margaret sabía perfectamente que Phil Spellacy era solo un borracho con temblores; lo sabía, pero aun así lo llamaba parálisis. No por tacto, además, apostaría Desmond Spellacy. Sencillamente prefería desentenderse. Ese torrente de conversación sobre movimientos de vientre, colectas de domingo y bailarines de salón bizcos solo era un muro tras el que esconderse para que nadie pudiera volver a tocarla.

Se preguntó si creería siquiera en san Bernabé.

Qué maravilloso sería que san Bernabé fuera solo un complicado chiste que la liberaba de la responsabilidad de establecer contacto.

Por ejemplo, Moira. Moira no estaba gorda. San Bernabé decía que Moira tenía una corpulencia elegante y que todas las mejores santas tenían una corpulencia elegante. Teología calórica, pensó Desmond Spellacy. Observó cómo Mary Margaret se quitaba las gafas. El puente le había dejado profundos surcos a ambos lados de la nariz. Le daban ganas de amasársela como si fuera una salchicha para quitar las marcas. Seguía siendo una mujer guapa. Por un momento experimentó la misma sensación de asombro por ella que había sentido veinte años antes. Estaba seguro de que él podría llegar al otro lado del muro, pero luego ¿qué? Sabía que para Mary Margaret era el mundo exterior el que estaba encarcelado, no ella misma. Intentó recordar el primer momento en que se arrancó con san Bernabé. Probablemente cuando descubrió que Tommy se iba de picos pardos. Y apuesto a que también sabe que fue esbirro de Jack, caviló.

Un marido mujeriego y una hija de noventa kilos.

Mejor inventarse a san Bernabé que enfrentarse a ello.

Por no hablar de Kev, el mayor. Kev, al que tendían a escapársele gases cuando estaba nervioso. En ese momento era ayudante de capellán a la espera de su baja del ejército. Desmond Spellacy confiaba en que el general nunca pasase a visitar al capellán. Kev podría ponerse nervioso.

—Las pompas fúnebres serían ideales para Kev, cuando vuelva del servicio —dijo Mary Margaret Spellacy—. Es un negocio fantástico y siempre se lleva corbata. No como en algunos negocios. Los profesores de aritmética no llevan corbata, por lo que dicen. Es una novedad, no llevar corbata si eres profesor de aritmética. Mi primo segundo, Raymond Dennehy, estaba en el negocio de las pompas fúnebres y siempre

llevaba corbata. De esas con truco que se enganchan al cuello de la camisa. Raymond era conductor. «Carroza» Dennehy, lo llamaban. También llevaba un *boutonnière*, además de su corbata con truco. Sabe lo que es un *boutonnière*, ¿verdad, monseñor?

Desmond Spellacy asintió.

—Es una de esas flores que los hombres refinados llevaban en los ojales — explicó Mary Margaret Spellacy—. Claveles, normalmente. Aunque mi primo, Carroza, siempre llevaba una anémona. Eran más baratas que los claveles, por eso Carroza siempre llevaba anémonas. También le gustaban las ensaladas en gelatina. De fresa, como al monseñor, Tom. Te acuerdas de cómo murió, ¿no? En un funeral. En un momento estaba allí y al siguiente nos había dejado. Le quitaron la corbata con truco, pero era demasiado tarde...

Por un momento Desmond Spellacy se preguntó quién habría sustituido a Carroza Dennehy al volante del coche fúnebre. En cierto modo le veía la gracia al mundo de Mary Margaret. Era tan relajado... No había un Dan T. Champion con el que pelearse, ni un Seamus Fargo. Ese era el mundo real. Desmond Spellacy se llevó una servilleta a la boca y miró de reojo a su hermano, al otro lado de la mesa. Tommy está a un millón de kilómetros de distancia. Me pregunto si estará pensando en la señora Morris, de la Comisión de Jurados. No, probablemente no. Ya lo hago yo por los dos. Suponía que el motivo por el que aquello le afectaba tanto era que se trataba de la primera de las chicas de Tommy de la que sabía algo. Aparte de Mary Margaret. El caso era que costaba pensar en Mary Margaret como en una de las chicas de Tommy. Desmond Spellacy equilibró un melocotón en conserva sobre su tenedor y sonrió a Mary Margaret mientras asentía. Al parecer haber dejado a Morty Donnelly sosteniendo la corbata con truco de Carroza Dennehy y había pasado al papa. Era mejor no intentar establecer un nexo. Solo un asentimiento periódico hasta coger el hilo. Allí estaba. El Año Santo en la Ciudad Santa. El pontífice. Al parecer, Mary Margaret había cogido gusto a llamar «pontífice» al papa. Antes lo llamaba «Pacelli». Y a veces «el italiano». Se preguntó qué buena obra habría realizado Pacelli para ascender a pontífice en la estima de Mary Margaret. Parecía tener algo que ver con Carroza Dennehy. El Año Santo. Eso era. Morty Donnelly pensaba ir a Roma con motivo del Jubileo. Llevando la corbata con truco de Carroza Dennehy. Ya se había situado. Dos asentimientos enérgicos y un ceño para satisfacer a Mary Margaret. Después una invocación mental a la señora Morris, de la Comisión de Jurados. La señora Morris tenía cara. Mientras que las demás chicas que Tommy llevaba al confesionario eran solo receptáculos en blanco para sus adulterios. Intentó recordar la cara. Llevaba un pañuelo en el pelo. Y había unos grandes ojos marrones. Los recordaba tristes, pero quizá eso lo ponía él. Y la señora Morris tenía voz. Maldito sea, le había soltado, habla menos del pecado que cualquier cura que haya conocido. Un pensamiento perforó su ensueño: Dios mío, pienso mucho en los misterios uterinos para ser cura. Los Misterios Dolorosos, los Misterios Gloriosos y ahora los Misterios Uterinos, que se añaden al canon eclesiástico. No creía que a Pacelli le

fueran a hacer mucha gracia. De modo que era eso. Su envidia de Tommy era una envidia sexual. Y todos esos años Tommy debía de haberlo notado. ¿Por qué si no iba a llevar sus adulterios a mi confesionario? Tommy. Tommy. Tommy. Qué difícil nos resulta querernos. Si al menos hubiera un laxante espiritual para purgar nuestras culpas. Eso hubiera hecho reír a Seamus Fargo, que no creía en la culpa. Un hombre, un alma, ya son preocupaciones más que suficientes, le gustaba decir. Aun así, no había vuelta de hoja: la envidia sexual era un tema que le hubiera gustado comentar con Seamus en confesión. Nada parecía sorprender nunca a Seamus en el confesionario. Escuchaba. Escuchar era el secreto del perdón, le había oído decir una vez. Eso viniendo de un hombre que detestaba a Freud. Le gustaría decirle a Seamus que Freud era el escuchador por antonomasia. Bueno, ahora había pocas posibilidades de que eso fuera a suceder.

—... Lo que siempre me pregunto —dijo Mary Margaret Spellacy— es si el pontífice tiene un programa de radio favorito. Como *La hora del rosario*, Tom. Si el pontífice viviera aquí, podría sintonizar la KFIM y escuchar al monseñor en *La hora del rosario*. Y *Fibber McGee y Molly*, también. McGee es un apellido católico. *Amos y Andy* son de color. No tienen mucha gente de color en Italia. «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». Es como escuchar una buena canción, cuando reza el rosario, monseñor. «El pan nuestro de cada día dánosle hoy». Bing Crosby no lo haría mejor. «Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». Si el pontífice viviera aquí, esta sería la Santa Sede. Y podríamos celebrar el Año Santo aquí mismo. El Coliseum sería un sitio de primera. A Morty Donnelly le gustaría. Tiene pases de temporada para todos los partidos. Podría usted hacer *La hora del rosario* en el Coliseum, monseñor. Con Bing Crosby. Bing ayudaría; como sería el Año Santo y eso...

Desmond Spellacy sonrió con languidez. Bing y yo. Un dueto perfecto, diría monseñor Fargo. Se estremeció sin querer. Hasta pensar en Seamus Fargo le hacía avergonzarse. Miró al otro lado de la mesa. Tom Spellacy lo observaba con atención. Probablemente cree que es Mary Margaret quien me pone nervioso, pensó Desmond Spellacy. Probablemente cree que puedo despedir a monseñores de ochenta y un años sin que me quite el sueño. Lo curioso era que Tommy casi estaba en lo cierto. Seis meses atrás no le habría quitado el sueño. Seis semanas atrás, incluso. Eran gajes del oficio. No hacía falta Seconal para que durmiera como un bebé.

Hace seis semanas, pensó. Hace una eternidad, antes de que firmara mi armisticio con la vida...

—... Era una comida digna de la reina de España —dijo Mary Margaret Spellacy. A Desmond Spellacy le daba la impresión de que se había perdido una transición entre el Año Santo y la familia real española—. Que pueda ser tan buena cocinera con toda la tristeza que ha tenido para ofrecer. ¿Recuerda a su hijo John, monseñor? El que era el monaguillo favorito de su eminencia. Se casó con una chica polaca. Con

todas las ventajas que tenía...

Gracias a Dios por Mary Margaret, pensó Desmond Spellacy. Su única preocupación era cómo mantenerse alejada de los polacos y los italianos. Intentó concentrarse en la mala cabeza del monaguillo favorito del cardenal, pero la cara de Seamus Fargo no paraba de distraerlo. Lo que le inquietaba no era tanto haber despedido a Seamus la noche anterior, sino el modo en que se hizo. En la cena de la Cofradía de Santo Tomás de Aquino. Eso había sido idea del cardenal. El momento perfecto, el lugar perfecto, había dicho su eminencia, para anunciar una bien merecida jubilación. Al fin y al cabo, la cofradía homenajeaba a Seamus por sesenta años de ejemplar servicio a la Iglesia. Una ocasión para la que el presidente honorario de la velada era su eminencia el cardenal Hugh Danaher y el principal orador el mismísimo Padre Paracaidista, monseñor Desmond Spellacy, Legión al Mérito, Corazón Púrpura, Medalla del Encomio del Ejército, cinta del Teatro Europeo de Operaciones con cuatro estrellas de batalla.

No eran la clase de sicarios que solía encontrarse en un estrado.

Aun así.

Desmond Spellacy apostaría a que Seamus no había tenido mucho que ver con la selección de oradores. Eso era obra de Dan T. Campion. Este era el presidente del programa y maestro de ceremonias. Lo que confirió a la velada una tonalidad discordante especialmente detestable. Despedir a Seamus después de intentar salvar a Dan T. Campion... para Desmond Spellacy se trataba de un intercambio obsceno. Y había mantenido la boca cerrada.

Esa era la peor obscenidad de todas.

Ahora era Dan Campion quien se colaba en sus pensamientos. Guiñando un ojo. Vestido con su esmoquin de maestro de ceremonias. Tirándose de los puños de la camisa y contando anécdotas irlandesas. Dan T. Campion había guiñado un ojo a Desmond Spellacy en el bar.

—Gracias, Des, hiciste un trabajo estupendo con tu hermano el policía, y te lo agradezco.

Otro guiño y Dan Campion avanzó a lo largo de la barra, estrechando manos mientras se acercaba a Sonny McDonough y Harry Pottle; no por casualidad ambos eran miembros de la Comisión de Selección que escogería al nuevo jefe de policía.

—Preguntad al hermano de Des, el policía, y él os dirá lo estupendo que es Fred Fuqua como agente. —De manera que Tommy tenía razón. Dan Campion hacía campaña a favor de Fuqua—. Me recuerda a Teddy Roosevelt cuando era comisario de policía en Nueva York. —Dan Campion cruzó sus brazos con los de Sonny McDonough y Harry Pottle para que no pudieran escapar—. Y todos sabemos hasta dónde llegó TR, después de ser un comisario tan estupendo. Fred Fuqua es el mejor, hacedme caso, es la pura verdad. FF lo llamarán antes de que deje el cargo, os lo digo ahora. Como llamaban TR a Teddy. Podéis culpar a Dan Campion de muchas cosas, pero no podéis culparlo de una: Dan Campion siempre ha sabido descubrir a una

promesa. Y descubrí a Fred Fuqua del mismo modo que descubrí a Des Spellacy, antes de que él supiese siquiera dónde estaba la parte de delante de su alzacuellos...

El invitado de honor llegó con el cardenal. Desmond Spellacy se preguntó si solo se había imaginado la expresión recelosa de Seamus Fargo. Recoger a Seamus en San Basilio con su propia limusina fue otra idea de Hugh Danaher. Demostrar respeto a un viejo amigo, lo llamó el cardenal. Una manera de atar a monseñor Fargo en corto, más bien.

—Buenas noches, monseñor —había dicho Seamus Fargo.

—Buenas noches, monseñor —había respondido Desmond Spellacy.

—Observo que su amigo, el señor Amsterdam, no nos acompaña en esta velada, monseñor —había dicho Seamus Fargo.

Desmond Spellacy había sonreído. Había que reconocer que Seamus era de los que morían con las botas puestas. Sentado en el estrado estuvo impasible. Ni una sola sonrisa ante los chistes de maestro de ceremonias de Dan T. Champion. San Patricio. La madre superiora. El cura católico y el rabino judío. El cura católico y el ministro protestante. El cura católico, el rabino judío y el ministro protestante. No era la clase de historias que hacía gracia a monseñor Fargo. Desmond Spellacy repasó las notas para su discurso, que tampoco estaba diseñado para hacer reír a monseñor Fargo. Primero el detalle de costumbre para con los protestantes de entre el público. A los que siempre se llamaba «hermanos protestantes en Cristo». Después la amistad y la causa común. El fango y la suciedad. No hay ateos en las trincheras. Era una transición fácil hacia Seamus. Un luchador en las trincheras del catolicismo. Un veterano de combate de sesenta años. Condecorado por la Iglesia. Un héroe a ojos de Dios. Un ejemplo para esos sacerdotes más jóvenes de la archidiócesis que estaban preparados para recoger el testigo de sus mayores.

Ahí fue cuando Seamus empezó a mirar y mirar fijamente. Entonces supo que era el fin. La merecida jubilación estaba a solo un párrafo de distancia. Se observaron todas las cortesías. Monseñor Fargo estrechó la mano de monseñor Spellacy. Monseñor Fargo dio las gracias a Hugh Danaher. Y a sus hermanos protestantes en Cristo. Dijo que había otros más dignos de los honores y elogios que había recibido. Se afanaría por ser un ejemplo. Un sacerdote no se jubilaba nunca. Sería siempre un siervo del Señor en cualquier nicho que el arzobispo cardenal le hubiese reservado. Apretones de manos. El regateo había empezado en el trayecto en coche de vuelta a San Basilio. Desmond Spellacy estaba sentado en el asiento delantero y el cardenal y monseñor Fargo, detrás.

Mi sobrino, había dicho Seamus Fargo. Richard.

Sí, había dicho el cardenal.

Lleva once años de coadjutor. Merece una parroquia propia.

No San Basilio, dijo el cardenal.

Santa Margarita está libre, sugirió Seamus Fargo.

Hecho, dijo el cardenal.

¿Mi retiro?

He pensado que podría gustarte ser capellán del Hospital de San Francisco, dijo el cardenal.

No.

¿Qué tienes en mente?

Hay una parroquia en el desierto. Santa María.

Está arruinada, Seamus.

Me gustaría morir en el desierto, *eminenza*.

Al cabo de un momento el cardenal dijo: Hecho.

La limusina paró delante de la rectoría de San Basilio. Los tres eclesiásticos salieron del coche.

Buenas noches, monseñor, dijo Desmond Spellacy.

Buenas noches, monseñor, dijo Seamus Fargo.

Lo siento, Seamus, dijo el cardenal.

Adiós, Hugh, dijo Seamus Fargo.

—Lo gracioso es que los dos eran Ford —estaba diciendo Mary Margaret—. No suelen producirse accidentes en los que ambos coches son de la misma marca. Dos Buick. Dos Hudson. Dos Studebaker. Esos eran Ford los dos, sin embargo. El periódico no aclaraba si eran del mismo año. Si los dos hubieran sido del 41, eso sí que habría sido una coincidencia. En la esquina de Lincoln con Devonshire. Fue una suerte que no nos pillase allí. Tom pasó por allí hace nada, monseñor. Eso es lo que me dijo. Si hubiese pasado entonces, lo habrían matado. Estuve rezando a san Antonio y por eso no estuvo en la esquina de Lincoln con Devonshire. Conduce un Plymouth, de todas formas, y los del accidente fueron dos Ford. No hubiese sido tanta coincidencia si uno hubiese sido un Ford y el otro un Plymouth...

Lincoln con Devonshire, se dijo Tom Spellacy. De qué cojones está hablando. No se cruzan, Lincoln y Devonshire. Una está en Santa Mónica y la otra en el Valle. Le daban ganas de reír. No importaba que no se cruzasen. En aquello no había nada que se cruzase. Tanto trabajo y no se cruzaba nada, ese era el chiste más grande de todos. Leland K. Standard se tiraba del edificio Bradbury por nada. Consolador Punto acusaba a Al C. Hopkins por nada. Al C. Hopkins decía a su mujer que no había visto a Consolador Punto desde un enfrentamiento doble entre Portland y los Angels en Wrigley field el Cuatro de Julio de 1943, cuando se la folló en su coche en el aparcamiento, entre un partido y otro. Al C. Hopkins debería haber mantenido la boca cerrada. Los loqueros, las camareras, los taxistas... ninguno de ellos tenía conexión alguna con Lois Fazenda. Tampoco los travestidos que se presentaron con su ropa interior, sus estuches de pintalabios y sus rulos. Ni siquiera Jack Amsterdam. En ningún sentido que importase. Brenda. Des. Corinne. Zurullo Turner. Mickey Gagnon. Los chinos de Crotty. No se cruzaban. Ni uno solo importaba.

Lo único que importaba era que no quería follarse a Mary Margaret.

Y el enfoque sistémico. Eso importaba. Repasar todo ese papeleo. No tanto para encontrar un patrón definido como para evitar tumbarse entre las piernas de alguien que le había dicho que rezase una oración a san Antonio cuando no encontrara aparcamiento.

San Antonio. Patrón de los objetos perdidos. Se preguntó si debería dar gracias a san Antonio. No por encontrar aparcamiento, sino por hallar un patrón definido.

El patrón definido.

En el lugar más improbable.

El informe de final de patrulla de Bingo McInerney.

Que, por supuesto, había redactado Lorenzo Jones.

Tom Spellacy se preguntó si habría releído siquiera el informe si la letra de molde de Lorenzo no fuese tan pulcra. La mayoría de los agentes que patrullaban en coche escribían como Bingo. Tachones. Partes borradas. Faltas de ortografía. Nombres equivocados. Horas erróneas. Delitos y faltas mal numerados. Era un milagro que el fiscal del distrito consiguiera alguna condena. El informe de Lorenzo era un modelo. Un 927, investigar problema desconocido, a las 6.43 a. m. Cambio a 927D, investigar posible cadáver, a las 6.47. Siete minutos de Western con Pico a la calle Treinta y nueve con Norton. Los agentes McInerney y Jones dan parte de un 187 a las 6.54. Se solicita un código 3 a las 6.55. Solicitados detectives, 914, 6.56, solicitado juez de instrucción, 914C, 6.57. Víctima: mujer. Causa de la muerte: desconocida. Otras lesiones: amputación con traumatismo. Ese era un toque bonito, la amputación con traumatismo. Lorenzo debía de estar empollando medicina forense en la Facultad de Derecho. Al fiscal le gustaría. Y Bingo no lo entendería. Cosas de negros, diría Bingo. Justo lo bastante alto para que Lorenzo lo oyera. Aunque no le importaría. Él hacía su trabajo y mantenía la boca cerrada. Sin testigos. Sin curiosos. Sin ruidos inexplicados. Sin coches extraños. Nada sospechoso.

Y tampoco ningún error.

Salvo por el 187, un típico informe de fin de patrulla del turno de noche. Tom Spellacy hojeó el resto de las páginas. Una infracción de tráfico. Una pelea doméstica. Un borracho que meó en una acera acusado de exhibicionismo. Una alarma antirrobo defectuosa. Una multa por exceso de velocidad. Bingo y Lorenzo, ocho horas en un coche patrulla, de once de la noche a siete de la mañana, con muy pocas pausas para tomar café (código 7, fuera de servicio para comer, escribiría Lorenzo) porque al agente de policía varón caucásico no le gustaba dejarse ver en la misma mesa de cafetería que el agente de policía varón negro. A las 5.07 se informa de un 902 en la manzana 2600 de Hoover. 5.13, el coche patrulla llega al lugar del accidente. Un 901H, se solicita ambulancia, cadáver, a las 5.16. Marca del coche: Ford V-8. Color: negro. Año: 1936. Matrícula: VOM 399. Titular: Pugh, Harold. Nombre(s) de las partes heridas: Pugh, Harold. Tipo de herida: fallecido.

Nombre(s) de las partes heridas: Pugh, Harold.

Miró detenidamente el nombre durante mucho tiempo.

Oh, Dios, menudo chiste.

Un patrón definido y el patrón definido era un muerto. Muerto aun antes de que se descubriera a la víctima.

Víctima: mujer.

Causa de la muerte: desconocida.

Otras lesiones: amputación con traumatismo.

Miró el reloj. La 1.30. Estaba totalmente despierto. No había tiempo para pensar en Mary Margaret. Rebuscó entre las pilas de papeles del suelo. El archivo de *modus operandi*, eso era lo que buscaba. ¿Qué había dicho Brenda? Que era una puta escuela de peluquería andante. Eso era. Un barbero al que le gustaba afeitarse el vello púbico de las putas que recogía.

Pugh, Harold. Interrogado, sin cargos, 1944.

Pugh, Harold. El archivo de sospechosos. Ya lo recordaba. Había hecho la llamada él mismo. El listín del noroeste, 529 de East Colorado Avenue. La señora de Harold Pugh había llorado por teléfono. Harold estaba muerto. Su coche había chocado con un poste de teléfono.

Pregunta: ¿qué coño hacía un barbero de ronda a las 5.07 de la madrugada?

Que Dios bendijese a Masaryk. Había encontrado la esquila de Harold Pugh en el *Times* y la había enganchado con un clip al archivo:

PUGH, HAROLD HERMAN, fallecido el 15 de abril. Miembro de los Elks de Encino n.º 672, Logia de Encino n.º 272, Libres y Aceptados Masones; Rito Escocés de Encino; Templo de Al Malaikah; Club del Santuario de Encino; Club del Santuario del Valle de San Fernando; antiguo patrono del Capítulo de Encino, O. E. S.; Santuario de Artaban, Orden del Santuario Blanco; miembro de la junta Arco Iris para Niñas, Asociación Musical de Encino; Orden de la Flecha, expresidente de la Asociación de Escuelas de Peluquería de California; expresidente de la Asociación Nacional de Propietarios de Escuelas de Peluquería; miembro del Salón de la Fama del Capítulo Barberos del Sur de California; miembro del Sindicato de Barberos, sección 1020; defensor legislativo de la Asociación de Escuelas de Peluquería de California; juez en numerosas ocasiones de competiciones locales, condales y estatales de corte de pelo; consejero de peluquería, Estudios Republic y RKO Radio; deja querida esposa Hannah (Gordon), hijo H. H. Pugh, Jr., hija de Sra. Fred H. Lucchesi, ahora en Wichita Falls, Texas; entierro privado en el cementerio de Valley Vista. Pueden realizarse contribuciones conmemorativas a la Asociación de Escuelas de Peluquería de California.

El Salón de la Fama de los Barberos. Era demasiado perfecto. Tom Spellacy se preguntó si habría una sesión sobre amputaciones con traumatismo en la convención anual de la Asociación Nacional de Propietarios de Escuelas de Peluquería. La amputación con traumatismo de remolinos, flequillos, coletas, trenzas, rizos, moños, tirabuzones, mechones, greñas y caracoles.

Tupé.

Coño.

Tranquilo. No te embales. Paso a paso.

Repitió la pregunta: ¿qué estaba haciendo en la manzana 2600 de Hoover a las cinco de la mañana?

Viajando a tanta velocidad que el coche fue declarado siniestro total.

El coche.

Un Ford V-8 de 1936.

Negro.

Matrícula VOM 399.

—... Por supuesto que es pecado mortal comer carne en viernes —dijo Mary Margaret Spellacy—. A menos que sea una festividad. Como Navidad. Entonces hay dispensa. Aunque no para mi papá. El señor Maher decía que una regla es una regla. O sea que en Navidad comíamos lenguadina. Y arroz con leche. Con pasas. Le gustaba echar pasas en su arroz con leche. Si algo no podía tolerar el señor Maher eran las dispensas...

Oh, Mary Margaret, pensó Tom Spellacy. De tanto escucharla todos esos años debía de habersele pegado algo. Había dejado de cuestionarse la lógica interna que relacionaba a Carroza Dennehy y al Scully que quería bailar la rumba con las lenguadinas y el arroz con leche que Eugene Maher tomaba en Navidad. La lógica estaba ahí, sencillamente. El pensamiento lineal era irrelevante cuando uno intentaba seguir a Mary Margaret. Se seguía el rebote de la pelota. Sería difícil explicarle eso a Fuqua. Él no entendería que los años dedicados a seguir la pista de los monólogos de Mary Margaret le llevarían rebotando inevitablemente desde Pugh, Harold (fall.), asesor de peluquería de Roy Rogers, Trigger, Gene Autry y Champion, hasta el muelle de Santa Mónica y Carrito Johnson.

Carrito Johnson, que citaba las matrículas.

Un Reo para coger carretera y manta. YNJ 021.

Un carricoche delante de una casa de putas de Calexico. NDS 465.

Un nonagenario cachondo con un Studebaker. XYL 468.

Tom Spellacy pasó las páginas de su libreta. Sabía que la matrícula estaba allí.

Aaah.

El cuartel de El Segundo. Abandonado desde 1944.

Un Ford V-8 de 1936.

VOM 399.

El patrón definido.

Las líneas que se cruzaban.

Se había encontrado a Mary Margaret dormida al llegar a casa. Se metió en la cama a su lado y, por primera vez en años, la deseó. Le deslizó la mano entre las piernas, ella se acercó rodando y él se le puso encima. Quería quitarse el camisón de franela y él dijo que no. El camisón de franela la hacía Mary Margaret. Que hablaba como una pelota botadora y a la que no había querido follarse, y esos dos factores unidos lo habían llevado a las líneas que se cruzaban.

Lo cual la hacía follable.

Folladera.

Mary Margaret Spellacy.

—... Lo que usan en McDonough y McCarthy es fondo n.º 10 —decía Mary Margaret Spellacy—. Me lo dijo Chócala en persona. En el velatorio de papá. Mira al señor Maher y dice: «Está ceroso». Y a mí me parecía que estaba estupendo hasta que me lo dijo. «Ese polvo que usan en Tonetti y Leo», me dice, «puede comprarse en el baratillo. Por eso tu padre está ceroso. Sonny y yo solo usamos fondo n.º 10». No te deja aspecto ceroso, el fondo n.º 10. Palabra de Chócala. Si tuviera que volver a hacerlo, McDonough y McCarthy se encargarían de papá. Nada de polvos de baratillo para el señor Maher la próxima vez...

Por la mañana la había encontrado menos follable. Nada de zumo de naranja recién exprimido, le dijo. Nada de panecillos de Pascua calientes. Ni salchicha ni galletas. Ni huevos ni pasteles de trigo sarraceno. Ni siquiera café. Para las siete estaba en la carretera, y para las ocho, en el cuartel de El Segundo. La alambrada que rodeaba el recinto estaba rasgada y la puerta principal se sostenía gracias a un solo alambre de percha enrollado en torno al poste. No había nadie a la vista. Gritó pero no captó movimiento alguno en ninguno de los cuatro barracones de madera de dos plantas. Ni vigilantes, ni vagabundos ni vándalos corriendo para ponerse a salvo. Desenrolló el alambre de percha y avanzó abriéndose paso entre botellas rotas y condones usados. En algún momento unas piedras blanqueadas habían bordeado los caminos de grava, pero las habían pateado de un lado a otro como latas. Una brisa procedente del océano doblaba las malas hierbas que crecían entre los edificios y levantaba nubecillas de polvo. En los escalones del primer barracón, se detuvo un momento y contempló los restos de los emplazamientos de cañones antiaéreos diseminados entre las dunas. Dentro del barracón hacía un calor asfixiante a pesar de las ventanas rotas. Se abrió paso entre la tupida red de telarañas y buscó con la mirada entre unos cascotes que parecían no haberse movido durante años. Un peldaño de las escaleras cedió y eso le hizo parar y de manera automática echar mano de su revólver de servicio, pero la madera solo estaba podrida y el piso de arriba no difería en nada del de abajo. El segundo barracón estaba igual, y el tercero. Tom Spellacy se quitó la americana y maldijo a Carrito Johnson. Y a sí mismo por acudir allí una mañana de sábado. El polvo empezaba a pegársele a los pelos de la nariz y a formar costras contra su camisa empapada de sudor. Paró para secarse la cara con un pañuelo y entonces vio la cajita de cartón escondida entre el suelo y el peldaño inferior de la escalera del cuarto barracón. Tiró de la caja, y una colonia de hormigas salió de ella y desfiló por su mano. La caja se le escapó y los restos podridos de un rollito de primavera y una costilla cayeron al suelo. Con su pañuelo, Tom Spellacy se quitó las hormigas de la mano y luego se agachó para examinar la caja de cartón. Sacó un lápiz de su bolsillo y lo usó para darle la vuelta. Era gris y se estaba descomponiendo, pero aun así pudo distinguir las descoloridas letras rojas de la tapa:

AH FONG
Redondo Beach

Especialidades chinas Comida oriental para llevar

Eran casi las once cuando Tom Spellacy salió del cuartel de El Segundo. Primero fue a una ferretería de Redondo y compró un candado industrial y un gran cartel rojo que decía: «PELIGRO: EXPLOSIVOS». Después volvió al cuartel, cerró la puerta principal y enganchó el cartel con alambre. No confiaba en que ninguna de las dos acciones disuadiera a nadie que de verdad quisiese entrar, pero cuantas menos personas curiosearan, mejor. De que a Lois Fazenda la habían matado en la planta de arriba del cuarto barracón le cabían pocas dudas. Un tramo del suelo estaba manchado de un color caoba oscuro, y estaba seguro de que era sangre. Los bichos se daban un banquete con minúsculos pedacitos de materia marchita y en descomposición. Tom Spellacy trabajó con parsimonia y meticulosidad. Del maletero de su coche sacó un paquete de sobres y una caja de cartón de supermercado. Dejó la caja en el suelo y los sobres, un lápiz, una libreta y una navaja en un alféizar. Después examinó hasta el último centímetro del barracón, con cuidado de no tocar nada. El tiempo no era importante. En la letrina vio dos hebras de pelo humano. En una esquina, un cirio derretido casi del todo. Un librillo de cerillas del Santuario. Un trozo de madera con pelo pegado. De rodillas, examinó lo que los bichos se estaban comiendo. No era patólogo, pero apostaría a que se trataba de fragmentos de piel seca. Vísceras. Cartílago blanco. Intentó imaginar qué le había pasado al asesino por la cabeza, cómo se le había ido de las manos una inocente sesión de peluquería pública. La cuestión era que en realidad no le importaba. Harold Pugh era solo un nombre, Lois Fazenda solo un cuerpo. Un mecánico no se preocupaba por el Pontiac que estaba reparando, era solo otro coche. Él era un mecánico, y ellos Pontiac, tan simple como eso. Si un Pontiac atropella a un amigo, no culpas al Pontiac. De forma que era inútil elucubrar sobre las vidas a las que Harold Pugh y Lois Fazenda habían afectado.

Ya basta de eso, pensó.

De vuelta al trabajo.

Con su navaja arrancó del suelo la piel, el cartílago y la sustancia color caoba y guardó muestras de cada cosa en sobres separados. Marcó los sobres y los metió en la caja. La tarea parecía interminable pero, como siempre, su puro tedio le resultó refrescante. Sobre todo en esos momentos. Era un agente libre. Nadie sabía lo que él sabía. Podía avanzar a su propio ritmo. Sistemáticamente. Primero las muestras de sangre del suelo. Dárselas a un ayudante de la oficina de Woody Wong y que sacasen el tipo. La oficina del forense no preguntaría a quién pertenecía la sangre, de eso estaba seguro. Estaban hasta arriba de cadáveres, y un análisis de sangre más no iba a sacar de quicio a nadie. Después una fotografía de Harold Pugh. No hacía falta molestar a su señora, que podría alterarse si el teniente detective Spellacy pedía una foto. Habría tiempo de sobra más tarde para preguntarle qué hacía el miembro del Salón de la Fama a las cinco de la mañana. No. Ahorrarse a la señora de Harold

Pugh. En la Jefatura de Tráfico tendrían una fotografía. Había una pegada a todas las solicitudes de permiso de conducir. Un poco de comida china en Ah Fong, en Redondo, para después sacar la placa y la foto de Harold. Si tenía suerte, Ah Fong recordaría la cara, y si no, por lo menos se llevaría una comida gratis.

En conjunto, una manera agradable de pasar el sábado.

El resto del material lo guardaría en el maletero de su coche. No tenía prisa por entregarlo a la Sección de Investigación Científica. Harold Pugh no iba a hacer daño a nadie. Y cuanto antes tuvieran los de la SIC un análisis detallado, antes empezaría Fuqua a acaparar aplausos.

Si esperaba, a lo mejor Sonny y los demás elegían a algún otro para jefe.

Cuando volvió al centro, Crotty esperaba de pie entre las pilas de carpetas de su despacho.

—¿En qué cojones andas? —preguntó, señalando los montones de papeles.

—Busco un patrón definido —respondió Tom Spellacy.

Sabía que Crotty jamás creería lo obvio.

—Mierda —dijo Crotty. Recogió una carpeta del suelo—. ¿Cómo está Mary Margaret?

—Genial.

—¿Sigue cocinando bien?

Dejó caer la carpeta al suelo y recogió otra.

—Genial —dijo Tom Spellacy. Cambiar de tema—. ¿Qué haces aquí en sábado?

—Uno de mis chinos —explicó Crotty—. Su sobrino se pasó con una chica. Le dije que vería lo que podía hacer.

—¿Alguna acusación?

—Homicidio en primer grado.

—Joder, Frank.

—No dije que fuera a soltar al chaval, Tom. Dije que vería qué podía hacer. Abrir y cerrar. Bang, bang. Dos en el corazón. Consigue un buen abogado, eso es lo que le diré.

Tom Spellacy soltó una carcajada seca. Crotty y sus chinos. Un trabajo a jornada completa. Una cosa buena: Crotty no curiosaría demasiado acerca de las carpetas del suelo mientras anduviese ocupado con sus socios.

—¿Vas a leer toda esta mierda? —preguntó.

—Haré que Masaryk se chupe la mayor parte.

—¿Has encontrado algo?

Tom Spellacy sacudió la cabeza.

—Debe de ser estupendo tener a Mary Margaret en casa —comentó Crotty.

Los resultados del análisis de sangre llegaron de la oficina del forense a primera hora de la tarde. Grupo 0. Como el de Lois Fazenda.

Media hora después, Tom Spellacy fue a buscar la foto de Harold Pugh a la Jefatura de Tráfico. La solicitud de matrícula revelaba que Harold Pugh tenía

cuarenta y siete años, pesaba sesenta y tres kilos y medía uno sesenta y cuatro. La solicitud presentaba el sello «DEBE LLEVAR GAFAS». Harold Pugh lucía unas gafas sin montura en la fotografía, y un bigotito fino.

A las tres, Tom Spellacy comió en un Pup'n Taco de Olive.

A las tres y media estaba comprobando los registros policiales del depósito de automóviles en Temple. El informe mostraba que los restos del Ford V-8 de 1936 de Harold Pugh estaban almacenados en un desguace de Vermont Avenue a la espera de la resolución de la herencia.

El propietario del desguace de Vermont dijo que el Ford V-8 de 1936 no valdría ni cincuenta dólares en chatarra.

Tom Spellacy rascó un poco de sangre seca del parabrisas del Ford V-8 de 1936 y la guardó en un sobre.

En el asiento de atrás del coche encontró un cepillo, dos cajas vacías de comida china de Ah Fong y, detrás del asiento, un gran cuchillo de cocina que había empezado a oxidarse.

Había una pegatina del zoo de San Diego en la ventanilla trasera.

La fuerza del accidente había atrancado el maletero del Ford V8 de 1936. Tom Spellacy pidió prestada una palanca al dueño del desguace y lo abrió por la fuerza.

Había más sangre seca en el maletero, que raspó y guardó en un segundo sobre.

También un palo de madera con trozos de pelo pegados.

Todo fue a parar a la caja de cartón del maletero del coche de Tom Spellacy.

El ayudante nocturno de la oficina del forense dijo que no analizaría las dos muestras de sangre del Ford V-8 de 1936 hasta después de la cena.

—Tómate tu tiempo —le dijo Tom Spellacy—. No hay prisa.

El recepcionista de urgencias del Hospital General del Condado dijo que el grupo sanguíneo de Pugh, Harold, ingresado cadáver, procesado el 15 de abril, era AB negativo.

En el Ah Fong de Redondo Beach, Tom Spellacy tomó sopa agripicante, pato con melocotón, gambas estilo Szechuan y lichis.

Ah Fong dijo que reconocía al hombre de la fotografía de la Jefatura de Tráfico.

Poco después de la medianoche, el ayudante del laboratorio de la oficina del forense llamó con los resultados de las pruebas. Las muestras eran ambas de sangre humana. AB negativo la primera del parabrisas, tipo O la del maletero.

—¿Sabes en quién he estado pensando, Tom? —preguntó Mary Margaret Spellacy.

Tom Spellacy negó con la cabeza. Buscar a un muerto, pensó. El patrón definido que nadie se había planteado. El nombre que estaba allí mismo, en las carpetas, desde el principio. Pugh, Harold. Miembro del Salón de la Fama del Capítulo de Barberos del Sur de California. 902. 901H. Ingresado cadáver. Los números y letras que

justificaban la pasión de Fuqua por el triplicado. Reírse el último de Fuqua...

—... En esa chica —dijo Mary Margaret Spellacy.

No era una chica, pensó Tom Spellacy. Era un titular. Alguien sobre la que leer y que no era tu hermana. Alguien con quien cascársela...

—... ya sabes cuál te digo —prosiguió Mary Margaret Spellacy.

Se sentirían estafados, los que leían sobre ella. Estafados y privados de su venganza indirecta porque Pugh, Harold, ingresó cadáver. La culparían a ella. Solo era una golfa, al fin y al cabo. Y esperarían al siguiente titular.

—... La de la Santa Resurrección —dijo Mary Margaret Spellacy.

Dios bendito, pensó Tom Spellacy.

—No fue a la Santa Resurrección.

—Sí que fue —insistió Mary Margaret Spellacy—. Cuando la hermana de Red Kennedy, la madre Agatha, era la directora. Le salvaste la vida, acuérdate. La de la Comisión de Jurados.

De manera que es ahí adonde quería llegar a parar. Y mira a Des. Le gustaría enterrarse en la gelatina de la ensalada. Espero que el muy cabrón se ahogue con un malvavisco.

—Imagínate, la Comisión de Jurados —dijo Mary Margaret Spellacy—. Un puesto tan bueno para una chica de la Santa Resurrección...

CAPÍTULO VEINTITRÉS

¿Qué hace ahora?, había preguntado Mary Margaret.

Des intentó echarle un cable.

Red Kennedy es un caso interesante, dijo. Lo curioso es que no le pusieron el apodo por el color de su pelo.

La chica de la Santa Resurrección, dijo Mary Margaret.

Fue por los calcetines rojos que llevaba siempre, dijo Des.

No lo sé, dijo Tom Spellacy.

Pensaba que lo sabrías, dijo Mary Margaret.

Incluso después de que lo ordenaran, dijo Des.

De verdad que no lo sé, dijo Tom.

Y no lo sabía. Hasta que encontró la carta en su buzón el martes por la mañana.

Querido Tom:

Todo va bien. O sea, pensaba que podrías estar preocupado —no quiero decir «preocupado» exactamente, más bien interesado— y quería decirte que todo va bien. Lo que me ha hecho escribir esta carta es que anoche me estaba tomando una copa con una amiga... Porque tenía amigos, ¿sabes? Nunca los veíamos, pero los tenía, y algunos tenían familia, algunos estaban tristes, algunos estaban solos y algunos eran felices, y supongo que la mayoría de los hombres querían «llevarme al huerto», como nunca te gustó oírme decir, pero de todas formas los tenía, aunque nunca los viéramos... En fin, estaba en ese local y encima de la barra había un cartel que decía: «Para consumir una bebida alcohólica, deben haber nacido antes de esta fecha: 25 de mayo de 1925». Y me puse a llorar, porque en 1925 yo tenía trece años, lo que significa que ahora tengo treinta y cuatro. No lloraba porque tuviese treinta y cuatro —no hay nada malo en tener treinta y cuatro años—, sino porque tenía treinta y cuatro años y hasta ahora no sabía que los bajos no me funcionaban. Es una palabra horrorosa, «bajos», pero a ti te daba vergüenza cuando usaba palabras como c... y no sé qué otra emplear, así que uso esa. En concreto, no es lo bastante fuerte para aguantar a un niño durante todo un embarazo, ni siquiera durante mucho más de tres meses. Si me has seguido hasta ahora, creo que sabrás por dónde van los tiros. Tuve un aborto. Obviamente, quiero decir que no tuve que ir a un médico. Lamento haber tenido que esperar hasta los treinta y cuatro para descubrirlo —o sea, podría haberme operado cuando era más joven para reforzarlo, si lo hubiese sabido, claro— y eso significa que probablemente nunca tendré hijos, pero al menos no he tenido que ir a ver a una de esas personas que me lo habrían quitado. Todo el tiempo que pasé pensando en acudir a una de esas personas, no paraba de aplazarlo porque lo único en lo que podía pensar era en las monjas de la Santa Resurrección. Es curioso, ¿verdad? Con mi historial, quiero decir. Todo lo que alguna vez hice con los hombres, siempre lo comparaba con la reacción de las monjas de la Santa Resurrección. En cómo creía que reaccionarían, me refiero, porque ni que decir tiene que nunca les conté lo que hacía, excepto en sueños, y eso es algo que me alegro de no haber tenido que contarles nunca, ni siquiera en sueños. Apuesto a que nunca pensaste que eso me hacía sentir culpable, pero sí. Igual que a ti. ¿Quieres saber algo divertido? Una vez hice una lista de todos los hombres a los que he conocido de esa manera —fue más corta que el listín telefónico, lo que probablemente te sorprenda y te dejé fuera. Eras diferente; por eso lo hice. Los demás nunca se sentían culpables, pero tú siempre. Era como si tú también hubieses ido a la Santa Resurrección.

Supongo que eso es todo lo que tengo que decir. He vuelto al trabajo, tengo un nuevo piso y me he comprado un gato, unas plantas y una máquina de coser de segunda mano, de modo que ahora puedo hacerme mi propia ropa, y voy a clases nocturnas y estudio algo interesante y pienso enseñarme a ser mejor cocinera. El problema es que siempre me he definido en términos de un hombre, y hay veces en que me gustaría creer que son todos unos cabrones, pero no lo son; o si lo son, es algo con lo que debo

aprender a vivir. Supongo que hay alguien en alguna parte, pero no saber ahora mismo quién es lo que me asusta. Casi tanto como lo que pasará cuando nos juntemos. Conmigo siempre ha sido como pelar las hojas de una alcachofa. Cuando llegas al corazón, se acabó.

No intentes ponerte en contacto conmigo.

Corinne

Tom Spellacy dobló la carta y la guardó en el cajón de su escritorio. Obtuvo de la operadora la nueva dirección y el número de Corinne. Ella descolgó al segundo tono. Él puso la voz más grave y dijo que llamaba de Welcome Wagon, y cuando ella respondió «¿Tom?», colgó.

Por lo menos estaba bien.

Con el correo de la tarde le llegó otra carta.

Querido Tom:

Lo siento.

Brenda

CAPÍTULO VEINTICUATRO

El ayudante del depósito de cadáveres tiró del cajón y Tom Spellacy levantó la sábana. Por un momento contempló el cuerpo y luego dejó caer la tela e hizo un gesto con la cabeza al ayudante. El eco del cierre del cajón en el compartimento refrigerado resonó en la sala verde y fría.

Cuando el ayudante desapareció por la puerta, Tom Spellacy dijo:

—Tenía un gato.

—Más muerto que Carracuca —dijo Crotty—. Ahí dentro había gas suficiente para llevarse por delante medio centro de la ciudad.

—La otra. ¿El gas también se la ha cargado?

Crotty sacudió la cabeza.

—Septicemia —dijo Woody—. De un aborto mal hecho. Llevaba muerta cuatro días. Estaría empezando a ponerse rancia.

Tom Spellacy supo la respuesta a su siguiente pregunta antes incluso de hacerla.

—¿Alguien que conozcamos?

—Lucille Cotter. ¿La recuerdas?

Se acordó del gato que intentó cazar un pájaro aquella tarde con Brenda en el parque MacArthur.

—Lengua de Plata.

—Se merecía el apodo, desde luego. —Una expresión soñadora asomó al rostro de Crotty—. Era como morir y subir al cielo.

Lengua de Plata. Reducida a hacer la calle en la parte baja de Sunset. Se ha hecho vieja, había dicho Brenda. Cosas que pasan. Lengua de Plata, que una vez se había topado con Harold Pugh. Nada se cruzaba. Y todo lo hacía.

—Brenda practicó el aborto.

Crotty no preguntó cómo lo sabía.

—Bueno, pues debió de hacerlo con unos alicates y un destornillador. Fue una chapuza de las gordas.

Tom Spellacy se volvió de repente y atravesó la sala de autopsias, sin mirar a los cadáveres de las mesas, y luego recorrió el túnel embaldosado que llevaba a los ascensores. Pobre Brenda. Cuatro días con su gato contemplando el cadáver de Lucille Cotter. Conocía el código penal. Asesinato en primer grado reducido, en el mejor de los casos, a homicidio sin premeditación. Una temporada en Folsom si había suerte, la cámara de gas si no la había. Ningún sitio adonde ir, nadie a quien pudiese acudir. Y aun así tardó cuatro días en abrir el gas. Cuando él llamó después de recibir la carta, ella ya estaba en el depósito. Y la fuga de gas casi había asfixiado a otros dos inquilinos del Alvarado Arms.

Crotty lo alcanzó en los ascensores. El bueno de Frank. En cuanto había llegado la noticia por el teletipo, había acudido al Alvarado Arms. Por si acaso encontraba algo incriminatorio.

Crotty sugirió que fuesen al Wo Fat. Tom Spellacy se preguntó si Frank no habría encontrado algo incriminatorio, pero en realidad no le importaba. De manera que Lengua de Plata había estirado la pata en el sofá de Brenda y no bajo los cuidados quirúrgicos de Harold Pugh. Lo único que significaba era que había chupado seiscientos o setecientos pollas más. Es bonito tener a alguien de quien despedirse, había dicho Brenda. A lo mejor por eso Lengua de Plata había acudido a Brenda. Para despedirse.

—¿Lees alguna vez los anuncios de sujetadores? —preguntó Crotty después de pedir.

Tom Spellacy sacudió la cabeza.

—Yo me los leo todos —dijo Crotty—. Puedo reconocerlos. Voy por la calle, veo a una chica, distingo los tirantes a través de la blusa y sé que es un Breathe-Ezee de látex de La Trique. Con ligero a juego, 5,95 dólares.

—Es bueno que sepas eso, Frank. Útil.

Crotty sostuvo una taza de té de hierbas con ambas manos.

—¿Por qué te escribió Brenda?

—La última vez que la vi —dijo Tom Spellacy con tono inexpresivo— me explicó que no tenía nadie de quien despedirse. —Respiró hondo—. Excepto putas viejas y gente a la que había comprado.

Crotty evitó su mirada.

—Me dejaba mojar gratis el churro.

—Me lo contó.

—Ya me lo imaginaba. —Crotty se metió una servilleta por el cuello de la camisa y la dejó colgando como un babero—. También llamó a Jack.

Los ojos de Tom Spellacy se movieron fugazmente, pero no dijo nada.

—El operador de donde vivía —prosiguió Crotty— era de los que escuchan. Todo lo que pasaba por la centralita. Le he dicho que lo enchironaría si no me contaba a quién llamó. A tu casa un par de veces, pero siempre colgaba. Una mujer lo cogió, me dijo el tipo. Supongo que fue Mary Margaret.

Oh, Dios mío, pensó Tom Spellacy.

—Después había otro número. Lo comprobé. Era el de Jack. Le pidió dinero.

—Quería montar un chiringuito en Nevada —dijo Tom Spellacy casi para sus adentros.

—Le dijo que tenía problemas y Jack respondió que tendría un problema de cojones si no lo dejaba en paz.

—Le pregunté si quería referencias —dijo Tom Spellacy. Era casi como si no escuchara a Crotty—. Y me respondió que nunca había tenido ningún problema para comprar polis.

—Que se iba a hacer matar como no fuera con cuidado, es lo que Jack le dijo —concluyó Crotty.

Se miraron por encima de la mesa.

—¿Y luego ella abrió el gas? —preguntó Tom Spellacy.

—Al día siguiente —dijo Crotty.

Tom Spellacy cogió la tetera, la sostuvo durante un momento y después la dejó caer al suelo. El recipiente se hizo añicos y el líquido humeante le salpicó los pantalones y le quemó la pierna. No la apartó.

—Dios mío —exclamó Crotty.

—Vamos a trincar a ese hijoputa, Frank —dijo Tom Spellacy.

—No me gusta —dijo Crotty.

Tom Spellacy volvió a explicárselo. La hipótesis era sencillísima. La chica tenía las tarjetas verdes. Jack financiaba las tarjetas verdes. La chica intentó robarle. Liquidaron a la chica. Era tan lógico que casi podía hacérselo creer a sí mismo.

El babero que Crotty llevaba al cuello estaba manchado de salsa agri dulce.

—Sigue sin gustarme.

—Cuadra —dijo Tom Spellacy.

Se le ocurrió que llevaba cuadrando desde sus tiempos en Antivicio de Wilshire.

Crotty se quitó el babero.

—No fue él.

—Tiene un móvil —dijo Tom Spellacy.

Nunca había creído mucho en los móviles, y ahora estaba abogando por uno falso.

Crotty se limpió los dedos con la servilleta e intentó no mirar a Tom Spellacy.

—Aun así, no fue él.

Tom Spellacy no lo oyó.

—Es Jack —insistió.

Jack en primera plana. Valía la pena. Una fotografía con grano de Jack esposado. Arrestado. Imputado. Los titulares harían borrón y cuenta nueva. Remontándose hasta Antivicio de Wilshire. Hasta las cosas con Des. Pagarían la deuda a Brenda. Corinne, Mary Margaret. Todo aquello también estaba entremezclado con ellas.

—Es el barbero.

Hizo falta un rato para que la voz de Crotty calase.

—Harold Pugh —añadió.

Tom Spellacy se hundió contra el respaldo de su silla. Respiró hondo una vez, luego otra, y al cabo de un rato dijo en voz queda:

—¿Cómo te has enterado?

—Todo el papeleo de tu oficina. Lo he leído.

—¿Por qué?

—Soy poli.

—Nunca has leído nada más largo que un menú, Frank. ¿Por qué has leído esos papeles? ¿Recuerdas lo que me dijiste el día que la encontramos? Aquí mismo. En

esta misma mesa. Donde los chinos te tratan como al emperador de la calle Spring. Dijiste que una cosa estaba clara, y era que no ibas a perder ni un minuto de sueño pensando en quién se había cargado a esa chica. ¿Qué te interesó tanto de repente? El sábado. El domingo. Los Stars jugaban doble partido el domingo. Apuesto a que te lo perdiste, con tanto leer. ¿Por qué, Frank?

—Estaba en tu mesa.

—¿Por qué, Frank?

Crotty parpadeaba rápidamente.

—Mis chinos...

—¿Qué pasa con ellos?

—Se han retirado de lo del motel.

—¿Y?

—Estoy hasta el culo de deudas, Tom. Tengo un pagaré que vence dentro de tres semanas y estoy tieso.

Tom Spellacy no apartó los ojos de Crotty.

—¿O sea que...?

—O sea que llamé a un amigo mío de Warner Brothers. He ido hablando con ellos de vez en cuando. Creen que da para una película. La cuestión es que querían los archivos.

—Y si tú les dabas los archivos, ellos se ocuparían del pagaré.

Crotty asintió.

—No soy idiota, Tom. Está todo ahí, en tu escritorio. Veo aparecer dos veces el nombre de Harold Pugh y sé sumar dos y dos. No sé cómo ni dónde, pero sé que fue él.

—¿Lo sabe alguien más?

Crotty miró fijamente el mantel manchado.

—¿Quién, Frank?

—Lorenzo Jones.

Tom Spellacy rompió a reír.

—Necesitaba que alguien buscara el coche —dijo Crotty a la defensiva—. Y él era el agente de guardia esa noche. Además, es un negro ambicioso. Mantendrá la boca cerrada, si se lo pido.

Tom Spellacy calculó las probabilidades. Lorenzo lo sabía y Lorenzo sabía que él y Crotty lo sabían, pero Crotty tenía razón: Lorenzo no sería un problema.

—¿Qué pasa con tu amigo de la Warner?

—Joder, Tom, no les di copias de eso.

Tom Spellacy hurgó con la lengua en un agujero de una muela de atrás.

—¿Sabes lo que dijo Brenda de Jack?

Crotty negó con la cabeza.

—Dijo que le gustaba pensar que nació con sesenta años, construyendo catedrales.

Crotty lo miró con recelo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Vamos a trincarlo, Frank —dijo Tom Spellacy con voz queda.

—No fue él.

—Entonces sus abogados lo sacarán.

—No me gusta, Tom.

—Lo único que pasará será que su foto saldrá en los periódicos. Y a lo mejor Howard Terkel cuenta un par de historias sobre él, Brenda y los viejos tiempos.

Crotty no dijo nada durante un buen rato.

—Sacará a relucir lo de Antivicio de Wilshire —dijo por fin.

El recuerdo pareció dolerle.

—No si lo trincas tú, Frank. Dejaré que te lleves todo el mérito.

—Tom...

Había un deje de desesperación en la voz de Crotty.

—Construye catedrales. Jamás reconocerá que fue un chulo.

—No puedo seguirte el juego.

—Te pondrás una buena medalla.

—Solo intentas saldar una vieja deuda —alegó Crotty—. Y eso siempre significa nuevos problemas.

Tom Spellacy sonrió con afabilidad.

—Te vence un pagaré dentro de tres semanas, Frank. Y se ocuparán de él. —Hizo una pausa—. Si nadie te delata...

CAPÍTULO VEINTICINCO

Desmond Spellacy miró su reloj. Hacía diez minutos que nadie entraba en el confesionario, pero no tenía prisa por marcharse. El confesionario era como un capullo. Su claustro particular. Se planteó las ventajas de una vida de contemplación monástica. Era una indulgencia privada en momentos como ese. Qué pacífico sería un voto de silencio. Le daría tiempo para trabajar en su relación con Dios.

O con la vida en general.

Lo que tal vez era otro modo de decir lo mismo.

La primacía del yo, pensó. La herejía del yo, la llamaría Seamus Fargo.

El yo.

Otro pensamiento. Se preguntó si había sido un hombre mejor seis meses atrás.

No.

Más eficaz, tal vez. Más útil, desde luego. Útil y eficaz para el cardenal, se entiende. Pero no mejor.

Tampoco era que fuese mejor ahora. Solo era que todas las hebras de su vida se habían unido. De repente y sin motivo. Bisecándose y trisecándose.

El pasado.

El cardenal y todo lo que su eminencia conllevaba. Eso mejor etiquetarlo como el presente.

Tommy. Que era el pasado, el presente y el futuro.

Y luego empezar a tirar de los hilos. La chica, muerta en desdichadas circunstancias. Era como si sacase el brazo de la tumba para desatar todos los nudos y tirar de todos los cabos sueltos. Había cierta ironía teológica que lo atraía. No todo monseñor caía a manos de una científica cristiana muerta.

No había más movimientos que hacer, se dijo.

O estaba la otra posibilidad.

Sencillamente se había cansado de hacer movimientos. Hacer movimientos se había convertido en un fin en sí mismo. Una parálisis de la voluntad, fatiga psíquica. Desmond Spellacy estaba dispuesto a pensar en todas las etiquetas. Mirarse con distanciamiento era algo que no había perdido la capacidad de hacer en los últimos seis meses.

De nuevo la soberbia, diría Seamus. Felicitarle por la precisión de tu autoanálisis. El colmo del orgullo.

La herejía del yo.

Aaah.

Casi esperaba que Tommy llamase a la rejilla del confesionario. Siempre había tenido el don de la oportunidad. Siempre parecían hacer las paces en el confesionario.

Una vez al año, o dos, Tommy iba a confesarse. En Navidad, en Pascua, Tommy lo buscaba. Aparecía la inconfundible voz al otro lado de la rejilla, y la predecible suposición irlandesa de que los pecados carnales eran los únicos que importaban. Estaba el predecible adulterio. Con el predecible eufemismo, «acciones impuras». Y la predecible farsa de que no lo reconocía. Por lo menos hasta después de encomendarle la penitencia. Y luego: «Te has pasado un poco, ¿no te parece, Des?».

Tenía más de exorcismo que de confesión. Un rito pagano. Para Tommy, el confesionario era el campo de batalla fraternal, un campo de minas que debía explorar para hallar ventajas. Su foro. El lugar donde podía ser más abierto.

Tommy.

La chica de la Santa Resurrección.

Parecía apropiado pensar en ellos confesándose.

A lo lejos oyó ladrar a un perro. Un perro de raza, estaba seguro. Santa Viviana no era parroquia para chuchos.

Hora de irse.

Demasiado tarde. Abrió la rejilla.

—¿Estás solo ahí dentro?

—Por supuesto.

—Apaga la puta luz.

Desmond Spellacy apagó la luz y cerró su breviario. Conocía la voz. Demasiado bien. Recordaba la primera vez que la había oído. El Club Hípico de Hollywood Park. «Bay of Naples en la quinta, padre, es a tiro fijo». Bay of Naples, 14 a 1. A tiro fijo. Menuda risa. Había apostado cinco por Ethan's Song. Bay of Naples ganó por seis cuerpos. «¿Ha ganado, padre?». Esa voz rasposa. «Gracias, señor Amsterdam». Que sabía que no había apostado por Bay of Naples, y creía que saberlo le concedía una pequeña ventaja. Si Jack te da un consejo, Des, puedes apostar por él la capilla Sixtina, le había dicho Dan T. Campion. Oye cosas.

Oh, Dios, cuántos años hacía.

Ahora qué, pensó Desmond Spellacy. Qué consejo tiene que ofrecerme esta vez. Y qué espera a cambio.

Jack Amsterdam tosió.

La fuerza plena de la tos golpeó a Desmond Spellacy de lleno en la cara. Diez segundos, veinte segundos, un minuto duró. Se preguntó si debía llamar a un médico. Después, poco a poco, la tos remitió.

—Joder —dijo la figura en sombras del otro lado de la rejilla—. Me cago en todo. —La voz jadeó en busca de aire—. Ese hijoputa al final me matará.

Llevo catorce años oyendo confesiones. Creía que lo había oído todo. Pero esta es una nueva manera de pedir el perdón de Dios. A lo mejor Dios cree que nos merecemos el uno al otro, Jack y yo.

—¿Te encuentras bien?

—Quiero confesarme.

—Es una extraña manera de empezar.

—Déjate de gilipolleces, haz el favor. Y escucha, no tengo todo el día. No me sé las palabras. Las he olvidado. Han pasado treinta y un años desde mi última confesión.

—¿Treinta y un años?

Se le ocurrió de repente que, con todos los actos religiosos a los que habían asistido juntos, nunca había visto a Jack recibir la comunión.

—Tenía cosas que hacer.

—Obviamente.

Silencio. Desmond Spellacy esperó a que la voz continuase.

—¿No piensas decir nada?

—Lo que suele hacerse es que tú me cuentes a mí.

—Sí, bueno, soy un hombre casado, pero debo reconocer que he conocido a unas cuantas chicas en su momento. Quinientas o seiscientas, a lo mejor, y siento haberlo hecho, estuvo mal...

Desmond Spellacy carraspeó.

—... Si alguien intentase alguna vez follarse a mi hija, le cortarían las pelotas...

—Por favor.

—Han pasado treinta y un años, no está tan mal, recuérdalo.

Un cálculo rápido. Veinte al año. Y luego: Dios Todopoderoso, perdóname por intentar prorratar el adulterio.

—¿Eso es todo?

—¿Qué pasa, quieres que te haga un dibujo?

—Me refiero a si tienes algo más que confesar.

Empezó un arranque de tos que se quedó a medias.

—Ah, sí, ya lo pillo. Déjame pensar. —El sonido de una respiración trabajosa—. He dicho algunas mentiras. Y he faltado a misa. He faltado mucho a misa. Y escucha, también robé un poco, cuando era un chaval.

—¿Nada más?

—Dije palabrotas.

—¿Y eso es todo?

—Discutí con algunos tipos.

—¿Discutiste?

—Sí.

Desmond Spellacy esperó.

—Es todo lo que se me ocurre. Aunque, si se me ocurre algo más, volveré a verte.

Desmond Spellacy carraspeó. Quería tirar del hilo de las discusiones. Estaba seguro de que el hombre de la secadora era el resultado final de una discusión. Y las grúas de Ferdie Coppola.

—¿Cómo defines las discusiones?

—Gritos.

—Ya veo. —Intentó abordarlo desde otra perspectiva—. ¿Has mentido alguna vez?

—Te he dicho que sí —respondió con voz grave e irritada.

Desmond Spellacy cayó en la cuenta de que estaba húmedo de sudor. Se preguntó qué decir a continuación. Ya no parecía quedar más que la curiosidad.

—¿Puedo preguntarte por qué estás aquí? Después de tantos años, quiero decir.

—¿Has oído la tos?

—Sí.

—Cáncer de garganta.

No era de extrañar que buscara un hueco en el Círculo de la Fama de Sonny McDonough. Jack tenía esa tos desde que lo conocía, y ahora iba a matarlo. Con suerte, antes de que Sonny pudiera abordar al cardenal para pedirle una condecoración.

—Lo siento.

—Tres meses —dijo Jack Amsterdam—. Como mucho.

Desmond Spellacy repitió:

—Lo siento.

—No tanto como yo, monseñor, eso seguro, hostia, con perdón.

Monseñor. De modo que sabe quién soy. Debe de haber venido a buscarme a mí en particular. Entonces sí que quiere algo.

—¿Te arrepientes de tus pecados?

Un rumor de flema.

—Claro.

—Como penitencia...

¿Qué clase de penitencia se le impone a alguien que no se ha confesado en treinta y un años? No una sola buena obra. No captaría la ironía. Donaría cincuenta mil dólares al Fondo de Construcción y esperaría que le pusieran su nombre a un gimnasio.

Además de la absolución por sus discusiones.

La tos explotó de nuevo. Desmond Spellacy esperó. Estaba sudando. Ese sonido ronco. El confesionario temblaba. Pensó: Se va a morir aquí mismo. La rejilla dejaba pasar partículas de moco y sangre. Rápidamente:

— Ego te absolvo...

Hizo la señal de la cruz mientras la tos remitía una vez más. Ya era demasiado tarde para preguntar por esas «discusiones». Ya se había concedido la absolución, las discusiones estaban absueltas. Jack salía impune una vez más. Esta vez usando una tos terminal. Una idea indigna. Hasta para Jack Amsterdam, una idea indigna.

Desmond Spellacy pensó: La verdad es que no me importa.

—Como penitencia —dijo con rapidez—, reza un rosario. E intenta desagraviar a todos aquellos a los que puedas haber hecho daño en los últimos treinta y un años.

Palabras. Palabras vacías.

Escuchó la trabajosa respiración al otro lado de la rejilla. Pronto sería la extremaunción. A lo mejor Jack no se estaba yendo tan de rositas, al fin y al cabo.

—Gracias, monseñor. ¿Eso es todo?

—Sí.

Jack Amsterdam luchó por respirar.

—Tu hermano... —dijo por fin.

De modo que ahí estaba. El motivo de todo aquello.

—Quítame a tu puto hermano de encima. Está intentando cargarme el muerto de la chica esa. Esa puta... —Las palabras salieron a trompicones en un único y largo aliento—. No tuve nada que ver con ella. No puedo hacer nada si tu hermano se vendió. Nadie le apuntó con una pistola. Pero dile... —Jack Amsterdam respiró hondo—. Dile que, si me detiene, el que va a acabar bien jodido serás tú. No yo. Estoy limpio. Ni él. Tú. Eres un cura, conocías a esa puta y no se lo dijiste a nadie. Pregúntale a tu hermano cómo quedará eso en los periódicos...

Desmond Spellacy no dijo nada.

—Tengo familia. Hay una beca que lleva mi nombre...

Luego se fue.

Sin acto de contrición.

Gracias a Dios por eso, pensó Desmond Spellacy. La contrición de Jack era más de lo que podía soportar. Por primera vez desde que lo ordenaron, se sintió derrotado por el sacerdocio. La herejía del yo lo dejaba sin recursos para vérselas con tipos de la calaña de Jack.

Desagravios.

Desagravios por discusiones.

Soy irrelevante.

Llamaron a la otra rejilla. Una característica que redimía a Santa Viviana. No habría dos confesiones seguidas como la última. Honrarás a Tu Padre y a Tu Madre. No Desearás a la Mujer del Próximo. Faltas leves. Malas conductas. Sin necesidad de desagravio. Hizo la señal de la cruz y abrió la rejilla.

—Dime, hijo mío.

No Robarás. No Tomarás el Nombre de Yahvé tu Dios en Vano.

—Oye, Des, ¿qué haces dándole la absolución a ese perro grasiento?

Tommy. Siempre podía contar con Tommy.

—¿Te ha hablado de las tarjetas verdes?

—¿Qué quieres, Tommy?

—¿Cómo lo vende, te dice que mandó liquidar a alguien? Eso sería un principio.

—Acciones impuras.

Desmond Spellacy farfulló la frase y se arrepintió en el acto. Oyó que Tommy contenía la respiración. *Mea culpa. Mea maxima culpa.*

—Eres rápido, Des. —Una risilla leve desde el otro lado de la rejilla—. Algo ligero con el secreto de confesión, pero rápido.

Esa me la merecía, pensó Desmond Spellacy. Hace seis meses no hubiera cometido ese error. Cuando era útil y eficaz.

—Solo le quedan tres meses, a Jack, según he oído. Como mucho. —Otra risotada—. Vas a tener que empezar a pagarte las comidas en el Club Hípico.

Se preguntó cuándo empezaría Tommy a aceptar la venalidad como una constante de la condición humana. Y de repente pensó: Más o menos cuando lo haga yo.

—Tengo confesiones que oír.

—Mierda, Des, ¿quién viene a esta parroquia, ahora que lo dices? Algún crío que cree que se va a quedar enano si no deja de cascársela.

Santa Viviana en pocas palabras.

—¿Quieres que oiga tu confesión, Tommy?

—No tengo nada que contar.

—Es un mal sitio para mentir.

—Des, deja que te diga una cosa. La gente no miente al confesar. ¿Sabes por qué?

Siempre es «escucha» o «deja que te diga una cosa», pensó Desmond Spellacy. Perlas de sabiduría de las simas inferiores.

—Me gustaría saberlo, sí. Aprovechar tus conocimientos.

—Porque no sacan nada mintiéndote, por eso. Si te cuentan la verdad, ¿qué es lo peor que les vas a encasquetar? ¿Un rosario? Si mascullas lo bastante rápido puedes librarte de un rosario en diez minutos. Por diez minutos no vas a mentir. No si a cambio acabas en el antro de abajo. Ese grasiento que acaba de pasar por aquí, apuesto a que no te ha mentido. A lo mejor te ha tomado un poco el pelo, pero ese es tu problema, si no lo has pillado. No te ha mentido, sin embargo. Ahora bien, si entra en un tribunal y el juez habla de veinte años, entonces mentirá...

Se me está poniendo a prueba, pensó Desmond Spellacy. Se está poniendo a prueba mi fe. Mi vocación. Lo que quede de ellas. Todo cura esperaba la prueba en un momento u otro de su sacerdocio. Por lo general de un modo en que la elección era heroica.

¿Todavía crees en tu Dios?, preguntaría el comandante del pelotón de fusilamiento.

Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del Cielo y la Tierra...

Preparen armas.

... y en Jesucristo...

Apunten.

... su único Hijo nuestro Señor...

Fuego.

Era como una pastilla para la tos, esa clase de prueba. Fácil de tragar. Para lo que el seminario no te preparaba era para tener a tu propio hermano en el confesionario. El antiguo esbirro de Antivicio de Wilshire.

El moralista de Des.

El corrupto de Tommy.

Sería tan reconfortante atribuir a eso la tensión entre ellos. Tan fácil.

Y tan falso.

Lo que pasó en Antivicio de Wilshire no hizo más que rematar la faena. Siempre había existido tensión entre ellos. Y miedo. Y envidia. Eran hermanos. Tan sencillo como eso.

Caín y Abel.

Siempre intercambiando papeles.

—Si no quieres que te confiese, Tommy, ¿de qué se trata? —dijo Desmond Spellacy—. Puedo vivir sin tus reflexiones sobre el octavo mandamiento.

—A decir verdad, Des, sí que hay algo, si tienes un minuto. Tu amiguete Jack está bastante jodido, por eso estoy aquí.

Por supuesto.

—Al salir de aquí lo hemos trincado. No en la escalinata principal, no queríamos avergonzar al cardenal. A un par de manzanas. Tendría que llegar a la comisaría dentro de unos diez minutos. Solo he pensado que querrías estar preparado, por si veías su foto en el periódico...

El sacramento de la absolución. Menuda risa. «Sacarse una excusa», lo llamaba Tommy. Primero Jack. Luego Tommy. Uno le hacía sentir irrelevante, el otro inútil.

—Puedes decirle una cosa al cardenal, de todas formas. Estaba en estado de gracia y eso puedes garantizarlo...

Las palabras le resbalaron. Tarjetas verdes. La chica de la calle Treinta y nueve con Norton. No lo entendía. Tampoco lo intentó. Ni le importaba.

Solo sabía una cosa.

Se había acabado.

AHORA

—Me muero, Tommy —dijo mi hermano Des.

Pero, claro, Des había empezado a morir aquel día de hacía veintiocho años. La foto de Jack en el periódico, con las manos esposadas a la espalda, acompañado por Crotty y tres agentes de uniforme cuyos nombres no figuraban; y Jack dijo que Des había conocido a Lois Fazenda volviendo de Del Mar y luego Fuqua declaró para el *Express*, el *Mirror*, el *News* y el *Examiner* que seguiría adelante con aquella investigación llevara a donde llevase. Eso a los periódicos les encantó, sobre todo a Howard Terkel. Si algo puede decirse de Howard es que sabía desenterrar, y desenterró a Brenda y también todos y cada uno de los contratos de obra que Jack había firmado alguna vez con la archidiócesis, y para cuando desenmarañó lo de las comisiones y el dinero que Jack había sisado, a los lectores les quedó la impresión de que Des no era muy listo. El cardenal dijo que Des no se había visto implicado de manera personal en ninguna irregularidad, con lo cual, si se lee entre líneas, también decía que Des no se había estado cepillando a Lois Fazenda, que no es la clase de cosas que a los cardenales les gusta decir sobre futuros obispos.

En otras palabras, Des quedó visto para sentencia.

Y Jack también. Le negaron la fianza, y para cuando sus abogados pudieron conseguir un recurso de *habeas corpus*, empezó a desangrarse en su celda y lo trasladaron al pabellón de reclusos del Hospital General del Condado, donde entró y salió de un coma hasta morir tres semanas después.

Eso dejó a Fuqua que no cagaba de contento. Ya no tenía que demostrar que Jack había matado a Lois Fazenda. Apareció en *Línea directa Homicidios* con Barry Backer y dijo que el caso de la Golfa Virgen quedaba oficialmente cerrado y que eso demostraba que su departamento —ya lo llamaba su departamento, aunque la Comisión de Selección todavía no lo había nombrado jefe— no se dejaba intimidar por los poderosos, por sagrados que fuesen. El cardenal captó el mensaje y no quiso asistir al banquete municipal en honor de Fuqua cuando lo hicieron jefe. Lo que fue una pena, porque, de haber estado presente, podría haberle administrado la extremaunción. Lo que pasó fue que se atragantó con un bocado de filete que le taponó la tráquea, pero nadie se dio cuenta porque estaban demasiado ocupados riendo los chistes de Dan T. Champion sobre el rabino judío y el cura católico, y el de la monja que quería alistarse en los marines, y para cuando se dieron cuenta de que Fuqua no se reía era demasiado tarde.

Dan T. Champion murió en la cama dos años más tarde, después de una cena de los Hijos de San Patricio. Con una chica de catorce años. Dan todavía llevaba un gracioso sombrerito verde de duende en forma de cono con la cinta elástica bajo la barbilla.

Lorenzo Jones estudió Derecho por las noches, se metió en política y llegó a alcalde.

En cuanto a Crotty, consiguió su préstamo de la Warner Brothers, y los dos decidimos que el caso Fazenda realmente debía cerrarse, de modo que quemamos todo lo que contenían los archivos sobre Harold Pugh.

Mary Margaret volvió a Camarillo y a san Bernabé. De vez en cuando, si había algún funeral importante, se cogía el alta, olisqueaba las flores, tocaba el maquillaje de la cara del difunto y veía quién conducía los coches fúnebres y preguntaba cuánto había costado. «Han pagado mil seiscientos dólares a esta gente —decía en un aparte—. Sonny McDonough se hubiera encargado de todo por mil doscientos. Y habría hecho que pareciese que el señor Feeney se estaba echando una siesta. Y mira que tenía práctica, en echarse siestas. Nunca valió para nada, Clinton Feeney...».

Vi a Corinne una vez. Se había vuelto a casar, un ingeniero de la Compañía de Agua y Electricidad, y me encontré con ella en la cantina del sótano del Edificio Federal. La invité a almorzar, y mientras tomábamos el café me dijo que me follaría si me apetecía, pero le dije que no, y mientras yo pagaba la cuenta ella se levantó sin más y se fue. Nunca volví a verla. Crotty dice que ahora viven en Tucson y que tiene cataratas.

Supongo que con eso estamos al día.

Hasta llegar a esa mugrienta rectoría de Twenty-nine Palms.

—Me muero, Tommy —dijo mi hermano Des.

Y por primera vez en más años de los que quiero recordar, me vine abajo y lloré.

Supongo que hacerme ir al desierto fue la manera que tuvo Des de concederme la absolución. Las arterias que llevaban a su corazón estaban hechas polvo y era solo cuestión de tiempo. Fui a verlo todas las semanas y nos sentábamos, charlábamos y mirábamos por la ventana al padre Eduardo, que seguía intentando reparar el carburador de aquel viejo Chrysler bicolor. Nunca mencionamos lo que había sucedido. De todas formas, habían pasado demasiados años para que importase mucho.

Dos viejos en el desierto.

—Es un pedazo de coche, Des.

—¿Cuál, Tommy?

—El del padre Eduardo. Si quiere tapar los agujeros del carburador, debería echarle un poco de pimienta. La pimienta se hincha.

—Siempre me olvido. Sabes algo de coches, ¿verdad?

—Durante una temporada trabajé tres días por semana para Jack Walker.

—El vendedor de coches.

—En la Novena con Figueroa.

—Después de jubilarte.

—Era una manera de estirar la pensión.

—Le diré al padre Eduardo lo de la pimienta.

—Es un buen truquillo. Hay muchos truquillos en el ramo de los coches de segunda mano.

—No lo sabía.

—Llega un tipo y te deja su viejo coche. Lo que haces es mandarle un dólar o así en monedas sueltas y decirle que lo encontraste debajo de su tapicería.

—¿De verdad?

—Así repite.

—Les cuenta a sus amigos que eres honrado.

—Y te manda a los amigos.

—Jamás se me hubiera ocurrido.

—Otro truquillo es que, cuando viene alguien a pagar su plazo mensual, lo mandas a la vuelta de la esquina a lavar el coche gratis.

—Eso le hará mandar a sus amigos. Figúrate, un lavado de coche gratis.

—No deberías fumar ese puro, Des.

—¿Qué me dará si paro? ¿Dos semanas más?

—Ya veo lo que quieres decir.

—¿Cómo está Frank Crotty?

Crotty estaba bien. Vivía en Palm Springs y aún llevaba los trajes blancos. Ahora jugaba mucho al golf. Sobre todo con Jack Decker. Si jugabas con Jack y dabas un golpe y fallabas, Jack decía que había sido de prueba. Jack era bueno para esa clase de cosas. Frank decía que Jack te concedía un putt si tu pelota estaba en algún lugar dentro de los confines del condado de Riverside. Por eso Frank tenía un hándicap de doce, jugando con compañeros como Jack, que decía que conceder un putt a un compañero era mejor que jugar el Grand Slam. Jack antes era Jacob Dickstein y hasta el 51 o el 52 llevó la mayoría de los tráilers que partían de Los Angeles. Se sacaba un pequeño sobresuelo a base de cargamentos robados; además, si alguien quería contratar a unos forzudos, siempre podía ponerse en contacto con Jake Dickstein, que le daría un número de teléfono. Después arrestaron a Jake por homicidio en primer grado cuando encontraron a su esposa Mitzi en un motel de Westchester con un picahielos clavado entre las tetas. Frank investigó el caso y le dijo al fiscal del distrito que no había suficiente para colgárselo a Jake. Tampoco creo que Frank se dejase la piel. Se habló mucho de que Frank tenía algo que ver con la operación de robo de camiones, pero yo nunca lo creí. Frank era demasiado listo. No era muy escrupuloso respecto a quién invertía en sus moteles, pero se mantenía alejado de cualquier ilegalidad. En cualquier caso, Jake quedó libre y después se retiró del negocio de los camiones. De ahí a los Springs, donde se cambió el nombre por el de Jack Decker y se apuntó al club de campo de Thunderbird. Una buena vida. Golf a diario con los viejos amigos. Como Frank.

—¿Todavía juegas al golf, Des?

—Hace veinticinco años que no juego al golf. Te diré algo, de todas formas. Veo a Arnold Palmer por la televisión y ¿sabes qué, Tommy? Creo que podría haberle plantado cara. Jugando en Knollwood y si me daba tres golpes de ventaja.

—Es una pena que lo dejaras, Des.

—A monseñor Fargo no le hacía mucha gracia el golf.

—Eso siempre me llamó la atención. Dos monseñores en la misma parroquia.

—Fue elección mía. Su eminencia pensaba darme una parroquia propia. En Merced. Le pedí si en lugar de eso no podía ser el coadjutor de Seamus. No le quedaba mucho y dije que me ocuparía de Santa María a su muerte. Si su eminencia aún quería que tuviese una parroquia, se entiende. Por supuesto, Seamus nos engañó a todos, como hacía siempre. Noventa y un años tenía, cuando murió. Sobrevivió a su eminencia once años. Así que imagino que rio el último.

—Debió de ser difícil, Des.

Sacudió la cabeza y sonrió.

—Me enseñó a ser un sacerdote, Tommy. No tengo ningún don para amar a Dios. Sigo sin tenerlo. Seamus me dijo que eso no era una desventaja, siempre que pudiera ser útil, y aquí en este sitio dejado de la mano de Dios soy útil. A lo mejor solo me las veo con las tripas de Pinky Heffernan o la sobrina del señor McHugh, la monja que quiere ser jugadora de bolos, pero a esa gente le soy útil. Hay una especie de paz en eso, Tommy. No puedo evitarlo si no lo crees, pero es verdad.

Miré por la ventana de la rectoría de conglomerado, más allá del padre Eduardo y el Chrysler de dos colores, a lo lejos, en la distancia del desierto, y vi que empezaba a formarse una tormenta de arena.

—Lo siento, Des.

Me miró a través de una nube de humo de puro, sin decir nada.

—Fue culpa mía —dije.

Des levantó la mano.

—Fuiste mi salvación, Tommy.

No entendí lo que quería decir. Sigo sin entenderlo, dicho sea de paso. Pero nos quedamos allí sentados y él dio otra calada a su puro y, al cabo de un rato, con el humo todavía flotando en el aire, dijo:

—Me hiciste recordar algo que había olvidado. O intentado olvidar, mejor dicho. Tú y yo fuimos siempre solo un par de irlandeses.

Crotty cayó primero. En el hoyo catorce de Thunderbird. Estaba tan lejos en la calle que se hizo a un lado y dejó que Bob Hope y Arnold Palmer hicieran el hoyo. Para Frank era el no va más, ver a Bob y a Arnie tan de cerca. Bob se le acercó, le dio la mano y dijo:

—¿Cómo le pegas, Fred?

Y Frank dijo:

—Frank.

Y Bob dijo:

—Quiero que conozcas a mi amigo, Arnie; este es Frank Carter.

Y Crotty dijo:

—Crotty; es un gran honor, Arnie.

Cuando Bob y Arnie andaban por el green, Frank cogió su palo, dio un par de golpes de prueba y luego cayó redondo de sopetón.

Oclusión coronaria.

Des se fue ese mismo verano, más tarde. No se levantó a desayunar una mañana y la asistenta mexicana llamó al padre Eduardo; no había estado nunca sola en la habitación de un hombre, dijo, y la primera vez no sería en el dormitorio de un monseñor, así que el padre Eduardo entró y se encontró con que Des había muerto, en paz, con su rosario entre los dedos. Dejó una carta que decía que quería que lo enterrasen en el desierto, al lado de Seamus. No lo entendí pero, qué cojones, si eso era lo que quería, por mí estaba bien. Siendo Des, claro está, tenía que tocarme las narices una última vez. Había comprado otra parcela y en la carta decía que quería que yo yaciese allí con él llegado el momento.

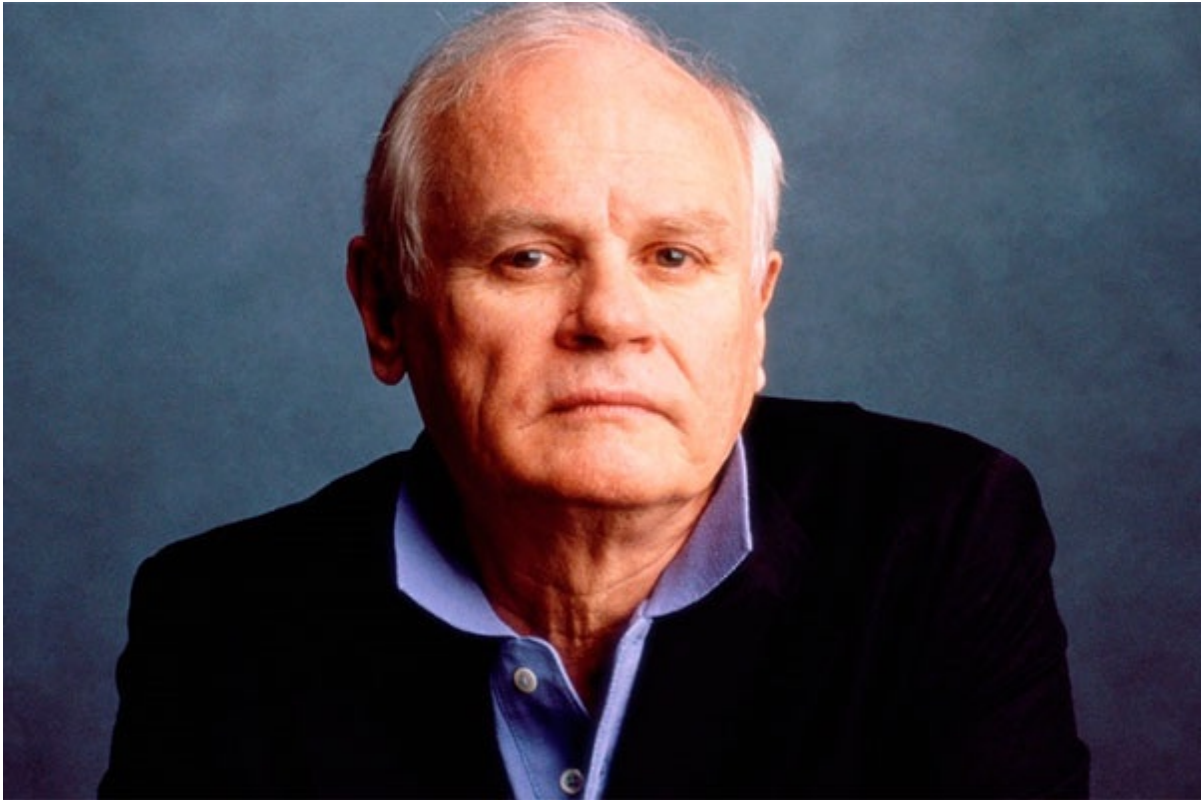
En medio de toda esa condenada arena.

Los hermanos Spellacy.

Un par de irlandeses.

La solemne misa mayor de réquiem la cantó en Santa María el sobrino de Seamus Fargo, Richard, que era obispo auxiliar de Fresno. Intenté que la oficiase el nuevo cardenal, pero no pudo ir, o no quiso; asuntos de la Sociedad del Santo Nombre, dijo su secretario, un monseñor estirado, y el resto de los obispos de la archidiócesis estaban todos inaugurando hospitales o centros comerciales o algo; por eso tuve que ir hasta Fresno para conseguir a Richard Fargo.

En cuanto a mí, estoy en plena forma. Cumpliré setenta y dos la semana que viene.



JOHN GREGORY DUNNE, (25 de mayo de 1932, Hartford, Connecticut, Estados Unidos - 30 de diciembre de 2003) fue escritor estadounidense de origen irlandés.

Después de graduarse en Princeton y servir en el ejército, Dunne comenzó a escribir en el semanario *Time*; en 1964 se casó con la novelista Joan Didion y se mudó a California en donde escribió obras de teatro y colaboró entre 1967 y 1969 en el periódico *Saturday Evening Post*.

Sus obras más destacadas forman una trilogía en la que refleja las costumbres de los inmigrantes irlandeses en Estados Unidos en el siglo xx: *True confessions* (1977), *Dutch Sea Jr* (1982) y *The red white and blue* (1987).

NOTAS

[1] Todo esto también inspiró la obra de teatro *La soga*, de Patrick Hamilton, llevada al cine por Alfred Hitchcock en 1948. <<

[2] Suyo es el imprescindible ensayo *El estudio* (1967) —publicado originalmente en 1971 por Anagrama y rescatado recientemente por T&B Editores—, así también como el punzante *Monster: Living off the Big Screen* (1997), donde Dunne narra el absurdo cotidiano —mezcla de infierno profesional y paraíso excelentemente remunerado— de reescribir una y otra vez, a lo largo de ocho años, con resignación kafkiana y junto a Joan Didion, un guión para la poco agraciada película *Up Close and Personal*, estrenada en España como *Íntimo y personal*, apenas inspirada en la sórdida tragedia de la periodista televisiva Jessica Savitch y reconvertida en sonrosado vehículo romántico para Robert Redford y Michelle Pfeiffer. La última oración de *Monster* —que puede ser considerado, sin dudarlo, un clásico en su forma; uno de los mejores y más reveladores paseos por los sufrimientos y humillaciones que Hollywood puede llegar a hacerle experimentar a los escritores— es: «También la pasamos genial». <<

[3] En *Delano: The Story of the California Grape Strike* (1967), material de new-journalist avanzado que posteriormente novelizaría en su obra *The Red, White and Blue* (1987). <<

[4] Productor cinematográfico y autor de *best sellers* narrando, *à clef*, el lado más sombrío de los poderosos Made in USA (a destacar el muy logrado *Las dos señoras Grenville*, de 1985), y analista y reportero de vidas y muertes y juicios célebres para el mensuario *Vanity Fair*. Dominick Dunne (1925-2009) y John Gregory Dunne tuvieron una relación fraterna más bien complicada (casi tan complicada como la de los hermanos Spellacy en *Confesiones verdaderas*), pero acabaron amigándose poco antes del fin de ambos. Uno y otro cubrieron el juicio a O. J. Simpson y —nota para completistas— vale la pena buscar y encontrar en los archivos *on-line* de *Vanity Fair* (edición de marzo de 2004) la emotiva despedida que Dominick dedica a John Gregory. <<

[5] *El año del pensamiento mágico* fue publicado en España, en 2006, por Global Rhythm Press y fue posteriormente adaptado al teatro por la misma Didion, en formato monólogo, para ser recitado por Vanessa Redgrave (el libreto se encuentra en Vintage Books, 2007). En breve, Mondadori publicará su secuela, *Noches azules* (donde se evoca la infancia y juventud y temprana muerte de Quintana Roo Dunne, hija adoptiva, así como vuelve a materializarse el sólido y extrañado fantasma vivísimo de John Gregory Dunne), y una antología de sus mejores textos periodísticos. <<

[6] En realidad sí importa; y me doy una vuelta por el *site* del ISBN y fue Grijalbo. <<

[7] El debut *à deux* de Didion & Dunne en el guión cinematográfico fue *The Panic in Needle Park* (1971), con un muy joven Al Pacino. También firmaron un primer bosquejo —tuvieron la sabiduría de cobrar lo suyo en puntos de recaudación y salir corriendo antes de que todo se complicara demasiado— de la insufrible versión *rock*, de 1976, del clásico *Ha nacido una estrella* protagonizada por Barbra Streisand y Kris Kristofferson. <<

[8] La adaptación cinematográfica de *Confesiones verdaderas* fue dirigida por Ulu Grosbard en 1981 con un elenco protagónico de lujo: Robert De Niro como el ambicioso e intrigante monseñor Desmond Spellacy, Robert Duvall como el duro y dedicado detective de policía Tom Spellacy, y Charles Durning como el oscuro y trepador magnate de la construcción Jack Amsterdam. <<

[9] A manera póstuma se ordenó una suerte de *greatest hits* del autor en *Regards: The Selected Nonfiction de John Gregory Dunne* (2006), donde se incluye su bestial y muchas veces citada demolición de la legendaria crítica de cine Pauline Kael. <<

[10] A saber, a disfrutar, a admirar: la elegancia para la reconstrucción de época y lugar, el modo en que retrata el vínculo de sangre entre sacerdote y policía erigiéndose en una de las mejores novelas «de hermanos» de las que se tenga memoria, su nutrido elenco de secundarios de primera, y diálogos como disparos a quemarropa y silencios como shots de *bourbon*. También —a la manera de Graham Greene —*Confesiones verdaderas* es una novela sobre la fe y la falta de fe, sobre ascensos y caídas, sobre purgatorios, infiernos y un paraíso donde casi nadie es digno de entrar. <<